

ROCÍO PÉREZ



Algo más
que un
sueño

ROCÍO PÉREZ

*Algo más
que un
sueño*

Título: Algo más que un sueño.
© 2019, Rocío Pérez.

De la edición y maquetación: 2019, Roma García.
De la composición de la cubierta:
2019, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A mi familia, los que están y los que se fueron.

*A Diana Sofía y Teresa Rocío, mis lectoras cero,
porque nunca perdieron la fe en mí. Os quiero, locas.*

Prólogo

—Lidia ¿arreglaste la suite 320?

—Sí, Carmen, y la 319 también está lista.

—Perfecto, ya me quedo más tranquila, pues, en media hora, está previsto que se ocupe la *suite* que te he mencionado.

Soy Lidia, trabajo en uno de los hoteles más importantes de Madrid, como camarera de pisos. Tuve que dejar mis estudios porque me quedé embarazada. El padre de mi hija murió y ahora tengo que hacer de padre y madre, a la vez que intento terminar mi carrera a distancia; estoy estudiando Economía y ya es el último trimestre. Además, si no fuera por mi mejor amiga, Carol, no sabría qué hacer para poder trabajar, también en mi edificio hay una pareja de ancianos que adoran a mi hija como si fuera su nieta y siempre me dicen que disfrute y salga, que la vida son dos días, que por la niña no hay problema. Así que después de todo, no estoy tan sola.

He terminado la planta donde se encuentran las *suites*, voy con mi carro de la limpieza por el pasillo, un poco distraída, mirando el cuadernillo del cuadrante del día, cuando escucho un grito. Aparto un poco el carro y me doy cuenta de que he tropezado con un cliente que llega para ocupar su habitación.

—Lo siento, estaba distraída, ¿le he hecho daño? —pregunto un poco asustada, ya que esta clase de hoteles, no te permiten ni el más mínimo fallo, porque te vas de patitas a la calle, y ya era lo que me faltaba.

—No te preocupes preciosa, no ha sido nada. Yo también iba algo distraído y no he visto el carro.

¿He oído bien? ¿Me ha llamado preciosa? Supongo que se lo llamará a todas las chicas, porque las debe tener a patadas. Es el hombre más *sexy* que me he cruzado en mi vida. Me fijo en sus ojos y los tiene verdes, donde te

puedes perder en ellos. El cabello oscuro y una barba de tres días, perfectamente cuidada. Medirá alrededor de un metro noventa, y yo me siento pequeña, ya que con mi metro sesenta y dos, no es que sea demasiado alta. Es el típico tío que toda mujer quiere tener, pero que solo se queda en un sueño. En pocas palabras: ¡impresionante!

Estoy terminando de limpiar la recepción, cuando la recepcionista me llama y me dice que tengo que llevar un pedido a la *suite*.

—No te olvides del recibo firmado, Lidia.

—Está bien, Natalia.

Voy para la cocina y recojo el carrito de la comida, me dirijo al ascensor de servicio y pulso la última planta. Mientras tanto, voy sumida en mis pensamientos. Estoy cansada y tengo ganas de llegar a casa y escuchar a mi hija que, desde las siete de la mañana, no la veo, y son casi las tres.

Llego a la planta indicada y me dirijo a la *suite*. Toco la puerta con los nudillos y entro al escuchar un <<pase>> del interior de la habitación. Me sitúo en mitad del salón para dejar el carro y oigo si puedo dejarlo en la terraza, y me encamino hacía la misma. Me doy la vuelta y, por el espejo del salón, veo el reflejo de un hombre medio desnudo con una toalla por la cintura, cuando me percató de que es el mismo con el que tropecé esta mañana. Me quedo embobada mirándolo y devorándolo con la mirada, porque estas vistas no se ven todos los días. Él se da cuenta de que lo estoy observando y no hace nada para impedirlo, es más, parece que le gusta el plan voyerismo. ¿O acaso me gusta a mí? La verdad, no lo sé, yo lo único que sé, es que me acaba de dar un subidón de tres pares de narices. ¡Dios! Qué cuerpazo tiene, hasta se me ha nublado la vista.

Oigo un carraspeo y vuelvo en mí, siento las mejillas arder y apuesto a que estoy roja como un tomate, por la vergüenza que acabo de pasar, me ha pillado observándolo.

—¿Te gusta lo que ves? —dice descaradamente.

—Eh...eh..., yo..., lo... lo siento, señor —tartamudeo como una idiota, pero él es más idiota que yo, ya que suelta una carcajada—. Tengo que irme —anuncio con la cabeza gacha.

—Ey, mírame, no pasa nada, en serio. Simplemente, lo he visto como algo gracioso, no tienes por qué ruborizarte, aunque si te soy sincero, estás preciosa con ese color en tus mejillas.

<<Dios, Dios, que me da. Tengo que salir de aquí>>, pienso al tiempo en que suena el teléfono interno que solemos llevar por si nos necesitan para

algo, y como se dice: salvada por la campana. Esto fue lo mejor que me ha podido pasar. Me vuelvo a disculpar de nuevo y salgo como alma que lleva al diablo.

Estoy bajando a recepción, me doy cuenta de que no le he dado el recibo para que me lo firme, y maldigo para mis adentros. Entonces, Almudena, mi compañera que entra de tarde, me dice que no me preocupe, que ya se encargará ella y que respire con normalidad.

—Nos vemos mañana, chicas.

Llego a casa con ganas de ver a mi princesa y comérmela a besos, al menos, me quedó un recuerdo muy hermoso de su padre, y es esta cosita tan linda que tengo encima de mí haciéndome cosquilla, porque otra cosa no, pero las guerras de cosquillas le encantan.

Carolina me llama por teléfono y me tiro más de media hora hablando. Empiezo a contarle lo que me ha pasado en el hotel, ella no para de reír y decirme que no sea tonta, que si tengo la oportunidad, que me dé una alegría al cuerpo, que ya tengo desgastado el vibrador que me regaló hace dos años. No para de carcajearse.

A consecuencia de esa escena vivida en la habitación del hotel, esta noche tengo el sueño más húmedo y erótico de toda mi vida; me levanto muy mojada de la cama, excitada a más no poder. Tengo que echar mano de mi amiguito el vibrador hasta saciarme, pero no lo consigo, me meto en el baño y lleno la bañera para darme un baño relajante, ya que hoy entro de tarde por unas horas extras que hice.

Cuando me meto en la bañera llena de espuma, no puedo evitar recordar el sueño que he tenido con el cliente del hotel. Solo recordarlo y mi sexo se humedece, mis manos empiezan a recorrer todo mi cuerpo, imaginando que son sus manos las que me tocan, pellizcándome los pezones y siguiendo hasta mis pliegues. No puedo quitar de mi mente cómo devoraba mi boca con su lengua, enredándola con la mía. Notaba su miembro duro sobre mi sexo y, con cada roce, más excitada estaba, solo quería una cosa, que me penetrase para poder sentirlo dentro de mí. Bajó sus manos hasta mis pliegues y me los separó para poder jugar con mi clítoris, haciendo círculos sobre él. Yo estaba empezando a perder el control, por el placer que me estaba dando, y cada vez gemía más fuerte y, por cada gemido, más se excitaba él. Me levantó y me puso contra la pared, de espaldas a él, sujetándome las manos para que no me moviese.

«Shh, tranquila, verás cómo vas a disfrutar», me decía con voz ronca.

Y yo no dejaba de hacer lo que él quisiera, ya tenía la poca cordura que me quedaba perdida. Entró en mí, metiéndola despacio, penetrándome como tanto deseaba y era algo que jamás había sentido. Era impresionante. Sus embestidas comenzaron despacio, pequeñas, como si estuviera disfrutando del momento, hasta que fue aumentando el ritmo, hasta el punto de volverse frenético. Yo no aguantaba más, quería correrme justo en el momento en el que me separó un poco de la pared y metió su mano entre mis piernas y, al mismo tiempo que me embestía, me tocaba el clítoris para aumentar mucho más el deseo, y vaya si lo consiguió. Ambos soltamos un gemido al llegar a un orgasmo bestial.

En este momento, abro los ojos y siento cómo me corro mientras me masturbo en la bañera.

Son las diez de la mañana, llego al hotel a empezar con mi jornada, después de que acabe este día, tengo diez de vacaciones que me corresponden, ya que en temporada alta es imposible cogerse unas vacaciones y nos las proporcionan durante todo el año, aunque a mí, la verdad, me parece bien porque así no tienes que cogerlas todas seguidas y de esta manera, vas teniendo a cada cierto tiempo.

Cuando me toca limpiar la *suite*, no puedo evitar ponerme nerviosa, ya que me hace recordar la noche anterior, y que lo viví tan real. Por un lado, estoy deseando ver al hombre que me ha robado mis sueños esta noche y algo más que un buen orgasmo, porque en mi vida me he despertado tan mojada.

Entro en la habitación y veo que está totalmente desierta, no hay nadie y, por un lado, me da rabia, pero, por otro, puedo hacer mi trabajo mucho más tranquila.

Cuando llevo unos quince minutos en la habitación, estoy en el baño, de pronto siento unas manos en mi cintura, pego un salto de la impresión y voy a gritar cuando él pone una mano en mis labios con delicadeza, diciéndome al oído que esté tranquila, que no me va a pasar nada que yo no quiera.

Una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo y mi excitación no sabe esperar, y él se da cuenta, pues comienza a jugar lamiendo mi oreja, con lentitud, hasta llegar a mi cuello, inconscientemente, giro la cabeza para darle mejor acceso. Mi respiración cada vez es mayor, no puedo creer lo que me está pasando, creo que aún estoy soñando, pero no, es tan real como que me

llamo Lidia.

—Eso es, preciosa, tú déjate llevar, verás cómo te llevo al paraíso. Tú solo disfruta —dice en mi oído al mismo tiempo que me roza, con el pulgar, los pezones, por encima del uniforme.

Yo echo la cabeza en su pecho y cierro los ojos para dejarme llevar, como él me pide, y la verdad es una locura. Sus manos van hasta los botones de mi uniforme y los desabrocha hasta dejarme en ropa interior. Con sus ágiles manos, me quita el sujetador y, seguidamente, mis braguitas. Estoy totalmente desnuda ante él.

—Eres la cosa más bonita y dulce que han visto mis ojos. —Se pega a mí y noto su erección pegada a mi culo.

Empiezo moverme para excitarlo a él y eso me moja aún más. Llevo mi mano hacía atrás, y agarro su miembro por encima de los pantalones, tras desabrochárselos, lo cojo mejor, pero me da la vuelta y me coge en brazos para llevarme hasta su cama.

Sin pensarlo dos veces, recorre mi cuerpo con su lengua, hasta mi clítoris, donde mete dos dedos y su tortura se intensifica hasta llevarme al límite y aumentar las ganas de correrme. Me levanto y lo tiro a la cama para ponerlo a mi merced, y él se deja llevar. Lo desnudo impaciente y, al notar mi torpeza por la excitación, me ayuda a desnudarlo. Cuando está completamente desnudo, me introduce su miembro en la boca y lamo desde la punta del glande hasta el final, mientras, al mismo tiempo, jugueteo con sus testículos.

—Preciosa, si no paras, me voy a correr —dice entre jadeos.

Yo tampoco puedo aguantar más, así que, sin más, agarro un preservativo del cajón donde el hotel suele dejar a los clientes vip y se lo pongo, me siento a horcajadas encima de él y empiezo a moverme como una autentica loca. Arriba, abajo, uno, dos, tres, cuatro, ocho veces. No sé hasta dónde voy a llegar, pero estoy a punto de correrme y, por su cara, él también. Sus manos viajan hasta mis pechos, donde pellizca mis pezones a la vez que yo sigo ese ritmo frenético que nos llevará al orgasmo. Y así es, dos minutos después, estamos llegando al orgasmo, y caigo rendida sobre su cuerpo.

Ha sido increíble y supera con creces la fantasía que tuve la noche anterior con él. Sé que en el mismo instante en el que cruzamos nuestras miradas, algo hizo que yo me sintiera atraída por él de una manera muy sexual.

Entro al baño para lavarme un poco y vestirme, ya he perdido demasiado tiempo en el trabajo y me pueden llamar la atención.

—Mi nombre es Luke —se presenta con voz sensual.

Yo pienso lo irónico que es, pues, después de haber follado, me entero de su nombre.

—Mucho gusto, Luke. Como podrás ver, en mi chapa pone mi nombre.

—Lidia, precioso nombre, como tú.

—Muchas gracias.

Y, aunque parezca mentira, después de lo que hemos hecho, me ruborizo con ese simple comentario.

—Bueno, Lidia, hoy me marcho a Nueva York, pero ten por seguro que voy a volver y con más ganas. Te voy a dejar mi tarjeta con mi teléfono personal, y espero tener noticias tuyas... Aún no me he ido y ya estoy deseando volver de nuevo para verte.

—Pues quién sabe, puede ser que sepas antes de lo que imaginas —insinúo mientras me guardo la tarjeta en el bolsillo.

Me doy media vuelta, pero, antes de salir, le guiño un ojo y él suelta una carcajada.

Capítulo 1

Dios, no me puedo creer lo que acabo de hacer. Yo no suelo perder la cabeza de esta manera y menos desde lo que me pasó con el padre de mi princesa. No sé qué tiene este hombre que me ha hecho actuar así. Aunque, la verdad, no me arrepiento. Hay algo dentro de mí que me dice que no va a ser la última vez que lo voy a ver de nuevo.

Llevo ya tres horas trabajando y no puedo dejar de darle vueltas a lo que ha ocurrido esta mañana. No se me borra la sonrisa de los labios.

No me reconozco. Nunca he sido una mujer atrevida, todo lo contrario. Cuando un hombre me piropea me sonrojo, es algo que no puedo remediar. Por eso aún sigo algo alucinada por lo ocurrido esta mañana en la *suite*.

Cuando se lo cuente a Carol no se lo va a creer. Pensará que estoy bromeando ya que es ella siempre la que me anima a salir, cometer locuras y vivir la vida. Aunque nunca le hago caso. Siempre le digo que es un *chivo* loco y que hay que tener un poco más de cabeza, pero a la que esta vez se le fue, es a mí.

Sobre las siete de la tarde acaba mi turno por hoy. Estoy muy agotada y necesito llegar a casa. Me estoy cambiando en el vestuario cuando Julia, la chica de recepción, me llama para decirme que pase por allí antes de irme. Llego a recepción y me pide que espere un momento.

En ese momento, Carlos, uno de los camareros del hotel y buen amigo, se acerca a saludarme.

—Ey, preciosa. ¿Ya te vas?

—Uff, sí. Estoy cansadísima y deseando llegar a casa. Aún me toca bañar a la niña, darle la cena y acostarla. Cuando acabo, ya no soy ni persona.

—Bueno, míralo por el lado positivo —dice—. Todo es recompensado

al tener a tu princesita en tus brazos y ver cómo te abraza dándote muchos besos.

—Eso es cierto —contesto con una sonrisa—. Merece la pena solo con verla feliz.

—Cambiando de tema. ¿Cómo llevas los exámenes? Ya queda poco, supongo.

—Sí, solo me queda un par de semanas por fin y esta que está aquí, será toda una licenciada en economía —comento con mucho entusiasmo.

—No te puedes hacer una idea de lo que me alegro. Te lo mereces, has luchado mucho para sacar tus estudios y a lo más importante de tu vida, tu bichillo.

—Sí. Y lo mejor de todo es que no me arrepiento haber tenido a mi hija —afirmo con tristeza al recordar lo que estuve a punto de hacer al quedarme embarazada tan joven. Doy las gracias a Diego, el padre de mi hija, porque me hizo recapacitar y me dio fuerzas para tenerla. Gracias a él, tengo a lo más grande de mi vida. Haría lo que fuese por ella.

Mientras hablo con Carlos, veo que Julia está atendiendo a un hombre en recepción. Parece que está haciendo el *check out*, pero no me doy cuenta de quién es hasta que se da la vuelta. Es Luke.

Me pongo muy nerviosa al ver que me observa y me pongo colorada cuando me dedica una sonrisa maliciosa. Temo que se acerque a mí y diga algo sobre lo que pasó en su habitación, pero no lo hace. Simplemente se agacha, coge su equipaje y con un gesto escueto, se despide dándole las gracias a la recepcionista por la estancia.

Yo, por un lado, me quedo decepcionada. ¿Pero qué esperaba? Ha sido solo un polvo. INCREIBLE, pero un polvo, al fin y al cabo. No hay nada de sentimientos de por medio.

Entonces no entiendo por qué me siento así. Es algo que ni yo misma sé.

Pasa la semana y entre el trabajo, la niña y los estudios, estoy que me va a dar algo. Entonces me digo a mí misma: <<Tranquila, Lidia, que luego todo tiene su recompensa. Verás como todo pasa pronto, esto ya es pan comido>>.

Pasaron dos semanas más y llegó el dichoso día del examen. Creo que

llevo tila en el cuerpo en lugar de sangre porque entre anoche y esta mañana, el litro fijo que me lo he bebido. En mi vida he estado tan nerviosa, pero confío en mí. Sé que me lo he preparado a conciencia y por eso va a salir bien. A las dos horas de entrar en clase, acabo el examen y lo cierto es que salgo muy satisfecha. Era más fácil de lo que me imaginaba.

Unos días más tarde, me acerco a la universidad a mirar mi nota y no me lo puedo creer. He sacado un nueve con setenta y cinco. Está mucho mejor de lo que esperaba. Llamo corriendo a Carol y se lo cuento. Me comenta que tenemos que salir a celebrarlo. ¡Vaya novedad! ¿Carol celebrando algo? Cualquier excusa es buena para salir de parranda y arrastrarme con ella.

Luke

Hace tres semanas que regresé a Nueva York y no me puedo quitar a Lidia de la cabeza. Cuando cierro los ojos, lo que pasó en la *suite* aparece en mi mente una y otra vez.

Flashback

Tengo la cabeza que me va a explotar. Estoy cansado de tantas reuniones en un solo día. La próxima vez será Mark quien se encargue de este tipo de cosas. A mí me estresa demasiado. Solo tengo ganas de llegar a la habitación para darme una buena ducha y descansar un poco antes de coger el vuelo para Nueva York.

Entro en la habitación y dejo el maletín en el suelo. Me quito la chaqueta y voy desabrochándome la corbata cuando escucho un ruido que proviene del aseo. Me acerco poco a poco para ver de qué se trata y entonces la veo. Es la misma chica con la que tropecé en el pasillo.

Lo primero que me llamó la atención fue esa cara angelical. Es la cosa más preciosa que he visto en mi vida. Me quedo embobado observándola, no puedo apartar la mirada. Cuando llevo un rato en la misma posición, no puedo aguantar las ganas de acercarme a ella.

Entonces recuerdo cuando la pillé mirándome embobada a través del espejo y siento cómo mi miembro se empieza a poner duro. Nunca me había pasado esto. Sin pensarlo dos veces, me acerco a ella y la agarro de la cintura. Da un pequeño respingón del susto y yo me acerco a su oreja para tranquilizarla.

—Eso es, preciosa, tú déjate llevar, verás cómo te llevo al paraíso. Tú solo disfruta —susurro en su oído mientras le rozo los pezones con mis pulgares.

Ella echa la cabeza sobre mi pecho, dejándose llevar mientras yo le desabrocho lentamente los botones de su uniforme hasta dejarla en ropa interior. Es la mujer más bonita que habían visto mis ojos.

Pego mi miembro a su culo para que note mi erección y en cuanto la siento, agarra mi miembro. Estoy muy excitado. La cojo en brazos y la llevo hasta mi cama. Una vez allí recorro todo su cuerpo con mi lengua, saboreando cada centímetro de su piel. En un arrebato de lujuria, ella se separa de mí y me empuja hacia el colchón. Me dejo llevar.

Empieza a desnudarme con nerviosismo y tengo que ayudarla. En este momento me doy cuenta de que ella no tiene mucha experiencia, al menos en desnudar a hombres. Pero lo que sí hace de maravilla es recorrer mi cuerpo con su lengua hasta llegar a mi miembro, donde me lame y succiona hasta casi llevarme al éxtasis.

Flashback

Estoy duro de nuevo. No puedo seguir así, es pensar en ella y mi cuerpo empieza a reaccionar. Tengo que hacer algo, necesito hacerla mía otra vez. Esta obsesión no me deja dormir, pero ya encontraré la manera de solucionarlo.

Recuerdo cuando estaba liquidando la cuenta de mi alojamiento en el hotel. Vi cómo Lidia hablaba con un hombre y no me gustó absolutamente nada que se mostrara tan cariñosa con él y le regalara una sonrisa que solo la quería para mí. Entonces escuché un poco la conversación que tenían y si mis oídos no me fallan, hablaban de unos exámenes finales que tenía Lidia. Por lo que pude averiguar, ella estaba estudiando economía. Tengo que saber qué tal le fue porque como mis sospechas sean ciertas, debo conseguir que Lidia trabaje para mí. Necesito tenerla cerca porque hay algo que me impide alejarme de ella.

Capítulo 2

Por fin soy licenciada en economía y aunque me pagan bien en el hotel, necesito encontrar trabajo en alguna empresa ya que el horario que tengo me roba muchísimo tiempo para poder criar a mi hija. Hay veces que cuando llego a casa, ya está dormida y no he podido estar apenas con ella porque aunque tengo turno de tarde, por la mañana está en el colegio.

Ahora que tengo tres días libres, aprovecho que Alba está en el colegio para ir echando currículos a todas las empresas habidas y por haber en Madrid. Llevo caminando más de cuatro horas y tengo los pies destrozados. Ya he cumplido con mi objetivo así que solo queda esperar a que me llamen. Sé que la cosa está difícil porque entre el paro que hay en España y que para colmo no tengo experiencia laboral en economía, las probabilidades son escasas. Pero como yo digo, el “no” ya lo tengo y lo último que se pierde es la esperanza.

Llego a casa, preparo la comida y voy a buscar a mi princesita al colegio. Cuando ve que soy yo quien la recoge, se le ilumina toda la carita de felicidad y a mí me da un vuelco el corazón. No sé qué haría sin ella.

—¡Mamiiiiiiii! —grita mi niña al verme.

—Hola, cielo. ¿Cómo te fue hoy en clase?

—Muy bien. Hoy hemos *apendido* a escribir nuestros nombres. Soy una campeona, mami.

—Claro que sí, cariño. Y quien diga lo contrario me lo comoooooo —comento haciéndole cosquillas.

Una vez en casa, comemos y después descansamos un poco. Alba se queda dormida viendo la tele y yo aprovecho para coger mi portátil. Mando varios currículos, ya que algunas empresas solo permiten que se mande a través de su página web. Cuando ya he enviado unos cuantos, Alba se levanta

y le hago la merienda antes de salir un rato al parque para aprovechar el buen tiempo y así disfrutar de mi hija.

Una vez en el parque, llamo a Carol por teléfono para que se anime a venir y tomarnos un café, ya que hace días que no la veo y mi hija pregunta mucho por su tita Carol.

—Hola, cielo. ¿Cómo estás? —le pregunto a Carol sin quitarle ojo a mi hija—. Estoy con Alba en el parque,anímate y te vienes un rato. Tomamos café, nos ponemos al día y de paso ves a tu ahijada, que me tiene la cabeza frita de preguntarme tanto por ti.

—Vale, perfecto. En cinco minutos estoy allí. Ve pidiéndome una menta poleo, nos vemos.

Cuelgo el teléfono y me dirijo a la terraza del bar que hay justo a dos metros escasos del parque. No puedo quitar ni un minuto el ojo a Alba. Aunque es una niña muy buena también me salió aventurera. Yo siempre le digo que se parece a Dora la exploradora.

—Hola, Lidia. ¿Cómo va la cosa? —pregunta Carol cuando llega.

—Bien, un poco cansada de estar toda la mañana de un lado para otro echando los currículos. ¿Y tú qué tal?

—Pues, la verdad, poca cosa —contesta un poco cabizbaja y eso me hace pensar que algo le pasa.

—Ey, ¿qué pasa? Porque sé que algo te pasa, no me puedes engañar. —Conozco a Carol desde hace mucho y en cuanto veo su cara, ya sé si le pasa algo o no.

—Pues verás, la cosa no va muy bien en el curro. La agencia de viajes cada vez vende menos, solo cuando es baja temporada y viajes del IMSERSO. Juan ha estado hablando conmigo esta mañana y me ha dicho que a finales de mes cumplo el contrato y que no me lo renueva. Ya bastantes gastos tiene el pobre y ha estado intentando mantenerme en la plantilla todo el tiempo posible. Él siempre se ha portado muy bien conmigo y aunque haya tomado esta decisión, sé que lo está pasando mal.

—Ay, cariño, cuánto lo siento. —Le abrazo para poder consolarla.

Carol es mi hermana, no es de sangre, pero sí de corazón. Sin ella, no sé qué hubiera sido de mi vida.

Crecí en un orfanato ya que mi madre murió de cáncer cuando yo era muy pequeña y a mi padre no lo conocí. Mi madre nunca me habló de él,

aunque tampoco es que tenga muchos recuerdos ya que apenas había cumplido los seis años cuando me quedé sola en este mundo. Y digo sola porque mi madre tampoco tenía a nadie a quien acudir. No sé qué es tener un hermano, un primo, ni nadie que se parezca a una familia. Por eso el día que se cruzó en mi camino Carol, no la dejé escapar. Es mi hermana y mi todo.

—Verás cómo te saldrá trabajo. Eres muy buena en lo tuyo, seguro que habrá más agencias de viajes que estén deseando contratarte y sino, pues ellos se lo pierden. Por cierto, ¿por qué no echas currículos para ser recepcionista en el hotel donde trabajo? Sabes tres idiomas, aparte del español y tienes talento. Deberías hacerlo, no creo que te pongan pega, todo lo contrario —comento para que se anime.

—No sé, siempre me ha gustado mucho el tema de los viajes y sobre todo viajar. Gracias al trabajo en la agencia, he hecho muchos viajes para hacer cursos y también por ocio a precios muy asequibles. Esa era una de las ventajas de trabajar allí y no me veo encerrada detrás de un mostrador todos los días ocho horas diarias. Pero si veo que no encuentro nada de lo mío, no tendré más remedio que ir también echando currículos en los hoteles.

—¿Sabes que te digo? —Pregunto con una sonrisa—. Que lo que nos hace falta es una noche de chicas para despejar un poco la mente.

Veo cómo me está mirando mi amiga. Con los ojos como platos y la boca abierta haciendo una O.

—¿Perdona? ¿Quién eres tú? ¿Dónde está mi amiga y qué has hecho con ella? —dice muy impresionada—. Dios bendito, no me puedo creer que seas tú quien me esté diciendo estas cosas.

La verdad es que hasta yo me sorprendo, ya que suelo ser muy “mojigata”, como dice Carol. Aunque si os digo la verdad, no sé qué me pasa pero siento que mi vida ha cambiado el día que me acosté con el cliente de la suite 320. Desde entonces no he podido dejar de pensar en él.

Cuando llegamos a casa un rato más tarde, hablo con los yayos, como Alba les llama, para ver si pueden hacerme el favor de quedarse con ella esta noche. Por supuesto, no tengo problema ninguno. Es más, si por ellos fuera, se la quedarían más tiempo. Para ellos, Alba es su nieta, ya que no tienen hijos y yo soy como una hija para ellos.

No tardan en venir a recogerla. Me despido de mi hija advirtiéndole

que se porte bien con los yayos, que haga caso en todo y que no haga ninguna de las suyas, porque la conozco. Le advierto que como no obedezca, ya no se queda más con ellos.

Carol y yo nos quedamos en mi casa para arreglarnos. Ella se pone uno de mis vestidos ya que usamos la misma talla. Es de color negro y le llega hasta medio muslo. Le queda ajustado y lo complementa con unos botines color plata de quince centímetros. Aunque le gusta ir un poco más provocativa, hoy se tiene que conformar con lo que hay. Yo me pongo unos vaqueros ajustados y una blusa sin mangas de color negra, con unas sandalias de diez centímetros. Al mirarme en el espejo, me gusta lo que veo. Me pongo un poco de máscaras de pestaña, brillo labial y listo. La verdad es que no me gusta maquillarme mucho. Me suelto el pelo que lo llevo de media espalda y Carol se hace un recogido informal dejando su cuello al aire, cayéndole unos mechones. Va preciosa pero es que ella ya de por sí lo es.

Salimos a cenar a una taberna cerca del centro que conocemos donde pone unas tapas buenísimas. Eso sí, vamos con tiempo porque si no, luego no hay quien coja sitio. Después decidimos ir a una discoteca a tomar una copa y mover el esqueleto, que falta nos hace.

Llegamos y nos vamos directamente al a barra a pedir unas copas antes de ir hacia la pista a bailar.

—¿Qué quieres tomar, Lidia? —me pregunta mi amiga.

—Yo quiero un *Gin Tonic*.

Se gira hacia la barra donde hay un camarero bastante atractivo. Rubio, ojos azules, unos 30 años y en muy buena forma, la verdad. Es bastante guapo.

—¡Por favor —grita Carol para hacerse oír, levantando la mano—, nos pones dos *Gin Tonic*!

—Eso está hecho, preciosa —le contesta el camarero.

Carol no pierde el tiempo y empieza hacerle ojitos. Luego se da media vuelta y me mira.

—¿Has visto qué pedazo de tío? Pero si parece un Dios griego. Qué músculos tiene, está para hacerle un traje con saliva. Y como tenga la ocasión, a este espécimen de hombre me lo tiro. ¡Vaya que si me lo tiro!

No paro de reírme. Carol es así, no hay quien pueda con ella.

—¿Pues sabes qué te digo? Que haces bien. Si tienes esa oportunidad, no la deberías dejar de escapar.

Carol no da crédito a mis palabras.

—Te voy a decir una cosa. Desde que tuviste ese rollo con aquel tipo del hotel, eres otra mujer diferente. No te reconozco, pero ¿sabes? Me gusta la nueva Lidia —comenta con una sonrisa.

Yo sigo riéndome y, a decir verdad, a mí también me gustaba e iba a aprovechar la situación si surgía algo.

Capítulo 3

Llevamos más de tres horas en la discoteca y Carol y yo ya vamos un poco perjudicadas.

Me dirijo al baño y cuando regreso, me encuentro a mi amiga tonteando con el camarero, cosa que no me extraña en absoluto y más conociéndola. Ya le había echado el ojo al entrar.

Para no molestar, me aparto en una esquina de la barra. De repente me fijo en un hombre de unos treinta años aproximadamente mirándome. Moreno, ojos azules, se ve fuerte y se nota que trabaja bien ese cuerpo. La verdad no está nada mal, es guapo.

Al cabo de dos minutos se aproxima a mí y yo me pongo un poco nerviosa. Me digo a mí misma: <<Lidia, no seas cría y compórtate. Eres adulta y una alegría al cuerpo no te vendría nada mal>>.

—Hola, preciosa —dice el morenazo con una sonrisa de medio lado—. Veo que tu amiga te ha dejado sola. Si no tienes inconveniente, espero que aceptes la invitación a una copa.

—¿Acaso nos conocemos para aceptar esa copa? —Sé que estoy siendo un poco estúpida contestándole, pero lo que no voy a hacer es aceptar a la primera.

—Si es eso, preciosa, tiene arreglo. Me llamo Mark. —Veo que extiende una mano y me quedo flipada. Entonces me doy cuenta por su acento que no es español, tiene que ser amErikano o inglés.

—Encantada Mark, yo soy Lidia. —Acepto esa mano que me tiende.

Llevamos hablando más de una hora y cada vez estoy más borracha, no paro de reír con él. Me ha contado que es de Nueva York y que está aquí por cuestión de trabajo. Yo le cuento que soy andaluza pero que llevo siete años viviendo en Madrid.

Miro hacia mi derecha y veo cómo Carol se pierde en un reservado con el camarero. <<Esta ya ha pillado cacho, vaya suerte tienen algunas>>, pienso cuando de pronto se me pasa por la cabeza enrollarme con Mark. Se ve que es un hombre divertido además de guapo y, total, para una noche no tengo que prometer amor eterno.

Empiezo a tontear con él. Le paso el dedo por su pecho mientras hablamos y no paro de mirar esos labios tan apetecibles que me están subiendo la temperatura. Él tampoco se corta ni un pelo en repasarme de arriba abajo.

Sin pensármelo, empiezo a acercarme a él y uno mis labios a los suyos. Él me corresponde y empezamos una guerra de lenguas. Cada vez me noto más excitada. Me agarra de la cintura y me pega a él totalmente, noto su excitación. Empieza a besarme por el cuello, subiendo hacia mi oreja para susurrarme que nos vayamos. No me lo pienso y tiro de él hacia la salida.

Cuando llegamos al parking, abre su coche. Es un Mercedes negro clase A y ahí me doy cuenta que este tío tiene que ganar bastante pasta. Cuando llegamos al coche, me apoya en él y volvemos a empezar a besarnos y a meternos mano. Y yo no puedo esperar más, mis pezones se endurecen solo con el roce de su pecho contra el mío. De repente, empiezo a sentirme mareada por culpa del alcohol.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupado

—Sí, no te preocupes —comento sin darle mucha importancia

—Pues no lo parece —sigue insistiendo.

—Ha sido un simple mareo, pero se me pasará.

Y sin previo aviso, me llevo la mano a la boca. Corro hasta llegar a la parte trasera del coche y empiezo a vomitar.

—Creo que va siendo hora de que te lleve a casa, no estás bien.

—Lo siento mucho, de verdad —respondo algo avergonzada.

—No tienes nada que sentir, preciosa, son cosas que pasan. Pero no te preocupes, tendremos oportunidad de volvernos a ver. Suelo venir a menudo a España por motivos de trabajo.

Entonces Mark me ayuda a entrar en el coche y le doy mi dirección. Llegamos a mi casa en unos minutos.

—Bueno, aquí estás. Sana y salva —dice con una sonrisa.

—Salva sí, pero sana lo dudo mucho. —Empiezo a reír.

—Ha sido un placer conocerte, Lidia.

—Igualmente. Y repito, siento mucho lo sucedido. Te propongo algo, cuando vuelvas de nuevo a Madrid, me llamas y te invito a una copa. ¿Te parece bien?

—Pues, la verdad, no me parece bien —comenta y yo me siento avergonzada—. No me mires así, te decía que no me parece bien porque el que te va a invitar seré yo. Y no solo a una copa, primero te llevaré a cenar y después tomaremos esa copa que tenemos pendiente.

—Me parece perfecto —respondo respirando ya más tranquila.

—Toma, aquí tienes mi número de teléfono por si alguna vez lo necesitas.

—Gracias, lo guardaré por si lo necesito.

Los dos nos echamos a reír y nos despedimos con un ligero beso en los labios hasta el próximo encuentro.

Cuando entro en el portal veo cómo se aleja el coche hasta que gira en la esquina de mi calle.

Entro en casa y lo primero que pienso es en mandarle un mensaje a Carol. ¡Dios, dónde tengo la cabeza! Me largué de la discoteca sin decirle nada, aunque seguramente ni se haya enterado. Desde luego que entretenida sí que la dejé.

Lidia: Nena, lo siento. No te enfades.

Carol: ¿Dónde te has metido?

Lidia: Lo siento pero no me encontraba bien y me fui a casa.

Carol: Pero ¿estás bien?

Lidia: Sí, no te preocupes. Estoy mejor, creo que te dejé en buena compañía.

Carol: Pues sí, no te lo voy a negar.

Lidia: Haces bien. Bueno, mañana hablamos ¿ok?

Carol: Sí, cariño. Mañana te cuento todo con pelos y señales.

Lidia: Jajajaja. Mira que eres mala.

Carol: No lo sabes tú bien. Y más que voy a serlo esta noche.

Lidia: Pues te dejo, disfrutar de tu noche. Besos.

Carol: Besos, cariño. Hasta mañana.

Cuando termino de hablar con Carol, voy al baño a darme una buena ducha. A ver si se me pasa la borrachera que llevo encima...

No puedo parar de sonreír al recordar la situación en la que me he encontrado con Mark. Es ver para creer. En cuanto se lo cuente a Carol, se va a partir de risa. Ya parece que la estoy oyendo decir: <<Lo que te pasa a ti, no le pasa a nadie. Eres un caso>>. Me empiezo a reír sola en el baño. Si es que desde luego que cualquiera que me viera ahora mismo pensaría que estoy loca.

Al cabo de veinte minutos, ya estoy acostada. A ver si me dejo caer en los brazos de Morfeo.

Capítulo 4

Luke

—¿Cómo te fue la reunión en Madrid, Mark? —le pregunto nada más que entra por la puerta de mi despacho.

—Pues la verdad que muy bien. Creo que tenemos otra empresa para comprar. Esta vez se trata de un astillero que está en Cádiz a punto de la quiebra. He estado estudiando las estadísticas y lo cierto es que vamos a obtener buenos beneficios.

—Me parece perfecto. Por cierto, he recibido varios currículos de nuestras oficinas en España, Italia y Francia. La verdad es que de los que he visto, solo me ha llamado la atención uno de España. Se le exigían ciertos requisitos al pedir el empleo para este puesto y uno de ellos es tener experiencia laboral al menos 2 años.

—¿Y qué problema hay? —cuestiona Mark mientras se sirve una copa de coñac del mini bar de la oficina.

—Ningún problema. Simplemente que no cumple precisamente ese requisito, pero estoy viendo que tiene unas excelentes calificaciones y no sé por qué, pero tengo un presentimiento con esta candidata.

—¿Mujer? No empieces con tus líos de faldas que nos conocemos — comenta un poco serio.

—Sabes de sobra que yo nunca mezclo trabajo con placer. Además, no quiero compromiso con nadie. Ya tuve suficiente con el de hace unos años. Y hablando de líos ¿cómo van tus conquistas? —pongo cara de pícaro.

—Pues lo cierto es que la cosa está tranquila, aunque conocí a una morena espectacular en España.

—Que cabrón, seguro que acabaste follándotela, como a todas. —Me río.

—Uf, eso hubiese querido yo pero la cosa no salió como estaba previsto. La tuve que dejar en su casa. Cogió una borrachera que acabó vomitando detrás de mi coche y a mí me gusta que las mujeres sean conscientes de lo que hago. Me gusta hacerlas disfrutar y creo que ella no se acordaría al día siguiente ni de quién soy.

—Ha herido tu orgullo masculino —digo carcajeándome.

—Sí, tú ríe. Espero que no te pase nunca porque me fui con un dolor de huevos horrible de lo empalmado que estaba. Tuve que darme una ducha fría cuando llegué al hotel y aun así tuve que terminar masturbándome porque no había manera de bajar esa erección.

—No hablemos de erecciones que no soy capaz de bajar la mía cuando pienso en ella y en la forma que me la follé. Lo haría una y mil veces porque no soy capaz de olvidarla ni a ella ni su sabor. Lo último que sé de ella es que estaba hablando con un camarero del hotel sobre unos exámenes de economía. Fui un gilipollas por no pedirle su teléfono, aunque yo le di el mío.

—Bueno, que más te da. Tú a las negociaciones fuera de Estados Unidos no vas, a no ser que vayas por causa mayor. Eso quiere decir que no te veo en España de nuevo.

—Ahí tienes toda la razón, pero no sé. Tendría que plantearme si viajar más o no. —Mark se queda observándome sin dar crédito a lo que sus oídos están escuchando.

—No pensaba que esa mujer te había marcado tanto. Tus polvos de un día son eso, polvos de un día. Y jamás te he visto así, lo que me hace pensar que esa tía tiene que ser una fiera en la cama.

Desde la conversación que había tenido en mi despacho con Mark, solo puedo pensar en ella y eso me cabrea bastante por dos motivos. El primero es porque una mujer nunca había estado más de un día en mi cabeza, y ya va un mes. Y el segundo es que estoy con una erección de campeonato y no estoy dispuesto a seguir así. Necesito coger las riendas y seguir con la vida que llevaba antes de conocerla.

Sin pensarlo dos veces, cojo las llaves de mi coche y me dirijo al pub de Noah. Necesito distraerme un rato, hablar con mi amigo y beber algo. A ver si con un poco de suerte conozco a alguna mujer porque necesito follarse bien duro hoy para quitarme a Lidia de mi cabeza y desahogarme bien. Así

podré llevar de nuevo la vida que he llevado hasta ahora.

—Bueno, bueno, bueno. Pero ¿a quién tenemos aquí? —Se burla Noah con solo verme entrar por la puerta—. Si tenemos al *Casanovas*. ¿A qué debemos tu visita?

—Venga, Noah, no me toques los cojones que ya bastante calentito vengo como para que encima me los masajees bien.

Noah alza las manos en señal de rendición y mirándome serio se dirige a mí.

—Ahora ya en serio. ¿Qué haces aquí?

—Necesito una copa y creo que este es el sitio idóneo. Sírvenme un whisky doble.

Noah frunce el ceño porque sabe que algo me pasa. Me sirve el whisky y me pide que vayamos a la esquina de la barra, allí estaremos más tranquilos para hablar.

Me pregunta qué me pasa y yo le cuento que desde que llegué de España no soy capaz de quitarme a una mujer de mi cabeza. Eso hace que aún me sienta más impotente y me frustre, ya que hace algún tiempo juré que nadie volvería a entrar en mis pensamientos

—Así que el *Casanovas* se nos ha enamorado.

—No digas estupideces. No vayas por ese camino.

—A ver, Luke, sabes que no puedes mandar en tu corazón y tus sentimientos. Acéptalo, esa mujer te caló bastante.

—Joder, tío, que ya lo sé. Por eso me da rabia porque yo no estoy enamorado de ella ni mucho menos. El amor para mí no existe.

—Bueno, si tú lo dices, no voy a ser yo quien te abra los ojos.

Noah se marcha y me trae otro whisky. Yo me quedo observando desde la barra a una mujer rubia con un cuerpo espectacular. Tiene unas curvas bien formadas y unos pechos que parecen montañas. Todo un placer para la vista.

Le pongo mi sonrisa de pícaro. Ella me responde y sin pensarlo, me dirijo hacia ella sin apartar mi mirada de la suya. A medida que me acerco, veo lo preciosa que es y me empiezo a imaginar todo lo que le voy a hacer.

—Buenas noches, preciosa. ¿Me dejas que te invite a una copa? — Ella ladea la cabeza y como una gatita ronroneando, se va acercando a mí. Cuando está cerca, pone su dedo índice sobre mi pecho.

—¿Sólo la copa? ¿No te apetece otra cosa? —Y sé exactamente a lo que se refiere.

Volvemos a pedir otra consumición en la barra. En cuanto nos sirven, ella coge mi mano y nos dirigimos a un reservado del pub. Noah niega con la cabeza al ver mis intenciones.

Cuando llegamos al reservado y nos sentamos en el sofá, no me preocupo ni en preguntarle su nombre. Me dirijo directamente a sus labios y empiezo a devorarla con ansiedad.

Me estoy empalmando cada vez más con sus caricias, no se corta ni un pelo. Agarra mi miembro al notar lo duro que está y yo subo mis manos hasta sus pechos. Tiene los pezones totalmente duros de la excitación. Al notar mis manos, ella gime. Le propongo que nos marchemos del pub y ella acepta encantada. Me despido de Noah con la rubia cogida de la mano y vamos al *parking* a coger mi coche.

Tengo claro que no la voy a llevar a mi casa, así que opto por llevarla a un hotel. Una vez llegamos al hotel, pido una *suite* y les digo que me suban champán.

Ya en la *suite*, me quito mi chaqueta y la corbata ya que siento como si me estuviera ahogando. A los pocos minutos, tocan a la puerta. Es el camarero que trae el champán. Entra y deja el carro en mitad de salón mientras cojo mi billetera para darle una propina. Se marcha dándonos las buenas noches.

—¿Te apetece una copa? —le pregunto a la rubia.

—Por supuesto —responde acercándose a mí con movimientos sensuales.

Cuando le entrego su copa, nos la bebemos sin apartar los ojos el uno del otro. Termino mi copa rápido y sin más espera, le quito su copa y empiezo a besarla con fuerza. Poco a poco voy lamiéndole el cuello y bajándole las tiras de su vestido que se desliza completamente hasta sus tobillos.

Es una mujer preciosa. Ante mí tengo a una diosa con un conjunto de encaje blanco que hace que babeo. Empiezo a lamerle el pezón por encima del sujetador. Mientras, ella gime de placer pero algo pasa por mi mente. ¿Por qué no me estoy excitando como debería? Estoy cachondo, pero no me estoy saciando con lo que hago. No siento el placer que debería sentir.

Nunca he tenido problemas a la hora de estar con una mujer, así que intento concentrarme en lo que estoy haciendo, pero no puedo. Cuando levanto la cabeza, en la cara de la rubia se refleja la de esa camarera que me

trae loco.

La suelto como si quemara y ella me mira muy extrañada.

—Lo siento... Lo siento, no sé qué me pasa que no puedo, no puedo hacerlo.

—¿He hecho algo que no debería? —pregunta muy preocupada.

—Oh no, para nada. Tranquila, el problema soy yo.

—Bueno, tal vez puedo ponerle solución a eso. Déjame a mí, verás cómo te sentirás bien —dice acariciándome el miembro.

La aparto con mucho cuidado, no quiero ser brusco con ella.

—De verdad que lo siento. Tengo que marcharme, puedes quedarte aquí si quieres. La habitación está pagada y con desayuno incluido.

Y sin más, cojo mi chaqueta y salgo de la suite ante la atenta mirada de la chica. Está en shock. Salgo como alma que lleva el diablo del hotel y me dirijo hacia mi casa cada vez más cabreado conmigo mismo.

—Joder, joder, joder. Estás jodido Luke, pero completamente jodido —gruño en voz alta.

Capítulo 5

Estoy en el vestuario quitándome el uniforme para irme a casa. Me siento muy agotada, no llega el momento de sentarme en mi sillón y estirar las piernas. De pronto, suena mi teléfono.

—¿Dígame?

—*Buenas tardes. Deseo hablar con la señorita Martínez. ¿Es usted?*

—Sí. ¿Quién habla?

—*Llamo de la empresa Smith & Preston. Tenemos una solicitud de trabajo que usted nos facilitó hace unos días y quisiéramos concretar con usted, si fuese posible, una entrevista para el puesto que se solicita.*

—Oh, sí, claro. ¿Cuándo sería la entrevista?

—*Será mañana a las cuatro y media de la tarde. Supongo que sabrá dónde se encuentra nuestra compañía.*

—Por supuesto, no se preocupe mañana estaré a la hora acordada.

—*Estupendo señorita Martínez, la esperamos mañana entonces. Que tenga buena tarde.*

—Gracias, hasta mañana.

—¡SI! —grito entusiasmada sin poder parar de dar saltos de la alegría.

Tengo que llamar a Carol en cuanto llegue a casa, se va a poner muy contenta. Parece mentira que me esté pasando esto a mí. <<Bueno, tranquilízate, Lidia. Que aún no estás trabajando para la empresa, solo es una entrevista. Pero, Dios, no puedo evitarlo>>, pienso.

Cuando llego a casa, lo primero que hago es ir a recoger a mi hija a casa de sus yayos. Después, cojo el móvil y le mando un *WhatsApp* a Carol para que se pase por casa lo antes posible.

Le pongo los dibujos a Alba mientras me doy una ducha rápida. Termino y le preparo la merienda a mi hija. Cuando escucho el timbre de la puerta, sé que se trata de Carol.

—Hola, preciosa. Pasa —comento con las manos ocupadas preparando el bocadillo de la niña.

—Bueno, me tienes intrigada con tantas prisas y sé que se trata de algo bueno por tu cara.

—Pues no te equivocas. —Sonrío de oreja a oreja—. Resulta que me ha llamado hace un par de horas una de las empresas en la que eché el currículo y mañana a las cuatro y media tengo una entrevista.

—¿Y cuál es la empresa?

—Se trata de *Smith & Preston*. Es una empresa amErikana que está expandida por gran parte de Europa.

—Solo falta esperar a ver qué te dicen y qué condiciones te ponen.

—Claro que sí, tampoco me quiero hacerme ilusiones.

—Será lo mejor, no le des más vuelta.

—Sí, eso haré. Cambiando de tema. ¿Qué pasa con lo tuyo?

—Pues nada, la cosa sigue igual o peor. Ya me han preparado el finiquito y a finales de este mes termina mi contrato —dice con los ojos empañados en lágrimas.

—Bueno, cariño, tú tranquila. Verás como pronto te saldrá algo. Tienes muy buena experiencia laboral. Además, ya sabes que Juan te hará una buena carta de recomendación.

Después de charlar un poco más, pasamos la tarde jugando con Alba. Le pido a Carol que se quede a cenar, pero desiste de la invitación. Acordamos que nos veremos el día siguiente para contarle qué tal fue la entrevista.

Llevo toda la mañana con los nervios a flor de piel. No me concentro en el trabajo pensando en la dichosa entrevista. Si debo ponerme falda o pantalón, si llevo el pelo recogido o suelto... Cuando a las tres de la tarde salgo del hotel para ir a casa a arreglarme, al final opto por ponerme un pantalón negro de pinza con mi blusa blanca y me dejo el pelo suelto para ir elegante pero

informal.

A las cuatro y cuarto me encuentro delante de la empresa *Smith & Preston*. Entro y me dirijo al mostrador de recepción donde me atiende una chica morena de ojos marrones bastante guapa a la que le pregunto dónde está recursos humanos.

Subo hasta la tercera planta y el recepcionista me pide que espere a que me llamen. Me siento y observo la sala mientras espero. Las paredes están pintadas de unos tonos cálidos. Hay un sofá color crema, unos sillones negros bastantes amplios y cómodos y una enorme ventana donde se puede apreciar el parque de El Retiro.

—¿Señorita Martínez? —El recepcionista llama mi atención—. Puede pasar por aquí, si es tan amable.

—Muchas gracias —respondo.

Entro en la oficina con seguridad. La estancia está decorada con tonos grises. A la derecha se encuentra una mesa redonda de madera de roble con seis sillas a juego y en el centro hay un escritorio de cristal donde está sentado un hombre de unos sesenta años con el pelo algo canoso, ojos marrones y cara de bonachón.

Se levanta y me tiende la mano para presentarse.

—Buenas tardes, me llamo Fernando Gómez. Por favor, tome asiento.

—Buenas tardes, yo soy Lidia. Muchas gracias.

—Bien, Lidia. Espero que no le importe que nos tuteemos.

—Para nada, Fernando. Es más, lo prefiero.

—Estupendo. Te cuento de qué se trata el puesto que solicita. Como sabrás, esta es una empresa que se dedica a comprar otras empresas que están a punto de la quiebra, y esto conlleva un riesgo demasiado importante. Su cometido sería estudiar dichas empresas en las que se quieren invertir para ver si es fiable su compra. También quiero que sepa que la formación y el período de prueba se va hacer en esta oficina., pero la vacante es para las oficinas situadas en Londres y Nueva York por lo que pedimos un alto nivel de inglés.

—Entiendo.

—El salario dependerá de la oficina que se le asigne, por eso necesitamos una persona que tenga disponibilidad para viajar y trasladarse a la oficina que se le requiera. Así que antes de darnos una contestación, piénsalo y mañana la llamaremos para saber su decisión.

—De acuerdo —afirmo.

—Se me olvidaba. El tiempo de prueba será de dos meses. Una vez finalizado, se valorará su trabajo y si es aceptada, su contrato pasaría a ser de un año. Pasado ese año, se haría indefinido. ¿Alguna duda?

—No, me quedó claro, Fernando. Lo pensaré y mañana cuando me llames, te daré la respuesta.

—Muy bien, Lidia. Espero que esa respuesta sea positiva, nos gustaría que formases parte de esta empresa.

—Muchas gracias por la confianza que depositas en mí, Fernando.

Nos levantamos y nos dirigimos hacia la puerta. Fernando me tiende una mano en señal de despedida.

De camino a casa, voy inmensa en mis pensamientos sin saber qué hacer. Por un lado, sé que va a ser una gran oportunidad que no debería dejar de escapar. Además, estaría haciendo algo para lo que me he estado preparando durante mucho tiempo y me gusta. Pero por otra parte, no quiero dejar aquí a quien considero mi familia.

También está Alba que, aunque me la lleve conmigo, no sé cómo me las apañaría. Estoy hecha un lío.

Llego a casa y veo a Carol jugando con Alba a las princesas en su habitación. Al ver la cara pintada de Carol, me quedo asombrada. Más que una princesa parece una payasa. No puedo evitar reír a carcajadas en cuanto la veo. Ella me mira y sacándome la lengua, afirma que lo que le tengo es envidia porque nunca me veré tan guapa como ella.

Dejamos a Alba en su dormitorio viendo por vigésima vez *Frozen* mientras nosotras nos dirigimos a la cocina a preparar un poco de café. Mientras tanto, le voy contando cómo fue la entrevista.

—Y bien, ¿qué vas a hacer, Lidia?

—No lo sé, cariño —contesto—. Estoy hecha un lío. Por un lado, tengo ganas de hacerlo pero, por otro lado, no os quiero dejar aquí. Sois todo lo que tengo, tanto tú como los yayos. Además, no podría irme sola con Alba, al menos al principio. No sé qué hacer, Carol.

—Pues entonces no lo piense reina, es el sueño de tu vida y una buena oportunidad que no puedes dejar de escapar. Hazme caso.

Carol se queda un momento pensativa dándose golpecitos con su dedo índice en los labios, al cabo de dos minutos se le ilumina la cara.

—¡Listo! —dice—. No hay de qué preocuparse, me voy contigo.

—¡¿Qué?! ¿Lo dices en serio? Pero... pero tú... tú —empiezo a

tartamudear de la impresión por su respuesta porque no me la esperaba.

—¿Yo qué? A ver Lidia, céntrate. Yo puedo irme contigo perfectamente y echarte una mano con Alba hasta que estés instalada totalmente. Te recuerdo que a finales de mes soy una más en la cola del paro y sabes también que me gusta viajar. Va siendo hora de tomarme unos meses sabáticos. Tengo unos ahorros, puedo estar sin trabajar perfectamente durante un año.

Trato de asimilar lo que está diciendo mientras continúa hablando.

—Sé que me necesitas y qué mejor momento que ahora. Además, tenemos tiempo para organizarnos. Son dos meses de formación que tienes aquí, así que mientras tanto yo me ocupo arreglar pasaporte y todo. No creo que tarden mucho en darte el destino, así me dará tiempo también a buscar algún piso para alquilar. Verás como todo va a salir de lujo. Tómallo como una aventura, las dos recorriendo mundo. ¡Dios qué peligro! —comienza a carcajearse.

Veo a Carol está más ilusionada que yo y la verdad, me gusta verla así. Ella es mi pilar, cuando yo veo las cosas negras, ella en dos segundos me las pinta de colores como si fuera un arcoíris y ve las cosas mucho más positivas. Ojalá yo tuviese aunque sea la cuarta parte de su optimismo.

Entonces no me lo pienso más y decido ir a la aventura, como dice ella.

Al día siguiente, sobre las cinco de la tarde, me llaman de la empresa para saber mi decisión. Le respondo que acepto y me informan que tengo que pasar por la oficina otra vez para firmar el contrato de dos meses de aprendizaje.

Ahora toca ir hablar con Germán, el director del hotel. Es un hombre de cincuenta y cinco años que para la edad que tiene, está de rechupete. Como dice Carol, este hombre es como el vino, mientras más tiempo tiene, más bueno está. Es un caso esta chica. Además, es un hombre que siempre se ha portado muy bien conmigo y fue uno de los primeros que me animó a acabar mi carrera.

Llego al hotel y voy directamente al despacho de Germán. Toco la puerta pidiendo permiso para entrar y él sin duda me lo da.

—Hola, Lidia. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Hola, Germán —digo con una sonrisa—. Quisiera comentarte algo importante.

—Pues tú dirás.

—Bien, resulta que mandé hace unos días unos curriculum a unas empresas y me han llamado de una. Estoy bastante interesada en esa empresa, ayer hice la entrevista y he aceptado. Sé que tengo que avisar con quince días de antelación, pero como tengo diez días de vacaciones, quisiera que lo tomases como de aviso, sino te importa.

—Claro que no, Lidia —contesta muy contento—. Sabes que soy el primero que se alegra que hagas lo que realmente te gusta. Te quiero como a una hija, siempre has sido una persona honesta y responsable, y quiero lo mejor para ti. Pero quiero que te quede claro una cosa, aquí tienes las puertas abiertas. Si no te van bien las cosas, que lo veo poco probable ya que conozco tu perseverancia y el empeño que le pones a las cosas, tu puesto lo tendrás aquí siempre que lo desees.

—Gracias, Germán. Tú sí que eres como el padre que nunca conocí. —Me acerco a él con lágrimas en los ojos y le doy un abrazo.

—De nada, Lidia. Así que no tienes que esperar esos quince días y si tienes que empezar ya, adelante.

Salgo del hotel triste y contenta a la vez. Voy a echar mucho de menos a mis compañeras, son muchas anécdotas juntas. Pero una cosa tengo clara, una vez que entre a la empresa, voy a hacer todo lo posible por quedarme y demostrar que soy capaz de hacer bien mi trabajo.

Me dirijo a *Smith & Preston*. Al llegar allí, voy a recursos humanos donde se encuentra Fernando. Me pide que pase y me siente.

—Bueno, Lidia, aquí tienes tu contrato. Léelo bien y si tienes alguna duda, solo tienes que preguntarme. Quiero que te queden muy claras todas las condiciones y si hay algo que no te guste, lo miramos a ver cómo se puede arreglar.

Comienzo a leer el contrato antes de firmarlo. Lo veo todo correcto y sin más preámbulo, lo firmo.

—Listo, señorita Martínez. Bienvenida a la empresa, la esperamos este lunes a las nueve de la mañana. Una vez que usted se integre en la empresa, le mostraremos su oficina y se les presentará a sus compañeros. Espero que tanto usted como nosotros estemos contentos.

—Muchas gracias, Fernando. Nos vemos el lunes. —Y sin más le doy la mano y me dirijo hacia la puerta de salida con mi cara de felicidad.

Capítulo 6

Han pasado casi dos meses desde que entré en *Smith & Preston* y estoy muy contenta. Al principio cuando entré, estaba muy nerviosa y me agobié tanto que pensé que no encajaría allí. Menos mal que tuve muchísimo apoyo por parte de todos. Aquí todos somos como una gran familia y siento que no me pueda quedar aquí porque he hecho grandes amigos también.

Estando en mi despacho, me llaman por el teléfono interno de la empresa. Se trata de Fernando.

—*Hola, Lidia. ¿Cómo llevas la mañana?*

—Bueno, un poco liada pero bien. ¿Y la tuya?

—*Imagínate, sin parar también. Lidia, necesito que pases por mi despacho. Tengo que hablar contigo.*

—Sí, Fernando, ahora mismo voy. En un par de minutos estoy ahí.

—*Estupendo, aquí te espero.*

Cuelgo el teléfono y me dispongo a ir a la oficina de recursos humanos. Voy algo nerviosa porque cuando no es algo muy importante, me suele pedir lo que sea por teléfono. Así que cuando ya me dice que vaya, puede pasar cualquier cosa.

Llego al despacho y me invita a pasar.

—Lidia, llegó el día de la verdad. La semana que viene acaba tu contrato de prueba.

Trago saliva algo nerviosa.

—Lo sé. La verdad es que se me pasaron estos dos meses muy rápido —comento con un poco de melancolía.

—Lo cierto es que sí, han pasado muy rápido. No le vamos a dar más

vueltas al asunto, me han llamado de dirección para darte las noticias. Porque son dos, una es buena y la otra... pues según cómo te lo tomes.

—Fernando, por favor, no seas malo. No me hagas sufrir más, mira que te gusta ver las caras que ponemos.

—Es que no lo puedo evitar. Y más cuando no son malas noticias — contesta con una sonrisa—. Vale, no me enrolló más. Como te decía, tu período de prueba se acaba y la empresa ha valorado todo tu esfuerzo y trabajo. Desde dirección me han dado la orden de renovarte el contrato y oficialmente, ya eres parte de la empresa si tú quieres. Esa es la parte buena pero hay otra parte que no sé si te va a gustar, eso ya se habló el día de la entrevista. Sabías que no te quedarías en España, que la vacante es fuera.

—Sí, claro que lo sé. Soy consciente de eso —afirmo—. ¿Y para dónde tengo que marcharme?

—Pues haz las maletas que te vas para Nueva York. Tienes una semana para dejar todos tus asuntos preparados.

—¿Una semana? Pero Fernando, tengo mil cosas que hacer antes de irme. No has tenido en cuenta que tengo que buscar dónde vivir.

—Por el tema de la vivienda no hay problema —comienza a explicar—. La empresa dispone de apartamentos para sus trabajadores que no son de ese país y dispondrás de una vivienda que se encuentra a dos manzanas de la empresa. Así tampoco tendrás problemas de transporte. Esas son algunas de las ventajas que tendrás, además de disponer también de seguro médico.

—Me parece fantástico. Entonces poco tendré que arreglar —contesto muy contenta y emocionada.

Me gusta la idea de irme a Nueva York, la ciudad que nunca duerme.

Al acabar la jornada, voy al supermercado para comprar algo para la cena. Voy a intentar no comprar mucho para gastar lo que hay en casa y dejar todo vacío porque me iré en breve. Al final compro una base de pasta fresca para hacer pizza ya que a Carol, a Alba y a mí nos encanta, y me marcho a casa con una sonrisa.

—¡Ya he vuelto chicas! —grito cuando entro y me dirijo a la cocina.

En ese momento, mi hija llega corriendo para abrazarme.

—Mamiiiiiii —grita mi princesita—. ¿Qué vamos a cenar?

—Pues esta noche tenemos que celebrar que a mami le han renovado el contrato y por eso he comprado la masa para hacer pizza.

—¡Bien! —grita de nuevo y sale corriendo de la cocina para contarle a Carol lo que vamos a cenar.

A mi princesa no solo le gusta la pizza sino que también le encanta ponerse el delantal y ayudarme a prepararla. Siempre acabamos las dos hechas “un Cristo”, pero nos lo pasamos bomba. Nos reímos mucho y esos son los momentos que disfruto tanto de ella que no los cambiaría por nada del mundo.

Cuando terminamos de hacerla, nos ponemos a cenar y empiezo a contarle a Carol lo de mi nuevo contrato y las condiciones. Ella me da mucho ánimo y me dice que todo va a salir bien, que vendrá conmigo y cuidará de Alba el tiempo que sea necesario. Estoy muy contenta de tener a Carol conmigo y, sobre todo, por la ayuda y el apoyo que siempre me da.

—Necesito hablar con los yayos —comento a Carol, preocupada—. Sé que ellos no van a tener ningún problema en quedarse con Alba pero sabes que hasta que no esté instalada y encuentre un colegio para ella, no me la puedo llevar. No sé si podré soportarlo, es la primera vez que me voy a separar de ella.

—Ya lo sé, cielo, pero piensa que ella va a estar muy bien. Quiere mucho a sus yayos al igual que ellos a ella, y un mes pasará pronto, ya verás. Además, no te voy a dejar sola. Yo voy a estar allí —afirma acariciándome la cara y dándome un abrazo.

—Lo sé, nena. Siempre estás ahí, te quiero muchísimo.

—Y yo, corazón. Y yo.

Después de una semana y de asegurarme de tener todo en regla, llega el día de marcharme a Nueva York. Me siento muy nerviosa y triste a la vez al saber que tengo que dejar a mi hija, aunque sé que estará en buenas manos. Pondría mi vida en manos de sus yayos.

—Cariño, pórtate bien con los yayos —le digo a Alba dándole un abrazo—. Mamá pronto estará aquí, verás cómo un mes pasa pronto y volveré a por ti.

Alba no para de llorar y me está destrozando el corazón. No estoy muy segura de coger las maletas y marcharme, pero entonces Carol se agacha a la altura de Alba y comienza a hablar.

—A ver, campeona. Ya eres una niña mayor ¿verdad? —Alba asiente con la cabeza—. Pues entonces demuéstranos que vas a ser valiente, que no vas a llorar y que tú cuidarás de los yayos. Ya sabes que están muy mayores y necesitan a alguien que esté pendiente de ellos, y creo que tú eres la adecuada. Además, te llamaremos todos los días y no te vas a dar cuenta que no hemos ido, ¿de acuerdo?

—Sí, tita Carol. Yo zoy una niña muy *gande* y voy a cuidar del yayo —contesta ella muy orgullosa.

—Estupendo. ¡Choca esos cinco! —Alba y Carol chocan las manos y comienzan a reírse.

Les doy un fuerte abrazo a los yayos y a mi hija me la como a besos antes de salir por la puerta, mientras es ella la que me tranquiliza.

Llegamos al aeropuerto media hora más tarde y nos dirigimos a las salidas internacionales. Hacemos cola para facturar las maletas, aún quedan dos horas para que nuestro vuelo salga, así que Carol y yo nos vamos a comprar unas revistas para las diez horas de vuelo que nos esperan y a tomar un refresco en la cafetería que hay cuando pasas el control.

Media hora después de terminar nuestros refrescos, los altavoces anuncian que los viajeros de vuelo con destino a Nueva York vayan embarcando por la puerta C2. Nos dirigimos a la puerta de embarque y una vez allí, mostramos nuestros pasajes y entramos en el avión.

Menos mal que la empresa me pagó el billete en primera clase, así pude comprarle el suyo a Carol. Evidentemente, ella no quería que lo hiciera pero le rogué que, al menos, me dejase pagar la diferencia entre la clase turista y la preferente. Fue la única manera de poder pagarle parte del pasaje. Qué mínimo, demasiado estaba haciendo ya por mí.

Mientras volamos rumbo a Nueva York, Carol y yo no paramos de hacer planes de lo que queríamos visitar. Central Park, la Estatua de la Libertad, el Empire State, Times Square, Rockefeller Center y el Puente de Brooklyn, entre otras cosas. En todo el trayecto no paramos de hacer el tour. Estoy muy entusiasmada ya que siempre he soñado con ir alguna vez a Nueva York, y mi sueño se está haciendo realidad. Ahora espero que las cosas me vayan bien ya que he decidido dar un paso muy grande.

“Señores pasajeros, les informamos que en veinte minutos vamos a

aterrizar en el aeropuerto JFK de Nueva York. Por favor, abróchense los cinturones. De parte del comandante y la tripulación, deseamos que hayan tenido un buen vuelo.”

En esos momentos, se me pone la piel de gallina. Miro a Carol con muchos nervios.

—No me puedo creer que estemos aquí —susurro.

—Pues créetelo, ya es un hecho. Verás como todo irá bien.

Aterrizamos y cuando bajamos del avión, nos dirigimos hacia la cinta de equipajes a recoger nuestras maletas. Cuando tenemos nuestros equipajes, nos dirigimos hacia la salida y saco de mi bolsillo un papel con la dirección que me dio Fernando de mi nuevo apartamento.

Cogemos un taxi y tras darle la dirección, nos encaminamos a ella. En media hora ya estamos delante de un edificio bastante impresionante o, al menos, eso me parece a mí. No estoy acostumbrada a ver edificios tan gigantescos. Entonces recuerdo que estoy en la ciudad de los rascacielos.

El edificio parece como un espejo por fuera ya que está construido con los materiales más modernos que hay y su fachada está totalmente cubierta de acero inoxidable. Pensaba que eso solo se veía en las películas pero me equivocaba. Son iguales.

Entramos y a la derecha se encuentra un mostrador lleno de monitores vigilando todo el edificio e incluso cada una de las plantas. Bastante seguridad para mi gusto.

De repente, se nos acerca un hombre de unos cuarenta años, rubio, ojos marrones y no muy alto. Se presenta como el conserje y yo le digo que soy la nueva inquilina del apartamento doscientos dos. Él coge una lista y me pregunta mi nombre, para comprobar que estoy y me da la bienvenida. Nos acompaña hasta el apartamento, ayudándonos con las maletas.

Una vez dentro, me quedo con la boca abierta de lo que allí me encuentro porque no me lo esperaba tan grande. Pensé que se trataría de un apartamento de unos sesenta metros cuadrados como máximo, y este es el doble. Es más grande que mi casa de España.

Carol y yo estamos alucinando con el apartamento. El salón tiene unos treinta metros cuadrados, los muebles son blancos y tienen toques plateados y negros. También hay un sofá blanco de tres plazas de piel, una mesita auxiliar de metacrilato y, a la derecha, una puerta de cristal que da a una terraza con una mesa redonda de madera y cuatro sillas a juego donde las vistas a Central Park son impresionantes.

Además, el apartamento cuenta con tres habitaciones, una de matrimonio con un baño, dos habitaciones individuales y un cuarto de baño independiente. Aunque lo que más me gusta es la cocina. Está separada del salón por una barra amErikana bastante amplia con sus cuatro taburetes. Es bastante espaciosa y no le falta ningún detalle, pero sí me extraña no ver una lavadora por ninguna parte.

Entonces Carol me explica que los amErikanos no suelen tener lavadoras propias, al menos la gran mayoría que vive en comunidad ya que existe una lavandería comunitaria donde hay varias lavadoras y secadoras a disposición de los inquilinos y propietarios del edificio.

—Estoy agotada del viaje —digo bostezando—. Voy a darme una ducha y a dormir. El *jet lag* me tiene muerta.

—¿Acaso piensas que me voy a ir de juerga? —Pregunta irónicamente—. Yo voy por el mismo camino que tú, estoy que me caigo por los rincones.

Nos damos una ducha y comemos unos sándwiches que compramos en el aeropuerto ya que aquí no tenemos comida hasta que hagamos la compra. Cuando terminamos de comer, miro la hora para poder llamar a mi hija pues la diferencia de hora son seis horas menos que en Nueva York.

—Hola, Carmen. Soy Lidia —digo nada más que descuelga el teléfono.

—Hola, cariño. ¿Cómo os fue el viaje? ¿Muchas horas?

—El viaje fue bien aunque estamos muy cansadas y la diferencia de hora nos está pasando factura. Aquí son las diez de la noche y antes de acostarnos me gustaría saludar a Alba.

—Claro que sí, cariño. Te la paso ahora mismo. —Escucho cómo Carmen grita llamando a mi hija diciéndole que su mamá está al teléfono y ella comienza a gritar de alegría.

—¡Hola, mami!!!!!! Me lo he comido todo todo y me estoy *potando* muy bien. Estoy cuidando a los yayos y ayudo a la yaya a recoger todo, porque yo ya *zoy* mayor —escucho a Alba que no para de hablar y yo me limito a escucharla y reír.

—Muy bien, mi niña. Así me gusta, que los ayudes en todo y te portes como una niña mayor. Estoy muy orgullosa de ti, verás como pronto estarás conmigo. Esto te va a gustar.

—Ay, mami, te echo mucho de menos —dice con voz tristonera y a mí se me saltan las lágrimas.

Yo también la echo de menos, es la primera vez que me separo de ella.

—Yo también, cielo, pero voy a preparar tu habitación de princesa como a ti te gusta para cuando vengas. —Bostezo—. Bueno, cariño, tengo que dejarte ya. Mañana te vuelvo a llamar y me cuentas que lo que has hecho, ¿vale?

—Zi, mami, mañana hablamos. Un *bezo* muy *gande*.

—Otro para ti, cariño. Pásame a la yaya.

Entonces Alba le dice a la yaya que quiero despedirme de ella.

—Bueno, Lidia —Carmen comienza a hablar—, ten cuidado y no te preocupes por la niña que aquí está bien. El yayo no para de jugar con ella cuando llega del colegio, así que tranquila, reina.

—Muchas gracias, Carmen, no te puedes imaginar lo que estás haciendo por mí.

—No me tienes que dar las gracias de nada, sabes que tanto tú como Alba sois mi familia.

—Mañana os llamaré de nuevo —afirmo—. Dale un beso muy grande a José y salúdalo de mi parte.

—Eso está hecho y otro para ti y Carol. Adiós.

—Adiós.

Cuelgo el teléfono y me entran ganas de llorar. Carol se acerca a mí y me abraza, reconfortándome.

—Venga, petarda —dice separándose de mí—, vamos a dormir que mañana será otro día y verás las cosas de otra manera.

Le hago caso y me dirijo a mi habitación. Me acuesto sobre la cama y es tan grande el cansancio que tengo, que no tardo en llegar a los brazos de Morfeo.

Capítulo 7

A las ocho de la mañana ya estábamos en pie y muy hambrientas. Cuando nos vestimos, salimos a desayunar algo, ya que en casa no tenemos nada de comer. Después tendremos que ir al supermercado.

Tengo cuatro días para instalarme antes de presentarme en la empresa y comenzar con mi nuevo puesto de trabajo. Así que mientras tanto, vamos a aprovechar para visitar algunos lugares y familiarizarnos con la zona donde vamos a vivir a partir de ahora.

Entramos en una cafetería un poco peculiar que me recuerda a las películas de los años sesenta por el estilo de la decoración. Estos yanquis son la repera y me encanta. Nos pedimos un desayuno amErikano y madre mía, aquello no hay por dónde empezar. Huevos con beicon y tortitas. Del café mejor ni hablemos, eso parecía *aguachirri*, como dice Carol. Donde se ponga un buen expreso, que se quite lo demás.

Cuando terminamos de desayunar, damos una vuelta por la manzana en busca de alguna tienda para comprar algo de comida para la casa. Encontramos un supermercado de barrio bastante pequeño y lo cierto es que no hay muchas cosas allí. Lo poco que hay es muy caro, aunque nos sirve para enterarnos de que a unas cuantas manzanas hay un centro comercial. Sin dudarlo, vamos allí y encontramos todo lo que necesitamos.

Después de cuatro horas de compras, regresamos a casa exhaustas. Quién nos iba a decir que acabaríamos de esta forma. Nosotras, que parecía que teníamos acciones en los grandes almacenes del centro comercial de Madrid porque no había quien nos sacara de allí, y en cambio, aquí estábamos deseando acabar. Era enorme y claro, acabamos mareadas de buscar lo que necesitábamos, ya que no conocíamos dónde se encontraban los artículos. Para colmo, no nos quedó otra opción que pagar veinte dólares para que nos trajesen la compra a casa al no disponer de vehículo para llevarla.

—Estoy agotada —dice Carol tirándose en el sofá—. Pero te juro que en cuanto volvamos a España, me traigo mi *Dolce Gusto* con sus cápsulas incluidas. Estos amErikanos no saben lo que es el café. También traeré una pata de jamón, les voy a enseñar cómo se comen en condiciones.

Yo no paro de reírme con las ocurrencias de Carol. Con ella, tengo las risas aseguradas. Cuando menos te lo esperas, sale por la vía de Tarifa.

—Bueno, guapa —vuelve a hablar—, hoy lo vamos a dejar pasar porque tenemos que empezar a deshacer las maletas, guardar la compra y acomodarnos. Pero a partir de mañana quiero ir a visitar sitios, ya que solo tienes unos días libres y hay que aprovechar.

—No seas impaciente —contesto—, tienes todo el día para visitar cosas mientras yo trabajo. Además, no nos vamos en dos días. De momento, mi contrato es de un año así que fíjate si tienes tiempo.

—Tienes razón, pero al menos haremos una cenita y un poco de baile —dice moviendo las caderas—, que falta nos hace. Y si pillamos cacho, mejor, que esto de la sequía se está cogiendo por costumbre y se nos va a reconstruir de nuevo la virginidad.

—Mira que eres bruta, chica. No cambias. —Me río a carcajadas.

—¿Y para qué cambiar? La vida son dos días, a ver si nos ponemos las pilas.

El resto de la tarde la pasamos colocando la ropa en los armarios y la compra en su sitio. Por la noche, nos hacemos unas pizzas caseras buenísimas y cuando terminamos de cenar, llamo de nuevo a mi pequeña. Me cuenta que estuvo en el parque con su amiguita Ana y lo pasó muy bien. La encuentro más tranquila que el día anterior y eso me hace que me relajase más. Me despido de ella y de los yayos hasta el próximo día.

Luego nos ponemos a ver una película y nos quedamos dormidas en el sofá hasta que me despierto a las tres de la mañana y llamo a Carol para que nos vayamos a nuestras habitaciones a dormir.

Al día siguiente hacemos un poco de turismo. Como tenemos muy cerca el *Central Park*, damos un paseo. Yo me quedo embobada al ver la cantidad de personas que andan por allí. Bueno... andar y correr. Yo decía que el parque del Retiro es inmenso pero al lado de este, parece un jardín.

Esa noche, nos vestimos para ir a cenar y luego mover el esqueleto, como dice Carol. Así que cuando vemos un restaurante italiano, entramos. La decoración del restaurante es como si te encontrases en la misma Toscana. Hay unos murales pintados en la pared con un paisaje verde precioso, también

se ven unos viñedos. Al otro lado de la pared, hay dibujadas unas playas de la Toscana, son preciosas.

Una música muy suave de fondo se oye en todo el restaurante, son unos violines tocando una melodía italiana para crear el ambiente como si estuviéramos en Italia. Ya no hablemos de la comida... Está realmente exquisita. Yo pedí *Ravioli* con queso y Carol se pidió unos ñoquis también con queso.

Horas más tarde, salimos saciadas del restaurante y nos disponemos a tomar alguna copa en cualquier bar que veamos que tenga buen ambiente. Tenemos que quemar ese montón de calorías que nos hemos metido entre pecho y espalda.

No muy lejos del restaurante, vemos un pub donde hay gente haciendo cola. Carol propone ir allí. Dice que en las películas el mejor ambiente está en los sitios que haces cola y, sin más, nos ponemos en la fila a esperar nuestro turno para entrar.

Luke

Llevo un día de mierda. Tenemos problema con una empresa de Brasil, no llegamos a ningún acuerdo y así llevamos tres días. Estoy ya hasta las pelotas de ese trato. Si fuera por mí, lo mandaba todo al cuerno pero Mark que tiene más paciencia que yo, decide tomar las riendas a las negociaciones.

Salgo de la sala de juntas y me voy a mi despacho a despejarme un poco. Me sirvo un *whisky* y me siento en el sofá. Me desabrocho el primer botón de la camisa, aflojo la corbata, echo la cabeza sobre el respaldo del sofá y cierro los ojos. A los quince minutos, entra Mark por la puerta con una sonrisa en los labios.

—Eres una nenaza, tío —dice en plan burlón—. No aguantas nada, deberías tener más paciencia.

—Sabes de sobra que esto no es lo mío, para eso estás tú. Yo prefiero llevar los números y el papeleo, las charlas te las dejo a ti que se te dan mejor.

—Anda, deja ya de quejarte. Lo que necesitas es salir un poco, despejarte y si se tercia, echar un polvo porque falta te hace.

—Mira quién fue a hablar, el terror de las nenas —me burlo de él.

—Chaval, para que te enteres, a mí me sobran. No hace ni veinticuatro horas que me estaba follando a una pelirroja de infarto.

Salimos de la oficina y nos dirigimos al pub de Noah, uno de nuestros mejores amigos. Es uno de los locales más de moda que hay y como es lógico, se forman colas para poder entrar. Nosotros no tenemos que esperar ya que somos clientes VIP.

Cuando entramos, vamos a los reservados para estar más tranquilos y poder hablar sin tener que gritar por la música. Nos acomodamos en unos sofás que están justo encima de la pista de baile y desde donde se puede apreciar todo el pub.

Al poco tiempo, aparece Noah a saludarnos y nos invita a unas copas. Se disculpa por no tomarse algo con nosotros porque está con unos empresarios a los que tiene que atender él personalmente.

Nos bebemos la primera copa con rapidez y acompaño a Mark a la barra para pedir otra copa cuando nos tropezamos con dos chicas.

—¿Mark?

—¿Lidia? Pero ¿qué haces aquí?

Mi cuerpo se tensa al escuchar su nombre y no puedo creer lo que ven mis ojos. Está preciosa, pero ¿qué hace aquí? Aún siento sus labios sobre mi piel y su sabor. Con sólo recordarlo, mi miembro empieza a endurecerse. Ella aún no se ha percatado de mí ya que la luz es cálida en esa zona.

En ese momento, miro a Mark y me pregunto de qué conoce a Lidia.

—Perdona, Lidia, te presento a mi amigo Luke.

Lidia, al mirarme, se tensa al igual que yo lo hice cuando la vi.

—Esto es increíble, el mundo es un pañuelo —dice Lidia con una enorme sonrisa—. Luke, eres la última persona que esperaba encontrar.

—Lidia, estás preciosa. Yo también me alegro mucho de volver a verte —comento acercándome a ella y dándole dos besos en las mejillas. Se le eriza la piel por el contacto.

—¿Os conocéis? —pregunta Mark, incrédulo.

—Sí, Mark. Lidia y yo nos conocemos de cuando estuve en Madrid. Ella es la camarera de piso del hotel donde me hospedé.

En ese momento, Mark se da cuenta de quién es esa chica. Sabe perfectamente a quien me refiero, pues le hablé de ese encuentro.

—Oh, lo siento —se excusa Lidia—. Ella es mi amiga Carolina.

—Todo un placer, Carolina —se presenta Mark con una sonrisilla en busca de su presa.

—Me podéis llamar Carol, si queréis. El gusto es mío, no sabía que Lidia tenía unos amigos tan guapos.

Lidia mira a su amiga con cara de asesina por lo que ha dicho y me aguanto una risilla.

—¿Queréis tomar algo con nosotros? —pregunto a las dos.

—Por mí no hay problema —afirma Carol.

—Por mí tampoco, pero antes si no os importa, nos gustaría ir al aseo —dice Lidia.

—Claro que sí. Está al fondo a la derecha. Aquí os esperamos.

Veo cómo se van esos dos monumentos hacia el baño y cuando las pierdo de vista, miro a Mark. Está un poco nervioso.

—Y ahora dime. ¿De qué conoces a Lidia? —le pregunto muy serio y veo cómo traga saliva.

—La conocí una noche en un pub en Madrid. Estaba con Carol, pero su amiga estaba tonteando con el camarero. Vi cómo se quedaba sola, me acerqué a ella, la invité a una copa y estuvimos charlando un rato.

—¿Solo una copa? Mark, te conozco muy bien y sé que tú no te conformas solo con las copas, tú siempre vas a más —digo con la mandíbula tensa.

—Te prometo que no pasó nada entre nosotros.

Lo observo despacio para ver si cambia de gesto o se pone más nervioso, pero parece que me está diciendo la verdad.

—Está bien, te creo. Pero ya sabes que para ti está prohibida. —Mark levanta las manos en forma de rendición y asiente con la cabeza para hacerme saber que le ha quedado demasiado claro.

Mark

No me puedo creer que haya visto a Lidia de nuevo y más en Nueva York. Desde luego es cierto cuando dicen que el mundo es un pañuelo.

Me dio tal subidón al verla que hasta mi miembro cobró vida. Pensaría que era algo pendiente que quedó en España y no iba a dejar de escapar otra oportunidad. Si se me presentaba la oportunidad, me la follaría, pero todos mis planes se vinieron abajo en cuanto escuché a Luke llamarla por su

nombre. Me quedé de piedra sin saber cómo reaccionar, cruzamos las miradas y con un simple gesto, entendí lo que me estaba diciendo. Esa era su Lidia, la chica que le ha estado quitando el sueño durante casi cuatro meses.

Cuando me preguntó de qué conocía a Lidia, tragué saliva porque se me formó un nudo en la garganta. Luke no podía enterarse de que estuve a punto de acostarme con ella, jamás me lo perdonaría, aunque en mi defensa he de decir que no sabía que se trataba de la misma mujer. La mujer con la que me enrollé aquella noche.

Esa es otra... El día que Luke se entere, mejor será que desaparezca de la faz de la tierra porque seguro que no habrá rincón donde me pueda esconder. Tenemos un código, jamás nos pisaríamos las mujeres con las que estábamos.

A los diez minutos de estar conversando con Luke, Lidia y Carol llegan del aseo. Se sientan con nosotros y comenzamos a charlar mientras bebemos unas copas.

—Bueno, Lidia, no has respondido a la pregunta que te hice antes. ¿Qué haces por Nueva York?

—Ah, sí, perdón. Pues vine a trabajar aquí, empiezo dentro de dos días y estoy un poco nerviosa.

—¿Y eso? ¿Cómo es que vienes a trabajar aquí? —Pregunta Luke muy interesado—. ¿Acaso la empresa donde trabajas tiene hoteles en Nueva York?

—Verás, hace un par de meses entré a trabajar de prueba en una empresa en España. Ya me comentaron que si superaba mi prueba, me harían un contrato de un año pero el único inconveniente era que sería en unas de las oficinas fuera de mi país, ya que la vacante que había no se encontraba allí. Así que no me lo pensé y aquí estoy.

Veo como Luke se frota la barbilla y le vuelve a preguntar.

—¿Y de qué empresa se trata? Tal vez la conozcamos.

—Pues se trata de *Smith & Preston*.

Sin poder evitarlo, se me cae la copa de la mano y Luke me mira con incredulidad.

—Lo siento, chicas, soy muy torpe. Pensé que estaba la mesa más cerca pero con esta luz no se ve bien nada.

—No te preocupes —contesta entonces Carol—. Si supieras lo torpe que soy yo... Creo que no me gana nadie, hasta he pensado en inscribirme en

los récord *Guinness*.

Noto cómo Luke se pone cada vez más tenso después de escuchar las palabras de Lidia. Trato de quitar un poco de hierro al asunto y cambio de conversación porque presiento que va a ser una noche bastante larga. Conociendo a Luke, me va a dar más de un quebradero de cabeza, así que, sin más, pido otra ronda de copas y nos ponemos a brindar por el nuevo trabajo de Lidia.

Capítulo 8

Cuando llegamos al baño, estoy muy nerviosa. Le digo a Carol que Luke es el tío con el que me acosté en el hotel y que, desde ese día, no me lo quito de la cabeza. Incluso tengo sueños húmedos con él.

—Vamos, no me jodas Lidia. ¡Que ese pedazo de tío es Luke, el que te follaste en la suite del hotel! —alza la voz.

—Shh calla. No hables tan alto, alguien puede escucharte.

—Pues que escuchen, a mí me la resbala. Total, tampoco nos conoce nadie aquí, qué más da —me contesta en plan pasota—. Hija, pues no me extraña que andes como las perras en celo. Con ese monumento, hasta yo le haría un traje de saliva.

—Mira que eres bestia. Controla esa lengua, Carol, te lo he dicho mil veces. No tienes quince años ya —le regaño igual que si fuese mi hija.

—Qué sosa eres, desde luego que los yayos tienen la vida más activa que tú. Por no decir que follan más que tú también.

Haciendo caso omiso a lo que dice, salimos del baño y nos dirigimos a la mesa donde están Luke y Mark esperando.

Pasamos la noche charlando, bebiendo y bailando. Mark es un tío muy divertido, haría muy buena pareja con Carol, aunque ninguno de los dos quiere ataduras ni exclusividad. Al menos Carol lo tiene muy claro desde que terminó su relación con Iván. Como ella dice “*Una y no más, santo Tomás*”. Ella y sus refranes, tiene salida para todo. Pero mírala, es más feliz que una perdiz y me alegro muchísimo. No sé qué haría sin ella.

Luke no se separa de mi lado en toda la noche. Parece que Dios ha estado escuchando mi súplica, ya que tenía muchísimas ganas de volver a verlo. Aunque donde menos me lo podía esperar es aquí.

Carol y Mark se marchan a bailar y nos quedamos a solas en el reservado. Creo que lo hicieron a propósito para darnos intimidad.

—No te puedes hacer una idea de lo que me gusta tenerte aquí —susurra en mi oído mientras que al mismo tiempo pasa un dedo por mi brazo, poniéndome los vellos de punta.

—Si te soy sincera, yo también me alegro mucho de volver a verte. Creí que jamás te volvería a ver.

Luke me mira a los ojos con decisión.

—Lo siento nena, pero no puedo de evitar hacer esto.

Y sin más, me agarra mis mejillas con una mano y me besa. Al principio sus besos son suaves y cálidos pero poco a poco se van volviendo más feroces. Su lengua sale al encuentro de la mía, baja su mano hasta mi nuca para acentuar más la guerra de lenguas que tenemos los dos y yo empiezo a excitarme. Mis braguitas también lo notan, estoy húmeda y mis pezones reaccionan en este momento, necesito que me haga suya. Él también esta excitado, siento el bulto de sus vaqueros a punto de romper la cremallera.

—Dios, nena, cuánto necesitaba esto. Quiero tocarte y besar todo tu cuerpo, quiero saciarme de ti y sentirte. No sé qué es lo que me has hecho pero eres como una droga para mí —dice entre besos húmedos en mis labios, bajando hacia mi cuello. Estoy a punto de explotar—. No aguanto más, necesito hacerte mía.

Sin más, me levanta y me lleva de la mano hacia un despacho en la planta de arriba del pub. Me tenso al pensar que alguien nos puede pillar pero él me tranquiliza y me dice que la discoteca es de un amigo suyo. Nadie nos molestará ni habrá problemas y yo me dejo llevar porque también lo necesito a él.

Cierra la puerta con pestillo para que nadie nos interrumpa y se gira para quedar frente a mí.

—Ven aquí, preciosa, déjame volver a probarte. Te he echado mucho de menos.

Empezamos a besarnos desesperados, con maestría. Me desabrocha la blusa y el sujetador sin darme cuenta y en un arrebato, se introduce un pezón en su boca mientras al mismo tiempo, con la otra mano, me acaricia el otro. Mi respiración empieza a volverse cada vez más fuerte, necesito tocarlo yo también, necesito probarlo. Entonces sin pensarlo, tiro de su camiseta hacia arriba y lo dejo con el torso desnudo. Y qué torso, por favor, ni David de Miguel Angelo haría una escultura tan perfecta como el torso de Luke.

Nos separamos y me lleva hacia un sofá que se encuentra en el rincón del despacho. Me tumba y empieza a dejarme un reguero de besos desde mi cuello, pasando por mi estómago hasta llegar a la cinturilla de mis vaqueros. Los desabrocha y al mismo tiempo que me da besos, va bajando poco a poco hasta quedarme en braguitas.

—Mmm —gime inhalando mi sexo—, joder qué bien hueles. Se me está poniendo más dura aún solo de pensar que en poco tiempo voy a estar dentro de ti.

—Shh, calla y no pares —le pido.

En ese momento, sin pensarlo, Luke me quita las braguitas y entierra su cara en mi sexo. Con la ayuda de sus manos, me abre bien las piernas y me deja expuesta totalmente para él. Pasa la lengua por mi clítoris y me quiero morir de placer.

—Estás muy mojada y eso me encanta, echaba de menos tu sabor.

Con solo oír esas palabras, mi excitación se hace cada vez sea mayor.

—Luke, si no paras me voy a correr. No aguanto más.

—Pues córrete, no te reprimas. Quiero beberme toda tu esencia.

Mientras juega con su lengua en mi clítoris y lo succiona, mete dos dedos y empieza a follarme con ellos.

—Sí, sí, así... —gimo una y otra vez—. No pares, por Dios.

Segundos después, exploto en un orgasmo que me deja exhausta.

Veo a Luke sacar un preservativo de su pantalón y se lo coloca rápido. No me di cuenta cuándo se quitó los pantalones y los bóxers, estaba en el éxtasis.

—Ven aquí, esto va a ser rápido. Ya tendremos otra ocasión para aprovechar cada minuto que estemos juntos, pero ahora no aguanto más. —Y sin más preámbulos, me coge y me sienta a horcajadas sobre él, metiéndose dentro de mí—. Muévete, nena —dice con voz entrecortada.

Comienzo a moverme arriba y abajo, disfrutando de cada embestida y de tener su cuerpo bajo el mío. Él se agarra a mis caderas y se deja llevar.

—Eso es, preciosa, sigue así. No pares, no pares... Esto es una puta maravilla — le oigo gemir.

Estoy de nuevo excitada y a punto de tener otro orgasmo.

—Me voy a correr. Córrete conmigo, preciosa, vamos. —Y como si sus palabras fueran mágicas, mi cuerpo empieza a hacerle caso. Vuelvo a

tener otro orgasmo y estallamos los dos juntos.

Nos quedamos abrazados esperando a que nuestras respiraciones se calmen un poco. Después nos vestimos y antes de salir del despacho, Luke me detiene para hablar conmigo.

—No quiero que desaparezcas, quiero volver a verte. —Vuelve a besarme en los labios dulcemente.

—Yo también quiero volver a verte, Luke. —Le devuelvo el beso—. Será mejor que nos marchemos. Mark y Carol deben estar buscándonos como locos.

—Mark se las ingenia muy bien, por eso no te preocupes, nena —dice para tranquilizarme.

—Bueno, aun así, me quedo más tranquila si bajamos.

Nos dirigimos hacia las escaleras y mis ojos no dan crédito de lo que ven. Mark y Carol están en nuestro reservado comiéndose a besos.

—Ya te dije que se las apañarían —susurra Luke en mi oído, riéndose.

—Y Carol tampoco pierde el tiempo —contesto.

Al llegar hasta ellos, carraspeo haciéndome la tonta. Ellos se separan y se echan a reír como dos niños que acaban de hacer una travesura. Veo que Carol va un poco borracha, entonces miro a Luke y le digo que es mejor que nos vayamos.

Luke y Mark se ofrecen a llevarnos a casa aunque yo declino su oferta pues no vivimos muy lejos. Aún así, insisten al ver el estado de Carol. Sé que andando no llegaríamos muy lejos así que, sin querer discutir, acepto su invitación.

Cuando salimos, Mark, Carol y yo nos quedamos esperando a que Luke aparezca con el coche. Unos minutos más tarde, llega con un *Mercedes Benz CSC* de alta gama en color gris. Estoy alucinando con el coche. ¿En qué trabajará para poder permitirse semejante coche? Sé que es empresario, pero nada más.

No le doy más vuelta al asunto pues tampoco es algo que me importe mucho. Nunca he estado con un hombre por dinero, ni lo estaré.

Nos subimos en el coche y se dirige rumbo hacia mi casa. Carol está dormida en el asiento trasero con la cabeza apoyada sobre el hombro de Mark y en unos minutos, estamos en la puerta de mi edificio. Miro a Luke extrañada.

—Oye, Luke, ¿cómo sabes dónde vivo? —pregunto y él comienza a

ponerse pálido.

—Esto... yo... —tartamudea.

—Me lo dijo Carol antes de quedarse dormida y le di la dirección a Luke —interrumpe Mark.

No me quedo muy convencida de su explicación, pero tampoco tengo por qué desconfiar de todo el mundo. Puede que sean paranoillas mías y esté viendo fantasmas donde no los hay. Así que sin más, salgo del coche y con la ayuda de Mark, sacamos a Carol del coche. Mark se ofrece a ayudarme a subir al apartamento a Carol, pero ya le digo que no se preocupe, entre el conserje y yo podremos con ella.

—Quedamos para vernos otro día —dice Mark y yo asiento encantada.

Me despido de Mark con una sonrisa. Luke se acerca a mí y me da un beso en los labios.

—Hasta mañana, nena. Ya te llamo yo para vernos.

Se da media vuelta y los dos se meten en el coche. Me quedo observándolos hasta que les pierdo de vista.

—Vamos, campeona —le digo a Carol arrastrándola para que se levante de los escalones donde la habíamos dejado—. Pon un poquito de tu voluntad y anda un poco porque si no, nos vemos las dos en el suelo durmiendo.

Carol, como puede, se levanta y comienza a andar hacia el edificio. Allí, el conserje me ayuda a subirla hasta la puerta de mi apartamento.

—Muchas gracias, siento las molestias —me disculpo.

—No tiene por qué darlas, señorita. Para eso estoy aquí, que pase una buena noche.

—Buenas noches —respondo.

A la mañana siguiente, estoy en la cocina preparando el desayuno cuando escucho a Carol quejarse. Le preparo un zumo de naranja con dos ibuprofenos, los va a necesitar.

—Buenos días, juerguista —digo alzando la voz.

—Shh, por favor, baja la voz. Tengo la cabeza que me va a explotar.

Te juro que yo aquí no aguanto ni dos telediarios, mi niña.

—¡Qué exagerada eres! Anda, tómate esto que dentro de un rato estarás mejor —contesto tendiéndole el zumo con los ibuprofenos.

—¿Exagerada, dices? Mira, chica, entre el *aguachirri* que ponen aquí por café y las bombas que ponen por copas, te aseguro que van a acabar conmigo. Eso por no mencionar la comida basura, porque ya me dirás tú a mí que vaya por donde vaya, hay miles de puestos en la calle con los dichosos bocadillos de perritos calientes.

—Caliente te has levantado tú, con esa lengua viperina. A ver, cazurra, aquí nadie te obliga a beber y comer lo que tú no quieras. Y desde luego, a partir de hoy, se acabaron las copas para ti porque hija mía de mi corazón, te has levantado esta mañana con ganas de jarana.

—¡Quiero morirme! —gruñe tirándose boca arriba al sofá.

—Bueno, tómate esto y échate. Yo voy a salir un momento al supermercado de la esquina a comprar un par de cosas. ¿Necesitas que te traiga algo? —pregunto sabiendo que me va a mandar a freír espárragos.

—Necesito un poco de silencio y tranquilidad —vuelve a gruñir tapándose los ojos con el antebrazo.

—Bueno, pues entonces te dejo tranquila. Disfruta de tu soledad hasta que yo regrese, te quiero.

Capítulo 9

Luke

Llego a casa cuando dejo a Mark en la suya. No paro de darle vueltas en la cabeza al mismo asunto. No he sido capaz de decirle a Lidia que ella trabajará en mi empresa y en la de Mark, pero tampoco quiero que se aproveche de la situación. No conozco a Lidia lo suficiente como para saber sus intenciones.

Tamara fue la mujer con la que iba a compartir el resto de mi vida, jugó con mis sentimientos y me destrozó la vida. Estaba conmigo por mi dinero, nunca me quiso. Unos días antes de casarnos, me la encontré en la cama de mi primo Jack. Desde entonces, no quiero ataduras de ninguna clase, solo quiero sexo sin compromiso. Gracias a ella tengo mi corazón blindado, por eso he de tener cuidado con Lidia porque hay algo en ella que me atrae y eso no me gusta nada. Temo que todas mis barreras se vengán abajo y eso no lo puedo permitir. El sexo con ella es increíble y espero que, por ahora, esto no acabe hasta que me sacie lo suficiente de ella.

Me doy una ducha antes de acostarme. Cuando acabo, pongo el reloj a las seis de la mañana. Tengo por costumbre hacer deporte antes de ir a la oficina, me gusta mucho correr por Central Park.

Cojo el móvil y le mando un mensaje a Mark por si se quiere venir a correr en unas horas y acepta. Quedamos a la seis y media de la mañana.

Son las seis y veinte cuando llego a Central Park. Mientras espero a Mark, empiezo con mis ejercicios de estiramientos. A los diez minutos, lo veo corriendo hacia mí.

—¿Listo?

—Cuando quieras.

Nos ponemos a correr por Central Park. Yo voy sumido en mis pensamientos cuando de pronto, Mark me pide que suelte lo que tengo en la cabeza. Cómo me conoce el muy cabrón.

Le comento que estoy un poco tocado por el tema de Lidia. No sé cómo se lo va a tomar cuando se entere que trabaja para nuestra empresa, ya que no fui capaz de decirle nada. Es la primera vez que Mark me ve preocupado por una mujer.

—Oye, Luke, ¿te puedo preguntar algo?

—Sí, claro.

—No te tomes a mal lo que te voy a decir. ¿Estás enamorado de Lidia?

—¿Pero tú estás loco? —respondo un poco brusco.

—Perdóname Luke, solo te he hecho esa pregunta porque es la primera vez que te veo ausente desde lo que pasó con Tamara.

—Mark, si no quieres llevarte un puñetazo, te aconsejo que no menciones más el nombre de esa zorra ¿entendido? —No puedo reprimir el cabreo que tengo encima y todo por preguntarme si estoy enamorado de Lidia.

—Bueno, vale, no te pongas a la defensiva conmigo. Solo te he hecho una pregunta.

—Anda, deja de decir gilipolleces y sigue corriendo.

Aumento más el ritmo, necesito soltar toda esta frustración que tengo acumulada por el cuerpo. La verdad es que no entiendo por qué me he puesto así y eso hace que me enfurezca aún más.

Llevamos una hora corriendo cuando nos despedimos para ir a nuestras casas a ducharnos y cambiarnos de ropa. Dentro de un rato nos veremos de nuevo en la oficina.

Llego a casa y me meto en la ducha. Dejo que el agua caiga sobre mis músculos que están contraídos y se van relajando poco a poco. En ese momento, Lidia aparece en mi mente y empiezo a recordar la noche anterior. Mi miembro no tarda en reaccionar, se pone duro como una roca.

Cambio la temperatura del agua y la pongo fría, a ver si me baja esta erección pero es imposible. Sin pensármelo dos veces, agarro mi miembro y empiezo a masturbarme. Hace bastante tiempo que no lo hago, pero es pensar

en ella y mi miembro cobra vida. Muevo mi mano con rapidez y cuando estoy a punto de correrme, de mi garganta sale una voz ronca pronunciando su nombre.

Termino de arreglarme y me encamino hacia la oficina, no sin antes parar en la cafetería que tenemos en la misma empresa para desayunar algo. Mientras tomo el café, estoy leyendo la sección de finanzas del periódico. Tengo que ver cómo va la bolsa y nuestras acciones para asegurarme de que todo sigue bien.

Unas horas más tarde, estoy enfrascado en mi oficina cuando entra el jefe de recursos humanos para traerme los expedientes de los nuevos empleados que se incorporarán en dos días a la empresa. En ella puedo ver la ficha de Lidia. Sin darme cuenta, paso mis dedos por su fotografía. No paro de darle vueltas a lo que Mark me preguntó, pero rápidamente me lo quito de la cabeza. Es una locura, es simplemente deseo lo que siento por ella.

Termino de revisar los contratos y le doy el visto bueno para que cuando estén en la empresa, los firmen.

Carol

Me levanto con un resacón de tres pares de narices. Me tomo los ibuprofenos que Lidia me da y me tiro en plancha en el sofá. ¡Quiero morirme!

—Bueno, pues entonces te dejo tranquila. Disfruta de tu soledad hasta que yo regrese, te quiero —dice Lidia cuando se marcha a comprar al supermercado.

Anoche me lo pasé de miedo, ese Mark tiene un puntito que me gusta aunque lo que más me gustó fue cómo besa. ¡Madre mía! Me puso cardíaca en tiempo récord. Yo vacilo mucho a Lidia con el tema de follar, cuando en realidad yo estoy también en sequía total.

El caso es que Mark me gusta, así que cuando me pidió mi número de teléfono para quedar otro día, se lo di. Tuvimos una conversación bastante interesante, sobre todo cuando ambos estuvimos de acuerdo sobre el tema de tener sexo sin compromiso. En él no me extraña, ese tío es un monumento por donde quiera que lo mires y seguramente tendría la agenda repleta de chicas preciosas para cubrir una vida entera.

Dejo de pensar en él y me pongo hacer zapping. Cambio varias veces de canal pero no hay nada que ver en la tele, aunque tampoco me apetece

mucho ver nada.

De pronto, me suena el teléfono y veo que es un Whatsapp de Mark. Lo cojo y leo lo que pone.

Mark: Hola, preciosa. ¿Cómo va esa resaca?

Carol: Uff mejor ni te cuento, estoy para el arrastre.

Mark: Jajajaja. Eso va a ser la falta de costumbre.

Carol: ¿Me vas a dar clases tú para enseñarme a divertirme?

Mark: Cuando quieras y donde quieras, tú decides.

Carol: Jajajaja. Para, fiera, que se te ve el plumero.

Mark: ¿Plumero? No entiendo a qué te refieres.

Carol: Yo soy el refranero español o eso dice Lidia.

Mark: Pues entonces tú y yo tenemos que hacer un trato.

Carol: ¿Un trato? Miedo me dais tú y tus tratos.

Mark: Nada que no puedas soportar.

Mark: Tú me enseñas tus refranes y yo a divertirme. ¿Tenemos un trato?

Carol: Estupendo, tenemos un trato.

Mark: Bueno, Carol, te tengo que dejar. Ya estamos en contacto, adiós.

Carol: Ok, cuando quieras. Chao.

Me quedo con una sonrisa tonta. Me gusta Mark y lo tengo bien claro, voy a por todas y lo que tenga que ser, será.

Lidia

—Ya estoy aquí. ¿Te sientes mejor? —le pregunto a Carol mientras me dirijo a la cocina para dejar la compra.

—Sí, algo mejor, pero te voy a pedir un favor. No me dejes beber en una larga temporada, mi hígado y mi estómago te lo agradecerán —contesta con cara de pena y tengo que reírme.

—Si es que tu cuerpo no para, guapa. Siempre me dices lo mismo hasta que vuelves a liarla —me encojo de hombros—. Venga, preparo algo de comer.

Me voy directamente a la nevera y saco algunas verduras para hacer una ensalada. Saco también unas pechugas de pollo para hacerlas a la plancha. Las hago con rapidez y nos sentamos para comer.

Mientras comemos, le comento a Carol que me he estado informando sobre los colegios para Alba. Evidentemente tengo que buscar uno de habla hispana ya que Alba no sabe nada de inglés. Tengo que presentarme en el colegio para saber si quedan plazas ya que el curso está empezado. Me preocupa que no haya ninguna porque eso significaría que mi hija tendría que terminar el curso escolar en España y la verdad, no sé si aguantaría estar más tiempo sin ella.

Terminamos la cena y nos sentamos a ver una película. Llevamos todo el día en casa descansando, Carol no tenía el cuerpo para nada, así que lo que teníamos programado para ese día lo hemos aplazado.

Esa noche hablo de nuevo con Alba. Me pregunta si ya tengo su habitación de princesa lista, yo le contesto que me falta poco. Tiene ganas ya de venirse conmigo a Nueva York, pero también noto que cada vez que hablo con ella por teléfono, está más tranquila y eso me alegra mucho.

Sobre las once de la noche, Carol y yo nos vamos a dormir. Estando en la cama, me suena el móvil y veo que se trata de Luke. Mi corazón empieza a palpar con fuerzas y noto cómo mis manos empiezan a temblar en el momento que cojo el móvil.

Luke: Hola, nena. Perdona que te escriba tan tarde.

Lidia: Hola, mi niño. No te preocupes, estaba despierta.

Luke: Solo quería saber cómo te encuentras, tengo ganas de verte.

Lidia: A mí también me apetecería volver a verte.

Luke: No te puedes hacer una idea de lo que daría por estar dentro de tus piernas.

Lidia: No seas malo, Luke. Sabes que yo también te deseo.

Luke: Pues eso tiene fácil solución. ¿Nos vemos mañana?

Lidia: Me parece perfecto.

Luke: Te recojo a la siete en tu casa.

Lidia: Vale, mañana nos vemos.

Luke: Que descanses, preciosa.

Lidia: Igualmente, precioso.

Esa noche me quedo dormida con una sonrisa en los labios. Ya estaba deseando que fueran las siete de la tarde para poder ver a Luke.

Capítulo 10

Me despierto a las ocho de la mañana con un inmenso olor a café. Carol se encuentra en la cocina preparando el desayuno y mis tripas empiezan a quejarse, parece que tengo un ogro dentro.

—Buenos días, Carol. Qué madrugadora.

—Hola, preciosa. Pues sí. Y encima con mucha energía, eso significa que espabiles, desayunes y te vistas que nos marchamos.

—Uff, cálmate, reina y déjame al menos que pueda abrir los ojos que aún los tengo pegados —replico.

—Venga, petarda, que se nos echa el tiempo encima y tengo ganas de ver cosas. Además, mañana ya empiezas a trabajar y me quedo más sola que la una.

—Anda, calla, que solo sabes quejarte.

Desayunamos al estilo español como Dios manda. Un café y unas tostadas con tomate y aceite. Cuando acabamos, nos vestimos y nos dispusimos a salir a hacer un poco de turismo con las cámaras de fotos en las manos. Estamos hechas unas auténticas *quiris*.

Visitamos el Rockefeller Center, un complejo de diecinueve edificios comerciales que cubre veintidós acres, entre las calles 48 y 51 en la ciudad de Nueva York. Imaginaos qué locura. Nosotras, unas adictas a las compras, con tantas tiendas a la vista.

También vemos el Empire State Building, un rascacielos situado en la intersección de la Quinta Avenida y West 34th Street. Nos quedamos con la boca abierta cuando pasamos por la puerta de la joyería más famosa del mundo, *Tiffany*.

Por último, visitamos Times Square, una intersección de Manhattan. Antes se llamaba Plaza Longacre. Está situada en la esquina de la Avenida Broadway y la Séptima Avenida. Este año, si Dios quiere, vendré aquí a recibir el año. Tiene que ser una auténtica locura.

Visitamos algunos sitios más antes de terminar por hoy. Ha sido un día bastante agotador, aunque lo hemos pasado de maravilla. Sé que aún nos queda mucho por conocer, pero iremos poco a poco.

Llegamos a casa y mientras comemos, le cuento a Carol que he quedado con Luke a las siete y que vendrá a recogerme a casa. Ella se pone muy contenta pero yo, en cambio, me quedo un poco intranquila por dejarla sola.

—No seas tonta y aprovecha ese pedazo de monumento —dice guiñándome un ojo.

Terminamos de comer mientras charlamos sobre lo que hará en los próximos días cuando yo esté trabajando.

Estoy en la habitación delante del armario sin saber qué ponerme y solo queda media hora para que Luke venga. En ese momento, entra Carol y le pido consejo sobre qué ponerme. Ella saca de mi armario un vestido lila con el cuello a la barca y por encima de las rodillas.

—Ahora déjame que haga magia —dice en plan guasona.

—¿Qué pasa? ¿Vas a ser mi hada madrina esta noche?

—Sí, claro. Y a las doce te quiero en casa o la magia desaparecerá. Anda quédate quieta, que te voy a hacer un recogido y a ponerte un poco de maquillaje.

Cuando Carol termina de maquillarme y peinarme, se queda delante de mí muy seria. Yo aún no me he mirado en el espejo y me empiezo a poner nerviosa.

—¿Voy mal? —pregunto con preocupación.

—Bueno.... aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

Comienza a carcajearse y yo le doy un manotazo en modo de protesta por lo payasa que es.

—Estás preciosa, Lidia. Anda, ponte los zapatos ya que tu príncipe

está a punto de llegar. —Me tiende los zapatos y yo los cojo—. Ah... Por cierto, no hace falta que te pongas los de cristal.

Ay, si no fuese por estos ratos que echo con Carol, estoy segura de que no soportaría estar aquí sola a miles de kilómetros de mi casa y sin mi hija.

Suena el timbre y Carol se adelanta a abrir la puerta. Invita a Luke a pasar y justo en ese momento, salgo de mi habitación. Nada más verlo, se me corta la respiración y pienso para mis adentros que debería ser ilegal dejar salir a la calle ese pedazo de hombre. Podría provocar más de un infarto, debería llevar un cartel que dijese “Las autoridades sanitarias advierten que este hombre es perjudicial a la salud”.

Viste unos pantalones vaqueros desgastados, camisa blanca y una amErikana. Su pelo moreno despeinado por delante que le hace tener un aspecto de chico malo con esos ojos verdes que te penetran con la mirada.

—¿Estás lista? —pregunta.

No soy capaz de responder. Me quedo igual que el día que lo vi en la suite con la toalla rodeando su cintura, dejando al descubierto esos pectorales tan bien formados que he tenido el gusto de lamer. <<No sigas por ahí, Lidia, que te pierdes>>, digo mentalmente.

—Eh... Sí... Vamos —vuelvo a tartamudear como una idiota. Él me dedica una sonrisa y vaya sonrisa, por favor. Es solo mirarlo y derretirme.

Se acerca a mí y me coge de la cintura para darme paso hacia la puerta. Una vez fuera del portal, veo su coche. Se adelanta y como todo un caballero, abre la puerta del copiloto para que entre.

Media hora más tarde, llegamos a un restaurante llamado Diamonds. El camarero nos abre la puerta dándonos paso al interior de este y mis ojos se abren desorbitadamente cuando me fijo en la decoración que tiene. Las paredes son plateadas desde la mitad para abajo y la parte superior, de un color rojo vino que impacta. Las mesas son de varios tamaños y formas. Cuadradas, redondas y una un tanto rara que parece una... fresa. No, no sé exactamente cómo describirla. Además, el restaurante no tiene cortinas ni nada de eso, los ventanales ocupan desde el techo al suelo y aunque son de color negro, también son a la vez opacos, así mantiene la privacidad de quien está en el restaurante.

Me quedo maravillada, aunque también me parece un tanto impersonal para mi gusto. Por un momento, miro hacia arriba y puedo comprobar el tamaño de las lámparas. Además de ser grandes, son extravagantes. Si no fuera porque estoy con Luke, jamás habría entrado en un lugar como este.

El mismo camarero que nos abrió la puerta, nos lleva hasta la mesa ya reservada. Miro a Luke y una sonrisa dibuja su perfecto rostro, provocando en mí un huracán de emociones, algo que poco a poco se hace más poderoso. Nos sentamos y disfrutamos de la compañía. Sobre la comida tengo que agradecer que esté riquísima, siempre he sido una mujer con muy buen apetito.

Terminamos de cenar y Luke me sugiere de ir a tomarnos unas copas y yo, aunque me muero de ganas de estar más tiempo con él, tengo que declinar la invitación ya que al día siguiente tengo que madrugar para presentarme en la empresa. Pero él insiste un poco más y no me puedo negar solo que en vez de irnos a un bar, vamos a su casa.

No me sorprende para nada ver que vive en un ático de trescientos metros muy pulcro y limpio, como si no viviese nadie allí. Los muebles son todos blancos, hay una pantalla de plasma que tendría al menos sesenta pulgadas colgada en la pared frente a una *cheslong* de color marrón chocolate. Se nota que no hay un toque femenino en todo el ático.

Mientras yo me quedo observando la decoración del salón, Luke saca dos copas y una botella de vino. Sirve las copas y pone música suave para crear ambiente. Al cabo de diez minutos, nos estamos besando. Con cada beso, ardo cada vez más por dentro. Estoy deseando desnudarlo y entregarme a él y yo sé que él también está tan excitado como yo porque no deja evidencia su bulto en los pantalones.

Empieza a besarme por el cuello y yo suelto un gemido. En ese momento suena el teléfono de Luke pero él deja que suena.

—¿No lo coges? —comento agitada por los besos.

—Quién sea que llame mañana. Ahora tengo un asunto más importante entre mis manos

Vuelve a besarme pero el teléfono no para de insistir. Luke, ya frustrado, no tiene más remedio que levantarse y coger el teléfono. Pone cara de circunstancia cuando lee en la pantalla de quién se trata.

—¿Qué pasa, Mark? —gruñe—. ¡Qué! ¿Cuándo? Vamos, no me jodas... Lo que me faltaba. Está bien. A primera hora estaré allí.

—¿Pasa algo, Luke? —pregunto preocupada al ver en su cara rabia e ira.

— Nada —responde con voz acerada—. Te llevo a casa.

De camino a mi casa, Luke no abre la boca en todo el trayecto. Está muy serio, sumergido en sus pensamientos y yo no sé cómo actuar, así que

opto también por no decir nada.

Llegamos a mi casa y Luke no se molesta en bajarse y acompañarme a la puerta. Eso me mosquea bastante. Se limita a darme las buenas noches muy serio, así que yo agarro la manilla de la puerta, le doy las buenas noches y salgo sin mirarle. Él espera a que entre en el portal para arrancar el coche e irse. Me quedo desconcertada. ¿Qué habrá pasado? Esa llamada ha dado un giro de ciento ochenta grados a la cita que teníamos.

Entro cabizbaja por la puerta. Carol está viendo la televisión y al verme, se acerca para preguntarme qué me pasa. A mi pesar, le cuento lo sucedido. Ella, como siempre, me da ánimos y me dice que lo que sea que haya pasado, se solucionará, que no le dé más vuelta al asunto.

Le doy un abrazo y un beso en las mejillas, y me despido de ella hasta el día siguiente. Estoy ya demasiado agotada del día que llevo.

Capítulo 11

No he pegado ojo en toda la noche dándole vueltas al comportamiento de Luke. Desde esa llamada que recibió de Mark, cambió completamente.

Pongo la cafetera mientras me doy una ducha. Hoy es mi primer día en *Smith & Preston* y estoy muy nerviosa, ya no solo por el trabajo sino por cómo me acogerá aquí la gente. Termino de ducharme y me empiezo a arreglarme. Decido ponerme una falda de lápiz de color blanco con una blusa lila y mis zapatos negros de tacón bajo. Salgo hacia el salón y me encuentro a Carol sentada en el sofá con los ojos medio pegados del sueño.

—Buenos días, cariño. ¿Qué haces levantada tan pronto? ¿Te caíste de la cama?

—Claro que sí, empecé a rodar hasta dar con mi nariz en el suelo —dice vacilándome como siempre—. Pues para que lo sepas, mala amiga, quería levantarme antes de que te fueras para darte ánimos, pero en vista de que molesto, me vuelvo a la cama.

—Tú no te mueves de aquí —contesto haciéndome la ofendida, aunque ella también sabe que estoy bromeando.

Desayunamos las dos juntas y cuando terminamos, me dispongo a salir para la empresa pero antes, se me acerca Carol.

—¿No le das un beso a mamá antes de salir como una niña buena?

Me río. Mira que es payasa, la pobre no lo puede remediar.

A las ocho menos cuarto, me encuentro en la recepción de la empresa preguntando por recursos humanos. Me informan que se encuentra en la

planta veintidós. Me dirijo hacia la planta y una vez allí, me hacen pasar al despacho del director.

—Bienvenida a la empresa, señorita Martínez. Soy el señor Anderson, John Anderson. Siéntese, por favor —pide extendiéndome la mano—. Supongo que ya te informaron de todas las condiciones del contrato.

—Así es.

—Muy bien, señorita Martínez, échele un vistazo y firme aquí —señala con el dedo dónde tengo que firmar.

Una vez leído y firmado el contrato, el señor Anderson se dispone a enseñarme cuál va a ser mi despacho. No es que sea muy grande pero tampoco pequeño. Dispone de una mesa de escritorio en color caoba, las paredes están pintadas de un color salmón claro. Hay un par de sillones negros bastante cómodos delante del escritorio. La oficina está totalmente equipada, no le falta detalle. Encima de la mesa hay un ordenador, un teléfono, hasta un juego de lápices y bolígrafos dentro de un vaso de metal, también dispone de una impresora multifunción.

Después de ver el despacho, nos dirigimos a la sala de personal donde se encuentran dos chicas tomando café. El señor Anderson me las presenta, se trata de la secretaria del director de marketing y la teleoperadora de la misma planta de recursos humanos.

Terminamos el tour por la oficina y de presentarme a algunas personas, y me da unos documentos que quiere que estudie sobre una empresa de telecomunicaciones.

Estoy tan sumida en los papeles que no me doy cuenta de la hora que es. Se me ha pasado la hora del almuerzo. Entonces me acerco a la sala de personal y saco de la máquina un sándwich y una Coca-Cola. Termino de comer y me dirijo de nuevo a mi despacho para seguir trabajando.

Luke

A las ocho de la mañana estoy en mi despacho esperando a Mark. No he pegado ojo en toda la jodida noche pensando en lo que se me viene encima. Tengo tanta rabia que no sé si voy a poder controlar mis impulsos. Estuve toda la noche bebiendo solo de imaginar que mi pesadilla va a regresar.

Son las ocho y veinte cuando Mark entra por la puerta de mi despacho. También lo noto algo tenso, él sabe perfectamente cuál es mi estado de ánimo

y procura ser breve.

—Hola, Luke. ¿Cómo te encuentras? —pregunta un poco nervioso.

—¿Cómo crees que debo estar?

—Ya me lo imagino pero las cosas vienen así y, desgraciadamente, no podemos hacer nada.

—Maldita sea mi suerte, pensé que esto estaba ya muerto y enterrado. ¿Sabes algo de ella? ¿Ha intentado ponerse en contacto contigo? —le pregunto nervioso.

—Conmigo no, pero sí sé que ha hablado con los demás accionistas y ha convocado una reunión para las diez de la mañana

—Perfecto —mascullo para mis adentros—. Pues entonces acabemos cuanto antes.

Pasamos una hora y media mirando papeles para llevarlos a la sala de juntas. En ese instante, tocan la puerta de mi despacho y tanto Mark como yo nos quedamos mirando fijamente la puerta. Doy paso a la persona que está tocando y aparece mi secretaria informándonos que ya están todos los accionistas reunidos en la sala de juntas.

Nos dirigimos para la sala, entramos y todos los accionistas están esperando menos ella. En cuestión de dos minutos, aparece por la puerta dejando deslumbrado a más de uno. Reconozco que es preciosa y tiene unas curvas que marean. Tiene un cuerpo hecho para pecar con ese pelo que parece de color fuego.

—Buenos días, señores —dice.

Todos se levantan como un resorte para ofrecerle su mano para saludarla. Ella empieza a saludar uno a uno hasta que llega a mí. Yo me tensó solo con tenerla cerca. Su perfume es inconfundible, se me mete en las fosas nasales y me impregna por completo.

—Buenos días, señorita Mason —me dirijo a ella muy seco.

—Llámame Tamara, creo que tenemos la suficiente confianza como para que nos tuteemos, ¿no crees?

No puedo evitar apretar mi mandíbula al escucharla.

—Prefiero que no sea así.

—Como gustes, Luke —se gira para mirar a los demás—. Bueno, señores, como ya sabéis, por desgracia mi padre ha fallecido de un ataque al corazón. Por lo tanto, como hija única que soy, relevo su cargo en esta

empresa como una de las socias. Mi padre luchó mucho junto a otros accionistas para levantar esta empresa y gracias a vuestros esfuerzos —dice mirándonos a Mark y a mí—, esta empresa ha ido creciendo. Por eso, a partir de hoy asumo su puesto en esta empresa.

Pensaba que ya había cerrado un capítulo en mi vida, pero el pasado regresa otra vez a mí. Aunque esta vez voy a luchar con todas mis fuerzas para sacarla de una vez por todas de mi empresa y, sobre todo, de mi vida.

Cuando acabamos la reunión, me dispongo a ir hacia mi despacho. Pero en el momento que llego a la puerta de la sala de juntas, escucho cómo su voz me llama.

—Luke, por favor, espera. Necesito hablar contigo.

—Tamara —comienzo a hablar dándome la vuelta para enfrentarla—, tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Creo que la última vez que nos vimos quedó bastante claro.

—Cariño, por favor, solo dame cinco minutos.

—¡No me llames cariño! —grito cada vez más furioso—. Ese privilegio ya no te pertenece.

—Ah, ¿no? ¿Acaso ya tienes a otra mujer?

—Si tengo o no tengo, eso no es tu problema.

—Lo sé, perdóname, no era mi intención meterme en tu vida privada.

—Exacto, tú lo has dicho, mi vida privada. —Y sin querer seguir escuchándola, salgo de la sala dando un portazo.

Al llegar a mi despacho, me dirijo directamente al mueble bar y me sirvo un vaso de whisky. Me lo bebo de un trago y me sirvo otro. Tengo que aplacar esta rabia que siento por dentro, aunque lo peor no es eso, lo peor es que me temo que Tamara ha vuelto a mi vida a traerme más problemas de los que puedo imaginar.

Sobre las ocho de la tarde, salgo de la oficina bastante cansado. Entre que no dormí apenas la noche anterior y ahora lo de Tamara, he tenido un día de mierda. Solo me apetece llegar a casa, darme una ducha y dormir hasta el día siguiente.

De camino hacia mi ático no paro de pensar en lo acontecido y me viene a la cabeza Lidia y la manera en que la dejé en su casa sin ninguna explicación. Me gustaría disculparme pero la verdad es que en este momento necesito estar solo y que nadie me moleste, tengo que poner mis ideas al día.

Cuando llego a casa, cojo el móvil para mandarle un mensaje a Lidia y

disculparme por mi comportamiento de la noche anterior pero no consigo hacerlo. Tan pronto como lo he cogido, lo suelto encima de la mesa. Y tal como había decidido, me doy una ducha y me voy directamente hacia mi habitación sin querer comer nada. A los diez minutos de estar acostado, me dejo llevar por el sueño.

Capítulo 12

Han pasado ya tres días y aún no sé nada de Luke. Sigo sin entender qué es lo que ha pasado, pero me he propuesto no seguir calentándome la cabeza y continuar con mi vida. Debo tener la mente despejada pues hoy es mi primera reunión con los accionistas de la empresa y directivos. Solo me falta tener más preocupaciones.

La reunión está prevista para las diez de la mañana en la sala de juntas de la última planta donde se encuentran los despachos de los directores. Por fin voy a conocer a los señores Smith y Preston.

Al llegar, saludo a Alison, otra economista de la empresa con la que he hecho muy buena amistad. Nos quedamos en la sala de descanso tomándonos un café antes de ir a la reunión hasta que la secretaria de dirección nos avisa de que en cinco minutos empezará. Nos dirigimos a la última planta y cuando llegamos, ya están casi todos esperando a que los dos directivos que hagan su presencia. Me siento y comienzo a ojear algunos papeles que tengo que presentar en la reunión cuando escucho una voz que me resulta demasiado familiar.

—Buenos días a todos. —Levanto la cabeza y dirijo mi mirada hacia esa voz.

No puedo creer lo que ven mis ojos. Luke y Mark están delante de mí y no sé cómo reaccionar. Mark me mira de una forma como si me estuviese pidiendo perdón. En cambio, Luke parece indiferente por la situación.

No puedo respirar, se me ha formado un nudo en la garganta y mi cuerpo empieza a temblar. Cada minuto que pasa me siento más frustrada, rabiosa y muy enfadada.

—Hemos convocado esta reunión para informaros de que habrá algunos cambios —comienza a hablar Luke—. Lamentablemente, uno de los accionistas mayoritarios falleció por un ataque al corazón. Por lo tanto, todo

su patrimonio y las acciones de esta empresa pasarán a su única heredera, la señorita Mason. Tamara Mason —señala con su mano a la mujer que está al lado de Mark.

Tamara es una mujer de bandera. Medirá alrededor del metro setenta y cinco, sus medidas son casi perfectas, tiene una melena roja rizada que le llega a media espalda y unos ojos verdes que te podrías perder en ellos con solo mirarla.

Los escucho hablar, pero no puedo entender ni una palabra. Me he quedado completamente asombrada y a la vez una furia interna emerge desde mis pies hasta la cabeza. No puedo creer que me hayan estado engañando todo este tiempo. ¿Qué he sido para ellos? ¿Qué he sido para Luke? ¿Una distracción? ¿Acaso es su manera de divertirse?

Mark no me quita la vista de encima y yo evito su mirada. Evito cualquier contacto que me haga ver más vulnerable ante ellos. Ni siquiera puedo mirar a Luke. Solo quiero que esta reunión se acabe para salir corriendo y encerrarme en mi despacho lo que queda de día. Con suerte, no volveré a verlos y huiré hasta llegar a mi casa.

—A partir de ahora, ella será la mayor accionista que tenga la empresa —la voz de Luke suena dura, desafiante, como si la presencia de esa mujer lo enfadase.

Por un momento, mis ojos viajan por toda la sala hasta que lo veo y no puedo descifrar lo que muestra su rostro, su mirada y ese gesto cabreado que tiene. ¿Qué le pasa con ella? No logro entenderlo, aunque en este instante tampoco quiero saberlo.

Cuando acaba la reunión, me levanto la primera y camino decidida hasta la puerta para salir con rapidez pero la voz de Mark me impide la huida.

—Lidia, espera, por favor. —Coge mi brazo para detenerme.

Le miro y me suelto de su agarre duramente a la misma vez que mis ojos le demuestran lo cabreada y decepcionada que me siento en este momento. Él no me dice nada y lo agradezco.

Por fin salgo de la sala y me encamino hacia mi despacho donde, tras entrar, cierro de un portazo que no me espero ni yo.

—¡No puede ser, joder! Me han engañado, me han tratado como si fuera una estúpida —grito frustrada y me siento en mi silla, abatida.

Luke

—Sabes lo que te esperas allí dentro, ¿verdad? —comenta Mark bastante nervioso.

—Sí, lo sé, pero es algo que no voy a poder evitar. Lo que más me va a doler va a ser la reacción de Lidia, sé que no me lo va a perdonar. Llevo tres días evitándola.

—Yo solo te voy a dar un consejo, Luke, no puedes permitir que esa mujer que está fuera y me refiero a Tamara, te vuelva a joder la vida. Hay que buscar algo para que salga de esta empresa sea como sea, o estamos perdidos. Tú más que yo.

—Soy consciente de eso — contesto con la voz un poco quebrada.

—Pues a coger el toro por los cuernos, tenemos que entrar ya en la sala de juntas. Están todos allí esperando y lo que tenga que ser, será.

Llegamos a la sala y antes de abrir la puerta, cojo aire y lo expulso lentamente para relajarme. Me siento como si tuviese que hacer mi examen final.

Entro y lo primero que veo es a Lidia sumergida en sus papeles, aún no se ha percatado de nuestra presencia.

—Buenos días —digo con voz firme y seria. No es que sea mi manera de ser, es solo el simple hecho de que Tamara esté aquí.

Miro a Lidia para saber cómo reaccionará cuando me vea, pero noto los ojos penetrantes de Tamara observándome y no quiero que se dé cuenta de que hay algo entre Lidia y yo. Sería como ponérselo en bandeja y no pararía hasta destruirnos a algunos de los dos. Cambio radicalmente mi gesto y me muestro indiferente. Sé que eso va a jugar en mi contra pero, aunque ella no lo crea, la estoy protegiendo.

La reunión es toda una agonía para mí, estoy deseando que acabe y acercarme a Lidia. Necesito explicarle lo que está pasando. Tamara se muestra prepotente, como si estuviera por encima de los demás. Siempre me preguntaré qué vi en ella hasta el punto de querer convertirla en mi mujer.

Cuando acaba la reunión, quiero dirigirme a Lidia pero uno de los accionistas me detiene y me impide ir hacia ella. Veo cómo se levanta y quiere salir de la sala lo antes posible. Le dirijo a Mark una mirada de súplica y él asiente, entendiéndome.

Mark coge del brazo a Lidia y le pide que espere porque necesita hablar con ella, pero se libera de su agarre de un tirón y le deja marchar.

—Lo siento, señor Scott —le digo a uno de los accionistas para salir lo antes posible de la sala—. Me tiene que disculpar, tengo que hacer una llamada bastante importante y no lo puedo retrasar más.

Cuando lo consigo, siento unas manos deteniéndome por el brazo. Es Tamara.

—Luke, espera un momento.

—¡Ahora no, Tamara! —contesto alzando un poco la voz.

—Pues sí va a ser ahora. Estoy cansándome ya de tus juegucitos de ir escondiéndote de mí y esquivarme —dice con las manos en jarras y el ceño fruncido.

—Tamara, por tu bien, no me toques los cojones —susurro para que nadie nos escuche.

—¡SE ACABÓ! —grita tan alto que tanto las secretarias como el director de marketing nos miran—. ¡Quiero para mañana a primera hora un despacho! A las ocho estaré aquí. Hasta mañana.

Observo cómo Tamara se dirige hacia el ascensor. Yo aprovecho para ir al despacho de Lidia, necesito hablar con ella y explicarle todo. Toco la puerta y no responde. Asustado pensando que se ha marchado, entro.

La encuentro sentada y al alzar la vista, me percató que tiene los ojos hinchados de llorar.

—Lidia, necesito aclararte algunas cosas —hablo temeroso de su reacción.

—Señor Smith, usted no tiene por qué aclararme nada —comenta con voz cortante.

—¿Ahora me vas a hablar así? —pregunto tensando la mandíbula.

—Solo le respondo como debo y si lo que me tiene que aclarar es algo del trabajo, soy toda oídos. Si por el contrario no es así, le rogaría que me dejase terminar de hacer mi trabajo, señor Smith.

Camino hasta donde está cauteloso y me arrodillo frente a ella. Lidia no me mira, sigue con la mirada fija en los documentos. Acercó mi mano a su espalda intentando atraer su atención, pero sigo sin conseguirlo.

—Nena, por favor. Mírame —murmuro muy cerca de ella.

Noto cómo se tensa.

—¿No crees que ya es suficiente? —cuestiona mirándome intensamente—. Será mejor que te vayas.

—Pero...

—¡Pero nada! ¡Vete! —me pide alzando la voz.

No soporto la idea de ver a Lidia así, no quiero que sufra por mi culpa y más por un error de mi pasado.

—Está bien, Lidia, creo que los dos estamos muy nerviosos ahora mismo y no vemos las cosas como deberíamos. Me marcho pero quiero que sepas que esta conversación no ha acabado. Es más, ni siquiera la hemos empezado y necesito aclararte algunas cosas para que las puedas entender — respondo, abatido.

Cojo la manilla de la puerta y salgo de su despacho. Me dirijo al despacho de Mark, necesito que me ayude con Lidia.

—No he podido aclararle nada. Necesito que hables con ella, a mí no quiere escucharme —le pido. Estoy agotado—. Creo que me voy a marchar, tengo que despejarme un poco y pensar. Cualquier cosa que necesites, me llamas.

—No te preocupes, Luke, dale tiempo.

Cojo la chaqueta y salgo del despacho de Mark dirección al garaje. Me subo al coche, arranco y me largo.

Voy conduciendo sin saber qué dirección tomar y sin darme cuenta, estoy estacionando en el parking del pub de Noah. Necesito desahogarme y no precisamente con sexo, sino con un buen whisky y una charla con un viejo amigo.

Cuando entro, Noah me mira y se percata de que no estoy bien. Coge la botella de whisky y sin decir nada, me lleva hasta su despacho. Sabe perfectamente lo que necesito.

Sobre las tres de la madrugada, llego a mi casa algo borracho y sin fuerzas, me echo en la cama hasta que me quedo completamente dormido.

Capítulo 13

No consigo centrarme en lo que estoy haciendo, no paro de pensar en lo que ha pasado con Luke. La cabeza me va a estallar.

Empiezo a recoger para irme a casa, sé que aún queda más de media hora para que acabe mi jornada laboral pero no puedo estar aquí cinco minutos más. Cuando salgo de mi despacho, me dirijo al ascensor y en el momento que abre sus puertas, veo a Mark dentro.

—Espera —pide Mark cuando ve que me doy la vuelta para bajar por las escaleras.

—Mark —comienzo a hablar—, lo que menos necesito en este momento es que tú también vengas a calentarme la cabeza. Creo que ya he tenido suficiente por hoy.

—Solo te robaré unos minutos.

—Mira, Mark —me estoy cabreando cada vez más—, Luke y tú sois tal para cual. Os gusta reiros de la gente, ¿verdad?

—No digas tonterías. Sabes perfectamente que en ningún momento hemos jugado contigo.

—¿Debo creerte? ¿Sabes qué? No me importa, lo que necesito en este momento es largarme de aquí y que pase pronto este día. Ha sido muy largo y quiero despejarme un poco. Hasta mañana, señor Preston.

Salgo a toda prisa, quiero alejarme lo máximo posible. No quiero volver a encontrarme con ninguno de los dos.

Llego a casa muy abatida pensando en lo acontecido y me viene a la cabeza mi hija. He hecho todo lo que está en mis manos para labrarme un futuro. Me he ido a miles de kilómetros e incluso he dejado a Alba en España. ¿Y para qué? ¿Para esto? Ahora pienso que no debí venir, que no pensé las

cosas bien.

—Hola, Lidia. ¿Qué haces tan pronto por aquí? —dice Carol nada más que me ve entrar en el apartamento.

—Ah... Hola —contesto algo distraída ya que estoy sumida en mis pensamientos.

—¿Ah, hola? ¿Qué pasa? ¿Y esa cara?

No puedo evitarlo y me echo a llorar. Tengo mucha tensión acumulada en tan pocas horas.

—Eh. Shh, tranquila. Ven aquí. ¿Qué pasa? —Carol me abraza y me acuna como si fuese una niña.

—Dios, Carol, qué tonta he sido. Eso me pasa por confiar en los hombres. Luego mira lo que pasa.

—Tranquila, Lidia. ¿Qué ha pasado?

—Di mejor qué no ha pasado —digo sin parar de llorar.

Ella, al verme tan nerviosa, se marcha a la cocina a prepararme una tila. Cuando la trae, me la tomo y comienzo a tranquilizarme.

—¿Estás ya mejor?

—Sí —respondo más tranquila.

—Bien, pues ahora cuéntame qué ha pasado para que estés tan nerviosa.

Le cuento a Carol lo sucedido. No da crédito aunque intenta buscar la posible explicación que puede tener esto.

—Lidia, te voy a ser sincera. Por lo poco que he conocido de Luke, no creo que sea el tipo de hombre que vaya riéndose de la gente. Debes darle el beneficio de la duda. Deja que se explique.

Me pongo a pensar en lo que Carol me está diciendo, pero la rabia que tengo por dentro puede conmigo.

—Carol, llámame loca o lo que quieras, pero estoy pensando en renunciar al puesto de trabajo y volver a España. Necesito estar allí con mi hija.

—A ver, creo que te estás precipitando. Al menos piénsatelo antes de dar el paso, puede que te equivoques y después te arrepientas.

No pego ojo en toda la noche pensando en lo que voy a hacer al día siguiente. Lo único que he sacado en claro es que hoy mismo presentaré mi despido en la empresa *Smith & Preston*.

Me levanto y me dispongo a preparar un café para despejarme un poco. En ese momento, Carol entra en la cocina.

—Buenos días, Lidia. ¿Qué tal pasaste la noche? —pregunta mientras se sirve un poco de café.

—Fatal. No he pegado ojo en toda la noche, aunque ya tengo claro lo que voy a hacer.

—¿Y qué has decidido?

—Voy a renunciar a mi puesto de trabajo.

—Aja, está bien —afirma dando un sorbo a su taza—. Creo que te estás precipitando e incluso me atrevería a decir que también te estás equivocando, pero es tu decisión y es tan respetable como otra cualquiera.

Asiento con la cabeza y en silencio, nos terminamos nuestros cafés.

De camino al trabajo, voy tan sumergida en mis pensamientos que sin querer tropiezo con un señor. Es un hombre de unos sesenta años como mucho, bastante atractivo. En su juventud debió de ser de esos hombres que te quitan el hipo. Va vestido muy elegante con un traje de tres piezas en color gris. Es moreno con unas cuantas canas que lo hace bastante interesante y sus ojos son de un color verde igual que los míos.

—Lo siento, señorita, no le había visto —se disculpa muy amable.

—No, discúlpeme usted a mí. Iba distraída y no me percaté de nada, así que no se preocupe.

—Bueno ¿qué le parece si lo dejamos en un empate?

—Me parece fenomenal —sonrío—. Me encantaría seguir hablando con usted pero llego tarde al trabajo.

—Faltaría más, no la entretengo. Ha sido un placer

Cuando nos alejamos el uno de otro, no se me borra la sonrisa de la cara. No sé por qué, pero ese señor me ha dado muy buenas vibraciones. Me gustaría poder coincidir con él en otro momento y en otras circunstancias.

Llego a la empresa y me dirijo directamente a la planta veintidós donde se encuentra recursos humanos. Una vez allí, le comunico a la secretaria del director que necesito verlo. A los diez minutos de estar

esperando, me hace pasar al despacho.

—Buenos días, señorita Martínez. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenos días, señor Anderson. Lo cierto es que vengo a entregarle mi carta de renuncia.

El señor Anderson se queda sin palabras al oírme.

—Señorita Martínez, ¿ha tenido algún problema con alguien en la empresa? ¿Se le ha tratado injustamente o de cualquier otra manera?

—Oh no, para nada, señor Anderson. Todo lo contrario, aquí la gente me ha acogido muy bien y en ese aspecto estoy muy satisfecha.

—Entonces no entiendo su marcha —se reclina sobre su asiento y me mira con confusión.

—Se trata de algo personal, no tiene nada que ver con la empresa —miento a medias.

—Entiendo. Si esas son tus razones, no tengo más remedio que aceptarlas muy a mi pesar. Le prepararé la documentación para que la firme el señor Smith, el director ejecutivo. Es él quien se encarga de estas cosas.

<<Mierda>>, pienso para mis adentros mientras le dedico una sonrisa.

—Está bien, aprovecharé para recoger mis cosas de la oficina y así vamos adelantando.

—Perfecto, en cuanto todo esté listo, le aviso.

Salgo del despacho del señor Anderson y me dirijo al mío para ir recogiendo las pocas cosas que tengo. Voy a echar mucho de menos a mis compañeras, sobre todo a Alison. Ha sido muy amable conmigo y me ha ayudado en todo momento. Tendré que despedirme de ella.

Mientras estoy metiendo todo en una caja de cartón, escucho a mi espalda un portazo que me hace dar un brinco del susto. Me doy media vuelta y me encuentro con unos ojos ensangrentados por la rabia, mirándome.

—¿Así que esta es tu forma de intentar arreglar las cosas? ¿Sin darme siquiera una oportunidad para aclararlas?

Me quedo totalmente muda, no soy capaz de responderle. Es como si mis labios estuviesen cosidos del impacto que me he llevado al verlo de esa manera. Desde luego me podía esperar su visita, pero no su comportamiento.

—¿No contestas? —dice cada vez más furioso.

Puedo sentir toda su ira y eso hace que tiemble por dentro. Me armo

de valor y le contesto con la cabeza bien alta.

—Yo no estoy actuando de ninguna manera, simplemente no me encuentro cómoda en esta empresa.

—Que yo sepa hasta hace dos días estabas muy feliz trabajando aquí —comenta con ironía.

—Hace dos días no tenía ni idea de que el hombre con el que me acuesto se reía de mí. ¿O debería decir con el que follaba?

Aprieta la mandíbula al oírme, no le gusta la manera con la que me dirijo a él. Lo veo coger aire con fuerza y soltarlo poco a poco.

—¿Ese es el concepto que tienes de mí? —pregunta con un tono más suave y herido.

—Es como me has hecho sentir, Luke.

Se lleva el dedo pulgar e índice hacia el puente de la nariz intentando calmarse. Se me parte el alma verlo de esa manera, pero tengo que ser fuerte y no dejarme engañar.

—Te juro que no es como lo estás imaginando en tu cabeza, por eso te dije que tendría que explicarte algunas cosas para que lo entendieras.

—Y yo pienso que has tenido tres jodidas semanas para decirme quién eras.

Se queda en silencio y varios segundos después, se dirige hacia mí muy despacio. Yo intento que no se acerque mucho dando varios pasos hacia atrás hasta que me topo contra el escritorio y no puedo retroceder más.

Por un lado, estoy deseando que me toque pues me gustan mucho sus caricias. Pero, por otro lado, no quiero. Reacciono e intento esquivarlo, aunque no me da tiempo. Con ambas manos, agarra mis mejillas y acerca su boca a la mía. Intento resistirme, pero al notar su lengua dentro de mi boca intentando jugar con la mía, no lo puedo evitar y respondo a esa guerra de besos.

Siento cómo su miembro va creciendo frente mi estómago y mis bragas empiezan a humedecerse. En estos momentos estoy loca de deseo por que me haga suya. Sé que soy débil, aunque solo me pasa con él. Es como si fuese un imán que me atrae y no lo puedo evitar.

Suelto un gemido de placer al notar cómo me comienza a masajear mis pechos. Lo deseo con toda mi alma...

Capítulo 14

Sus manos me acarician todo el cuerpo. Cierro los ojos para sentir su tacto más intensamente. Luke me sube sobre el escritorio, se coloca entre mis piernas y comienza a dejarme un reguero de besos empezando por mi cuello hasta llegar a mi boca.

—Sé que lo deseas tanto como yo —susurra mientras sus manos se cuelan bajo mi blusa.

—Luke, para. Esto no está bien —comento muy excitada

—Déjate llevar, nena. Siento tu humedad al igual que tú sientes mi excitación.

Una de sus manos abandona mis pechos y la introduce dentro de mi falda hasta llegar a mis braguitas. En este momento, me siento impotente al ver que no soy ajena a sus manos, a sus caricias. Soy adicta a él.

Sin poder remediarlo, empiezo yo también a acariciarlo. Tomo su miembro en mis manos y empiezo a acariciarlo de arriba abajo. Está cada vez más dura y yo cada vez más mojada. Tras subirme un poco más la falda, Luke me baja las braguitas, agarra su miembro y me lo introduce de una sola estocada.

Grito de placer. Es maravilloso lo que estoy sintiendo en este momento. No quiero que termine y sé que en cuanto acabe, me voy a arrepentir pero ahora no puedo parar. No quiero parar.

—Oh... Sí... No pares, Luke —suplico.

—No voy a parar, preciosa. —Al mismo tiempo que me está envistiendo, siento cómo lleva su dedo a mi clítoris y lo mueve haciendo círculos para aumentar mucho más mi placer.

—Luke, me voy a correr —gimo tras unos minutos.

—Córrete, nena, necesito oír tus gemidos. Quiero saber que disfrutas con todo lo que te hago y que es por mí por quien estás así.

Me agarro a sus hombros con fuerza mientras un orgasmo inmenso recorre todo mi cuerpo. Él se tensa y sé que también se ha corrido conmigo.

Nos quedamos exhaustos, intentando recuperar nuestras respiraciones. Observo cómo Luke saca de su bolsillo unos clínex y empieza a limpiarme con delicadeza. Entonces es cuando me doy cuenta que no hemos usado protección.

—¡Mierda! ¡Joder! —comento muy enfadada.

—¿Qué ocurre, Lidia?

—¿Qué ocurre? —respondo—. ¿Acaso no te has dado cuenta de que no hemos usado protección?

—Ah, es eso. —No parece nada nervioso. Es más, está tranquilo.

—¿Cómo que es eso? Desde luego que estoy flipando contigo

—Estoy limpio si es eso lo que te preocupa. Además, jamás me he acostado con ninguna mujer sin protección, eres la primera.

—¿Y se supone que con eso ya tengo que estar más tranquila?

—¿Acaso no tomas la píldora? —frunce el ceño.

—Siento decepcionarte pero no. Por desgracia, mi vida sexual es escasa.

Empiezo a arreglarme sin mirarle a la cara. Estoy furiosa, no tenía que haber consentido esto. Ya sabía que llegaría el arrepentimiento.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Luke mientras observa cómo sigo recogiendo mis cosas sin parar.

—Lo sabes perfectamente, pero si quieres te lo recuerdo. He renunciado.

—¿Después de lo que ha pasado sigues con la idea de marcharte?

—Lo que ha pasado no tenía que pasar. Ya no se puede hacer nada, lo hecho, hecho está.

—¿Así, sin más?

—Bueno, puedes tomártelo como una despedida —digo encogiéndome de hombros para restarle importancia.

Siento la desesperación de Luke. No sabe dónde meter sus manos, los

nervios por dentro se lo están comiendo. Intenta calmarse y se acerca un poco a mí.

—No te vayas, Lidia —susurra con voz suave.

—Debo irme.

—Sabes que no. Es más, te propongo un trato.

—Creo que lo mejor será que me vaya.

—Escúchame al menos —me pide con voz suplicante.

—Está bien, tú dirás. —Me siento en el sillón, derrotada.

—Bien, mi propuesta es muy simple. Quiero que te quedes. A cambio, prometo no molestarte, ni intentar nada contigo si no quieres. Prefiero que me conozcas como soy y borres de tu cabeza esa imagen que tienes de mí.

Solo de pensar que no me va a tocar más, se me cae el mundo encima. No sé si podré soportar estar a su lado sin sentir sus manos, sus caricias, sus besos. Pero tengo que ser fuerte.

Me quedo pensativa durante unos minutos.

—Lo tengo ya decidido, me marcho —contesto con decisión.

—Por favor, piénsalo al menos.

Nos miramos por un instante y en sus ojos veo que va en serio. Quiere que me quede.

—Está bien, lo pensaré. Pero quiero que quede clara una cosa, espero no tener más sorpresitas de estas porque si no, la próxima vez no me para ni un tren. ¿Entendido?

—Prometido —sonríe de medio lado, satisfecho.

—Gracias, señor Smith.

—Solo pongo una condición, Lidia. —Lo miro para que continúe hablando—. Llámame por mi nombre.

—No creo que sea lo adecuado.

—Por lo menos hazlo cuando estemos en privado.

Lo pienso por un momento y acepto. Él asiente con la cabeza y se marcha de mi despacho.

Me quedo sentada en el sillón mirando a la nada. Salgo de mi letargo cuando suena el teléfono sobre mi escritorio. Al cogerlo, se trata de recursos humanos informándome de que el señor Smith ha llamado para parar los

trámites del despido.

Luke es incorregible, ha parado todo sin haberle dado aún una respuesta.

La mañana transcurre sin ninguna novedad. No he vuelto a cruzarme con Luke y, en el fondo, tengo que admitir que lo echo de menos.

Al medio día salgo a comer fuera, no me apetece quedarme en la cafetería. Necesito dar una vuelta. Camino hacia Central Park y compro un bocadillo y una Coca-Cola en los puestos que hay en la zona. Después, me siento en uno de los bancos para comer cuando, de pronto, escucho una voz conocida. Alzo la cabeza y no puedo evitar sonreír.

—Pero bueno, qué alegría volver a coincidir con usted —dice el señor con el que tropecé esta mañana.

—Por favor, no me trates de usted, me hace sentir incómoda. Mi nombre es Lidia —le tiendo la mano.

—Es todo un placer, mi nombre es Stuart —estrecha mi mano amablemente—. ¿Puedo sentarme? Aún tengo un poco de tiempo.

—Claro que sí, faltaría más.

Charlamos durante un rato. Stuart me cuenta que es accionista y que se dedica a la bolsa. Gracias a eso me entero que tiene acciones en la empresa de *Smith & Preston*. Yo le cuento que trabajo en esa compañía y que resulta raro no haberlo visto el día de la reunión con los accionistas. Me comenta que ese día fue a una revisión médica rutinaria.

—¿De dónde eres Lidia? Por tu inglés, sé que no eres amErikana.

—Pues no se equivoca. Soy de España.

Durante unos instantes, me observa pensativo.

—Yo estuve hace muchos años en España. Recorrí gran parte del país, sobre todo la zona mediterránea. Me gustó mucho la Costa del Sol.

—¿No me diga? Qué casualidad, precisamente soy de Málaga. Aunque los últimos años he estado viviendo en Madrid hasta que me vine aquí.

—¿Te gusta viajar?

—Me encanta, lo único es que no he viajado todo lo que me hubiese gustado. Me fui a Madrid para estudiar en la universidad y ya me quedé allí. Encontré trabajo hasta que terminé mis estudios y gracias a ellos, estoy aquí.

De pronto, Stuart se pone serio. Se queda en silencio, sumido en sus pensamientos.

—Lo siento, Lidia, pero he de irme. Espero volver a verte, me ha gustado mucho hablar contigo.

—Lo mismo digo, Stuart.

Nos despedimos con un apretón de manos y observo cómo se va alejando hacia una limusina negra donde le espera un chófer.

Termino de comerme el bocadillo y vuelvo a la oficina. Hablar con Stuart me ha hecho darme cuenta de que me gusta mi trabajo y que quiero quedarme en la empresa.

Cuando llego a mi despacho, cojo el móvil y le mando un mensaje a Carol.

Lidia: Hola, preciosa. Tengo que contarte algo.

Carol: Hola, cariño. Dime que has cometido un delito, tengo ganas de ir a esas comisarías de policías buenorros con la excusa de sacarte de allí, a ver si me saco unos cuantos teléfonos. Me hace falta quitarme el estrés que tengo encima.

Lidia: Ya, ya... Estrés dices, más bien las telarañas.

Carol: Bueno, lo que sea. La cuestión es que me quiten algo.

Lidia: Eres tremenda.

Carol: A ver ¿qué tenías que contarme?

Lidia. Me lo he pensado mejor y voy a quedarme.

Carol: Es la mejor decisión que has podido tomar, pero ya sabes que hagas lo que hagas, te apoyaré.

Lidia: Lo sé. Nos vemos luego, un beso.

Carol: Adiós, blanca flor.

A las seis de la tarde, acaba mi jornada. Recojo mi bolso y me dispongo a

salir por la puerta cuando tropiezo con Tamara, la accionista que nos presentaron en la reunión.

—Lo siento, discúlpeme.

—A ver si miras por donde andas —responde con voz seca.

—Dije que lo sentía, pero...

—¿Hay algún problema? —escucho la voz de Luke a nuestras espaldas.

—Solo un malentendido, señor Smith —contesto sin apartar la mirada de Tamara.

—No te preocupes, cariño —dice ella con voz melosa—. Ella tiene razón, fue una confusión.

¿Cariño? ¿He escuchado bien? Observo cómo Tamara se acerca a Luke y le pasa un dedo por la solapa de su chaqueta, coqueteando. La mandíbula de Luke está cada vez más apretada. Al igual que el día de la reunión, siento una tirantez entre ellos y no me gusta nada lo que veo.

Capítulo 15

Me recorre por dentro la rabia al ver cómo Tamara tontea con Luke. No aguanto más la escenita y me doy la vuelta para largarme lo antes posible.

—Un momento, Lidia —me llama Luke antes de entrar en el ascensor.

—¿Sí, Señor Smith? —respondo mientras se abre la puerta.

Luke me empuja hacia dentro para tener un poco de privacidad, ya que la estirada de Tamara no nos quita el ojo de encima.

—Quería hablar contigo por lo sucedido esta mañana en tu despacho.

—No tienes de qué preocuparte, ha sido algo que hemos decidido entre los dos y no me arrepiento.

—Yo tampoco me arrepiento de haberte hecho mía, pero no era eso a lo que me estaba refiriendo —aclara—. Soy una persona que no le da la espalda a mis errores y, si no te importa, me gustaría saber si te baja la regla o no. En caso negativo, ya buscaríamos una solución.

No puedo dar crédito a lo que mis oídos están escuchando. Siento cómo mi corazón se rompe en pedazos.

—¿Piensas que sería un error? Puedes estar tranquilo entonces, porque no estoy ovulando. Hace dos días que terminé con la regla, así que puedes respirar tranquilo.

—No me lo tomes a mal, Lidia, es solo que no está en mis planes ser padre ni ahora ni en un futuro próximo —dice antes colocarse frente a la puerta del ascensor para salir en cuanto se detenga.

Se abre la puerta y él da unos pasos para salir. En ese momento, tengo ganas de llorar y de correr muy lejos. Entonces, alzo la cabeza con mucha dignidad para responderle.

—No se preocupe, señor Smith. Tampoco es mi intención hacerle padre ni ahora ni nunca.

Aprieto el botón y se cierran las puertas del ascensor, dejándome ver por última vez su gesto incrédulo.

Vaya día más completo he tenido. Para que luego digan que mi vida no es fascinante. Creo que lo único bueno que he tenido en todo el día ha sido encontrarme con Stuart. Me hubiera gustado estar un poco más tiempo con él. Me da esa paz que necesito. Junto a él, se me olvidan hasta las preocupaciones. Ojalá tenga razón y nos veamos pronto.

Media hora más tarde, entro a casa dando un grito para que Carol sepa que ya estoy de vuelta. Cuando me giro, grito de nuevo al ver que está detrás de mí. No la esperaba de esa forma.

—Dios, qué asco, Carol. ¿Qué tienes en la cara?

—Hija, que exagerada eres. Ni que hubieras visto un fantasma.

—¿Exagerada dices? Parece que llevas mocos pegados en la cara. ¡Puag!

—Anda, calla, que al final me va a dar asco hasta a mí —pone mala cara al imaginárselo—. Pues para que lo sepas, es una mascarilla de aguacate muy buena para el cutis. Lo que pasa que no estaba muy maduro el aguacate y al machacarlo se quedó así.

Se encoge de hombros y se marcha a la cocina. Ha preparado para cenar una tabla con varios tipos de quesos y una ensalada. Nos vamos a la terraza a comer ya que hace una noche tan agradable.

Mientras cenamos, suena mi teléfono y no puedo evitar sonreír de oreja a oreja al ver de quién se trata.

—Hola, Carmen. ¿Cómo va la cosa por ahí?

—*Hola, mi niña. —Noto su voz muy rara y lo primero que pienso es que algo le ha pasado a mi hija.*

—¿Qué pasa Carmen? —pregunto muy alterada— ¿Alba está bien?

—*Sí, mi niña. Alba está muy bien. —Se queda unos segundos en silencio y prosigue—. Lo que pasa es que José está en el hospital.*

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

—*Le ha dado un infarto y le tienen que operar a corazón abierto.*

—No puede ser. —Comienzo a llorar.

—Siento muchísimo decirte esto, pero con todo el dolor de mi corazón no puedo hacerme cargo de Alba. José me necesita y tengo que estar a su lado ahora más que nunca. Tendré que pasar muchas horas en el hospital, sin contar la recuperación.

—No te preocupes por eso, Carmen. Voy a buscar el primer vuelo que salga para España, así que tranquila. Verás como todo va a salir bien, José es una persona muy fuerte que puede con eso y con más. —Intento animarla, está muy abatida.

—Vale, avísame cuando llegues.

—Sí, no te preocupes. Dale un beso a José muy fuerte de nuestra parte y otro para vosotras.

Cuando cuelgo el teléfono, caigo en el sofá y rompo a llorar. Me seco las lágrimas con la manga y cojo el portátil para buscar el primer vuelo para Madrid. Entonces Carol me propone ir ella aunque yo le digo que no lo puedo consentir. Es mi hija, bastante está haciendo ya por mí.

—Carol, sabes que tengo previsto por contrato que la empresa de transporte me mande mis cosas para dentro de dos semanas. Ahora que Carmen no se puede ocupar de ello, tengo que hacerlo yo y adelantar el envío.

—Si ese es el problema no te preocupes. Ya me hago cargo yo de todo. En cuanto aterrice en Madrid, me pongo en contacto con ellos para que vengán a recoger todo y lo envíen. Sé que lo tienes todo empaquetado, solo es llegar y llevárselo.

Después de tres horas peleándome con ella, desisto. Encuentro un vuelo que sale a las siete de la mañana y Carol improvisa una pequeña maleta con lo más necesario.

A la mañana siguiente y después de haber dejado a Carol en el aeropuerto, me dirijo a la empresa. Necesito hablar con recursos humanos para pedirme dos días libres. Tengo aún la habitación de Alba sin acabar y hay que hacerlo antes de que llegue.

Al ver que he pedido dos días de asuntos propios, Luke me llama a mi despacho extrañado.

—¿Ha pasado algo, Lidia? —pregunta preocupado.

—No, tranquilo. Solo necesito dos días porque tengo que arreglar

unos asuntos privados.

—*Está bien, sabes que si necesitas algo, aquí me tienes. No dudes en pedírmelo.*

—Gracias Luke, pero no necesito nada —respondo cortante.

—*De todas formas, ya sabes que me puedes llamar para lo que sea.*

Cuelgo el teléfono y salgo con prisa de la oficina, no puedo perder más tiempo porque se me echa encima la llegada de Alba.

Me dirijo a unos grandes almacenes parecido a *Ikea* donde compro varias cosas para decorar la habitación de Alba. Quiero que esté todo a su gusto para cuando llegue. Necesito que se sienta como en casa ya que va a ser un cambio muy grande para ella.

Llevo más de tres horas perdidas en el almacén, no doy con nada, esto es demasiado grande. Al menos podría indicar por dónde tengo que ir como en *Ikea* con las flechitas en el suelo porque esto es horrible. Al final compro unas cortinas con estrellitas doradas, un dossier de tul blanco para ponérselo en su cama y unas pegatinas de decoración para las paredes de príncipes y princesas. Espero que le guste.

Cuando llego a casa me pongo a buscar colegios para Alba. Evidentemente tiene que ser un colegio bilingüe, ya que Alba no sabe hablar en inglés. Después de mirar varios colegios y comparar precios, me decanto por *The Bilingual Bicultural School*, situado en Manhattan.

Sobre las ocho de la tarde, me llama Carol para decirme que acaba de aterrizar en Madrid. Va directamente a casa de Carmen, no quiere perder ni un segundo sin ver a su ahijada. Estoy más tranquila después de haber hablado con mi amiga, al menos, ella podrá estar con mi hija en estos momentos tan difíciles. Supongo que estará mal por el yayo.

Una vez que termino de hablar con ella, me dispongo a sacar todo lo que he comprado para ir arreglando la habitación de mi hija. Solo me falta una cosa. No he comprado pintura rosa para las paredes. Tendrán que quedarse blancas, con las pegatinas deberían quedar bien.

Cuelgo las cortinas, arreglo la cama y tras casi dos horas, necesito descansar y comer algo. Desde que he salido por la mañana de la oficina, no he probado bocado. Camino hasta la cocina donde me preparo un sándwich de queso, me sirvo un vaso de Coca-Cola y me siento en el sofá para ver la televisión mientras como. Ahora que no está Carol, la casa está en completo silencio y no me gusta la sensación de soledad que emana.

Necesito hablar con alguien, aunque sea para discutir, así al menos no

me volveré loca. Está visto que no puedo vivir sola, me moriría de pena. Entonces le mando un mensaje a Luke. Como me dijo que podía llamarlo si me hacía falta algo, pues eso hago.

Lidia: Hola, Luke. ¿Qué tal estás?

Pasa media hora y sigo sin recibir respuesta. Al ver que no responde, marco su número para llamarle. Cuando descuelga, la voz de esa tiparraca suena al otro lado. ¿Qué hace Luke con ella?

—*Hola. ¿Quién llama?*

De fondo, escucho la voz de Luke preguntando quién llama. No me gusta nada la situación y ahora me estoy dando cuenta de que sí, efectivamente está jugando conmigo, con mis sentimientos, con estos estúpidos sentimientos que cada vez se hacen más fuertes.

—*Hola, ¿quién eres? Mira, si no vas a responder, te cuelgo. Acabas de estropear un momento único.*

La llamada se corta. No sé por qué me habré quedado escuchando, pero al hacerlo y saber que están juntos haciendo Dios sabe qué, la rabia me corroe y siento que tengo ganas de partirle las pelotas. No voy a dejar que se aproveche de mí y a partir este momento, Luke no será nada más que mi jefe.

Me levanto para tirar la comida a la basura. Se me ha cerrado el estómago. Lo que sí cojo es una cerveza y me encamino hasta la terraza donde, mirando a la calle desde la altura de mi piso, me la bebo pensando en lo estúpida que he sido con el “Señor Sabelotodo Smith”.

Capítulo 16

Luke

Horas antes...

¿Qué le pasará a Lidia? ¿Por qué habrá pedido dos días libres? No puedo acercarme a ella y exigirle que me diga qué le ocurre, pues estaría rompiendo la promesa que le hice de no acercarme a ella. A veces me cuesta tanto conseguirlo que me pican las manos por volver a tocarla y creo que me volveré loco porque no quiero sentirme así.

Pienso y pienso durante unos minutos demasiado largos y caigo en la cuenta de que puedo utilizar a Mark para que me ayude con ella. Así que lo llamo y unos minutos más tarde, entra en mi despacho.

—¿Qué te pasa, tío? Por tu voz parece grave —dice mientras se sienta en el sillón que hay frente a mi escritorio.

—Lidia ha pedido dos días de asuntos propios y no me ha querido decir qué le pasa. Dice que tiene que arreglar unos problemas personales y debe estar a punto de marcharse —le explico nervioso.

—Y quieres que la siga ¿a que sí?

Asiento con una sonrisa. No sé qué sería de mí sin mi mejor amigo.

—Está bien, la seguiré y te diré algo ¿vale?

—Gracias.

—No me las des, solo lo hago por ella.

Por su mirada, me doy cuenta que lo dice en serio. Tras despedirse, sale de mi despacho a toda prisa por si Lidia se ha ido y le pierde el rastro. Me levanto de mi silla y comienzo a dar vueltas de un lado al otro. Me siento impotente y desesperado. Me encantaría ser yo quien la siguiera, pero sé que si lo hago, caminaré hasta ella y la obligaré a que me cuente lo que pasa.

Tres horas después, sigo sin saber nada de Mark. No he recibido ni un mensaje ni una llamada. No sé ni para qué lo he mandado.

Cuando me dispongo a salir para ir a casa de Lidia y preguntarle cara a cara qué es eso tan urgente que tiene que arreglar, Tamara entra en mi despacho e incrementa mi cabreo.

—¿Qué quieres, Tamara? No estoy para tus juegos, así que será mejor que te vayas —escupo intentando esquivarla para poder salir, pero se pone delante de la puerta y echa la llave para no dejarme salir.

—Cariño, por favor. Solo quiero que hablemos. ¿Podrías escucharme aunque sea unos minutos?

—Te doy dos minutos, ni uno más.

Camina hasta mí y se pone justo delante, pegando su pecho contra el mío. En otro momento, me habría importado todo una mierda y la hubiese hecho mía, pero ahora solo me da asco. No quiero saber nada de ella.

Pasa sus dedos por mis labios justo en el momento que mi móvil suena avisándome de un mensaje. Lo miro e intento cogerlo, pero ella me lo impide y vuelve a acercarse aún más, dejándome completamente inmovilizado.

—¿Qué pretendes? —pregunto.

Va a responderme cuando mi móvil vuelve a sonar, pero esta vez me están llamando. La empujo a un lado para cogerlo, pero ella es más rápida y descuelga la llamada. No sé quién es, ya que la persona que está al otro lado no parece responder y eso hace que Tamara cuelgue el teléfono. Entonces se lo quito de las manos para mirar quién era y compruebo que se trata de Lidia. El pánico se apodera de mí y mezclado con el odio que estoy sintiendo en este momento por Tamara, grito echándola de mi despacho. Ella sale despavorida.

<<Mierda, ahora creerá que estaba con Tamara. Ahora sí tengo que ir a verla, no quiero que crea lo que no es>>, pienso.

Cuando me dispongo a salir de mi despacho, Mark entra.

—Hola, Mark. ¿Ya has averiguado dónde fue?

—Sí, estuvo en el centro comercial haciendo unas compras, aunque lo que más me ha llamado la atención es que estuvo comprando en la sección de adornos infantiles.

—¿Adornos infantiles? —pregunto incrédulo y él asiente.

No quiero creer lo que mi cabeza está pensando. Es más, es imposible. Ahora sí tengo que ir a verla, necesito que me lo explique.

—Gracias, tío, te debo una —vuelvo a hablar.

—Si no me necesitas me voy. He quedado esta noche con “Miss pechos”, aunque yo le llamaría globos porque vaya delantera tiene. Hasta luego.

Mark sale de mi despacho mientras yo recojo mis cosas y me dirijo al garaje. Tengo que ir a ver a Lidia para salir de mi error.

A los quince minutos, aparco en el garaje del edificio ya que al ser de nuestra propiedad, dispongo de un par de plazas. Subo hasta la planta donde vive Lidia y toco la puerta pero no contesta.

Sigo insistiendo y al cabo de unos minutos, escucho su voz y cómo arrastra sus pies. Cuando abre la puerta, me la encuentro con las mejillas sonrosadas y con una bata de seda hasta las rodillas de color negro muy sexy. Me dan ganas de arrancársela y ponerla contra la pared para hacerle el amor hasta que no pare de gritar mi nombre.

¿Hacerle el amor? ¿Por qué pienso esas gilipolleces? Yo no hago el amor, yo solo follo cuando quiero y como quiero.

Salgo de mis pensamientos cuando me percató que Lidia está hablándome.

—¿Se puede saber qué haces en mi casa, señor *SSSmith*? —pregunta arrastrando las palabras.

—¿Se puedes saber qué estás haciendo?

—Para empezar, ese no es tu puto problema, No estamos en el trabajo y puedo hacer lo que me dé la gana.

—Claro, y lo normal es irte a casa a emborracharte ¿no? —digo con mucha rabia al verla así.

—Te vuelvo a repetir que no estamos en la oficina, así que buenas noches. Adiós. —Intenta darme con la puerta en las narices, pero yo no se lo permito.

Empujo la puerta hasta abrirla del todo. Ella se retira haciendo un gesto con la mano en plan reverencia para darme paso. Entro y cierro la puerta para darnos intimidad.

—Está bien, es tu casa. Al fin al cabo toooooodo lo que hay aquí

alrededor —dice dando un par de vueltas sobre sí misma—, es tuyo.

—Creo que deberías dejar de beber —espeto con voz autoritaria

—Has venido muy mandón por lo que veo.

—He venido porque necesito una explicación y me la vas a dar ahora mismo.

—¿Y se puede saber qué explicación tengo que darte?

—Esta mañana has estado en el centro comercial comprando. Sé que has estado en la sección infantil y hasta donde yo sé, no tienes hijos, cosa que me alegro por eso. Entonces ¿me puedes explicar qué hacías allí?

—Lo que yo hiciera allí o no, te importa una mierda. Ahora te pediría que te largases ya, porque mientras yo esté viviendo aquí, esta es mi casa.

Se marcha hacia la puerta y la abre nuevamente para que salga. Yo me dirijo hacia ella y con una mirada desafiante, la enfrento.

—Claro que me importa —espeto con rabia—. Ese error que llevas en tus entrañas también es mío. ¿O acaso no lo es? Porque déjame decirte que dudo mucho que en un día sepas que estás embarazada. A saber quién es el padre y me lo quieres endosar a mí.

Siento una bofetada sobre mis mejillas. Miro a Lidia y sus ojos están rojos de la rabia.

—¡Y AHORA LARGO DE AQUÍ —grita encolerizada.

Sin dudar un segundo más, salgo de su casa dando un portazo.

Lidia

No puedo creer lo que acaba de pasar. Por un momento creo que estoy dormida y que es una puta pesadilla. Jamás imaginé que Luke fuese un ser cruel y sin escrúpulos. No puedo parar de llorar al recordar el daño que me han hecho sus palabras. <<A saber quién es el padre>>. Lo odio, lo odio, lo odio...

Me doy una ducha para tratar de despejarme un poco pero no puedo dejar de darle vueltas a la situación. Una cosa sí tengo bastante clara y es que no voy a salir corriendo, no voy a huir. Ahora más que nunca, ya me cansé de que se rían de mí. A partir de hoy seré otra Lidia, no pienso renunciar a mi trabajo. Voy a demostrar lo que valgo, a seguir con mi vida y con lo más

importante que tengo, mi hija.

Salgo de la ducha y escucho mi teléfono sonar. Es Carol.

—Hola, preciosa —contesto con normalidad para que no note que estoy mal. No quiero preocuparla—. ¿Cómo va la cosa por allí?

—*Hola, tesoro. Pues la cosa está bastante jodida. José no se encuentra nada bien, Lidia, y quiero que seas consciente por lo que pueda pasar.*

—Por Dios, Carol, no me digas esas cosas. —Se me forma un nudo en la garganta—. Sabes que José es como el padre que nunca conocí.

—*Lo sé y siento ser muy dura, pero hay que mirar la realidad y no engañarnos para que luego no nos llevemos una sorpresa.*

—Sí, lo entiendo perfectamente. ¿Y Alba cómo está?

—*Ella está bien, ajena a todo lo que está pasando. Es lo mejor.*

—¿Puedo hablar con ella?

—*Claro que sí. Te la paso.*

Se escucha el silencio tras la línea hasta que escucho la voz de mi princesa.

—*Hola, mami. Te echo de menos, quedo estar contigo.*

—Hola, cielo. Ya mismo estarás conmigo y con Carol, ya queda poquito para estar juntas.

—*Mami el yayo no tá y a la yaya tá tizte. Yo le decía no llodes yaya, que yo toy aquí pa cuidarte porque mami me dijo que yo era una niña mayor y tenía que cuida de los yayos.*

—Claro que sí, cariño, eres toda una mujercita. Bueno, princesa, acuéstate ya que es tarde y pásame a la tía.

—*Vale mami, te quedo mucho.*

—Yo también, mi vida. Adiós y besos —le lanzo algunos a través de teléfono.

—*Bueno, Lidia —comienza a hablar de nuevo Carol—, ya está todo arreglado. Esta mañana ha salido la mudanza hacia Nueva York, en tres días estará todo allí.*

—Gracias, Carol, eres mi salvavidas y lo sabes.

—*Haz el favor de dejar de dar las gracias, que pareces un cura —se*

burla—. *Bueno, Lidia, te dejo para que descanses. Es muy tarde.*

—Es cierto, no me acostumbro a los cambios de horarios todavía.

—*Ah, una cosa, Lidia. Porque Alba está aquí y no he querido sacar la conversación pero en cuanto llegue, me vas a contar qué ha pasado porque te conozco muy bien y no estás bien. Te delata tu voz y sé que has estado llorando.*

—Cómo me conoces —suspiro—. Está bien, cuando vengas te cuento todo. Dale muchos besos a Carmen de mi parte y a José también. Rezaré para que se ponga bien, aún tienen que venir a hacernos una visita en Nueva York.

—*Eso está hecho, cariño. Mañana mientras Alba esté en el colegio, pasaré a verlo y le daré un achuchón muy fuerte de tu parte. Y ahora sí, vete y descansa que creo que lo necesitas. Te quiero, Lidia*

—Yo también, cariño. Adiós

Cuando cuelgo el teléfono, me preparo una tila antes de acostarme. Estoy demasiado nerviosa, han pasado muchas cosas durante el día.

Mañana empezará una nueva etapa, una nueva Lidia.

Capítulo 17

Otra noche que no he pegado ojo. Primero lo de José, que me tiene bastante preocupada, y para colmo lo de Luke. Siento que mi vida se va al traste y que cuando veo un poco de luz al final del túnel, se vuelve a oscurecer.

Pongo la cafetera para que se haga el café mientras me doy una buena ducha, a ver si me despejo. Una vez termino, voy al vestuario y me decanto por una falda lápiz de color negro, una blusa blanca y los zapatos negros de salón, un tónico. Dicen que el color negro da sofisticación, elegancia y autoridad. Se puede convertir en tu mejor aliado cuando quieras proyectar seguridad en ti misma, y es eso lo que necesito ahora mismo.

Me recojo el pelo en un moño bajo pegado a la nuca y bastante estirado. Si Carol me viese ahora mismo, me diría que parezco la señora *Rottenmeier*, solo me faltan las gafas.

A las siete y media salgo de mi casa. Tengo una pequeña reunión con Alison para mirar si es fiable adquirir un grupo editorial en el que la empresa está interesada. Tenemos que estudiar los riesgos que conllevan dicha compra para dar el visto bueno.

A las ocho menos diez, estoy entrando por la puerta de *Smith & Preston*. Doy los buenos días a la recepcionista y me dirijo directamente al ascensor. De pronto, siento su presencia. Ese olor a perfume que invade mis fosas nasales es inconfundible, sé que es Luke quien está a mi lado.

—Buenos días, Lidia.

—Señor Smith —le saludo con un movimiento de cabeza.

Entramos en el ascensor y cada uno marca su piso en el panel de control. Estamos sumidos en nuestros pensamientos. Me encuentro un poco nerviosa al tenerlo tan cerca pero, al mismo tiempo, siento rabia e impotencia.

De pronto, Luke carraspea. Sé que también está nervioso. Tiene las manos en los bolsillos y una de ellas juguetea con el llavero que tiene dentro. Es una manía que tiene cuando algo le preocupa o está nervioso.

—Lidia, necesito que hablemos. Sé que ayer dije cosas que no debería y no sabes cuánto lo siento.

—Si me disculpa, tengo cosas que hacer, señor Smith. He de presentar ante la junta de accionistas los riesgos que conllevan comprar la editorial que estamos valorando —digo mientras se abre la puerta del ascensor.

—Lidia, por favor —me pide con voz suplicante.

—Que tenga un buen día, señor Smith. —Salgo del ascensor con la cabeza bien alta pero con el cuerpo temblando más que un flan.

Me dirijo hacia mi despacho donde me está esperando Alison. Empezamos a mirar los posibles riesgos al invertir en la editorial. Estamos tan enfrascadas en nuestro trabajo, que se pasa el tiempo sin darnos cuenta.

—¿Vienes a comer? —me pregunta Alison.

—Márchate si quieres, la verdad es que no quiero comer. Desde ayer tengo el estómago revuelto y no me entra nada. Más tarde bajaré a la cafetería y pediré algo. De todas formas, muchas gracias.

—No tienes que darlas, nos vemos luego.

A los quince minutos de irse, decido bajar a la cafetería. Me pido una manzanilla. Necesito calmar el dolor de estómago que tengo porque como coma algo, seguro que acabaré vomitando.

No llevo más de tres minutos en la cafetería cuando de pronto, veo entrar a Mark con Stuart. Ambos se acercan a mí para saludarme.

—Hola, Lidia. ¿Qué tal estás? —me pregunta Mark.

—Bien, aquí, tomando algo.

—Quiero presentarte al señor Taylor —Mark lo señala—. Stuart Taylor.

—Ya tengo el gusto de conocerla. —Stuart me estrecha su mano—. ¿Cómo estás, Lidia?

—Bien. ¿Y usted?

—Sabes que me puedes tutear.

—Ya lo sé, pero aún me cuesta.

—Bueno ya veo que os conocéis —comenta Mark—. Voy a

aprovechar entonces para hacer una gestión que no puedo aplazar. Os dejo en buena compañía.

—No te preocupes, Mark. Puedes marcharte tranquilo, yo me quedo con Lidia.

—Perfecto, os dejo.

Tras despedirse, observo cómo Mark sale por la puerta de la cafetería. Stuart pide un café y mientras esperamos a que se lo sirvan, comenzamos a charlar.

—Sé qué te pasa algo, Lidia. No tienes buen aspecto y no lo digo por tu ropa, que aunque estás preciosa, es un color muy serio para una mujer como tú.

—No dormí bien anoche. No te preocupes, no es nada serio.

—¿Estás segura? Porque a mí no me lo parece.

—De veras, no es nada. Y dime —cambio de conversación—, ¿qué le trae por aquí?

—Hay junta de accionistas y no me quedó más remedio que venir. Pero te voy a contar un secreto, creo que a partir de hoy vendré más a menudo solo para ver esa carita de ángel que tienes.

Me echo a reír y le pregunto si está intentando ligar conmigo. Él me responde que no es su intención y ambos comenzamos a reír.

De pronto, escuchamos un carraspeo a nuestro lado y paramos de reír.

—¿Interrumpo? —dice Luke con la mandíbula tensa.

Parece que no le ha gustado verme con Stuart. Pues que se joda, él no es nada mío como para tener que dar ninguna explicación.

—Para nada, Luke. Siéntate. —Stuart le ofrece un sitio para que se siente.

— No quisiera interrumpir —vuelve a repetir sin quitarme la mirada de encima.

—No interrumpes nada, de verdad. Lidia y yo solo estábamos hablando.

—Pues para acabar de conoceros, me sorprende esa complicidad — replica sentándose en el asiento libre.

Empieza a ponerme furiosa su prepotencia, no lo soporto.

—¿Y quién te ha dicho que nos acabamos de conocer? Para tu

información, Stuart y yo ya nos conocíamos de antes. Es más, ya es la tercera vez que estamos juntos.

—Y espero que no sea la última —responde Stuart con una sonrisa.

—Por mi parte, no será así —le devuelvo la sonrisa.

Veo cómo Luke nos mira de hito en hito como si estuviera en un partido de tenis. De pronto, se levanta como un resorte. Sus ojos echan chispas y su mandíbula está tensa.

—Bueno, me voy —dice—. Señor Taylor, le veo en la sala de juntas y referente a usted, señorita Martínez, vaya a atender sus obligaciones. Aquí se le paga por trabajar, no por estar tomando café y riendo. Con vuestro permiso, me marcho.

Stuart y yo nos quedamos con la boca abierta hasta que rompemos a carcajadas.

—Creo que no le ha hecho gracia verme aquí contigo, Lidia —comenta Stuart sin parar de reír.

—¿Sabes lo que te digo? —contesto riéndome—. Que ya tiene dos problemas, enfadarse y desenfadarse.

—Lidia, me gustaría invitarte a cenar. No quiero que pienses que estoy intentando algo contigo, solo me gustaría conocerte un poco más.

—Es todo un halago para mí. Acepto la invitación.

—No sabes cuánto me alegro. ¿Te parece bien esta noche?

—Claro que sí. —Saco de mi bolso un papel y un bolígrafo para anotarle mi dirección y mi número de teléfono—. Aquí tienes, Stuart

—Muy bien, a las ocho te recojo. Y ahora será mejor que nos vayamos, la reunión empezará pronto.

Stuart paga las consumiciones y nos dirigimos a la sala de reuniones. Cuando entramos, están todos sentados. Noto una punzada al ver a Luke hablando con la estirada de Tamara. Él se da cuenta de que lo estoy observando. Cruzamos nuestras miradas un segundo hasta que veo cómo le dedica una sonrisa a Tamara y pone su mano en la cintura para guiarla hasta su sitio.

Stuart no es tonto y se da cuenta de mi incomodidad. Con una mirada y una pequeña sonrisa, consigue que me calme.

La reunión dura dos horas. Alison y yo mostramos nuestra documentación a los accionistas y directivos sobre los pros y contras que

tendría la empresa para adquirir dicha propiedad. Lo cierto es que el riesgo es mínimo, siempre y cuando se asocie con otra editorial o bien abra un sello nuevo.

Estamos saliendo de la sala de reuniones cuando Mark me llama.

—¿Sí, señor Preston?

—Por favor, Lidia. Sabes de sobra que no me gusta que me llames por mi apellido.

—Señor Preston, aquí soy una empleada y usted, mi jefe. No veo correcto que nos tuteemos.

—Eso sería ahora una novedad —comenta una voz detrás de mí.

Cierro los ojos y cuento hasta cinco porque, si no, voy a cometer la locura de soltarles dos frescas. Me vuelvo hacia Luke.

—¿Algún problema, señor Smith? ¿He hecho algo que lo incomodara?

Mark se da cuenta de la tensión entre nosotros, por lo que intenta calmar las cosas. Agarra del brazo a Luke y disculpándose, se lo lleva consigo alejándolo de mí.

—Siento mucho esta escena, Stuart —comento sonrojada.

—No sientas nada, Lidia. Me da la sensación de que esto va a estar más divertido de lo que me imaginaba.

—Hombres... —respondo poniendo los ojos en blanco—. Nos vemos a las ocho, Stuart.

—Allí estaré como un reloj.

Salgo de la sala de juntas y me encamino hacia el ascensor para marcharme a casa. Una vez dentro, Tamara entra antes de que se cierren las puertas. Pulso la planta baja. La tensión se palpa en el ambiente y antes de llegar a nuestro destino, Tamara se vuelve hacia mí.

—No sé lo que tienes o lo que pretendes con Luke, pero te voy a dejar una cosa clarita. —Me señala con el dedo—. Por tu bien, te aconsejo que te alejes de él. Luke es mío y yo no pierdo nunca. Quedas avisada.

Las puertas del ascensor se abren y se marcha con paso firme. No me da tiempo a reaccionar. Veo cómo sale del edificio con aires de grandeza.

Capítulo 18

Stuart llega a las ocho como un reloj, tal y como dijo. Cuando bajo al portal, me está esperando de pie al lado de una limusina. Me siento un poco cohibida ya que no estoy acostumbrada a estos lujos.

—Buenas noches, Lidia. Estás preciosa.

—Hola, Stuart. Gracias por el cumplido, pero me siento como si estuviera en una película. Jamás me he subido en una limusina.

—Pues deberías ir acostumbrándote porque cada vez que salgas conmigo, así será.

—No sé si me llegaré a acostumbrar. Los lujos no son para mí, soy una persona muy sencilla.

—Eso me gusta mucho de ti.

Me pongo nerviosa al escucharlo y no sé cómo actuar.

—A ver, Lidia, no quiero que me malinterpretes. Puede que esto parezca una especie de conquista, pero no lo es. Es más bien como si fueses parte de mi familia. Te he cogido mucho cariño, eres como una hija para mí

Empiezo a respirar con normalidad porque lo cierto es que pensaba que intentaba ligar conmigo con tantos halagos y tanto lujo. Él siente cómo empiezo a respirar más tranquila y se echa a reír.

—Veo que estás empezando a conocerme muy bien —expreso más tranquila.

—No es eso, es que eres fácil de leer, simplemente.

—¿Tú crees?

—Más de lo que imaginas.

Nos subimos en la limusina y después de charlar un rato, llegamos a un restaurante muy elegante. De esos en los que el cubierto cuesta un mes de mi sueldo. Parezco una autentica paleta, solo me falta babear por todos los rincones.

Cuando giro mi cara, me encuentro con la mirada de Stuart. Está riéndose.

—¿Tengo monos en la cara? —pregunto irónicamente.

—¿Por qué lo dices?

—Porque cada vez que me giro para mirarte, te estás riendo.

—Si te soy sincero, no me río de ti sino contigo por las expresiones que pones. Es como si estuvieses descubriendo por primera vez todo lo que ves.

—No te engañaría si eso fuese así. No conozco el lujo.

El metre llega y pedimos la cena. Mientras esperamos a que nos traigan lo que hemos pedido, nos sirven una copa de vino.

—Bueno, Lidia, háblame de ti.

—No creas que mi vida es muy interesante.

—Pues yo tengo mucho interés en conocerla. Me comentaste que eras de Málaga —comenta dando un sorbo a su copa.

— Así es.

—¿Y cómo llevan tus padres que estés a miles de kilómetros de casa?

—La verdad es que mi madre falleció cuando tenía seis años y a mi padre no lo conocí, nunca me habló de él.

—Lo siento mucho, Lidia.

—No te preocupes, ha pasado muchísimo tiempo y apenas me acuerdo —digo restándole importancia—. Solo tengo una caja con algunas de sus pertenencias que jamás he abierto. No tengo fuerzas para hacerlo.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dice algo nervioso.

—Claro, no hay problema.

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Se llamaba Roció Martínez.

Siento cómo en ese momento Stuart se pone tenso y cambia su semblante.

—¿Ocurre algo, Stuart? —pregunto preocupada—. Te has puesto blanco de repente.

—Lidia, ¿te importa que nos vayamos? No me encuentro bien.

—Claro que no me importa. Es más, si quieres vamos ahora mismo a urgencias para que te vean.

—No te preocupes, se me pasará. Solo déjame llevarte a casa.

—No pasa nada, cojo un taxi. Lo importante eres tú, Stuart.

—No digas bobadas.

Levanta la mano para llamar al metre y pedirle la cuenta. Se disculpa por no esperar a que nos sirvan la comida.

Salimos del restaurante y me acerca hasta mi casa.

—Te compensaré por esto, Lidia. Lo siento de veras.

—Lo importante es que te pongas mejor, ya quedaremos en otro momento. Gracias de todas formas.

Me despido de Stuart y entro en el portal para dirigirme a mi apartamento.

Stuart

Me estoy volviendo loco. Habían pasado varios días desde que choqué con aquella muchacha. Me impresionó mucho al ver su cara. Era la misma imagen que Rocío, solo cambiaba el color de sus ojos. Los tenía de un verde intenso como los míos.

Desde entonces no podía quitármela de la cabeza, pues me recordó hacía casi veintiocho años cuando estuve en España y conocí al amor de mi vida. Desgraciadamente, por cuestiones familiares no pude quedarme con ella ni tampoco traérmela conmigo. No volví a saber nada de ella.

Me casé sin estar enamorado, solo por los intereses de la familia. ¿Y de qué me sirvió? Absolutamente de nada pues acabé divorciado y sin hijos.

Cuando paseaba por Central Park, no podía creer lo que mis ojos veían. Era la misma muchacha con la que me tropecé. No sabía si será el destino o coincidencia, pero lo único que tenía claro era que estaba deseando volver a verla y allí estaba. Me quedé un rato observando cómo tenía la cabeza gacha, sumida en sus pensamientos. Noté tristeza en su rostro y no

pude evitar acercarme a ella.

Después de presentarnos formalmente y hablar un poco, sentí una presión en mi pecho. No podía ser cierto lo que estaba pasando por mi cabeza. Sería mucha coincidencia y si empezaba a cuadrar las fechas y de dónde era, juraría que Lidia era hija de Rocío. Era un pálpito que tenía, aunque tendría que asegurarme bien antes de dar el siguiente paso. Por eso, al coincidir con ella de nuevo en la empresa, aproveché la ocasión para invitarla a cenar. Quería asegurarme antes de empezar a actuar.

En la cena, cuando Lidia me contó que su madre murió, algo en mí se resquebrajó. Por eso no pude evitar preguntarle el nombre de su madre.

No podía creer que Rocío hubiera muerto, era una mujer muy risueña, alegre y preciosa. Lo tenía todo a pesar de estar sola cuando la conocí. Sus padres fallecieron por la vejez, ya que tuvieron a Rocío muy mayores y era hija única. La amé con todas mis fuerzas, pero fui un estúpido y un cobarde por no enfrentarme a mi familia. Antepuse el estatus social y el qué dirán. Ojalá pudiese dar marcha atrás pues ninguna mujer ocupará jamás mi corazón como lo hizo Rocío.

Después de contarme que Rocío había fallecido, no aguanté más en el restaurante. Solo tenía ganas de romper todo lo que se me pusiera por delante. Por eso tuvimos que marcharnos.

Ahora, sentado en el sofá de mi casa y un poco más calmado, necesito saber a ciencia cierta si Lidia es mi hija, pero no sé cómo se lo voy a decir. ¿Cómo le voy a explicar que podría ser su padre? ¿Cómo podría decirle que dejé a su madre por cobarde? Temo que cuando se entere, acabe odiándome. Pensará que la abandoné al igual que hice con su madre cuando, en realidad, ni siquiera conocía su existencia. No soportaría que me odiase.

Ahora, por una parte, me siento feliz solo de pensar que puede ser mi hija y que es el fruto que nació por el amor que nos teníamos Rocío y yo.

Lidia

Dos días después...

Estoy en el aeropuerto esperando la llegada del vuelo desde España donde viene mi hija con Carol.

Estoy muy nerviosa, hace más de un mes que no veo a Alba. Estoy loca por achucharla y comérmela a besos. Cuando escucho por los altavoces

que el avión con destino de Madrid acaba de hacer su aterrizaje, me dan ganas de dar saltos y palmaditas como si fuese una niña pequeña.

A los diez minutos de su aterrizaje, las veo traspasar la puerta de salida. Sin poder evitarlo, salgo corriendo hacia ellas tropezando con la gente que se encuentra allí también esperando a los pasajeros que acaban de aterrizar.

—¡Alba! —grito al mismo tiempo que alzo mi mano para que me vea.

—Mamiiiiiii —se suelta de la mano a Carol para venir corriendo junto a mí.

En cuanto llega, me agacho para abrazarla. Cuando lo hago, la alzo en brazos y me pongo a dar vueltas sobre mí misma. Alba no para de reír y me contagia la risa de felicidad al tener a lo más grande de mi vida junto a mí.

Carol se aproxima a nosotras y le doy un abrazo enorme.

—No sabes cuánto te he echado de menos. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, estuvo muy entretenido.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Pues gracias a la renacuaja esta —dice dirigiendo la vista hacia Alba mientras le acaricia la cabecita—. He conseguido un par de teléfonos, aunque el que más me interesa es el del comandante. Uff si lo vieras, Lidia. Solo con mirarlo se te olvidan las penas.

—¿Pena? Pena es la que me das tú, que tienes que utilizar a mi hija para que te den un teléfono.

—Eh, que no es como piensas. Tu hija tiene mucha labia y se los gana a todos. Han empezado a decir que es una niña muy guapa aunque lo ven normal porque tiene la belleza de su madre. No tengo la culpa de que piensen que soy su madre, no me gusta sacarlos de su error —comenta con voz inocente.

—Claro, como buena samaritana que eres, pues miras por el prójimo.

—Bueno, ahí te equivocas, Lidia. Más bien miro por mi cuerpo.

Las dos comenzamos a reírnos con las ocurrencias que tiene.

—Anda, vamos, que debéis estar cansadas de tantas horas de viaje.

—No te lo voy a negar, en cuanto lleguemos a casa me voy a dar una ducha y para la cama. Ni se te ocurra llamarme como mínimo hasta mañana.

—A sus órdenes —respondo haciendo un gesto militar con mi mano

en la frente.

Salimos dirección a casa y por el camino, Carol me cuenta que en dos días van a operar a José. Ya está un poco más estable. Por otro lado, Carmen me manda saludos y besos.

Llegamos a casa y llevo Alba en brazos completamente dormida. La pobre está agotada, son demasiadas horas y más para una niña tan pequeña.

Cuando la dejo sobre su camita, se despierta.

—Mami, no te vayas. *Quedo* estar contigo —murmura todavía medio dormida.

—No me voy cariño, mamá se va a echar contigo en la cama, ¿vale?

—Vale, te *quedo*.

—Yo también —contesto aunque ya no me escucha. Se ha quedado profundamente dormida.

Capítulo 19

Menos mal que hoy es sábado y puedo disfrutar de dos días libres con mi hija sin tener que ir a trabajar. Me despierto y veo su bracito rodeándome la cintura. No puedo evitar darle besitos por su carita, me la comería entera. Poco a poco, va abriendo sus ojitos y me dedica una bonita sonrisa.

—Buenos días, princesita.

—Hola, mami. *Teño* hambre —me dice con su vocecita soñolienta.

—Ahora mismo te voy a preparar un gran tazón de tus cereales favoritos.

—Siiii, te *quedo* mucho, mami. Eres la mejor.

Me derrito cuando me dice esas cosas. No concibo mi vida sin ella, si le pasara algo, me moriría.

Me levanto y me dirijo a la cocina donde se encuentra Carol preparando el desayuno.

—Buenos días, guapa. ¿Has dormido bien? —le pregunto mientras me acerco a darle un beso en la cara.

—Como nunca, he dormido genial. Por cierto, Lidia. han llamado de la empresa de transporte. Dicen que el lunes a primera hora están aquí todas tus cosas.

—Genial. ¿Te encargas tú?

—Sí, no te preocupes.

—Gracias, eres todo un amor. —Le guiño un ojo.

—Lo sé, me lo dicen todos.

—Oye ¿te apetece que hagamos algo de turismo con Alba?

—Me parece perfecto, a ver qué dice la enana cuando se levante.

—Ya está despierta, voy a prepararle sus cereales.

A los tres minutos, veo cómo Alba entra al salón con su osito en la mano.

—¿Dónde está lo más bonito de su tita? —pregunta Carol abriendo sus brazos para recibirla.

—Aquiiiiiiii —grita Alba saltando hacia ella.

—¿Seguro que tú eres lo más bonito de la tita Carol? No sé yo... —bromea.

Empieza a hacerle cosquilla mientras que mi hija se retuerce de la risa.

—Bueno, parad ya que hay que desayunar —les regaño—. Siéntate aquí, Alba, y toma tus cereales.

Terminamos de desayunar, nos vestimos y salimos a dar una vuelta por Central Park donde hay unos cuantos parques para los niños. Pasamos toda la mañana jugando con Alba y acabo reventada. Esta niña usa pilas Duracell porque no hay quien la canse.

Cuando llega la hora de comer, llevamos a Alba al McDonald y se queda alucinando con su *Happy Meal*. Más que por la comida, es por el juguete.

Al terminar el día, llegamos a casa rendidas. Alba se sienta en el sofá y a los cinco minutos, se queda profundamente dormida. La llevo a su cama y cuando salgo de su habitación, me doy una ducha que buena falta me hace.

—Uff, vaya día más completo —comenta Carol cuando salgo del baño.

—Estoy más muerta que viva. A mi hija no hay quien la pare, me tiene agotada.

—Pues espera a que se haga más grande, pero tranquila, aquí está su tita Carol que le enseñará algunos secretitos.

—Ni lo sueñes, en cuanto empiece la adolescencia.... ¿Qué digo? Mejor la pubertad, me la llevo de tu lado a cincuenta kilómetros por lo menos. Con lo que tú eres, no lo quiero ni pensar. Seguro que la conviertes en una delincuente.

—Vaya concepto tienes de mí. Con amigas como tú, ¿quién quiere enemigos?

—Anda, enemiga, vamos a cenar algo —digo riéndome.

Preparo una tabla de quesos variados con almendritas y unos biscotes con un surtido de paté, son mi debilidad. Los acompañamos con un buen vino que trajo Carol de España, un Ribera del Duero.

A la mañana siguiente, decidimos no salir de casa. Todavía estamos cansadas del ajetreo del día anterior. Además, aún le está haciendo efecto a Alba el jet lag.

Pasamos el domingo tiradas en el sofá viendo películas. Ya os podéis hacer una idea qué películas estábamos viendo. Frozen, Rapunzel, Cenicienta y por último, La bella y la bestia. En resumen, una sesión Disney.

—¡¡Madre mía!! Llego tarde, joder. Me he quedado dormida.

Me levanto a las siete y media de la mañana y, a las ocho, tengo que estar en la oficina. Creo que en mi vida me he vestido tan rápido, hasta el punto de ir saliendo por la puerta mientras me voy poniendo los zapatos.

—¡Os quiero chicas, me voy! —grito desde la puerta.

Llego a la oficina, entro a mi despacho y cojo la carpeta para ir a la reunión que tenemos todos los días con los directivos a primera hora de la mañana. Cuando entro, pido perdón por mi tardanza.

—¿Todo bien, Lidia? —pregunta Luke extrañado por mi retraso, ya que suelo ser muy puntual. Siempre llego quince minutos antes de mi hora de entrada.

—Sí, no se preocupe, señor Smith —respondo. Sé que no le gusta ni un pelo que lo trate así, pero él se lo ha buscado.

—Está bien, pues entonces empecemos.

Me siento junto a Mark. Él se acerca a mi oído para susurrarme unas palabras.

—¿No crees que te estás pasando al tratar a Luke así? Todos cometemos errores y también nos arrepentimos de nuestros actos.

Se aparta un poco y me mira fijamente.

Sé que tiene toda la razón y, por una parte, quiero dejar mis rencillas a un lado con él, pero no quiero ser débil. Además, cuando lo veo junto a Tamara, me llevan los demonios.

Acabamos la reunión y Luke me pide que me quede cinco minutos,

quiere hablar conmigo. Me pongo nerviosa solo de saber que voy a estar a solas con él, porque no sé si voy a ser capaz de aguantar a su lado sin poder besarle o simplemente, tocarle.

Todos salen de la sala de reuniones y Luke se dirige a la puerta para cerrarla con llave. Cuando se vuelve, me pide que no me preocupe, solo lo hace para que nadie nos interrumpa.

—Lidia, necesito que esta situación cambie entre nosotros —comienza a hablar—. No soporto que nos crucemos por los pasillos y ni si quieres me mires a la cara. Sé que te prometí que no te tocaría ni haría nada que tú no quisieras, pero no aguanto más esta agonía.

Siento una gran tristeza en su mirada y sé que esas palabras son sinceras. Eso hace que me desquebraje un poco más

—Te dije cosas de las que me arrepiento, pero la rabia me cegó. Por eso, te pido que me perdones, Lidia.

Se acerca a mí y sube sus manos hasta agarrarme suavemente la cara, clavando sus ojos a los míos.

—Mírame a los ojos, Lidia —vuelve a hablar y su aliento me acaricia los labios—. Dime que no necesitas mis besos, dime que no anhelas mis caricias. Dime que no quieres sentirme porque te juro que me estoy muriendo por dentro por sentirte de todas las formas posibles.

Y sin esperar una respuesta, une sus labios a los míos. Al principio, me quedo quieta, pero no puedo evitarlo y abro mi boca para que pueda acceder a mi lengua. Yo le respondo, necesito volver a probar su sabor. Necesito sentir todo lo que me ha dicho.

—Oh, Dios, nena, no te puedes hacer una idea de la falta que me haces. Necesitaba esto, te deseo con todas mis fuerzas. Eres un placer en todos los sentidos. El paladar, el tacto y la vista.

Solo con sus palabras, me tiene a su entera disposición. Comienza a besarme por el cuello.

—Yo también te deseo, Luke. También he echado de menos tus caricias y tus besos. Te deseo con todas mis fuerzas.

Noto su excitación, es solo acercarme a él y mi cuerpo empieza a reaccionar. Vuelve a atacar mi boca mientras comienza a acariciarme los hombros, bajando poco a poco hasta llegar a mis pechos. Suelto un gemido de placer.

—Nena, me encanta oírte cuando disfrutas —susurra—. Eso hace que me excite y me ponga más duro, no te puedes hacer una idea de cuánto.

Entre beso y beso, tocan a la puerta. Nos separamos inmediatamente e intento colocarme bien la ropa.

—Joder, quién cojones será —dice Luke un poco fastidiado por romper el momento tan intenso.

Cuando abre la puerta, aparece Tamara con cara de pocos amigos. Nos mira de hito a hito y se adentra en la sala de juntas yendo directamente hacia Luke.

—Luke, cariño. —Pone morritos y le hace ojitos—. Venía a ver si comemos juntos y así repetimos lo de anoche. ¿Qué me dices?

—Te he dicho mil veces que no me llames cariño, Tamara. Ya no sé qué hacer contigo.

Al oír las palabras de Tamara, me dan ganas de ir hacia ella y arrancarles los pelos uno a uno.

Esta vez, me da la sensación de que Luke no ha intentado nada con ella como quiere hacerme creer. Así que no voy a darle el beneficio de la duda esta vez porque sé que lo que Tamara quiere, es joderme la vida. Ya me lo dejó muy claro en el ascensor y no me fío de ella ni un pelo. Si quiere guerra, la tendrá.

—Bueno, me marchó. Tengo mucho trabajo por hacer —le comento a Luke ignorando por completo a esa zorra.

—Eso es lo que tenías que estar haciendo hace ya una hora. Aquí no se paga por pavonear, sino por trabajar —dice ella con desprecio.

—¡Ya está bien, Tamara! No tienes ningún derecho hablarle así a Lidia —contesta Luke muy cabreado.

—Solo digo la verdad, cariño. Si no está cualificada para este puesto de trabajo, hay muchos candidatos esperando su oportunidad.

—Será mejor que me vaya, aquí el ambiente se ha vuelto rancio —respondo mirándola y haciendo un gesto con la nariz como si oliese mal—. Nos vemos más tarde, cariño. —Miro a Luke y le dedico una sonrisa.

Él, por su parte, niega con la cabeza, riéndose.

Capítulo 20

Llego a mi despacho y me pongo a trabajar. Tengo que hacer unas cuantas comprobaciones y varias llamadas. A los veinte minutos, tocan la puerta. Es Stuart.

—Stuart, qué alegría me da volver a verte. —Me levanto del asiento para estrecharle la mano—. Me tenías muy preocupada, hace tres días que no sé nada de ti. ¿Cómo te encuentras?

—Hola, Lidia. Tranquila, estoy mejor. —Stuart está más serio de lo normal—. Me gustaría hablar contigo sobre algo muy importante.

—Me estás asustando, Stuart. ¿Te encuentras bien?

—Sí... —duda un poco—. Sí, no es eso. ¿Te importaría quedar conmigo para comer?

—Claro, no me importa. Pero ¿seguro que no te pasa nada? Perdona mi insistencia, es que te veo demasiado serio.

—Tranquila, Lidia. Cada cosa en su momento. Te recogeré a la hora de comer, nos vemos.

Stuart sale de mi despacho y yo me quedo mirando fijamente la puerta. Me da la sensación de que lo que tiene que contarme, no me va a gustar. Es como si lo conociese de toda la vida, así que cuando algo le preocupa, lo noto. Y esta, es una de esas ocasiones.

La mañana pasa lentamente. No puedo dejar de pensar en Stuart. Antes de la hora de comer, Alison entra en mi despacho para consultar una documentación de estadísticas y me enfrasco tanto en los papeles que, sin darme cuenta, ya son las dos. Me invita a comer, pero dejamos para el día siguiente pues tengo un compromiso muy importante.

Recojo las cosas para marcharme y espero el ascensor. Cuando se abre

la puerta, Luke está dentro.

—Hola, preciosa —saluda con cara de pícaro.

—Hola, Luke. ¿Qué tal tu mañana?

— Si te digo la verdad, con un dolor de huevos —comienzo a reírme—. No te rías, llevo excitado toda la mañana pensando en lo que podíamos haber hecho si no llegan a interrumpirnos.

—Qué exagerado —le resto importancia aguantándome la risa.

—¿Exagerado? —Coge mi mano y la pone encima de su miembro. Está bastante abultado. Aparto la mano porque al final, acabaré más excitada que él—. ¿Me crees ahora?

—Vaya si te creo.

—Iba a buscarte para invitarte a comer —comenta.

—Madre mía, hoy le ha dado a todo el mundo por invitarme a comer. A este paso, voy a tener que coger una agenda y empezar a dar citas. No puedo Luke, hoy tengo un compromiso y mañana le he prometido a Alison que iría con ella, así que te toca esperar.

—¿Y se puede saber quién es esa persona que me roba a mi chica? — intenta parecer enfadado.

¿Su chica? ¿He oído bien?

—He quedado con Stuart —respondo.

De pronto, la sonrisa se le borra de un plumazo.

—¿Se puede saber qué te traes con Stuart? Porque no es la primera vez que os veo juntos.

—No empieces, Luke, es solo un amigo. Además, ha insistido mucho para que vaya a comer con él, quiere contarme algo.

Luke cambia su semblante y se pone muy serio. Sé que no le ha hecho gracia que mencione a Stuart, pero se tiene que acostumbrar, le guste o no.

—Está bien —dice no muy convencido. Sabe que no va a conseguir nada se ponga como se ponga.

Salgo del ascensor y fuera del edificio, veo la limusina de Stuart con el chófer de pie, esperando a mi llegada. Cuando me pongo delante de él, me abre la puerta y entro. Stuart ya está dentro esperándome.

—Aquí estoy —digo sentándome—. ¿Dónde vamos?

—¿Te gusta la comida italiana?

—Es una de mis preferidas.

—Me alegro, voy a llevarte a un restaurante de un amigo. Vas a probar la mejor comida italiana de tu vida.

—*Mmm*. Suenan bien, me gusta.

Al cabo de unos quince minutos, llegamos a un restaurante llamado “*La Dolce Vita*”. Nos pasan a un reservado demasiado íntimo y me empiezo a poner un poco nerviosa.

El camarero llega y nos pide la comanda. Mientras llega la comida, nos gustan con un pan de ajo con queso *provolone*.

—Bueno, Stuart, no aguanto más esta incertidumbre —comienzo a hablar—. ¿Quieres contarme de una vez lo que pasa?

—Está bien, pero te voy a pedir un favor, Lidia. Quiero que escuches todo desde el principio hasta el final y que me dejes terminar.

—Está bien, tú dirás.

—Hace veintiocho años, ya casi veintinueve, estuve un tiempo viviendo en España. La vez que nos vimos en el parque, te comenté que conocía todo el Mediterráneo y, en especial, la Costa del Sol. —Yo asiento y dejo que continúe hablando—. Durante mi estancia en España, viví un tiempo en Barcelona y luego me mudé a Málaga. Allí conocí a una mujer de clase baja, y digo clase baja porque en aquella época es como se definían las clases sociales. Yo provengo de una familia adinerada, bastante diría yo.

Coge aire un momento y continúa hablando.

—Esa mujer fue el amor de mi vida y tuve que renunciar a ella. La amaba con toda mi alma pero, en aquellos tiempos, la vida no es como hoy en día. La presión mediática era diferente así que tuve que dejarla. Llevaré esta pena hasta el día que me muera porque sé que el día que lo haga, me reuniré con ella. Jamás dejaré de odiarme por abandonarla cuando nos habíamos hecho miles de promesas. La dejé escapar por cobarde.

—¿Por qué me cuentas esto, Stuart? ¿Qué tengo yo que ver en esto? —pregunto extrañada.

Él coge aire profundamente, cierra los ojos y dos segundos después, los abre. Percibo unas lágrimas en sus ojos a punto de derramarse.

—Lidia, esa mujer a la que amé tanto era tu madre. Era Rocío.

—¡¿Cómo?! —Me sobresalto al escucharlo—. Perdóname pero creo

que no he oído bien.

—Solo te pido que lo escuches todo, Lidia —me mira con ojos suplicantes.

No puedo dar crédito a lo que estoy escuchando.

—Te juro por lo que más quiero que no sabía que tu madre estaba embarazada. No he sabido nada de ella desde que me marché hace ya casi veintinueve años, hasta que el destino nos cruzó. Creo que no hace falta decir que eres mi hija y que, si quieres, me hago una prueba de paternidad, aunque sé que no la necesito. Cuando me dijiste que Rocío murió, en ese momento quería morirme también.

—Esto es increíble. ¿Cómo has podido? ¿Acaso has sabido todo este tiempo que eras mi padre? —pregunto indignada.

—No es lo que piensas, Lidia. Créeme, por favor, yo estoy igual o más sorprendido que tú. Si yo hubiera sabido que Rocío estaba embarazada, me habría enfrentado a quien fuera porque no os abandonaría por nada del mundo.

—¿Qué coño os pasa a los putos yanquis? ¿Es que lleváis en los genes reiros de los demás? —comienzo a alterarme.

—Lidia, por favor —Stuart trata de calmarme.

—Ni por favor, ni hostias. —Cuando me cabreo, me sale la vena española que llevo dentro—. Lo siento, Stuart, pero no puedo seguir ni un minuto más aquí.

Cojo mi bolso y salgo corriendo. Cuando salgo del restaurante, veo pasar un taxi y lo paro. Al subirme, le doy mi dirección. En este momento no puedo volver al trabajo, ahora mismo no soy persona. Estoy totalmente destrozada. Pero antes de llegar a mi destino, le pido al taxista que pare. Le pago el trayecto y me bajo.

Necesito despejarme antes de entrar en casa, no puedo permitir que Carol y Alba me vean así. No quiero preocuparlas.

Voy dando un paseo por un parque cerca de casa. No dejo de pensar en todo lo que Stuart me ha contado. Tiene que ser un error, no puede ser verdad. Lo cierto es que, por una parte, me gusta la idea de tener un padre. Es algo que he anhelado toda mi vida, aunque no de esta forma.

Paso más de dos horas caminando. De pronto, mi teléfono empieza a sonar y no me molesto en ver quién me llama. La llamada se corta pero el móvil vuelve a sonar una y otra vez. Al mirar, veo que es Luke. Ahora mismo no quiero hablar con nadie.

Al ver que no deja de insistir, le mando un mensaje.

Lidia: Luke, no me encuentro bien. Lo siento, ya mañana hablamos.

Automáticamente, apago el teléfono sin dar opción a que me responda. Una vez que estoy más calmada, me marcho a casa. Al abrir la puerta, me encuentro de frente con Alba.

—Hola, mamiii. —La abrazo con mucha fuerza, como si quisiera incrustarla en mi piel—. Mami, me *hace* daño.

—Oh, cariño, lo siento mucho —digo separándome un poco para mirarla a la cara—. No pretendía hacerte daño.

—*Ezo es poque me quedez* mucho, mami. Cuando *zea gande*, voy a *zer tan fue*te como tú y te daré un abrazo *gande gande*.

No puedo evitar reírme al oírlo y eso me hace pensar que tiene el mismo humor que su abuelo. Dios, su abuelo. ¿Cómo se lo explico ahora a Alba?

—Veo que ha llegado ya la súper mami —dice Carol secándose las manos en un paño.

Cuando alzo la mirada, se queda paralizada. Sabe que algo ha pasado, solo tiene que ver mis ojos hinchados de tanto llorar.

—Alba, cariño, ¿por qué no vas al salón y te pones a ver tu película favorita? Mamá y yo tenemos que hablar cosas de mayores.

—¿Puedo? Hoy es *lunez*, tita, y solo puedo *vela loz* sábados.

—Lo sé, cielo. Pero como hoy te has portado muy bien, te dejaré que la veas, ¿de acuerdo?

—*Ziiii* —grita y sale corriendo hacia el salón.

Carol me agarra del brazo y me lleva hasta mi habitación. Allí, no puedo más y empiezo a llorar, derrumbándome.

—Shh tranquila... Tranquila —murmura al mismo tiempo que me abraza y acaricia mi cabeza. Lloro lo que necesites. Aquí me tienes, cariño.

Carol deja que termine de desahogarme para poder tranquilizarme. Al cabo de un rato, me seco las lágrimas con las manos y empiezo a hacer ejercicios de respiración.

Me levanto y le digo a Carol que voy a lavarme la cara. Después, regreso y me siento de nuevo en la cama.

—¿Y bien? ¿Me vas a contar qué ha pasado? Porque una cosa tengo

clara, algo muy fuerte ha tenido que pasar para que vengas de esta manera.

—Pues sí, tienes toda la razón. Ha sido algo bastante fuerte.

—Soy toda oídos

Capítulo 21

Empiezo a narrar todo lo que he hablado con Stuart. Carol, al igual que yo, no se lo puede creer.

—Madre mía, Lidia. A esto sí se le puede decir que el mundo es un pañuelo. ¿Quién iba a decir que encontrarías a tu padre a miles de kilómetros?

—Eso mismo he pensado yo. He estado dando vueltas durante dos horas por un parque, aclarándome las ideas porque te juro que no sé qué hacer. Esto me viene muy grande.

—No digas bobadas, solo tienes que darle tiempo al tiempo. Ahora mismo lo tienes todo muy reciente y no piensas con claridad —explica.

—Pues te juro que ahora mismo cogería mis cosas y me largaba a España. Desde que llegué a Nueva York solo me he encontrado con mentiras. Primero Luke y Mark, y ahora Stuart. Aunque aún no sabes lo peor. —Me sale una risa nerviosa—. Lo peor es que le he cogido muchísimo cariño a Stuart, hasta he fantaseado con él.

—¿Cómo?! —Carol me mira con la boca abierta.

—No en el plan que te imaginas. He soñado que ojalá fuese mi padre, ese que nunca conocí, y ahora que sé que es cierto, siento mucha rabia e impotencia. Ya no solo por mí, sino porque a mi madre se le fue apagando la luz poco a poco sin tener a su lado el amor de su vida.

—No te martirices por eso, Lidia. Sabes que lo más grande que ha tenido tu madre has sido tú. Eso jamás lo dudes, porque ella podría haber elegido no tenerte al verse sola y sin apenas recursos. Aquí tengo la muestra delante de mí, una mujer de casi veintiocho años —me señala—. ¿Aún piensas que tu madre se fue apagando sin el amor de su vida? Tú fuiste el amor de su vida.

—No sé qué hacer, sinceramente. Me siento rota por dentro.

—Dale una oportunidad, date tú también esta oportunidad. Nunca es tarde para hacerlo y si no lo haces, sé que acabarás arrepintiéndote porque te conozco perfectamente. Sé que ese corazón que llevas ahí adentro no te lo permitiría.

—Lo voy a pensar, pero ahora mismo necesito descansar. Me siento demasiado saturada.

—Está bien, descansa. —Me da un beso en la mejilla y se levanta de la cama—. Yo me ocuparé de Alba.

—Gracias por estar ahí en los momentos más difíciles, Carol, y sobre todo por darme esos buenos consejos.

—Pues a mí no me des consejos y dame dinero.

Sonrío. Carol siempre dando su toque de humor. Sé que la mayoría de veces lo hace por mí, para no verme triste. El día que encuentre al amor de su vida, va a ser un hombre muy afortunado porque se va a llevar una joya que no tiene precio.

Paso un rato en mi habitación guardando cosas para despejarme un poco. Esta mañana he recibido de España todas las cajas y algunas de ellas están amontonadas en un rincón. Mi mirada va directamente a una caja con el nombre de Rocío. Nunca me he atrevido a abrirla, aunque lleva conmigo desde que mi madre murió. Tengo la necesidad de abrirla, aún más después de lo acontecido.

La cojo, me siento en la cama y con mucho cuidado, la abro. En su interior, hay una caja de madera que parece un joyero. Al abrirlo, efectivamente se trata de esos joyeros que tienen la típica bailarina que da vueltas al mismo tiempo que suena la música.

Dentro hay una pulsera de plata vieja con su nombre grabado, es preciosa. También hay un par de anillos, uno de oro y otro de plata. Por último, una cadena con una medalla de una virgen. Por detrás lleva mi nombre y, en estos momentos tan difíciles, me entra un escalofrío.

Sigo sacando cosas y veo el libro de Mujercitas. Es de los pocos recuerdos que me quedan de mi madre, ella siempre me hablaba de él. La novela cuenta la historia de las hermanas March, cuatro jovencitas que vivían en un pueblo de Nueva Inglaterra mientras la guerra civil hacía estragos en toda América. Han pasado ciento cincuenta años desde aquel lejano 1868, pero la complicidad de Meg, Beth, Amy y Jo con las demás mujeres no ha muerto.

Me pongo a ojear el libro con curiosidad y, de pronto, cae al suelo una

carta cerrada. No lleva remitente, ni destinatario. Como soy tan curiosa, no puedo evitar abrirla. Empiezo a leerla y me tiembla el pulso, no doy crédito a lo que mis ojos ven.

Mis lágrimas empiezan a salir. En ese momento, Carol entra para traerme un poco de caldo y que no me acostara con el estómago vacío. Se da cuenta de cómo estoy temblando, así que se acerca a mí y sin dejarla de mirar, le tiendo la carta. Al leer la carta, me pregunta qué voy hacer.

—Tengo que consultarlo con la almohada —respondo.

—Creo que es lo mejor que puedes hacer. Seguro que mañana cuando te levantes, verás las cosas de otra manera.

—Eso espero, porque te juro que no sé si estoy viviendo una pesadilla o un sueño.

Me tomo el caldo y me meto en mi cama. Carol me cuenta que le ha dicho a Alba que tengo dolor de cabeza, así se queda más tranquila y yo también. Al final, me dejo llevar por los brazos de Morfeo.

Durante la noche, me despierto varias veces. Apenas consigo descansar. Paso toda la noche pensando en esa carta y en lo que debería hacer.

Lo primero que hago es coger el móvil y mandarle un mensaje a Luke. En cuanto enciendo el móvil, encuentro trece llamadas perdidas suyas y cuatro mensajes en los que me preguntaba qué me pasaba y dónde estaba. Me pedía que lo llamara y una explicación del por qué tenía el teléfono apagado.

Lidia: Buenos días, Luke. Siento mucho lo de ayer pero me entraron unas migrañas horribles y necesitaba tranquilidad y que no me molestase nadie.

Luke: Por Dios, Lidia, no me hagas esto más. No te puedes hacer una idea de lo preocupado que he estado.

Lidia: Lo sé, y por eso te pido perdón.

Luke: ¿Estás mejor?

Lidia: Bueno, la verdad, no mucho. Por eso te quería preguntar si podía tomarme la mañana libre hasta que mejore un poco.

Luke: Puedes tomarte el día entero si así lo necesitas.

Lidia: Sí, lo necesito. Muchas gracias.

Luke. Cualquier cosa, ya sabes cómo ponerte en contacto conmigo.

Lidia: Lo tendré en cuenta, adiós.

Luke: Adiós, preciosa.

Siento tener que mentirle, pero no puedo presentarme delante de él y decirle: <<Hola, Luke. Mira, te presento a mi padre, Stuart”. No puedo porque ni siquiera yo sé de qué manera lo estoy digiriendo todo.

Necesito quedar con Stuart. Él tiene que leer esta carta, no soy nadie para negarle ver lo que mi madre ha escrito sobre él.

Me doy una ducha y cuando salgo, cojo del armario unos tejanos y una blusa negra sin mangas. Me pongo mis *Converses* y me hago una cola de caballo.

—Buenos días, chicas —saludo a Carol y a Alba al entrar en la cocina.

—Buenos días, Lidia. ¿Cómo has dormido?

—Mejor pregúntame cómo no he dormido.

—Hola, mamiii —dice Alba mientras come de su tazón de cereales—. ¿*Tas bena* ya? *Teno* aquí mi *maetín* de médica.

—Gracias, cariño, mamá está mejor. Pero si me vuelvo a encontrar mal, tú serás quien me cure y me cuide, ¿vale?

—Siii, porque yo zoy una gran médica.

Le doy un beso en la mejilla y dejo que se termine el desayuno. Carol se acerca a mí para hablarme sin que la niña se entere.

—¿Has decidido que vas a hacer?

—Sí. Voy a llamar a Stuart, tengo que hablar con él.

—Me parece fantástico, creo que va a ser bastante positivo para ambos.

—Eso espero, porque no quiero equivocarme —digo sirviéndome un café.

—No lo harás, confía en mí.

—Uy, qué peligro. La última vez que confié en ti, acabamos metidas en un zulo, por no llamarlo de otra manera. Un poco más y salgo hasta con las pestañas tatuadas.

—Mira que siempre exageras conmigo. Como mucho, saldrías con una nalga tatuada. Poca cosa...

—Anda, anda. Ve a hacer esa llamada que te voy a dar yo nalgas y tatuaje.

Me marchó a por el teléfono y marco el número de Stuart para quedar con él lo antes posible.

—Hola, Stuart —digo en cuanto descuelga.

—*Hola... Lidia* —responde con la voz apagada.

—Quiero verte, necesito mostrarte algo.

—*Sí claro, tú dirás dónde y cuándo.*

—¿Qué te parece dentro de una hora en el Starbucks que hay junto a mi casa?

—*Allí estaré.*

Cuelgo el teléfono y lo aferro contra mi pecho. Necesito tranquilizarme porque estoy muy nerviosa.

Veinte minutos antes de la hora acordada, cojo mi bolso y me dirijo al Starbucks. Necesito tiempo para tomarme aunque sea una tila y calmar mis nervios.

Ya no puedo mirar a Stuart como aquel hombre de negocios risueño que hace cualquier cosa para que sonría. Ahora es más importante. Aunque lo niegue, su sangre corre por mis venas. Qué irónico, ¿verdad? Quién se iba a imaginar que a miles de kilómetros encontraría a mi padre después de casi veintinueve años.

Capítulo 22

Llevo diez minutos sentada cuando veo a Stuart entrar por la puerta. Lo primero que se me pasa por la cabeza es que la puntualidad lo llevamos en los genes, y eso hace que sonría un poco.

—Hola, Lidia. ¿Puedo sentarme?

—Claro que sí. Es más, no tienes que pedirme permiso.

—Si te soy sincero, no sé ya cómo actuar delante de ti y más sabiendo que eres mi hija.

Me quedo en silencio, pues yo tampoco sé cómo actuar después del giro que ha dado nuestra relación.

—Hija —susurra. Me resulta raro oír esa palabra. Entonces, bajo la cabeza. No puedo mirarle—. Perdóname, Lidia, ha sido un impulso.

—Bueno, Stuart, quiero enseñarte algo que deberías ver pero no creo que este sea el mejor lugar. Lo mejor sería tener más privacidad.

—Está bien, si quieres podemos ir a mi casa.

Me quedo pensativa un instante. Tiene razón, lo mejor será que vayamos a su casa.

—Vale. Por mi parte no hay ningún problema.

Salimos del Starbucks y nos dirigimos a su coche. Me quedo sorprendida al no ver la limusina sino un BMW serie 8 de color gris marengo.

—No sabía que conducías.

—No sabes muchas cosas de mí, pero aquí estoy para mostrártelas, Lidia.

—Eso es cierto. No sé nada de ti.

Me abre la puerta del copiloto para entrar. Yo sigo sin acostumbrarme a estos lujos y me siento un poco incómoda.

Sin hablar en todo el camino, llegamos a una mansión a las afueras de Nueva York. Por fuera se ve preciosa, es bastante grande.

—¿Cuántas personas viven en esta casa? —pregunto sin parar de observar todo a través de la ventanilla del coche.

—Somos siete. Solo el personal de servicio y yo.

—¿Tanta gente necesitas?

—Llevan conmigo muchos años, son como parte de la familia y una casa como esta, es difícil mantener con poco servicio.

La entrada principal consta de una entrada con arco y dos garajes. En la parte de atrás, hay un jardín con una piscina. Aparca y veo la limusina y dos coches más.

—Entremos, te enseñaré la casa.

Le sigo y me quedo impresionada al ver el enorme *hall* con una gran escalera en el centro. Según vas subiendo, la escalera se va abriendo como si fuese un abanico. A su derecha, se encuentra una sala de estar con una puerta corredera que, al abrirla, hay un salón de cien metros, ideal para hacer reuniones o cualquier otra fiesta. A la izquierda, hay un baño de invitados. Al fondo, hay una cocina muy espaciosa con una barra amErikana y seis taburetes. Salimos de la cocina y entramos en otra habitación muy grande, su despacho.

Dejamos la planta baja y subimos a la primera donde hay siete habitaciones sencillas con sus cuartos de baños correspondientes. Avanzamos hasta la segunda planta y me encuentro con una enorme biblioteca.

—Esta es, sin duda, mi habitación preferida —comento sonriéndole.

La tensión que Stuart tenía cuando nos vimos en la cafetería, se ha desvanecido poco a poco y yo me encuentro muy a gusto cada minuto que paso con él.

Cuando terminamos de hacer el tour por toda la casa, me invita a pasar a su despacho para que nadie del servicio nos moleste.

—Puedes sentarte. ¿Quieres tomar algo?

—Un poco de agua, si no te importa.

—Claro que no, estás en tu casa.

Coge un botellín de la pequeña nevera que tiene a un lado de la

habitación y sirve dos vasos de agua. Uno para él y otro para mí.

—¿Y bien? Tú dirás, Lidia.

Respiro profundamente y saco de mi bolso la carta de mi madre.

—Quiero darte esta carta. Creo que esto es más fiable que una prueba de paternidad. Aunque si sigues queriendo hacértela, te diré que por mi parte no hay ningún problema.

Le tiendo el sobre. Stuart lo coge sin quitarme la mirada de encima, temiendo abrir esa carta. Cuando la tiene en su poder, la abre y comienza a leerla.

Sé que puede que esta carta no llegue a ningún lado, Stuart. Pero, aún así, sentía la necesidad de contarte esto.

Fuiste mi primer amor, esa persona que entró en mi pecho con tanta fuerza e intensidad que no he podido sacarlo y no creo que pueda jamás.

Al menos, me quedó algo de ti, algo de este amor tan fuerte, nuestra hija Stuart. Sí, tenemos una pequeña princesa, una preciosa niña que me recuerda lo que vivimos día a día. Ella se llama Lidia

Tiene tus ojos, Stuart, tus preciosos ojos. Esos con los que me mirabas a la luz de la luna cuando venías a pasar conmigo las pocas horas que tu familia te permitía salir... Aunque siempre tuvimos una relación secreta, a escondidas de todos, para mí fue la mejor etapa de mi vida, la mejor parte de mi existencia. Y es ahora cuando me doy cuenta de lo que realmente he perdido con tu huida. Me doy cuenta de lo que he ganado con tu partida. No podré tenerte conmigo, pero sí una parte de ti.

Por eso, ahora que mi vida se está apagando por culpa del cáncer, es cuando tengo la necesidad de contarte todo, de desahogarme y poder gritar a los cuatro vientos que yo, Rocío Martínez, tengo una hija del que fue el amor de mi vida, de mi primer y único amor. No puedo abandonar esta vida llevándome este secreto.

No sé qué más decirte, no sé qué palabras de aliento puedo poner para sentirme mejor. Solo quiero pedirte perdón por no haber luchado más por

buscarte, por ir a tu lado y decirte que ibas a ser padre. Por eso te pido que me perdones por ser la cobarde que fui.

Y a ti, Lidia, si algún día llegas a ver esta carta, quiero que busques a tu padre y no lo odies. No odies a ese hombre que nunca supo nada de ti, hija mía. Dale la oportunidad de conocerte. Sé que en cuanto lo conozcas, te darás cuenta de lo buen hombre que es. Quiero que conozca a la chica perfecta que eres y de la que estoy segura, serás el día de mañana. Perdóname tú también, Lidia. Espero que nunca me odies, eras tan pequeña que sabía que no lo entenderías. Sin más, me despido. HASTA SIEMPRE.

Tu madre que te quiere.

Observo cómo Stuart comienza a llorar al tiempo que lee la carta. También veo cómo sus manos y su barbilla están temblando. Termina de leerla y con sus ojos llorosos, me mira.

—Hija —murmura.

Me levanto del asiento y voy hacia él para darle un abrazo.

—Papá —contesto.

Nos fundimos en un abrazo mientras lloramos.

—Perdóname, hija. Perdón por no haber cuidado de ti. Jamás me lo voy a perdonar, no tenía que haberme ido —dice entre lágrimas

—No tengo nada que perdonarte, papá. Al igual que tú, yo tampoco sabía de tu existencia y no puedo reprocharte algo que desconocías por completo. Sé que de lo contrario, habrías estado conmigo.

—Eso nunca lo pongas en duda, hija mía.

—Me has dado tu cariño sin saber que eras mi padre, y ahora que sabes que lo eres, sé que no me vas a abandonar —digo apartándome un poco para mirarlo a los ojos.

—Eso jamás. Voy a recompensarte todos estos años que he estado sin ti. Siento no poder recuperar verte cómo crecías y te hacías toda una mujer.

—Bueno, creo que ahí podemos buscar alguna solución —sonrío.

—¿Cómo? ¿Qué solución? —pregunta extrañado—. No entiendo nada.

—Papá, aún tienes que conocer algunas cosas de mí que no sabes.

—No me asustes, Lidia, porque te aseguro que no sé si mi corazón aguantará tantas emociones.

—Ni se te ocurra. Acabo de recuperarte, papá.

—Me gusta oírte cuando me llamas papá. Es música para mis oídos. Perdón por la interrupción. A ver, ¿cómo puedo recuperar ese tiempo perdido?

—Papá... tengo una hija de cuatro años.

—¿Qué?! —Alza la voz, sorprendido—. ¡No me digas que soy abuelo! Dios, Lidia, me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo. No solo he recuperado a mi hija, sino que he ganado a dos.

No paro de sonreír al ver la cara de felicidad que ha puesto al saber la noticia.

—Quiero conocerla. Voy a malcriar a esa renacuaja, le daré todo aquello que no he podido darte.

—Para el carro, que te embalas. Primero, hay que decírselo con tacto porque piensa que todos sus abuelos están en el cielo. Y segundo, eso de malcriarla es discutible. Yo le estoy enseñando valores y sobre todo, que no se puede tener todo en esta vida. Las cosas se las tiene que ir ganando con su esfuerzo.

—Me siento muy orgulloso de ti. Además de parecerte físicamente a tu madre, tienes el mismo corazón de ella y los mismos valores. Aunque... —sonríe—, pienso consentirla de todas formas.

—Tú y yo vamos a tener más batallas que Napoleón.

Comenzamos a reírnos al mismo tiempo que nos damos otro abrazo. Me siento feliz de haber encontrado al padre que nunca tuve.

Mi padre llama a todo el personal del servicio de la casa para que se reúnan en el hall. Una vez están todos allí, empieza a explicarles quién soy. En ese momento, me siento muy cohibida, como si fuese una intrusa que viene a quitarle el puesto al dueño de la casa.

Todos me saludan y me dan la bienvenida con una sonrisa, deseándome que me sienta a gusto en la casa. Les doy las gracias a todos y les pido por favor que me llamen Lidia, nada de señorita ni ocho cuartos. Todos miran a mi padre y él asiente con la cabeza para darles el consentimiento de que me llamen por mi nombre.

—Bueno, papá, ¿quieres conocer a tu nieta?

—Lo estoy deseando, tengo ganas de conocer a esa diablilla.

—Uff, no lo sabes tú bien. Sabe muchísimo y ten cuidado porque cuando quiere algo, intentará convencerte poniendo sus morritos y esa cara de no haber roto un plato. Quedas advertido.

—Y tú quedas advertida de que seguramente caeré en sus redes — admite.

—Dios, esto va a ser una guerra constante.

Capítulo 23

De camino a mi casa, le cuento un poco sobre lo que ha sido de mi vida todos estos años.

—Aquí donde me ves, fui una cobarde. Cuando me quedé embarazada, me asusté tanto que quise interrumpir el embarazo, pensaba que era muy joven para ser madre y que no sería capaz de criar a ningún hijo —explico con un nudo en la garganta—. Diego, el padre de mi hija, me convenció para seguir adelante. Si no fuera por él, te aseguro que Alba no estaría en este mundo. ¿Sabes, papá? Ella es lo mejor que me ha pasado y ya no concibo mi vida sin ella.

—Me lo puedo imaginar, hija. Yo siempre quise ser padre pero el destino me lo puso muy difícil. Primero conocí a tu madre, nos enamoramos a primera vista, como se suele decir. Sabía que no podía seguir con nuestra relación, y eso que me destrozó la vida. Me obligaron a casarme con una mujer que apenas conocía. No te puedes hacer una idea de lo que es estar con una mujer a la que no quieres, y todo por llevar el peso del apellido de mi familia. He llorado muchas noches la ausencia de Rocío y, aunque han pasado ya veintinueve años, no la he olvidado ni la olvidaré jamás.

—El primer amor no se olvida nunca, papá. Yo jamás olvidaré a Diego. Aunque me vuelva a enamorar, él siempre tendrá un lugar en mi corazón.

Quise muchísimo a Diego y, aunque ya no esté conmigo, siempre tendré un pedacito de él con nuestra hija Alba.

—¿De qué murió Diego?

—Murió en un accidente de tráfico. Volvía a casa después de trabajar y un coche se le echó encima. Murieron los dos en el acto. Según dijo la autopsia, el conductor contrario iba bajo los efectos del alcohol y drogas. Quise morirme en el momento que vino la guardia civil a mi casa. —Lo

recuerdo como si fuese ayer.

— ¿Llegasteis a casaros?

—No, pero nuestros planes eran que el mismo día del bautizo de Alba, también nos casaríamos. —No puedo evitar derramar algunas lágrimas al recordar todo lo sucedido.

—Siento mucho que hayas pasado por eso. Daría lo que fuera por dar marcha atrás.

—Me crie en un orfanato, pero te aseguro que fui feliz a pesar de todo. No es como pintan en las películas, allí hay muchísimo cariño para recibir y para dar. Es difícil adoptar a una niña de casi siete años. La gente que adopta quiere recién nacidos o como mucho de un año. —Me encojo de hombros—. Y, la verdad, lo entiendo porque no es lo mismo adoptar a un bebé que se cría con sus padres adoptivos y que no conoce a los biológicos. En cambio, una niña como yo, sabe perfectamente quiénes son sus padres. Eso hace que muchas parejas se echen atrás. Pero, como te he dicho, te puedo asegurar que viví muy feliz allí.

—Se me parte el corazón al oírte, Lidia —su voz suena un poco rota—. No hay derecho que hayas pasado por esa situación cuando aún tenías a un padre.

—No sigas por ahí, papá. No sabías de mi existencia, al igual que yo de la tuya. Lo mejor será no darle más vuelta a lo que habría pasado.

—Está bien, lo dejaremos pasar. ¿Y cómo conociste a Carol? Por las cosas que me has contado, parece una buena muchacha.

Me alegra que cambie de tema. Por lo visto, ambos somos igual de cabezotas en algunas cosas.

—Lo es. Es como mi hermana. —Sonrío al sentirme afortunada por tenerla en mi vida—. La conocí en un Instituto de la Mujer donde trabajaba de voluntaria, como yo. Ayudábamos a muchas mujeres con toda clase de problemas.

—Me parece fantástico, Lidia. Eso dice mucho de vosotras dos —dice con orgullo.

—Carol entró en la asociación para ayudar a mujeres que habían sufrido maltrato porque, aunque no lo ha sufrido en sus propias carnes, su prima Celia pasó por ello. Yo en cambio, he hecho de todo un poco en la asociación.

Me gustaba ayudar a las personas. Fue una época que me aportó muchísimas cosas a mi vida.

—¿Cómo llegaste a vivir en Madrid?

—Gracias a una beca para estudiar en la universidad de Madrid. Allí fue donde conocí al padre de mi hija. El resto de la historia, ya la conoces.

—Sí, pero dejando a un lado a Carol y a tu hija, no ha sido plato de buen gusto la vida que te ha tocado. Te juro que a partir de ahora, eso va a acabar. Ni a mi nieta ni a ti os va a faltar nada.

Mi padre aparca en la plaza de garaje que le indico y nos quedamos unos minutos dentro del coche, mirándonos fijamente.

—Papá —comienzo a hablar—, no quiero que te ofendas pero soy una persona a la que no le han regalado nada. Todo lo que tengo, lo he ganado por mí misma y espero que siga siendo así. Es la manera de apreciar más las cosas, porque te has esforzado para tener lo que tienes.

—Eres increíble, Lidia, no sabes lo orgulloso que estoy de ti.

De pronto, mi padre mira hacia arriba y empieza a darle las gracias a mi madre por haberme traído al mundo. A mí se me encoge el corazón al verlo.

Salimos del coche y nos dirigimos a mi casa. Cuando estamos en la puerta, recuerdo algo.

—Oye, papá, supongo que hablas español.

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas? —Me mira extrañado.

—Lo digo por Alba, no sabe hablar en inglés. Bueno, apenas sabe hablar en español. Tiene un lenguaje que muchas veces parece que está recitando El Código Da Vinci.

Se carcajea y me contagia la risa.

—Está bien, le hablaré en español. Aunque ya verás cómo pronto hablará en inglés. Los niños son muy listos para los idiomas, pillan las palabras a la primera.

—Y más Alba, que sabe más que el Lute.

—¿Quién es Lute? —pregunta, confundido.

—Olvídalo, es un refrán español. —Me encojo de hombros. Como para explicarle quién era ese hombre...

Abro la puerta y entramos. Mi padre lo observa todo. Al ver que no hay nadie en el salón, voy a la cocina.

—¡¡¡Ya estoy aquí!!! —grito.

—Mamiiiiii, ta aquí ya —dice mi hija.

Cuando veo su aspecto, me quedo paralizada. ¿Qué se supone que están haciendo?

—Pe.... pero... —tartamudeo—. ¿Se puede saber que estáis haciendo?

Incrédula, veo cómo Alba y Carol están casi rebozadas en harina. Dan ganas de echarlas a la sartén.

—*Tamo* haciendo una piza, mami. Tita Carol dice que *nozotras* vamos a *cociná* mejor que los *italinos*.

Unas carcajadas resuenan a mi espalda. Mi hija, al escucharlo, se pone delante de mi padre con los brazos en jarras y le apunta con su dedo índice.

—Y tú no te *ria* porque *zino*, no *vaz* a comer. Ala, *caztigado* a la pared de penzar hazta que yo te lo diga.

—¿Tenéis pared de pensar? —Me pregunta mi padre muy bajito para que Alba no lo escuche.

—Pues sí, y será mejor que le hagas caso o no te dejará hasta que te vayas —sonríó—. Pero antes, quiero presentarte a Carol.

—Encantado de conocerte, Carol —le estrecha la mano y ella la toma con gusto.

—El gusto es mío, señor Taylor.

—Por favor, llámame Stuart.

Carol le pide que se quede con nosotras a comer y él acepta después de asegurarse de que no molesta. Hacemos una ensalada junto a las pizzas que hicieron Carol y Alba, y cuando terminamos de comer entre risas, tomamos un café en la terraza.

Mientras charlamos, Alba le pregunta a mi padre por qué habla tan raro. Él le explica que los amErikanos no pueden pronunciar el español igual que ella, pero como siempre, no entiende el por qué y pasa toda la tarde preguntando.

Observo cómo mi padre disfruta jugando con su nieta. Me parece increíble el giro tan grande que ha dado mi vida.

A la siete de la tarde, mi padre se marcha. Alba, que no quiere que se vaya, comienza a llorar. Han hecho muy buenas migas y eso me gusta porque no será difícil que acepte a su abuelo cuando se entere de la noticia.

Mi padre me pide permiso para llevar a Alba al parque de atracciones

junto con Carol dentro de unos días. Le doy mi consentimiento, quiero que disfrute todo lo que pueda de ella.

Al día siguiente, después de nuestra reunión diaria en el trabajo, Luke me pregunta si puedo ir a su despacho. Asiento con la cabeza y recojo mis cosas para reunirme con él.

—Hola, preciosa —dice nada más que entro en su despacho—. Cierra la puerta.

Doy la vuelta para cerrar la puerta y cuando me giro, tengo a Luke delante de mí. Un segundo más tarde, empieza a devorar mi boca.

—¿Sabes que eres una adición para mí? —Murmura mientras me da besos por el cuello.

—Para, Luke, estamos en la oficina y nos pueden ver.

—A ver quién se atreve a entrar sin pedir permiso. El que lo haga, va derecho a la calle —continúa besándome.

—Pero este no es el sitio idóneo. —No paro de insistir aunque, en realidad, no quiero que pare.

—Cualquier sitio es bueno mientras sea tú la que estás conmigo y ahora calla.

Agarra mis piernas para que las enrolle alrededor de su cintura. Hago lo que me pide y siento su miembro duro como una roca contra mí. Me excito aún más.

Me sienta sobre su mesa y con los dedos, empieza a desabrocharme la blusa con rapidez. Al mismo tiempo, lame mi cuello y va bajando hasta detenerse en uno de mis pechos. Muerde uno de mis pezones por encima del sujetador y tira suavemente de él. No puedo evitar soltar un gemido de placer.

—Nena, no te puedes hacer una idea de cómo me pones. —Su aliento sobre mi pecho me eriza el pezón—. Te deseo a todas horas y de todas las formas. Quiero tenerte en mi cama las veinticuatro horas, si fuera posible. Jamás me ha pasado esto.

—Yo también te deseo, Luke. —Jadeo cuando continúa devorándome los pechos—. No sabes lo imprescindible que eres para mí. Tengo la necesidad de que me hagas tuya una y otra vez.

Dejamos de hablar para seguir besándonos, tocándonos y amándonos durante unos minutos. Cuando no podemos más, Luke me penetra primero suavemente para después aumentar sus embestidas. Mantenemos un ritmo que me hace temblar de placer.

—Oh, Dios... Sí... Sí, Luke... —gimo sin parar—. Luke, te quiero.

Llegamos al orgasmo a la vez y nos quedamos quietos hasta que recuperamos nuestras respiraciones. Cuando sale de dentro de mí, Luke está distinto. Su actitud ha cambiado radicalmente desde que ha oído las palabras.

Capítulo 24

Empezamos a ponernos la ropa en un silencio incómodo. Luke no me mira, está metido en sus pensamientos. ¿Por qué he tenido que ser tan bocazas?

—Oye, Luke... —trato de explicar lo ocurrido pero él me interrumpe.

—Déjalo, Lidia, tengo que salir —contesta con voz seca—. He de ir a una reunión y tengo media hora para llegar. Nos vemos luego.

Sale de su despacho y yo me quedo como una idiota mirando la puerta. ¡Seré imbécil! ¿En qué coño estaba pensando? Desde luego, me gusta vivir en los mundos de yupi. ¿Creía que con soltar un *te quiero*, me iba a prometer amor eterno? Qué tonta.

Salgo de su oficina y me dirijo a mi despacho. Cuando llego, el teléfono suena. Atiendo la llamada en la que me informan de que traen una carta certificada para mí que subirán en breve, pero decido bajar yo a por ella. Quiero desayunar algo pero no me apetece quedarme en la cafetería de la empresa, así que voy a aprovechar la oportunidad.

Después de coger la carta, voy hacia la puerta cuando veo a Luke y Tamara dirigiéndose al coche de él. La rabia comienza a subir por mi cuerpo al ver cómo posa una mano en la cintura de ella para darle acceso al asiento del copiloto.

Luke ya se ha desahogado y ahora soy un estorbo. Todas esas cosas que me dice de que lo vuelvo loco, que soy una droga para él, son mentiras. Patrañas que se inventa para acostarse conmigo.

Muy bien, Luke. ¿Quieres jugar? Pues juguemos.

Espero a que su coche se marche para no cruzarme con ellos y salgo hacia la cafetería. De pronto, mi teléfono suena y mi sonrisa se amplía al ver que es mi padre.

—Hola, papá —digo nada más descolgar.

—Hola, hija —contesta al otro lado de la línea—. No puedes hacerte una idea de lo orgulloso que me hace oír esa palabra.

—¿Todo bien?

—Sí, cielo. Te llamaba por si querías a un vejestorio como yo para acompañarte a comer.

—Más de uno querría ser el vejestorio que tú eres. Y a tu pregunta, digo un sí rotundo.

—Vale, hija. Pasaré por tu despacho en un rato.

A las dos menos cuarto, mi padre toca la puerta de mi despacho.

—¿Estás lista, hija?

—Un segundo, papá, termino de enviar este e-mail y nos vamos.

Termino lo que estoy haciendo y cojo mi bolso para marcharnos. Me acerco a él y le doy un beso y un abrazo en el mismo instante que la puerta se abre y aparece Luke.

—Perdonad, creo que he interrumpido —dice molesto sin quitarme la mirada de encima.

—Hola, Luke. ¿Qué tal? —Saluda mi padre tendiéndole una mano.

Luke le devuelve el apretón de manos para ser cortés.

—¿Qué haces tú por aquí? —Le pregunta.

—He venido a recoger a Lidia, vamos a comer juntos —contesta mi padre guiñándome un ojo. A Luke no le pasa inadvertido el gesto y aprieta la mandíbula.

—Cierto —respondo sonriendo a mi padre. Sé que a Luke le ha jodido pero me da igual, ahora que pruebe de su propia medicina, a ver qué le parece—. ¿Nos vamos?

Me agarro de su brazo y nos disponemos a salir pero el corpulento cuerpo de Luke no nos deja.

—¿Te importaría dejarnos pasar? —pregunto con la cabeza bien alta.

—Sí, claro, perdón.

Salimos de allí controlando las ganas que tengo de aplaudir de alegría. Chúpate esa, Luke.

Luke

Horas antes...

No puedo creer que haya escuchado esas dos palabras. En cuanto salieron de su boca, me quedé paralizado, no sabía cómo actuar. Soy un auténtico cobarde porque, en cuanto tuve oportunidad, huí como un perro con el rabo entre las patas. Con la excusa de que tenía una reunión, salí de ahí lo antes posible.

De camino al coche, me encuentro a Tamara.

—¿Dónde vas, Luke?

—Tamara, no estoy para bromas esta mañana. Tengo una reunión y debo marcharme ya.

—¿Vas a la reunión de la compañía Williams?

—Sí, y llego tarde.

—Perfecto, yo también tengo que ir, así que me voy contigo —afirma con seguridad.

<<Genial, lo que me faltaba>>, pienso.

—Está bien, sube, pero quiero que te mantengas callada. No tengo un buen día.

Acompaño a Tamara hacia mi coche y le abro la puerta para que suba.

Paso las dos horas de reunión sumido en mis pensamientos. No me he enterado de nada de lo que han acordado porque no puedo apartar de mi mente lo que ha sucedido esta mañana en mi despacho. No dejo de pensar en Lidia. Estoy deseando salir de aquí para ir a hablar con ella.

Cuando salgo de la reunión, Tamara intenta retenerme con la excusa de comer juntos. Me niego y le digo que tengo que marcharme ya. Deberá cogerse un taxi o llamar a quien le dé la gana. Sé que esta negativa me traerá consecuencias tarde o temprano porque si algo tengo claro, es que a Tamara no le gusta perder. No pararía hasta conseguir lo que se propone.

Conduzco hasta el garaje de la empresa y me apresuro a subir antes de que Lidia se marche a comer. Llego a la puerta de su despacho y no me

molesto en llamar, abro directamente. Lo que veo dentro, me paraliza.

Lidia y Stuart se están abrazando. ¡Y yo sintiéndome como un completo gilipollas por haber actuado de esa manera! Son todas iguales, en cuanto ven a alguien más poderoso y con más dinero, vuelan a su lado.

<<Joder, Luke. ¿Nunca vas a aprender? Madura de una puta vez. Has estado a punto de abrir tu corazón otra vez y menos mal que no lo has hecho porque ahora mismo estarían riéndose de ti>>, pienso con rabia.

Stuart me saluda y yo no tengo más remedio que devolverle el saludo. Me comenta que van a salir a comer y Lidia se agarra de su brazo con seguridad. Cuando salen de su despacho, me quedo observándoles como un imbécil.

Salgo dando un portazo y subo a mi planta. Al ver a Margaret, mi secretaria, me dirijo hacia ella.

—Margaret, voy a salir. Quiero que me canceles todas las citas que tengo hoy.

—Sí, señor.

—Una cosa más, a menos que se esté incendiando el edificio, no quiero que me molesten. Sea quien sea —pido—. ¡Ah! Otra cosa... Cuando llegue la señorita Martínez, dale estos documentos para que los revise. Que no se vaya hasta que no termine, porque si no lo hace, dile que no se moleste en volver mañana.

—Sí, señor Smith. Se hará como usted mande.

—Hasta mañana, Margaret.

Salgo de la empresa con furia, necesito un trago. Necesito despejarme para quitarme esta sensación que llevo dentro. En ese momento, veo cómo Tamara baja de un taxi y aunque sé que me voy a arrepentir de esto, me dirijo a ella.

—¿No querías que fuéramos a comer juntos? —Ella se sorprende—. Pues estás de suerte, vámonos.

La agarro de la cintura y nos dirigimos a mi coche. Por el rabillo del ojo, puedo ver cómo Tamara sonríe.

Llegamos a un restaurante apartado de Manhattan. Tamara no para de seducirme, pero yo no le hago ni el menor caso. Lo último que deseo en este mundo es acostarme con ella. Terminamos de comer y nos dirigimos a un pub para tomar unas copas.

La tarde va pasando entre copas y copas hasta que llega la noche. Ni

siquiera sé qué hora es. Tamara empieza a besarme pero la aparto. En mi mente solo tengo a Lidia, a la maldita Lidia.

Empiezo a sentirme mal, estoy muy borracho. Tamara se ofrece acompañarme a casa y, aunque al principio me niego, no me puedo ni sostener en pie. Así que le doy las llaves de mi coche para que conduzca hasta mi ático.

Una vez llegamos, me voy directamente a mi habitación con Tamara pisándome los talones. Eso fue lo último que recuerdo.

Al despertar por la mañana, siento un dolor de cabeza impresionante. Enciendo la luz y en el lado derecho de la cama, está Tamara completamente desnuda.

¡Dios qué he hecho! Joder, joder. ¿Cómo he podido? Me agarro las sienes y con los dedos, me hago un ligero masaje. De pronto, escucho su voz.

—Buenos días, cariño.

La observo y lo único que sale de mi boca, es que tiene que largarse de mi casa. Ella me ignora e intenta acercarse a mí, pero se lo impido.

—Anoche no te molestaba que me acercara a ti. Es más, me suplicabas que me subiera encima de ti y te cabalgara como toda una amazona —dice con voz burlona.

—¡SAL DE UNA PUTA VEZ DE MI CASA! —grito borrándole esa sonrisa que tiene.

—Esto no se va a quedar así. —Se levanta de la cama enfurecida—. ¿Me has entendido? Nadie se ríe de Tamara Thompson.

Empieza a recoger su ropa que está esparcida por todo el suelo. Cuando sale de mi casa, me dirijo a la cocina para hacerme un café y así espabilarme un poco. Me lo tomo y miro la hora. No me da tiempo a llegar a la reunión que tenemos todos los días, primero necesito ducharme.

Sin pensarlo, cojo el teléfono y le mando un mensaje a Mark.

Luke: Buenos días, Mark. Hoy no llegaré a tiempo para la reunión.

Mark: Buenos días, no te preocupes. ¿Ha pasado algo?

Luke: No, es solo que no dormí bien. Me quedé muy tarde dormido y me he despertado ahora mismo.

Mark: Vale, yo hago la reunión. Termina tranquilo.

Luke: Por cierto, dile a Lidia que te entregue la documentación que le dejé ayer para que revisara.

Mark: Vale, ya se lo pido. Hasta luego.

Dejo el teléfono y me voy directamente a la ducha. Necesito despejarme y aclarar mi cabeza de todo lo que pasó anoche.

Cuando salgo de la ducha, veo un mensaje de Mark en el móvil. Lo leo y mi mundo se viene abajo. Empiezo a sentir un dolor muy fuerte en mi corazón y noto cómo mis mejillas están mojadas, estoy llorando.

—No puede ser. Que esto sea una puta broma. No, por favor.

Vuelvo a mirar el móvil para releer el mensaje.

Mark: Luke, tienes que venir lo más rápido posible. Se trata de Lidia, está en el hospital. Anoche, al llegar a casa, le atracaron y parece que le dieron una apuñalada, no estoy seguro. No tardes, por favor.

Ha sido mi culpa. Si no la hubiera obligado a quedarse para revisar los putos documentos que ni siquiera me hacían falta, esto no habría pasado. Jamás me lo voy a perdonar. Jamás.

Capítulo 25

Horas antes...

Después de comer, mi padre me deja en la oficina para que vuelva al trabajo. Él se marcha para recoger a Alba y Carol para ir al parque de atracciones. Me gustaría ir con ellos, ver cómo mi hija disfruta de todo lo que ve y, sobre todo, cómo engatusa a mi padre. Porque Alba es mucha Alba y como no te andes con cuidado con ella, te tiene en sus manos en muy poco tiempo.

Subo a mi despacho y me pongo a trabajar justo cuando tocan la puerta. Se trata de la secretaria de Luke.

—Buenas tardes, Margaret. ¿Qué te trae por aquí?

—Buenas tardes, señorita Martínez. Le traigo estos documentos de parte del señor Smith. Me ha pedido que estén listos antes de marcharse — comenta un poco apurada.

—Pero... es imposible, no me va a dar tiempo —digo mientras miro todo el montón de papeles que trae.

Margaret los deja sobre mi escritorio y se retuerce un poco las manos con nerviosismo.

—Señorita Martínez, el señor Smith me ha dicho que son de suma importancia.

—Está bien. Llamaré a Alison a ver si me puede echar una mano — explico desesperada.

—Me temo que eso va a ser imposible. La señorita Alison pidió la tarde libre. Además, va a ser usted la que tenga que hacerlo.

—Pues dígame al señor Smith que me es imposible, yo sola no voy a poder acabarlo antes de las seis de la tarde. Como mínimo, esto no estaría hasta las doce o la una de la madrugada.

Margaret comienza a ponerse más nerviosa y me temo que se trata de algo más.

—¿Qué es lo que pasa, Margaret?

—Bueno... yo... —tartamudea—. Lo siento, señorita Martínez, pero tengo orden de decirle que si no los tiene listos hoy, no se moleste en venir mañana.

—¿Eso es lo que te ha dicho? —Me quedo pensativa—. Está bien Margaret, los tendré listos antes de irme. No se preocupe, en cuanto los tenga, se los dejo en su mesa. Se puede marchar tranquila.

Margaret sale de mi despacho muy desanimada porque sabe que Luke no ha actuado coherente. Pero no pienso darle la satisfacción de verme derrotada. Ya estoy cansada de sus estupideces y sus arrebatos de niño. Si quiere que esté lista antes de irme, así será.

Ya han pasado tres horas desde que empecé y no he levantado la cabeza ni una vez en ese tiempo. Me levanto para moverme un poco, tengo el cuello rígido y las piernas entumecidas. Aprovecho para andar varias veces en círculo y así reactivar mi circulación. Luego cojo la jarra de café y me sirvo una taza. Tengo que estar despejada para concentrarme bien en mi trabajo.

Cuando son las seis de la tarde, llamo a Carol por teléfono para decirle que no me esperen para cenar, ya comería cualquier cosa en la oficina.

Dejo el teléfono sobre la mesa y, en ese momento, me llega un mensaje de mi padre.

Stuart: Cariño, ¿cómo es eso de que te quedas tan tarde?

Lidia: Papá, tengo que quedarme. Luke necesita estos documentos urgentemente.

Stuart: Pero no puede dejarte trabajando toda la noche. Me va a oír.

Lidia: Papá, no te metas, por favor. Es mi trabajo y sé que está fuera de horario, pero eso es cosa mía y no quiero que se meta nadie.

Stuart: Está bien, cariño, pero déjame ir para hacerte compañía. No me gusta nada que estés sola.

Lidia: No lo estoy. Aquí tenemos personal de seguridad y cuando termine, cogeré un taxi para marcharme a casa. Disfrutad de vuestra tarde en

el parque y ya nos vemos mañana.

Stuart: Está bien, cielo, ten cuidado. Te quiero, hija.

Lidia: Lo tendré. Yo también te quiero.

Dejo el teléfono y sigo con mi trabajo. A las diez de la noche, llamo a una pizzería y me pido una pizza de cuatro quesos. Aprovecho para volver a estirar mis piernas y bajo a recepción para pagar al repartidor.

Sobre las doce de la noche, termino mi trabajo. Estoy agotada y deseando llegar a casa.

Antes de salir de la oficina, llamo a un taxi para que me recoja en la puerta. Vivo cerca de mi trabajo, pero a esta hora no me atrevo a ir andando. Me subo y le doy la dirección al conductor, que me deja un poco más abajo de mi edificio.

Cuando estoy a punto de llegar a mi portal, alguien me tapa la boca y me arrastra hasta el callejón de mi edificio.

—Shh —susurra en mi oreja—. Tranquila, muñeca. Si estás calladita y quieta, no te pasará nada.

Con su cuerpo todavía pegado a mi espalda, se mueve hasta ponerme contra la pared del callejón. Él se queda frente a mí, acorralándome con sus brazos, y su mirada me paraliza por el miedo. Comienzo a temblar y unas lágrimas salen de mis ojos.

—Dame todo lo que llevas. —Su aliento roza mi cara.

Sin dudarle, le tiendo el bolso para que se largue. Lo coge con una mano mientras que la otra sigue acorralándome, pero no se va.

—¿Sabes, muñeca? No estás nada mal.

—Por favor, no me haga nada, se lo suplico —murmuro muerta de miedo.

—Si haces todo lo que te digo, no te haré nada.

Tira el bolso al suelo y saca una navaja del bolsillo del pantalón. La acerca a mi cuello y me acaricia con ella desde mi garganta hasta mis pechos. Poco a poco va arrancando cada botón que se encuentra hasta que mi camisa se abre y me deja en sujetador.

—Bonitas tetas —dice con voz de perverso—. Me lo voy a pasar de muerte esta noche.

Empieza a masajearme y yo no paro de temblar y llorar en silencio. Dejo mi mente en blanco, lo que tenga que pasar, que pase pero que sea

rápido. De pronto, me acuerdo de Alba, pero me tranquilizo porque sé que estará en buenas manos. Luego mi mente se va a Luke... Dios, cuánto daría porque apareciese.

En ese momento, siento su enorme erección pegada a mí.

—¿Ves cómo me tienes, muñeca? —susurra de nuevo en mi oreja. Está totalmente pegado a mí—. Tengo la polla que me va a reventar, te voy a follar este culito que tienes.

Sin pensarlo, levanto la pierna y clavo con fuerza el tacón de mis botas en su pie. Él me suelta aullando de dolor y yo aprovecho para salir corriendo y pedir auxilio. A lo lejos, veo cómo sale el portero de mi edificio y se dirige hacia donde estoy.

Intento llegar hasta él pero no puedo. Me ha vuelto a coger y ahora siento un dolor intenso en el costado.

—Eso por perra e hija de puta, que sois todas igual de zorra.

Después de hablar, sale corriendo. Me duele el costado y cuando me miro, hay sangre. Empiezo a marearme y en unos segundos, todo se vuelve oscuro.

Abro los ojos y me encuentro en una habitación blanca. Miro a todos lados para ubicarme y cuando llego a mis manos, descubro que tengo puesta una vía. Intento moverme pero no puedo, me duele mucho el costado.

Al girar la cabeza, mi padre está sentado con los brazos en las rodillas, tapándose la cara con sus manos.

—Papá —lo llamo con voz débil.

Él levanta rápidamente la cabeza y veo sus ojos hinchados del llanto.

—Dios, hija mía. —Se levanta y de una zancada, está junto a mí, acariciándome el pelo—. No me des más estos sustos, casi muero de un infarto cuando me llamaron.

—Tranquilo, papá, estoy bien.

—No me pidas que esté tranquilo cuando ahora que he recuperado lo que dejé en el pasado, he estado a punto de volver a perderlo.

Me da un beso en la frente justo cuando entra una enfermera a cambiarme el suero.

—Veo que ya se ha despertado —comenta sonriéndome—. ¿Cómo se encuentra?

—Dolorida.

—Es normal, ahora mismo voy a llamar al doctor para que venga a verla. Le aconsejo que no hable y descansa, tiene que reponer fuerzas —dice mirando a mi padre para advertirle que no me haga hablar.

Sale de la habitación y diez minutos más tarde donde mi padre y yo hemos hablado sobre Alba y Carol, el doctor entra y empieza a revisarme.

—Lidia, la policía está fuera —comienza a hablar—. Quiere hacerte unas preguntas sobre lo sucedido, aunque te recomiendo que descanses hasta mañana. Acabas de salir de un coma de dos días, has perdido mucha sangre y aún estás un poco débil.

—Está bien, doctor —Asiento—. Dígales que hasta mañana no pienso hablar.

—Me parece bien. Ahora descansa, mandaré a la enfermera para que te suministre un calmante, así dormirás mejor esta noche. Hasta mañana.

El doctor sale de la habitación y mi padre aprovecha para acercarse a mí. Me coge la mano con suavidad y me da un beso. Le pido que se marche a descansar, pues ya me siento mejor pero se niega a hacerlo.

—Luke lleva dos días en la sala de espera —dice de repente—. Le he pedido varias veces que se marche pero me ha dicho que de aquí no se mueve hasta que no vea con sus propios ojos que estás bien.

Algo se remueve dentro de mí al escuchar a mi padre.

—Dile que entre —pido.

—No creo que sea adecuado, espera al menos a mañana que estés mejor.

—No puedo permitir que siga otra noche ahí sentado. Por favor, papá, hazlo entrar.

—Está bien, pero solo cinco minutos.

Sale y cuando la puerta se abre de nuevo, es Luke quien entra. El aspecto que tiene no es mejor que el de mi padre. Me mira con los ojos hinchados de haber estado llorando. También está ojeroso por no dormir.

—Lidia, yo... lo siento, lo siento. —Se arrodilla junto a mi cama con la cabeza gacha. Escucho un hipido y sé que está llorando. No puedo aguantar esta angustia que me está dando de verlo tan derrotado.

—Luke, no tienes que sentir nada. No es culpa tuya.

Él levanta muy rápido la cabeza y me mira muy serio.

—No vuelvas a decir eso, Lidia. Ha sido mi culpa y jamás en la vida me lo voy a perdonar. No tenía que haberte obligado quedarte en la oficina. Lo hice por rabia, por fastidiarte al ver que... —se queda callado.

—¿Al ver qué?

—Nada, olvídalo. Solo quiero que te pongas bien y salgas cuanto antes de aquí.

Nuestros ojos se miran un momento pero, de repente, baja de nuevo la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunto alzándole la barbilla con mi dedo índice. Él duda un instante.

—Te quiero, Lidia. Me daba miedo reconocerlo y cuando hace dos días creí que casi te perdía, entendí lo que realmente significas para mí. No se trata de ningún capricho. Te amo —repite y mi corazón se paraliza al escucharlo—. Te amo con toda mi alma.

Se acerca a mí y me da un dulce beso en los labios. Yo le respondo al beso al mismo tiempo que le digo que lo quiero.

De pronto, escuchamos un carraspeo que nos obliga a separarnos. Mi padre está junto a la puerta con mala cara.

—Bueno, ya va siendo hora que la visita se vaya —comenta muy serio—. Lidia tiene que descansar.

—Vendré a verte mañana, cariño. —Luke centra toda su atención en mí—. Recuerda que te quiero.

Me da un beso en los labios y se marcha. Siento la incomodidad de mi padre cuando Luke está delante.

—Papá, por favor, sabes que lo amo.

—Lidia, te recuerdo que gracias a su estupidez estás aquí —contesta un poco enfadado.

—No puedes echarle la culpa. Podría haber sucedido otro día, eso no se sabe. Ya demasiados remordimientos tiene encima.

—Bueno, lo mejor será dejar el tema. Necesitas descansar.

Sé que mi padre no está conforme con lo que he dicho, pero tiene que aceptarlo. Aunque me duela decirlo, no puede aparecer después de veintiocho

años y decirme lo que está mal y está bien.

El tema se da por zanjado cuando la enfermera entra en la habitación para ponerme un calmante. Me informa que si en algún momento me encuentro mal, solo tengo que darle al botón que tengo junto a la cama. Quince minutos después, me quedo profundamente dormida.

Capítulo 26

Paso la noche bastante relajada gracias a los calmantes. Mi padre no se ha movido de mi lado ni un momento y yo le reprendo. Han pasado tres días en los que solo se marcha para cambiarse de ropa y, la verdad, se le ve bastante agotado.

—Lidia, me gustaría que cuando salieses del hospital, vivieras en mi casa. Necesitas cuidados y allí tendrás todo lo necesario para tu recuperación. Hay personal suficiente para atenderte.

—Te lo agradezco mucho, papá, pero tengo quién me cuide.

—Si lo dices por Carol, ella también es bienvenida —explica—. Quiero que sepas que no te voy a dejar sola. Ni a ti ni a mi nieta, más ahora que me llama abuelo. Está como loca desde que le he contado quién soy.

—No seas cabezón, papá, sabes que no estaré sola.

En ese momento, alguien llama a la puerta y dejamos la conversación. Él me dedica una mirada para hacerme saber que no hemos terminado de hablar sobre el tema.

—¿Se puede? —Luke asoma la cabeza y yo no puedo evitar sonreír. Con solo verlo, me entran como unas cosquillas en el cuerpo que me eriza la piel.

—Pasa, Luke —digo con mi sonrisilla.

Al entrar, mi padre y él cruzan la mirada y no me gusta nada lo que veo. Se miran desafiantes mientras que mi padre aprieta los puños.

—Buenos días, señor Taylor —comenta Luke.

—Estaré en la cafetería, en un rato subo —murmura mi padre mirándome, sin devolverle el saludo. Gira sobre sus talones y sale de la habitación

Sé que a Luke no se le ha pasado desapercibida su forma de actuar, pero lo deja pasar.

—¿Cómo pasaste la noche, nena? —Se acerca a mí y deposita un cálido beso en mis labios.

—He pasado una noche bastante bien gracias a los calmantes. ¿Y tú qué tal?

—Bueno, apenas pude pegar ojo solo de pensar en lo que te habría pasado si el portero de tu edificio no llega a salir. Habrías muerto desangrada.

En sus ojos noto todavía esos remordimientos y no puedo permitirlo.

—Ya basta, Luke, ya pasó y gracias a Dios, estoy aquí. Mejor olvidemos lo ocurrido.

—Sabes que no lo puedo hacer —replica.

—Pues inténtalo, al menos hazlo por mí. ¿Lo prometes?

—Está bien —dice, resignado.

Charlamos un poco hasta que la enfermera entra para hacerme las curas. Le pide a Luke que salga un momento y él aprovecha para ir a la cafetería a tomarse un café. Yo asiento con la cabeza y le digo que vaya sin prisas, no voy a moverme de aquí. Con esas palabras, consigo sacarle una pequeña sonrisa.

Luke

Paso dos noches sentado en una sala de espera sin poder verla. Stuart no me permite la entrada y yo no quiero pelear pues ya bastante mal me siento.

Por mi culpa, Lidia está postrada a una cama. Me dejé llevar por la rabia y los celos y ella salió perjudicada. Jamás me voy a perdonar lo que le ha pasado a la mujer de mi vida. He tenido que estar a punto de perderla para siempre para darme cuenta de que la amo. Lidia lo es todo para mí, es algo más que un sueño.

Llego al hospital y nada más entrar en su habitación, me encuentro a Stuart con ella. Cuando pienso en ellos dos juntos, me entra una rabia que no puedo controlar. Tengo que luchar por ella, no puedo permitir que me la arrebatte aunque es demasiado protector y sé que no me lo va a poner fácil. Pero no me importa, lucharé hasta donde haya que luchar.

Después de saludarlo, tiene la consideración de dejarnos a solas aunque nuestra intimidad no dura mucho tiempo porque la enfermera tiene que curarle las heridas.

Me marcho a tomar un café y al entrar en la cafetería, diviso al fondo a Stuart. Me armo de valor y me acerco a él.

—¿Puedo sentarme? —pregunto sin apartar mi mirada de la suya.

—Adelante —responde con seriedad.

Me acomodo en el asiento y comienzo a hablar. Tengo que dejarle las cosas claras.

—Sé que tengo la culpa de lo que ha pasado y eso no lo olvidaré nunca. Será un peso que llevaré siempre y, aunque no lo creas, deseo lo mejor para Lidia. Me da igual lo que pienses de mí o no porque lo que tengo claro es que la amo con locura

—Luke... —trata de interrumpirme pero yo lo detengo.

—Por favor, déjame terminar. No quiero que esto afecte a nuestros negocios, pero si por Lidia hay que romper una sociedad, ten por seguro que lo haré. Así tenga que ser yo quien tenga que ceder mis acciones a mi socio.

Stuart me mira pensativo mientras le da un sorbo a su café.

—Yo solo te voy a advertir de una cosa —contesta tensando la mandíbula. Se nota que este tema le gusta tan poco como a mí pero tenemos que hablar sobre ello—. Que sea la última vez que veo a Lidia derramar una sola lágrima por ti porque a la próxima, te las verás conmigo y ten por seguro que no voy a ser tan pacífico como lo estoy siendo ahora.

Me dan ganas de partirle la cara. ¿Quién cojones se cree que es para hablarme así y qué poder se cree que tiene sobre ella? Lo único que sé, es que no la voy a dejar escapar y si hace falta, lucharé contra él.

—No sé quién te has creído que eres o qué poder tienes sobre Lidia, pero creo que es ella quien tiene que elegir a uno de los dos y hasta donde yo sé, ella me ama al igual que yo la amo a ella.

—¡Tengo el derecho que un padre tiene sobre su hija! —contesta Stuart alzando la voz.

Sus palabras me paralizan. No puedo creer lo que ha dicho, creo que he escuchado mal. La rabia me está ocasionando estragos y estoy confundiendo las cosas.

—¿Padre? —Susurro—. ¿Has dicho padre?

—Creo que he hablado más de la cuenta. —Hace el amago de levantarse pero lo cojo de la muñeca y le impido moverse.

—No, creo que aquí tenemos una conversación bastante seria.

—No voy a ser yo quien te cuente esto, eso debe decidirlo Lidia.

—Pero el daño ya está hecho, Stuart, así que ahora habla —pido.

No le doy más opción por lo que no tiene más remedio de contármelo todo. Es increíble cómo después de veintiocho años y de miles y miles de kilómetros, puedes encontrar a esa persona que jamás pensarías que ibas a conocer. Por un lado, me siento aliviado, pues pensaba que Stuart estaba interesado en Lidia como mujer y resulta que es su hija. ¿Por qué Lidia nunca me lo contó? Es algo que tengo que aclarar con ella en cuanto se ponga mejor.

Salgo de la cafetería con Stuart hacia la habitación de Lidia. Estoy deseando verla y estar junto a ella. En el momento que abrimos la puerta, vemos a Carol acompañada de una niña preciosa que está sentada a los pies de la cama. No sé de dónde ha salido esa renacuaja, pero tiene una cara de pícara que no puede con ella.

Carol la regaña porque solo hace reír a Lidia y puede hacerse daño por los puntos. Escucho cómo la niña comienza a cantar con su media lengua una cancioncita para que se cure.

—*Zana zanita zana, zi no cura hoy, curará mañana.*

Ninguna de las tres se ha dado cuenta de que Stuart y yo hemos llegado.

—Oye, mami —dice la niña y me quedo sorprendido. No sé a quién de las dos va dirigido.

—Dime, cariño —contesta Lidia.

Dios... ¿Lidia es su madre? Hoy no gano para sustos. Primero un padre, ahora una hija. ¿Qué será lo siguiente?

Stuart carraspea para que sepan que estamos en la habitación. En ese momento, las tres nos miran fijamente. La cara de Lidia cambia por completo, se pone blanca como la pared.

—Mami ¿quién *ez eze* que *ezta* con el abuelo? *Padece* un príncipe.

Carol no puede evitar soltar una carcajada y Lidia le echa una mirada asesina.

—Cielo —comienza a hablar—, ese hombre que está junto al abuelo es un compañero de trabajo, al igual que tú tienes compañeros en la guarde

con los que juegas.

—*Zi pero yo juego a pinceza y píncipe. ¿Quién ez el píncipe y la pinceza de loz doz?*

Lidia no sabe qué contestar. Stuart camina hasta que está a su altura, sonriendo.

—¿Acaso dudas quién hace de píncipe? —Le guiña un ojo y la niña sonríe.

Yo aún estoy en shock, necesito tomar el aire. Son demasiadas emociones para mí. Me disculpo y salgo de la habitación unos minutos.

Carol sale conmigo y me acompaña a la entrada del hospital para poder respirar un poco de aire fresco. Es como si me faltara el oxígeno. Una vez en la calle, nos mantenemos en silencio, cada uno en sus pensamientos hasta que rompe el hielo.

—Deberías hablar con ella.

—Eso no lo dudes, Carol. Creo que mi cupo de sorpresas por hoy se ha llenado. Me voy de aquí bien servido.

—No sé qué decirte Luke, solo escúchala y no te precipites a los acontecimientos porque siempre solemos cometer errores y luego nos arrepentimos, así que piénsalo.

Y así, sin más, se da media vuelta y entra de nuevo al hospital. Yo me quedo un rato pensando qué debo hacer. No sé si marcharme y volver mañana más calmado o subir y hablar con ella directamente. Sé que no tengo ningún derecho a reclamarle nada, pero tampoco estoy dispuesto a comenzar una relación con secretos. Tampoco estoy seguro de querer una relación con Lidia teniendo una hija. La cosa cambia bastante y no estoy preparado para una relación con hijos de por medio.

Después de diez minutos pensando, decido subir a la habitación. Al entrar, todos se quedan mudos. La pequeña está en los brazos de Stuart completamente dormida.

—Papá, Carol, ¿os importa dejarnos a Luke y a mí a solas?

—Sí, cariño —contesta Stuart. Aún no me acostumbro a sus palabras de amor hacia ella, aunque sea su padre—. Estamos fuera por si nos necesitas, solo tienes que llamarnos.

—Puedes irte tranquilo, Stuart, no voy a formar ningún escándalo ni mucho menos —contesto para tranquilizarlo un poco.

—Eso espero.

Salen de la habitación y nos quedamos en silencio. Decido ser yo quien rompa el hielo.

—¿Y bien? ¿Algo que contarme, Lidia?

Ella traga un poco de saliva, ya que parece que se le ha hecho un nudo en la garganta. Veo cómo retuerce las sábanas con los dedos por los nervios. Cojo su mano para tratar de tranquilizarla pero ella baja la cabeza, avergonzada. Levanto su barbilla con mi dedo para que me mire a los ojos y veo un brillo en ellos.

—Bueno, Lidia, soy todo oídos.

Me siento en el sillón de al lado de su cama sin soltar su mano. Ella se tensa un poco pero, al final, empieza a hablar.

Capítulo 27

—Sé que tengo que darte algunas explicaciones, pero quiero que sepas que también me ha cogido todo por sorpresa.

Le cuento a Luke cómo Stuart descubrió que es mi padre. Las coincidencias con él, cómo me sentía cuando estábamos juntos y cómo solo tuvo que atar unos cuantos cabos para adivinar quién era porque el parecido físico entre mi madre y yo era muy grande.

—Me parece increíble todo esto —comienza Luke a hablar—, me alegra mucho que después de tantos años, hayas encontrado a un padre que ni siquiera sabías de su existencia. Pero hay algo más que sí me has ocultado. Lo de tu padre lo puedo entender, ya que ni tú misma lo sabías. Pero, ¿por qué me has ocultado que tienes una hija? ¿Qué más cosas tienes que contarme? Porque déjame decirte algo, Lidia, ahora mismo siento que estoy con una desconocida.

—No he querido ocultarte nada, Luke. Como bien has dicho, no sabía nada de mi padre. Y referente a mi hija, quise contártelo pero tú hiciste que me echase hacia atrás.

—¿Yo? Resulta que tú eres la de los secretos y al final soy yo el culpable. Es increíble, no me lo puedo creer. —Se levanta del asiento y comienza a caminar de un lado a otro de la habitación, enfadado—. ¿Y bien? ¿Qué se supone que he hecho para echarte atrás?

—El día que hicimos el amor en tu despacho sin protección, me dejaste bien claro que si me quedaba embarazada, podíamos ponerle remedio. Dijiste que no estás preparado para ser padre, ni ahora ni en el futuro. Entonces, ¿cómo pretendes que te cuente que tengo una hija?

—Clarooooo —responde con sarcasmo—. Es más fácil ocultarlo. ¿Acaso no te has parado a pensar que algún día me enteraría?

Solo tengo ganas de llorar y estar sola, esto se me viene muy grande y ya estoy agotada. Lo que menos necesito en este momento es una reprimenda de Luke, por mucho que lo merezca o no.

—¡Tú no quieres hijos! —alzo la voz, alterada—. Y creo que lo nuestro no puede funcionar porque una cosa sí te digo, quien me quiera a mí, tiene que querer a mi hija y por lo que veo, eso no está en tus planes. Luke, te amo con todas mis fuerzas, pero mi hija está ante todo.

Nos quedamos en silencio. Luke está muy serio y no me aparta la mirada de encima.

—Creo que será mejor que me vaya —dice tras unos segundos—. No quiero hacernos daño a los dos, pero en este momento no sería objetivo y diría cosas que seguro me arrepentiría. Vendré mañana a verte.

Se acerca a mí y deposita un beso en el que apenas me roza los labios. Yo me rompo por dentro porque sé que mi relación con Luke, acaba de terminar.

Luke

Salgo de la habitación porque no puedo seguir un minuto más allí. Tengo la cabeza saturada y necesito tomar algunas decisiones. La amo, eso es algo que tengo bastante claro, pero no sé hasta qué punto como para aceptarla con una hija.

Necesito hablar con la persona que mejor me conoce y sabe mis miedos. Cojo el teléfono y marco su número.

—Hola, tío. ¿Te pillo ocupado? —digo en cuanto descuelga.

—*La verdad es que sí —contesta con guasa—. Estoy aquí con una rubia...*

—Lo siento, te llamo en otro momento —lo interrumpo.

—*Esperaaaaaaaa, no me has dejado terminar. Te decía que tenía una rubia muy fresquita en la mano que sabe a gloria y se llama Yuengling. ¿Te apetece una?*

—Qué cabrón eres. De ante mano te digo que me apetecerá más de una, las voy a necesitar.

—*Eso está hecho, meto otra caja a enfriar en la nevera. Nos vemos en un rato.*

Cuelgo el teléfono y me dirijo al parking para recoger mi coche y así dirigirme a su casa.

Veinte minutos después, estoy estacionando el coche en el parking subterráneo que hay justo frente a su bloque. Mark vive en un ático en la quinta avenida, todo un lujo. El portero, nada más verme, se levanta para abrirme la puerta. Entro en el ascensor y le doy a la última planta. Al llegar, la puerta del ático está abierta.

—Entra y cierra la puerta —grita Mark desde el interior—. Estoy en la cocina preparando algo para picar, ven y coge una cerveza. Las de la segunda estantería son las más frías.

Voy hacia donde está y lo veo enfrascado en unos aperitivos. Ya me extrañaba que Mark cocinara algo. Pone unas patatas fritas, unos nachos con queso y aceitunas en varios cuencos y los lleva al salón. Nos sentamos en el sofá.

—Desde luego que lo tuyo es una auténtica dieta mediterránea, tío —comento, riéndome.

—No te quejes que es lo que hay. Si no te gusta, ahí tienes el teléfono para pedir unas pizzas con *pepperoni* y extra de queso.

—¿Desea algo más para el colesterol? Te lo pregunto para que lo incluyas en el menú, ya de paso.

—Anda, calla, aguafiestas. Dime ya qué cojones haces aquí en vez de estar con Lidia.

Suspiro mientras me tapo la cara con mis manos.

—Estoy jodido, Mark, y no sé qué hacer. A ver por dónde empiezo.

—¿Qué tal si empiezas por el principio? Suele funcionar.

Empiezo a relatarle a Mark todo lo sucedido, desde que llegué al hospital hasta que salí. Al igual que yo al principio, no es capaz de creerse que Stuart sea el padre de Lidia. Aunque más le cuesta creer que tenga una hija y que no supiéramos nada.

—Así que no sabes qué hacer con Lidia —dice Mark—. Macho, lo tuyo es grave. Yo si fuese tú, no tendría ninguna duda. Ella es la mujer a la que amas, no veo dónde está el problema. Y si a esa niña la llamas problema, olvídate de su madre, tío.

—Sabes mejor que nadie el problema que tengo. No es que no me gusten los niños, ya lo sabes. Simplemente, no estoy preparado para asumir esa responsabilidad y no sé si algún día lo estaré.

—Ya basta, Luke. Sabes que eso pasó hace muchos años y no fue tu culpa. Sé lo jodido que es que pase algo así, créeme. Pero lo llevas muy jodido como no te saques eso de ahí. —Me da en la cabeza con el dedo.

—Claro, tú lo ves muy fácil porque a ti no te pasó.

—No, perdona —replica—. El que lo ve muy fácil eres tú, huyendo como un puto cobarde que no es capaz de enfrentarse a sus miedos. Pues te digo una cosa, como no cambies, te verás solo toda tu puta vida. Y eso no es lo de menos, porque también perderás a la única mujer que ha ocupado tu corazón y que nunca dejarás de amar.

—Joder tío. ¿Dónde está mi amigo Mark? El hombre que no cree en el amor, el que dice que la vida está para disfrutarla y que por qué tenemos que conformarnos con una mujer cuando podemos tener más de una. Te escucho y no te reconozco.

—Será que no estamos hablando de mí, sino de ti.

—Lo que tú digas. Anda y dame otra birra que la necesito.

Pasamos toda la noche bebiendo y yo, como una autentica nenaza, llorando las penas. Seguimos hablando hasta que suena el móvil de Mark. Al cogerlo, veo que se pone nervioso e intenta alejarse de mí para que yo no pueda leer sus mensajes. Incluso diría yo que no quiere que vea con quién se está mensajeando.

—¿Algún pivón a la vista? —le pregunto para ver si puedo sonsacarle con quién está escribiéndose.

—No te preocupes, nada importante.

—No me lo ha parecido. Un poco más, y te encierras en tu habitación para poder hablar con intimidad —comento y él se remueve nervioso. Sé que aquí hay gato encerrado y tengo que sacárselo como pueda, aunque me cueste días. No tengo prisa.

Terminamos la noche borrachos en el sofá. Mark no me deja ir a casa en las condiciones en las que me encuentro, así que me instalo en el cuarto de invitados por una noche.

Una vez acostado, me empieza a dar vueltas la cabeza y lo tengo cada vez más claro. Tengo que superar mi problema, no voy a perder a Lidia por nada en el mundo. Después de dos horas, caigo rendido.

Cuando me levanto al día siguiente, llega a mis fosas nasales el olor a

café. No me lo pienso dos veces y después de vestirme, voy a la cocina.

—Hola, cariño. ¿Has dormido bien? —dice Mark, riéndose de mí.

—Sí, mi vida. Ponle un café a tu princesita, anda —le sigo el juego.

—Bueno, al menos veo que te has levantado de buen humor. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vas al hospital?

—Sí, voy a hablar con Lidia. Necesito ser sincero con ella.

—Bien, es lo mejor que puedes hacer. No me gustaría tener un alma en pena andando por la empresa.

—Bueno, dejemos ya de hablar de mí. ¿Qué te traes últimamente con tanto misterio?

—No sé a qué te refieres. ¿Un cruasán? —Me ofrece cambiándome de tema.

Su teléfono comienza a sonar. Me acerco con rapidez a la encimera y puedo leer en la pantalla el nombre de la persona con la que habla.

—¿Carol? —Frunzo el ceño—. ¿Qué te traes con Carol? Qué calladito te lo tenías.

—¿Ahora vas de portera?

No puedo aguantar la risa al ver el careto que pone al ser descubierto. Sabe que no lo voy a dejar de pasar.

—A ver, yo no tengo la culpa de que tu teléfono esté en la encimera y vea reflejado el nombre de Carol. —Me encojo de hombros—. No es la primera vez que te veo nervioso cuando te suena el *Whatsapp*, y apostaría que solo te pones así cuando te llama Carol. Jamás te he visto actuar como un quinceañero.

—Bueno, vale, me has pillado. Por mucho que quiera negarlo, al final te vas a enterar. Carol y yo nos hemos visto en un par de ocasiones.

Alzo la ceja y me cruzo de brazos porque sé perfectamente que está mintiendo.

—Bueno, vale. Quien dice dos, quiere decir cinco veces.

—Guau. Eso es todo un reto para ti, Mark —digo, sorprendido—. No te he visto repetir más de tres veces con la misma mujer, a lo sumo dos.

—Es cierto, pero con Carol es diferente.

—Me da la sensación de que estás pillado por ella y me alegro mucho, porque es una mujer encantadora y simpática.

—Me parece a mí que estás flipando un poco, Luke. Solo nos estamos divirtiendo. Además, ambos tenemos muy claro lo que queremos y no es comprometernos.

—Si tú lo dices... —Lo observo transmitiéndole que eso no se lo cree ni él. Después miro el reloj, es tarde—. Bueno, guapo, me gustaría seguir hablando contigo pero tengo que salir para ver a mi bella durmiente. ¿Quieres un besito de despedida?

—Lárgate, capullo. —Se ríe.

—Hasta luego.

Cojo mis cosas y me marcho al hospital para poder abrazar a mi mujer, porque para mí, ya es mi mujer.

Capítulo 28

Después de que Luke se marchara ayer, me desmoroné porque sabía que todo estaba perdido con él. Había perdido todas las esperanzas de estar juntos.

Apenas he dormido por la noche, ni los calmantes me relajaban. Solo de pensar que ya no iba a sentir más sus caricias, sus besos..., me destrozaba por dentro.

Estoy sola en la habitación cuando la puerta se abre y aparece Luke. No me lo puedo creer, ha vuelto.

—¿Puedo pasar?

—Luke... —Me emociono—. Claro que sí, no tienes que pedir permiso. Creí que no vendrías.

—¿Y no ver a esta preciosidad? —Contesta con una sonrisa—. Tendría que estar completamente loco para no venir.

—Luke... yo... lo siento.

—No, cariño, el que se tiene que disculpar por su comportamiento soy yo.

Se acerca a mí y coge mi cara entre sus manos. No puedo evitar acariciarle mientras unas lágrimas caen por mis mejillas.

—Eh, ¿qué pasa, nena? No quiero verte así —dice mientras seca mis lágrimas.

—No te preocupes, es de felicidad. Pensaba que ya no volverías.

—Pues ve quitándotelo de la cabeza porque no te vas a librar de mí.

Nos fundimos en un beso lento que se va volviendo cada vez más intenso. Nos pegamos un poco más y nuestros pechos se tocan. Su corazón late tan rápido como el mío. Seguimos devorándonos hasta que tenemos que

separarnos para coger aliento.

—Nena, mira cómo me tienes. —Coge mi mano y la pone sobre su miembro. Está muy duro—. Eso es lo que consigues cada vez que me acerco a ti. Haces que te desee tanto que duele.

—Te prometo que en cuanto me recupere, te recompensaré.

—Eso no lo dudes, nena, y además con creces —dice, riéndose.

Me siento muy feliz estando al lado de mi amor. Hace apenas diez minutos pensaba que no volvería a entrar por esa puerta y ahora está aquí, conmigo. Luke está recostado en mi cama mientras me acaricia.

—Nena, quiero contarte algo —rompe el silencio—. Necesito que sepas lo que lleva años martirizándome.

—Luke, no tienes por qué hacerlo. No es necesario.

—Para mí, sí lo es. Te pido que me escuches, por favor —suplica.

—Está bien, tú dirás.

—Cuando tenía ocho años, estaba con mi familia, mis tíos y mis primos en una casa que tenemos cerca del lago Michigan. Mi primo Erik era dos años menor que yo. Estábamos nadando en el lago cuando, de repente, le dio un calambre —comienza a temblarle un poco la voz—. Yo intenté ayudarle, pero no fui capaz. Al arrastrarle hasta la orilla, mis fuerzas se desvanecieron y no pude hacer nada por él. Murió ahogado.

—Dios, Luke lo siento tanto. —Me agarra la mano y con la mirada perdida, sigue contando lo que ocurrió aquel día.

—Llevo esa culpa sobre mi espalda desde entonces, por eso me asusté cuando podrías estar embarazada. —Fija sus ojos sobre los míos—. Creo que no sirvo para tener a una personita a mi cargo. No sabría cómo cuidarlo, conmigo correría peligro. Por eso siempre me he negado a ser padre. Aunque reconozco que me gustan mucho los niños y hay ocasiones que sueño con serlo.

—Luke. —Lo abrazo con todas las fuerzas que puedo—. No deberías sentirte culpable, hiciste todo lo que pudiste. Además, eras solo un niño.

—Pero era mi responsabilidad, Lidia. Yo era dos años mayor que él y tenía que cuidarlo.

—No se le puede dar una responsabilidad a un niño de ocho años, menos esa. Luke, mírame. —Le cojo la barbilla y lo giro hacia mí para que me mire a los ojos—. Te repito que no tienes la culpa, deberías intentar olvidar ese capítulo de tu vida y si es preciso, buscar ayuda. Yo te apoyaré en

todo lo que haga falta.

—No te merezco, Lidia, eres demasiado buena para mí.

—Eso no te lo voy a discutir. Por fin estamos de acuerdo en algo. —
Comienzo a reír, intentando que se anime y le contagio la risa.

En ese momento, mi padre entra en la habitación acompañado de
Alba. Mi pequeña se queda mirando a Luke y sonrío.

—Hola, mamiiiiiiii. *Zi* estás con el *pincipe*.

—No, cariño, recuerda que el príncipe soy yo —contesta mi padre,
divertido por la situación.

—No, *abu*. Tú *erez* el rey porque *erez* el más *gande* de todos.

—No es por nada, pero creo que mi nieta me está llamando viejo.

—*Abu, ze dice interesante* —replica Alba—. *Ez* lo que dice mi tita
Carol.

—Con tu tita Carol tendré yo unas palabras, porque vaya lengüita
tiene la muy... Mejor me reservo la palabra —digo mordiéndome la lengua
—. Por cierto, ¿dónde está? Me extraña no verla por aquí.

—Mami, la tita viene *dezpuez*. La vi con *oto pincipe* muy guapo.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo era ese príncipe?

—*Po* era como tú —señala a Luke—, pero un poco *maz* alto. Tita dice
que *ze* llama Mark. La quiere mucho, mami, porque no paraba de darle
bezitos aquí. —Se señala los labios con su dedito.

—¿Y cómo los has visto?

—Porque me *ezcondí* —dice, soltando una risita.

—Madre mía, esta niña está hecha toda una detective —comenta
Luke, sonriéndole—. Supongo que de mayor serás toda una profesional.

—Noooo —dice negando también con la cabeza—. Yo voy a *zer*
pincesa Elza y me voy a dejar el pelo largo para que mami me haga *tenzas*.
¿Verdad, mami?

—Sí, cariño, serás lo que tú quieras ser.

Observo cómo mi padre se acerca a Luke y le dice algo al oído. Él
asiente y se dirige a mi hija.

—¿Te apetece que bajemos a tomar un batido de chocolate?

—¿*Zabez* que *hablaz* igual de raro que mi *abu*? —pregunta ella,

inocente.

Luke y mi padre comienzan a reírse a carcajadas mientras que yo me pongo roja como un tomate.

—¡Alba! —la reprendo.

—Tranquila, Lidia, no te preocupes. Esta niña y yo nos vamos a tomar un gran batido de chocolate.

Alba no para de dar saltos de alegría cuando escucha lo del batido de chocolate. Le da la mano a Luke y salen de la habitación. Al mirarlos, empiezo a soñar cómo sería formar una familia con Luke.

De pronto, mi padre me saca de mi letargo.

—Lidia, he estado hablando con Carol y está de acuerdo en que Alba y tú os mudéis a mi casa.

—¿Y qué pasa con Carol? No pienso irme a ningún sitio sin ella.

—Ella ha sido la que ha insistido tanto. De todas formas, no creo que tarde mucho en llegar. Quiere hablar contigo.

Justo en ese momento, la aludida aparece en mi puerta.

—Así que ya te has cansado de mí, ¿no? Por eso me quieres echar de tu lado —digo muy ofendida.

—Bueno, creo que yo también voy a tomarme un batido de chocolate con mi nieta, nos vemos luego.

Mi padre se marcha con el rabo entre las piernas. Vuelvo a mirar a Carol con cara de pocos amigos, esperando que me dé una explicación.

—Tranquila, Lidia, que te va a dar algo.

—Eso tenlo por seguro —replico—. Cualquier día me vas a matar de un infarto. ¿A qué viene esa tontería de que me vaya con mi padre? Te has vuelto loca si piensas que me voy sin ti.

—Primero tranquilízate o llamo a la enfermera para que te meta un *Valium* por vía intravenosa, así hace efecto más rápido. Y segundo, quiero que sepas que debes aprovechar todo el tiempo posible para estar cerca de tu padre. Tienes que recuperar veintiocho años, por mí no te preocupes.

—No puedo hacer eso y dejarte sola.

—No estoy sola, os tengo a vosotras e iré a veros siempre que quiera. Además, Alba empieza las clases y tú tienes tu trabajo, son muchas horas sola —explica y ahí tengo que darle la razón—. He estado echando solicitudes de

trabajo en muchos sitios y me han llamado para un congreso. Creo que voy a aceptar.

—¿Cuándo pensabas contármelo? —mi voz suena apagada.

—Ya te lo estoy contando. Además, me llamaron ayer. Solo me falta buscar un apartamento que pueda permitirme.

—De eso nada, hablaré con Luke para que te deje vivir allí. Yo pagaré la mitad.

—Estás locas si piensas que voy a permitir eso. —Se cruza de brazos.

—Bueno, eso lo veremos, Carol. O aceptas o no me voy a vivir con mi padre. Tú decides.

—Maldita seas —masculla por lo bajo.

Charlamos un poco más hasta que Luke, mi padre y Alba aparecen. Esta última, al ver a su tía, corre a abrazarla y le pregunta por su príncipe. Todos miramos la cara que pone Carol, está roja como un tomate. Le dice a Alba que eso era un secreto entre las dos y que no podía decir nada. Mi hija se encoge de hombros y todos empezamos a reír.

Entre risas, Luke se acerca a mí para disculparse por tener que marcharse. Tiene que ir a unas reuniones que ha estado atrasando desde que me ingresaron y no puede aplazarlas por más tiempo.

—Nena, en cuanto acabe vengo a verte. Te quiero. —Se inclina sobre mí y me da un beso en los labios—. Adiós, preciosa —le dice a mi hija. También se despide de Carol y de mi padre.

Siento cómo la relación entre mi padre y él ha cambiado mucho, y eso me hace aún más feliz de lo que ya estoy.

—Bueno, yo también tengo que irme, hija —comenta mi padre—. Pero luego pasaré por aquí.

—Tranquilo, papá. Con estos dos monumentos que tengo a mi lado, la diversión está asegurada.

—No lo dudo, hija, no lo dudo. —Sale de la habitación con una sonrisa.

La mañana pasa muy tranquila. Alba se entretuvo con sus muñecas en el sofá de la habitación, mientras Carol y yo conversábamos. Me estuvo contando sobre su nuevo puesto de trabajo. Pensé que iba a trabajar a una agencia de viajes que es lo que más le gusta, pero de momento, lo único que ha encontrado es de traductora en los congresos gracias a los tres idiomas que sabe, además del español.

Después de un buen rato hablando, suena su móvil y no se me pasa desapercibida la cara que pone de felicidad.

—¿Con quién te mensajeas? —pregunto, a ver si es capaz de mentirme o no.

—Esto... —parece dudar—, no es nada. Es..., es..., una compañera de trabajo.

—¿Estás segura? Es raro que aún no hayas empezado a trabajar y sin embargo ya has hecho amigos. —Su cara empieza a tomar un color rojizo por la vergüenza que está pasando.

—Bueno..., sí... Es que la conocí el día de la entrevista.

—Déjalo ya, Carol —decido ir al grano—. Sé que se trata de Mark.

Su cara pasa de estar roja a quedarse rápidamente blanca. Se queda muy quieta, no sabe cómo reaccionar.

—¿Y en qué te basas para decir que es Mark?

—Te voy a dar un consejo. Nunca, óyeme bien, nunca subestimes a una niña y menos de cuatro años.

—Maldita chivata —susurra muy bajito.

—Será todo lo que tú quieras, guapa, pero te aseguro que de aquí no te mueves hasta que me lo cuentes todo. Y cuando digo todo, es todo con pelos y señales.

—Dios —dice ella mirando el techo—. Ya no sé quién es peor, si la madre o la niña.

—Bueno, ya sabes. De tal palo, tal astilla.

—Desde luego —comenta y nos echamos a reír.

Capítulo 29

—¿Y bien? —insisto—. Empieza a soltar por esa boquita de piñón que tienes.

—La verdad es que no hay mucho que contar. Solo nos hemos visto en unas cuantas ocasiones y ya está.

—¿Ya está? Sabes que cuando me sale mi vena cotilla, me tienes que dar hasta la talla de los calzoncillos.

—Luego hablas de mí —se ríe—. Pues bien, el día que fui a apuntarme al gimnasio, él salía de allí. Por lo visto, íbamos a compartir el mismo gimnasio. Estuvimos un rato hablando y quedamos para tomar un café en el local que hay justo en frente. Poco a poco, nos fuimos viendo más hasta que pasó lo que pasó.

—¿Vais en serio?

—No quiero compromisos con nadie y él tampoco. Pero para ser sincera, me gustaría exclusividad porque no me gusta estar acostándome con un hombre que va detrás de todas las faldas que se le pongan por delante. Yo no soy una santa y lo sabes, Lidia, pero cuando estoy con una persona, me gusta respetarla el tiempo que dure.

—¿Y piensas que Mark no quiere exclusividad?

—No lo sé, llevamos poco tiempo saliendo. Ese tema lo tendríamos que hablar si seguimos con este rollo que llevamos porque, la verdad, me lo paso muy bien con él. Jamás he sentido en la cama, las cosas que siento con Mark y he de reconocer que es muy bueno. Lo mejor que he probado.

Nos reímos justo cuando la puerta de la habitación se abre y entra el médico para valorarme.

—Bueno, señorita Martínez, esto va fenomenal —explica—. Los

puntos se están secando y no tienes fiebre ni ningún síntoma para que te obliguemos a seguir en el hospital. Podrás seguir con el reposo en casa. Si lo deseas, puedes solicitar una enfermera para que vaya cada dos días a hacerte las curas, pues ya no es necesario hacerlas diariamente. Así que voy a firmarle el alta para que hoy mismo se pueda marchar. Le dejaré también la cita para la revisión y así poder retirarle esos puntos.

—Muchísimas gracias. doctor. No se puede hacer una idea de las ganas que tengo de estar en casa.

—Me lo puedo imaginar. Pues ya está todo dicho, me alegro de que estés mejor. Me marchó.

Es una buena noticia, por fin puedo salir de estas cuatro paredes. Llamo a mi padre y a Luke para darles la buena noticia. En menos de una hora, mi padre aparece en el hospital.

—Hola, hija. —Viene hacia mí y deposita un beso en mi frente—. Voy a acercarme al mostrador para recoger los papeles del alta.

—Está bien, papá. Oye... En lo referente a vivir contigo, acepto. —En ese momento, mi padre tiene una cara de felicidad que si iluminara, las Vegas se quedaban pequeñas a su lado.

—Gracias, hija, no te vas a arrepentir. Tendrás todos los cuidados necesarios. Y ahora, si me disculpáis, voy a arreglar el papeleo y pagar la factura del hospital.

—No es necesario, papá, dispongo de un seguro médico de la empresa.

—Bueno, de todas formas miraré si se debe algo. Ahora vuelvo.

Sale de la habitación y le pido a Carol que me ayude a vestirme. Una vez arreglada, Carol se dispone a recoger las pocas pertenencias que tengo en la habitación. Yo la espero sentada en el sillón hasta que veo entrar a Luke.

—Hola, nena. —Se acerca y me da un beso en los labios—. Así que ya te dan el alta.

—Sí, mi padre salió a recoger los papeles del alta para poder marcharnos. Por cierto, Luke quería comentarte algo.

—Tú dirás, cariño.

—Supongo que te habrás enterado de que me mudo con mi padre. —Él asiente con la cabeza—. Pues quería pedirte si Carol se puede quedar en el piso, yo cubriría la mitad de su alquiler.

—De eso nada, tú no tienes que cubrir nada, ni Carol tampoco. El piso

seguirá igual que si estuvieses viviendo allí por parte de la empresa. —Luke se dirige a mi amiga y posa una mano sobre su hombro—. Carol, puedes quedarte todo el tiempo que desees. Sé que eres como una hermana para Lidia, y todo lo que es importante para ella, también lo es para mí.

—Gracias, Luke, pero ya le dije a Lidia que puedo buscarme otra cosa aunque sea más pequeña, no me importa.

—Nada, ya está todo dicho. —Entonces se vuelve de nuevo hacía mí y me señala con un dedo acusador—. Y tú, señorita, espero que le haga caso al doctor. Necesito que se ponga del todo bien, te quiero en plena forma.

—Vaya, si tengo a un negrero como pareja —digo irónicamente.

Él sonrío y se acerca hasta mi oído para que solo yo pueda escucharlo.

—Te necesito con fuerzas porque te voy a dar un maratón de sexo que solo vamos a parar para alimentarte —susurra y me besa con pasión.

Me sonrojo pensando en todas las cosas que haremos en cuanto esté bien.

Dos horas más tarde, entro en la mansión de mi padre. Es la primera vez que Alba viene así que ahora mismo está con la boca abierta.

—Alaaaaaaa, *zi* el *abu* tiene un *palazio*.

—Claro, cielo —contesta mi padre, agachado frente a ella—. Necesitaba tener uno para mi princesa favorita.

—Abu, ¿*tienez* caballo también?

—Pues no, pero si mi princesa quiere uno, yo se lo compro.

—*Ziiiiii*. Quiero un poni. —Aplaude con alegría.

—¡PAPÁ! —Alzo la voz—. ¿Qué fue lo que estuve hablando contigo sobre el tema de las cosas materiales? ¿Me escuchaste ese día?

—Tranquila, cariño, es solo un poni. Déjame darle un capricho.

—Papá, un capricho es comprarle un Chupa-Chus, gusanitos o cosas así de insignificantes. ¿Pero un poni? Te estás pasando.

—Cariño, será mejor que vayas a tu habitación y descanses un poco, acabas de salir del hospital. —Llama a un mayordomo y le ordena que coja mis cosas y las lleve a mi habitación.

Como me siento cansada, voy tras él para dirigirme a la habitación, no sin antes aclararle que la conversación no ha terminado todavía.

Mientras subo las escaleras, escucho cómo mi padre le dice a mi hija que ya me tienen casi metida en el bote y que pronto tendrá su poni. Yo pongo los ojos en blanco y me digo mentalmente que debo tener paciencia con ellos porque esto va a ser una guerra constante. Me ha costado mucho inducirle los valores a mi hija para dejar que mi padre haga lo que quiera.

Los días pasan y cada vez me siento mejor. Luke viene todos los días a verme y me colma de mimos y besos. Estoy deseando arrancarle la ropa y hacerlo mío, tanto como que él me haga suya.

—Luke, ya han pasado más de quince días desde que llegué del hospital y me encuentro genial. Quiero incorporarme a la empresa.

—Ni hablar —dice, tajantemente.

—Por favor, necesito salir de estas cuatro paredes. Ya no aguanto más estar encerrada.

—He dicho que no. Aún no estás bien.

—Por favor, Luke, te prometo que me lo tomaré con calma. —Le hago ojitos, a ver si así lo engatuso. Pero él se queda muy serio, mirándome.

—Está bien, pero con una condición.

—La que quieras —digo. Con tal de salir de aquí, hago lo que sea.

—Solo trabajarás media jornada y en el momento que te sientas cansada, vuelves a casa. O lo tomas, o lo dejas.

Lo pienso durante un momento. No tengo más remedio si quiero volver a mi rutina diaria.

—Está bien, tú ganas.

—Espera, tengo otra condición. —Me mira con deseo.

—¿Otra? ¿De qué se trata ahora?

—Quiero hacerte el amor.

—Estás loco, nos pueden oír.

—No te preocupes, estamos solos —explica—. Tu padre salió con

Alba al parque y el servicio está con sus quehaceres. Así que no hay nadie que nos interrumpa.

—No sé, Luke.

Dudo aunque en realidad me muero de ganas de sentirlo.

—Tú solo déjate llevar, nena.

Se acomoda sobre mi cama y empieza a acariciarme los pechos por encima de la camiseta. Siento cómo mi cuerpo reacciona a sus caricias y mis pezones se ponen duros.

—Me encantas, nena —susurra en mi oído—. Me excita ver cómo respondes a mis caricias.

Me besa el cuello y yo me aparto el pelo para darle acceso. Mis bragas están completamente mojadas por la excitación. Dirijo mi mano a su miembro duro y él, al notar mi contacto, suelta un pequeño gemido que hace que me excite aún más de lo que estoy.

Me aparto de él y lo empujo hasta quedar tumbado sobre mi cama. Me subo encima de él y empiezo a besarlo de nuevo. Con las manos, voy desabrochándole la camisa. Tiene un cuerpo espectacular, unos abdominales marcados y esa uve que se pierde dentro de su bóxer.

Le dejo un reguero de besos hasta llegar al pantalón. Se lo desabrocho muy despacio, tentándole. Estoy deseando saborear su miembro y lamerlo hasta que llegue al éxtasis. Sin esperar más, me lo introduzco en la boca y succiono poco a poco. Luke se remueve de placer y me coge la cabeza para guiar el ritmo que necesita y así sentir más.

—Oh... Dios, nena, eres tremenda —gime.

Al mismo tiempo que tengo su miembro en mi boca, juego con sus testículos para darle aún más placer.

—Como sigas así, me voy a correr en tu boca, nena.

—Hazlo, no te cortes.

—Hoy no, nena. Hoy necesito hacerte el amor y sentirte.

Se incorpora y me tumba en la cama al mismo tiempo que me desnuda y lame todo mi cuerpo hasta llegar a mi deseo. Empieza a jugar con su lengua haciendo círculos y yo no puedo parar de jadear. Introduce dos dedos y empieza a succionar al mismo tiempo que me folla con ellos. Esto es una locura y no aguanto más. Entre jadeos, le digo que estoy a punto de correrme.

—Cariño, quiero que te corras conmigo.

Y, sin darme cuenta, tengo a Luke dentro de mí dándome unas embestidas lentas que hace que me desespere más por llegar al éxtasis.

—Más rápido, Luke, necesito más rápido —le pido.

Luke aumenta el ritmo hasta volverse frenético. Uno, dos, tres...

—Sí... —gimo—. Oh... Luke.

—Córrete, nena. Hazlo conmigo.

Y como si sus palabras surtieran efecto, los dos nos corremos en un enorme orgasmo. Tumbados sobre la cama, tratamos de recuperar el aliento.

—Ha sido increíble —dice Luke con la respiración entrecortada.

—Ni que lo digas.

—¿Estás bien? —Me mira con preocupación—. ¿Te he hecho daño?

—No, cariño. Estoy perfectamente.

Nos vestimos entre besos y caricias, y bajamos al salón. En ese momento, mi padre y Alba regresan del parque.

—Mañana nos vemos, nena —Luke se despide, dándome un beso.

—Sí, cariño, hasta mañana.

Ahora me queda otra batalla que ganar y esta va a ser mucho más dura. Tres horas más tarde discutiendo con mi padre, acaba cediendo. No le queda más remedio porque a cabezona, no me gana nadie.

Al día siguiente, llego a la empresa con muchas ganas de ponerme a trabajar. Doy los buenos días a todo el mundo que se cruza conmigo hasta que llego al despacho. Unos minutos más tarde, Mark y Luke entran para saludarme y ver cómo me encuentro.

—Buenos días, nena. —Luke se acerca a mí y me besa.

Mark me da un abrazo y me dice lo mucho que se alegra de verme por aquí. Se despide y nos deja a solas, no sin antes recordarle que en quince minutos empieza la reunión matinal.

—Ya sabes, nena. A la mínima molestia, te quiero de regreso a casa para descansar.

—Tranquilo, estoy bien. Tengo que estarlo para recompensarte —digo

con voz seductora.

—Tengo una reunión, no me seas mala. Te juro que te follaría contra la pared hasta que dejarte sin aliento. —La temperatura de mi cuerpo empieza a subir al escuchar sus palabras.

—Dios, Luke, hazlo. No lo pienses.

—Sabes que no puedo, no hay tiempo —se queja—. Mira cómo me tienes, empalmado perdido. Pero esta me la voy a cobrar.

Me agarra la cabeza con las dos manos y me besa con fuerza. Después me guiña un ojo y me dice que cuando acabe la reunión, se pasará por mi despacho.

Tras dos horas de trabajo, necesito llevar unos papeles al abogado de la empresa porque hay cosas que no me cuadran. Salgo para darle a mi secretaria una valija para que lo mande lo antes posible.

—¡Si ya has vuelto! —Exclama una voz a mi espalda—. ¿Ya estás recuperada? Al menos no tienes mal aspecto.

Me doy la vuelta y me encuentro de frente con Tamara. La miro muy seria antes de hablar.

—¿Qué quieres, Tamara? —pregunto con asco, no la soporto.

—Quiero que te alejes de Luke. Desde que te dieron la maldita puñalada no se ha separado de ti ni un momento. Ya te dije una vez que él es mío y por lo que veo, te dan igual mis advertencias.

—Mira, Tamara, no eres nadie para decidir con quién debo o no debo estar. Y que yo sepa, Luke te desprecia.

Comienza a carcajearse con descaro y eso me pone de mal humor.

—Pues para despreciarme, bien que hemos pasado ratos agradables. Y para tu información, no ha sido hace mucho.

La muy desgraciada se da la media y me deja con un cabreo de mil demonios. Estoy deseando ver a Luke y pedirle una explicación.

Sobre las dos del medio día, Luke me hace una visita. La sonrisa que trae se va desvaneciendo poco a poco al ver lo seria que estoy.

—¿Ocurre algo? ¿Estás bien, Lidia?

—¿Qué tienes con Tamara? —pregunto a bocajarro. Veo que se pone tenso y nervioso.

—¿A qué viene esa pregunta?

—¿Me vas a contestar, sí o no?

—Joder, Lidia, no sé qué bicho te ha picado —comenta un tanto molesto.

—¿Sí o no? —repito—. No te lo voy a volver a preguntar, Luke.

—No tengo nada con ella —contesta al fin—. ¿Contenta? Ahora explícame a qué ha venido todo esto.

—Por tu bien espero que me estés diciendo la verdad.

Me levanto de mi asiento, cojo mi bolso del perchero y me dirijo a la puerta. Nos vamos a comer en un completo silencio. Tampoco hablamos durante la comida, cada uno está en sus pensamientos.

—Luke, voy a irme —explico dejando el tenedor sobre la mesa—. No me encuentro bien, me estoy mareando.

Se levanta corriendo de la silla al ver que mis ojos empiezan a cerrarse, hasta que la oscuridad se apodera de mí.

Despierto en una camilla de urgencias con Luke está a mi lado. Cuando se da cuenta de que abro los ojos, me coge de la mano.

—No vuelvas a darme estos sustos.

—¿Qué ha pasado? —pregunto muy asustada.

Pero Luke no me dice nada porque en ese momento, llega el médico para informarnos del resultado de las pruebas.

—Lo que ha pasado, señorita Martínez, es que ha tenido una bajada de tensión —comienza a explicar el médico—. Lo único que sale en los resultados del análisis es que tiene un poco de anemia, de ahí el desmayo. Le voy a recetar unas pastillas de hierro, también le aconsejo que vaya controlándose poco a poco la presión arterial. Por lo demás, puedes hacer vida normal.

—Doctor, ¿no crees usted que necesita más reposo? ¿A qué se debe esa anemia? —pregunta Luke, preocupado.

—Tenga en cuenta que la señorita Martínez perdió mucha sangre cuando la atacaron hace unas semanas y aunque le hayamos hecho transfusiones, aún no está bien del todo. Pero insisto, puede hacer vida normal. Que se tome la medicación y controle la presión arterial para no tener

ningún problema.

—Muchas gracias, doctor.

—No hay de qué, para eso estamos. Ahora os traigo el alta.

El doctor se marcha y Luke aprovecha para mirarme muy serio.

—Te dije que era pronto para incorporarte, debes de descansar más — me reprende.

—Ya has oído al médico, así que no empieces porque pienso ir a trabajar sí o sí.

No insiste. Al final se da por vencido porque sabe perfectamente que no le voy a hacer caso.

Me dan el alta y me lleva de regreso a casa de mi padre donde sé que me espera otra reprimenda.

Capítulo 30

Tamara

Llevo varios días detrás de Luke y no me hace ni puñetero caso. Se cree que se va a ir de rositas pero no. Tiene que ser mío como que me llamo Tamara.

Estamos en la reunión que tenemos diariamente cuando le suena el teléfono. Es la dichosa Lidia la que lo está llamando. La odio.

Por lo poco que he podido oír, parece que a Lidia le van a dar el alta. Qué lástima que no se hubiese muerto cuando recibió la puñalada, sería un problema menos para mí. Veo cómo Luke coge su teléfono de la mesa y se disculpa. Yo intento retenerlo, pero me es imposible. Allá va corriendo a los brazos de esa zorra.

Al final, la secretaria de Luke me confirma que Lidia ya ha salido del hospital. No sé cuánto tiempo tendrá que estar en reposo, pero no puedo perder ni un minuto para reconquistar a Luke. Porque por las buenas o por las malas, él será mío.

Hoy tenemos una comida con los accionistas de la empresa. Últimamente noto mucha complicidad entre Stuart y Luke y, la verdad, no sé que se traen entre ellos. También me he dado cuenta de que Stuart visita mucho a Lidia y ahí hay gato encerrado.

De pronto, me suena el teléfono y al mirar de quién se trata, me pongo nerviosa pues estoy en una comida con los accionistas y lo que menos me conviene ahora mismo, es que me escuchen hablar. Me levanto y pido disculpas para salir del restaurante con la excusa de que tengo que atender la llamada. Cuando por fin estoy a solas, respondo a mi asesor. Hace unos días que me está llamando y ya estoy cansada. Sé que las cosas se están complicando y que lo que quiero conseguir, no será tarea fácil.

—No puedes estar llamándome cada media hora —digo en cuanto

descuelgo la llamada—. ¿Se puede saber qué es tan urgente para que me saques de una comida de empresa?

—Tamara, las cosas están saliéndose de control —su voz suena preocupada—. Te llamo porque debes tener los ojos bien abiertos.

—¿Qué ha pasado? —pregunto nerviosa. Desde que lo conozco, nunca lo he visto así. Siempre ha sido un asesor muy seguro de lo que hace y ahora, es como si no saliera como quiere y eso me jode.

—Hay alguien que está mirando datos internos, fichas internas...

—¿Cómo? ¿Y qué cojones estás haciendo llamándome? Ponte ahora mismo manos a la obra. Si abren los últimos ficheros, se me cae la máscara.

— Eso intento, pero quien sea que esté mirando, es bueno. Ha bloqueado el acceso a las cuentas privadas de la empresa.

—Esto no puede ser verdad. Tengo que salir de aquí. Tengo que salir del país.

Comienzo a pasearme de un lado a otro con nerviosismo.

—Cálmate, Tamara, sabes que siempre tengo todo bajo control, pero ahora eres tú quien debe tener los ojos bien abiertos y encontrar a esa persona —explica y yo escucho atentamente—. No podemos dejar que abran todas y cada una de las fichas de los accionistas. Si eso llega a pasar, los dos acabaremos en la cárcel.

Mis ojos se cierran, intentando pensar en la posibilidad de saber quién puede estar metiendo sus narices donde no lo llaman. Joder, esto no puede estar pasando.

—Está bien, seguiré fingiendo lo mejor que puedo e intentaré conseguir información. Tú no hagas nada. ¿Me has entendido?

—Está bien. Espero noticias tuyas.

Cuelgo el teléfono y respiro profundamente para poder relajarme. Ahora sí lo tengo más claro, tengo que conquistar a Luke sí o sí. Ya no es por capricho, sino porque tengo que intentar entrar en sus cuentas y actuar lo antes posible. Me dirijo de nuevo hacia el restaurante e intento cambiar la cara, no deben sospechar nada.

Los días pasan y no puedo perder más tiempo. Cuando acaba la reunión, voy a por Luke sin que se dé cuenta. Al entrar en su despacho, cierro la puerta y echo el pestillo. Él se da media vuelta y se queda sorprendido al verme allí.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿Por qué cierras la puerta con pestillo, Tamara? ¿Qué pretendes?

Yo me voy acercando a él despacio y con sensualidad para provocarlo, al mismo tiempo que me desabrocho los dos primeros botones de mi blusa.

—Solo buscaba un poco de intimidad entre tú y yo —digo con voz seductora—. Hace tiempo que no estamos juntos y necesito que me hagas tuya. Te deseo Luke, siempre te he deseado.

—Por favor, Tamara, abróchate la camisa y sal de mi despacho.

Él se queda muy quieto y yo empiezo a ronronear poniéndome detrás de él. Acercó mis labios a su oreja, saco mi lengua y repaso todo su contorno. Noto a Luke muy nervioso, sé que no le soy indiferente.

—No quiero repetírtelo de nuevo, sal de mi despacho. —Veo cómo aprieta la mandíbula.

—¿Y si no quiero?

—Si no quieres, llamaré a los de seguridad y ellos te enseñarán la salida.

—No me estás dejando alternativa, Luke, lo estoy haciendo por las buenas y me vas a obligar a actuar por las malas.

—¿A qué te refieres? —pregunta frunciendo el ceño pero sin moverse un milímetro. Todavía estamos muy cerca.

—Me refiero a que quiero que dejes a Lidia ahora mismo.

—Te has vuelto loca.

—Tú lo has querido. —Saco de mi bolso una fotografía de los dos en la cama y se la doy. Es del día que se emborrachó—. Ahí tienes una muestra de hasta donde soy capaz de llegar. Y para que veas que no soy tan mala, te doy la opción de que rompas tú para no ser yo la que le enseñe la foto.

—No te atreverás —gruñe muy enfadado.

—Ponme a pruebas y verás. —Luke rompe la fotografía con mucha rabia—. Puedes quemar los trozos si quieres, tengo más copias.

—No te puedes imaginar cuánta repugnancia me provocas en este momento, Tamara. Me das asco.

—Antes no pensabas así de mí. Te encantaba follarme y sentir mis gemidos, pasábamos horas follando como conejos —lo provoco.

—¡Cállate y lárgate ya! —grita fuera de sí.

—Está bien, nos vemos luego, cariño.

Salgo de su despacho muy satisfecha. Sé que me va a costar mucho hacer que Luke confíe en mí pero no me queda otra opción.

Durante los siguientes días, intento acercarme a Luke pero sin agobiarlo demasiado. Voy hasta su despacho para hacerle una visita pero está hablando por teléfono con Stuart. Al parecer están hablando sobre Lidia. Quiere incorporarse en la empresa y a ninguno de los dos le hace mucha gracia.

Espero a que cuelgue y llamo a su puerta con amabilidad. Quiero ser esa amiga que uno necesita en momentos puntuales.

—¿Entonces Lidia se incorpora a la empresa?

—¿Nadie te ha dicho nunca que oír conversaciones ajenas es de mala educación?

—Vamos, Luke, no estaba escuchando a escondidas. Iba a llamar y sin querer oí la conversación.

—¿Y qué te importa si se incorpora o no?

—Bueno, como amiga, te recomendaría que hablastes con ella para que se tomara más tiempo de reposo —explico—. Es muy precipitado y puede recaer.

—¿Mi amiga? —comienza a reírse—. Vamos, Tamara, no me hagas reír. Aunque en algo tienes razón, es muy pronto para que vuelva.

—Para que veas que no soy tan mala como piensas, cielo. En fin, te dejo. Voy a hacer unas gestiones, suerte con Lidia.

—Espera, Tamara —Lo miro sorprendida—. Voy a dejar a Lidia porque no quiero que le hagas daño. Pero jamás volveré contigo, eso métetelo en la cabeza.

—Vale, puedo conformarme con eso.

A la mañana siguiente, veo a Lidia entrar en la empresa y me sube una rabia por el cuerpo que no lo puedo aguantar. Quiero ser prudente y esperar

un poco para ir a hablar con ella, así que aprovecho cuando sale de su despacho más tarde para abordarla.

—¡Si ya has vuelto! ¿Ya estás recuperada? Al menos no tienes mal aspecto.

Lidia me pregunta qué quiero y aprovecho para amenazarla y decirle que se aparte de Luke. Como sé que no me va a hacer caso, le dejo caer que Luke y yo estuvimos juntos hace poco. Sé perfectamente que le ha dolido por la cara que ha puesto y es lo que pretendo. Tengo que alejar a esta zorra de Luke y, si puede ser de la empresa, mucho mejor.

Luke

Cuando las cosas empiezan a ir por su cauce, siempre tiene que pasar algo y ese algo se llama Tamara. No dejará de joderme nunca la vida, pero no estoy dispuesto a que se la joda a Lidia y si tengo que renunciar a ella, lo haré.

No soy capaz de recordar aquella noche. Maldita sea la hora que me llevé a Tamara a cenar y a tomar unas copas. Tengo que intentar controlar mi ira porque no me traen nada bueno.

Me quedé sin palabras cuando vi la foto de Tamara desnuda en la cama conmigo. Aprovechó mi borrachera para hacer fotos y poner posturas bastantes comprometidas. La que más me impactó fue la que salía comiéndome la boca y yo con mis manos en sus tetas, mientras ella me cogía la polla. Joder, joder.

Hoy regresa Lidia a la empresa y me acerco a saludarla. Le digo que luego pasaré a verla. La reunión se alarga más de la cuenta y decido ir mejor a la hora de comer, así aprovecho para estar más tiempo con ella y comer juntos. Entro en su despacho y veo que está muy seria.

Cuando me acerco, me pregunta qué tengo con Tamara. En ese momento, quiero que la tierra me trague. Me pongo muy nervioso y a la defensiva. Le digo que no tengo nada con Tamara y ella acepta mi respuesta, aunque no estoy muy seguro de si me ha creído o no.

Nos vamos a comer, ninguno de los dos hablamos. Es como si fuésemos unos desconocidos. Miro a Lidia, no tiene buena cara. Dice que no se encuentra bien y apenas me da tiempo de correr para cogerla. Se desmaya en mis brazos y mi corazón empieza a latir muy rápido.

—¡Llamad a una ambulancia! —grito sin parar de tocar su cara. No

entiendo por qué se ha desmayado. Si le pasa algo, me muero con ella. Aunque ya no la tenga para mí, la sigo amando.

La ambulancia llega y me subo detrás con ella. Mientras llegamos al hospital, el enfermero le va poniendo una vía y una mascarilla de oxígeno. Una vez allí, comienzan a hacer pruebas y sacarle sangre. Yo sigo muy angustiado porque todavía no se ha despertado.

El doctor me pide que salga un momento del box para poder hacerle unas pruebas y me voy a la sala de espera. Aprovecho para llamar al padre de Lidia.

—Stuart, hola. Te llamo para decirte que Lidia está en urgencias porque se ha desmayado, aún le están haciendo pruebas.

—*Voy para allá ahora mismo, Luke. Dime en qué hospital estáis.*

En ese momento, la enfermera me llama para poder pasar de nuevo al box donde se encuentra Lidia.

—Stuart, voy a pasar donde la tienen. Espera a que te llame y ya te cuento lo que pasa.

—Está bien, mantenme informado, por favor.

Cuelgo el teléfono y me dirijo al box. A los pocos minutos, Lidia se despierta totalmente desorientada y preguntando qué ha pasado.

Capítulo 31

Llego a casa y, efectivamente, mi padre está más blanco que la pared. Al verme, corre hacia mí.

—Por dios, hija, no ganamos para sustos contigo. Te dije que aún era pronto para empezar a trabajar.

—Papá —digo, cansada—, lo que menos necesito en este momento es una reprimenda. Me voy a mi habitación, me siento cansada.

—Te acompaño —se adelanta Luke.

—No. Prefiero ir sola.

—Lidia...

—He dicho sola.

Voy hacia mi habitación con paso firme. Aún no he podido olvidar las palabras de Tamara. No sé hasta qué punto es verdad o mentira. En un principio, no la había creído pero en cuanto le pregunté a Luke, se puso tan nervioso que me hizo dudar mucho. Necesito descansar y cuando me levante, veré las cosas de otra manera.

Cuando me despierto, ya casi ha anochecido. La medicación me ha dejado traspuesta. Miro el teléfono a ver si tengo algún mensaje de Luke, pero no veo nada. Me levanto para ir a la cocina a beber un poco de agua. Bajo las escaleras y escucho a mi padre hablando por teléfono.

—Está bien, inspector —comenta—. Mañana estaremos allí.

Entro en la cocina y me pongo frente a él. Se despide del inspector y se queda en silencio tras colgar.

—¿Qué pasa, papá? ¿Ha ocurrido algo?

—Tranquila, cielo, hablaba con el inspector que lleva tu caso. Al

parecer, han detenido a un par de hombres como los de tu descripción. Mañana tienes que ir a una rueda de reconocimiento —dice con tranquilidad.

—Papá... No sé si estoy preparada para ir.

—No te preocupes, no te van a ver. Además, estaré en todo momento contigo. —Deja el teléfono sobre la encimera y se cruza de brazos—. Por cierto, Luke me ha pedido que te dijese que mañana no vayas a trabajar. Te tomarás el día de descanso.

—¿Y por qué no me lo ha dicho él?

Comienzo a enfadarme. Ya solo faltaba que Luke empezara a hacer cosas así para seguir dándole más vueltas a la cabeza sobre lo de Tamara y él.

—Cariño, te recuerdo que fuiste a descansar y no quisiste que te acompañara.

—Eso son excusas, papá, los teléfonos están para algo.

—¿Ha pasado algo entre vosotros? —pregunta mi padre con interés.

—No te preocupes, no es nada.

—Te juro, Lidia, que como te vuelva a hacer daño, lo mato con mis propias manos. —Cierra los puños con fuerza de la rabia—. Se lo advertí una vez y soy de los que cumplen sus amenazas.

—Tranquilo, papá, no me ha hecho nada. Simplemente es que estoy confundida y tengo que hacer unas averiguaciones. Nada importante, de verdad.

Al decir eso, veo que se tranquiliza un poco. Necesito hablar con Carol para contarle cómo me siento en este momento tan complicado de mi vida. Cojo el móvil y marco su teléfono.

—Hola, cariño. ¿Estás ocupada?

— *No, reina. ¿Cómo te encuentras? Ya me contó Mark lo que ha pasado.*

—No te preocupes, estoy bien. Te llamaba para otra cosa —le resto importancia porque eso, ahora mismo, es lo que menos me importa.

—*Pues tú dirás.*

—Mañana tengo que ir a una rueda de reconocimiento —explico—. Por lo visto han detenido a dos tipos parecidos al que describí y tengo que ir.

—*¿Quieres que vaya contigo?*

—No hace falta, vendrá mi padre conmigo. Lo que te quería pedir es

si podemos quedar después de eso. Hay algo que me gustaría contarte y no lo veo adecuado por teléfono. Hay muchos oídos por aquí.

—*Sí, claro. No te preocupes, mañana cuando acabes me das un toque y me dices dónde quedamos.*

—Bueno, te dejo que voy a cenar algo y descansar. Mañana me espera un día duro.

—*Está bien, mañana hablamos. Un beso, cariño.*

—Otro para ti. —Cuelgo.

Me sirvo un vaso de leche, ya que no he comido nada desde el mediodía, y regreso a mi habitación. Al subir las escaleras, veo cómo mi padre sale de su despacho. Me acerco a él y le doy un beso de buenas noches.

Me levanto a las siete de la mañana, me doy una ducha y bajo a la cocina. Quiero ser yo la que le haga el desayuno a mi pequeña, ya que son pocas horas del día lo que disfruto de ella.

Alba está muy contenta en su nuevo colegio, aunque dice que la seño de vez en cuando habla tan raro que no la entiende. Yo le explico que le habla en español y en inglés, pues tiene que aprender ese idioma. Ella sigue sin entenderlo porque sus amiguitas hablan como ella y se entienden bien. Muchas veces tengo que dejarla como cosa perdida porque como empiece con sus por qué, podemos estar así todo el día.

Al entrar en la cocina, me encuentro con la cocinera. Le doy los buenos días y le digo que yo me encargaré de hacerle el desayuno a Alba. Unos minutos después, mi padre y Alba entran de la mano y se sientan en la mesa.

—Pero bueno, señorita —digo poniendo los brazos en jarra—. ¿Y esos modales? ¿No das los buenos días, ni tampoco un beso a mamá?

—Ups. Lo *ziento*, mami. *Ez* que tengo mucha *hambe*.

—Está bien, pero que no se vuelva a repetir. —Me acerco a ella y le doy un beso en la cabeza. Después, le guiño un ojo a mi padre y él me regala una sonrisa.

—Hoy te llevará mamá al cole.

—*Ziiiiiiiiiiii* —Alba empieza a saltar de alegría. Si no fuese por estos

momentos que me alegran el día, no sé qué haría. Me tiene loquita.

Llevamos a Alba al colegio y nos dirigimos a comisaría. Me encuentro muy nerviosa, nunca he estado en un reconocimiento. Sé cómo funciona por las películas que he visto, pero no cómo es realmente. Mi padre trata de tranquilizarme.

Al entrar, nos espera el inspector que me dirige a una sala donde hay unos monitores. Yo me esperaba una de esas típicas salas donde hay un cristal delante para ver a los detenidos, pero todo es mucho más moderno. Me ponen delante de una pantalla bastante grande y allí van pasando las imágenes una por una. Son un total de cinco personas y, cuando llegó a la tercera, la reconozco.

Empiezo a temblar al tener frente a mis ojos al hombre que había intentado abusar de mí y que acabó agredíendome. El inspector, al ver mi estado, intenta tranquilizarme. Al parecer, el hombre tiene más cargos y pasaría una buena temporada en la cárcel.

Cuando salimos de comisaría, le mando un mensaje a Carol informándole de que voy a su casa. Necesito tener un poco de intimidad y en una cafetería, es lo último que tendría. Veinte minutos después, mi padre me deja en la puerta del edificio y espera a que entre para poder irse.

Carol abre la puerta y, al verla, me derrumbo. Ella me abraza e intenta tranquilizarme, son demasiadas emociones en pocos días. Vamos al salón y me siento en el sofá mientras que ella va a la cocina a prepararme una tila.

—¿Y bien? ¿Cómo fue todo? —me pregunta dándome la tila y sentándose a mi lado.

—La verdad, es algo que no me gustaría volver a pasar. Aunque sé que no me han visto, no puedo evitar recordarlo.

—Bueno, piensa que ya ha pasado. —Me agarra la mano con cariño—. Será mejor que no hablemos más del tema, ¿te parece bien?

—Sí, es lo mejor.

—¿Qué es lo que querías hablar conmigo?

Cojo aire con fuerza y dejo la taza con la tila sobre la mesa. Carol me mira con atención, esperando a que comience a hablar.

—Ayer me encontré con Tamara. Me amenazó para que me alejara de Luke o pagaría las consecuencias. Como podrás imaginar, no le hice caso, pero me dijo algo que me dejó un poco pensativa. Dejó caer que se ha liado con Luke no hace mucho. Cuando se lo pregunté a él, me dijo que no tenía nada con ella, pero se puso nervioso y a la defensiva. Y, la verdad, no sé qué

pensar.

—Esa tía no me gusta ni un pelo. A saber qué mentiras se le ocurrirán para separarte de Luke. Lidia, no sé hasta qué punto sabes sobre ella — comenta Carol con mucha rabia.

—No mucho, sé que fue una ex de Luke y que es accionista en la empresa. Poco más.

—Pues según me contó Mark, Tamara fue la prometida de Luke. Iban a casarse, pero las ansias del dinero pudieron más que su amor por Luke.

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunto, ya demasiado intrigada.

—Resulta que se conocieron en la universidad y se hicieron novios. Según me contó Mark, al poco tiempo de acabar sus carreras, Luke y él fundaron la empresa. Al principio fue duro, como todos los inicios, pero después la empresa fue subiendo y se volvió conocida —explica—. Luke le pidió matrimonio a Tamara siendo muy jóvenes y ella aceptó, aunque en realidad lo que anhelaba era el dinero, el poder y la posición. Luke proviene de una buena familia, pero no tan buena como la de su primo, así que la muy zorra se acostaba con él al mismo tiempo que estaba con Luke. Gracias a Dios que Luke los pilló en la cama y pudo abrir sus ojos. Al principio, Tamara no le dio importancia porque creía que pillaría a otro con más dinero, hasta que su padre la repudió.

—Joder, será hija de puta —digo, cabreada—. Claro, por eso pretende reconquistarlo, ahora que es uno de los empresarios más ricos de Nueva York.

—Exacto. Por eso te digo que no le hagas mucho caso a lo que esa bruja te diga. Aunque sí ándate con ojo porque hará lo imposible para separarte de Luke.

—No te preocupes, tendré mil ojos con ella. No sé por qué, pero algo me dice que no me fíe de ella.

—Será mejor cambiar de tema, no quiero perder ni un minuto más de mi tiempo hablando de la tiparraca esa. ¿Piensas ir a trabajar mañana?

—Claro que sí, solo tengo el hierro un poco bajo. Con tomarme la medicación es suficiente —explico, encogiéndome de hombros.

—Yo pienso que deberías hacer caso a tu padre y esperar unos días

—¿Tú también? Estáis todos muy pesaditos.

Sé que me quieren, pero me siento demasiado protegida y eso me agobia. No necesito que estén todo el día encima de mí. Así que aprovecho para desviar la conversación.

—¿Cómo vas con tu galán?

—Pues me tiene confundida. Sé que quiere sexo sin compromiso al igual que yo, pero no sé —duda—. Si ve que algún hombre se acerca a mí en el gimnasio, se pone muy posesivo.

—¿Hablaste con él sobre la exclusividad?

—Sí. Acordamos que nada de sexo con terceras personas hasta que uno de los dos decida terminar con lo que tenemos. Pero eso no tiene por qué impedir que pueda hablar con más tíos, no hago nada malo.

—Bueno, ten en cuenta que estás en un gimnasio y que allí habrá hombres que harán que tus orejas den palmas. Y claro, entre tanto macho ibérico, pues el pobre no se sentirá bien.

—Estás loca —comienza a reírse por mis palabras—. ¿Pero tú te has dado cuenta de lo buenísimo que está Mark? Si está para hacerle un traje de saliva.

—Pues no sé, chica, vosotros sabréis. En fin, me marchó a recoger a mi princesita del cole. Quiero aprovechar que ya mañana vuelvo al trabajo.

Me despido de Carol, prometiéndonos que nos llamaremos en estos días para tomar algo.

Capítulo 32

Luke

Paso un día entero sin llamarla porque si lo hago, correría a sus brazos. Aunque en realidad es lo que más anhelo. Necesito sentir sus labios, su sabor y todo su cuerpo. Estuve toda la puta tarde pensando qué debería hacer, buscando una solución para lo nuestro.

Llego a la empresa y hago tiempo para hablar con ella. No sé cómo decirle a que no podemos estar juntos. Me va a odiar y no quiero perderla. Pero, si no lo hago, esa loca le enseñará la maldita foto y la perderé igualmente.

Salgo de mi despacho para dirigirme al suyo y me quedo unos segundos frente a su puerta, pensando las palabras adecuadas para hacerle ver que la quiero, aunque no podamos estar juntos. Doy unos toques y entro sin ser invitado. Estoy bastante nervioso, pero tengo que hacerlo. No me queda otra.

—Hola, Lidia. ¿Podemos hablar? —Me mira y una sonrisa dibuja su precioso rostro. Joder, la voy a perder, estoy seguro.

—Hola, cariño —dice con voz dulce—. Claro, pasa.

—¿Cómo te sientes hoy?

—Ya estoy mejor, la medicación me está ayudando mucho. —Se levanta y camina hasta mí para darme un beso en los labios. Yo dejo que me bese, pero no le respondo y ella frunce el ceño. Me siento la peor mierda de este mundo. Alza una ceja y yo suspiro al menos unas cinco veces. Qué difícil es esto.

—¿Qué pasa, Luke? Estás muy raro.

—No sé cómo decirte esto, Lidia, pero tenemos que dejarlo —digo rápidamente para que sea más fácil. O eso creo yo.

—¿Cómo? Es una broma, ¿verdad? —Me quedo en silencio, no puedo contestarle—. ¿Es por mi hija? Es por eso y no sabías como decírmelo.

Sus ojos empiezan a aguarse y creo que moriré en este instante. Me acerco a ella y cojo sus mejillas con ambas manos para después depositar un casto beso en sus labios. ¿Cómo decirle que la quiero sin que piense que es mentira?

—No, Luke, no me beses, por favor, no me hagas esto —murmura pero no se aparta de mi lado.

—Lidia, déjame explicarte, ¿vale? Ha pasado algo que debo arreglar y por eso, necesito que crean que no estamos juntos. No me pidas que te lo explique ahora, solo dame tiempo para hacerlo, por favor. Yo te amo, créeme.

—No sé qué debe ser tan fuerte para que no confíes en mí, pero si lo que necesitas es tiempo, te lo daré —responde secándose las malditas lágrimas que odio que derrame, más aún si son por mi culpa.

—Lo siento, Lidia, te prometo que pronto estaremos juntos —aseguro, acariciando su mejilla con todo el amor que siento por ella—. Solo te pido que no dejes la empresa y que sigamos como si no hubiera pasado nada entre nosotros. ¿Podrás hacerlo?

—Lo intentaré, pero me va a resultar bastante difícil. Aunque sigo insistiendo, puedes confiar en mí. Seguro que hay algo que podamos hacer.

—No insistas, Lidia. Si te estoy pidiendo esto, es por una causa mayor, no por gusto.

Me doy media vuelta para salir de su despacho, no puedo seguir viendo cómo derrama esas lágrimas. Se me parte el alma.

—Luke —su voz me detiene. Me giro y le miro a los ojos.

—¿Sí, Lidia?

—¿Crees que algún día podremos ser feliz? —No aguanto más y de dos zancadas, llego hasta ella. Le cojo las mejillas y nos fundimos en un beso apasionado.

Me cuesta separarme de ella cuando la tengo entre mis brazos, pero no tengo otro remedio.

—Recuerda esto, te amo. No lo olvides. —Me doy la vuelta y salgo de allí con rapidez.

Lidia

Han pasado varios días y sigo sin poder estar con Luke. Cada vez que nos cruzamos o nos encontramos en las reuniones diarias, mi corazón da un vuelco. Lo veo muy desmejorado y más delgado, aunque lo cierto es que yo tampoco tengo mejor aspecto que él.

Aún sigo dándole vueltas a lo que puede estar pasando para que actúe de esa manera. Por si fuera poco, no soporto a Tamara. En cuanto se enteró de que no estamos juntos, no para de sonreír la muy zorra. Cómo disfruta con esto.

Hace dos días, cuando fui a llevarle a Luke unos papeles, la vi salir de su despacho. Me resultó muy desconcertante porque Margaret me había dicho que él estaba en una reunión y que no iría hoy a la oficina.

Intento mantener la mente ocupada para no pensar en ello. El trabajo me está ayudando mucho últimamente porque desde que descubrí unas irregularidades en unos papeles, no he tenido tiempo para nada más. Hay cosas que no entiendo, así que el abogado de la empresa me está ayudando con una documentación que encontré en los ficheros ocultos de la empresa que hacía tiempo que nadie revisaba. Las cuentas no salen y hay que averiguar quién es el causante de una enorme cantidad de dinero perdido. Es una suma descomunal, no sé cómo no se han dado cuenta antes.

Después de una semana investigando, sigo esperando la llamada del abogado. Así que al final decido llamarlo yo. No puedo estar más días sin contarle nada a la junta directiva. Esto marcará un antes y un después en la empresa, pues la persona que está robando, tiene acceso a todo y eso solo significa que es uno de los accionistas.

Marco el número personal de Erik y tras dos tonos, contesta la llamada.

—Hola, Erik.

—Lidia, qué bien que me hayas llamado. Estaba a punto de hacerlo ahora mismo.

—Dime qué has descubierto, por favor. Hace días que estoy esperando noticias tuyas. Luke me ha pedido los archivos actualizados y no puedo ir a la reunión sin tener la certeza de todo lo que está pasando.

—Encontré algunos datos interesantes. Resulta que han estado autorizando pagos a empresas ficticias con la firma de Luke y Mark.

—¿Qué quieres decir con ficticias? ¿No existen? Eso no es posible — digo sin creérmelo—. Luke y Mark no harían algo así.

—No he dicho que ellos lo hayan hecho, si no que alguien ha conseguido sus firmas para sacar ese dinero.

—¿Y se puede saber quién ha sido?

—Tamara Mason.

Mis ojos se abren desorbitadamente al comprobar mis sospechas. Nunca me ha gustado esa mujer, sabía que algo se traía con su vuelta a la empresa.

—¿Tienes todos los datos que la incriminan en el delito?

—Por supuesto.

—Pues te quiero aquí en una hora. Voy a pedirle a Luke que hagamos ya la reunión. No voy a esperar ni un segundo más para destapar a esa mujer.

Cuelgo y llamo rápidamente al inspector que está llevando mi caso. Seguro que él puede ayudarnos con esto. Le pido que se pase por la empresa y me dice que ya iba a pasarse porque tiene novedades sobre el caso del atraco con violencia.

En menos de una hora, Erik entra para enseñarme todo lo que ha traído. Ordenamos los papeles para mostrarlos en la reunión cuando tocan la puerta, es el inspector.

—Buenos días, Lidia. —Tiende la mano para saludarme.

—Buenos días, inspector Harrison. Le presento al abogado de la empresa, el señor Erik Foster.

—Encantado, señor Foster. —Se saludan con un apretón de manos.

—Llámame, Erik, por favor.

Después de las presentaciones, abro mi carpeta y saco toda la documentación que tengo con las aportaciones de Erik.

—Señor Harrison, quiero mostrarle estos documentos donde se halla un fraude fiscal sobre unas empresas ficticias. En un principio, parece que los culpables son los directivos de esta empresa, el señor Smith y el señor Preston, pero hemos estado investigando y las pruebas acusan a la señorita Tamara Mason.

—No puede ser —dice el inspector, asombrado—. Lidia, quería verte porque el delincuente que arrestamos hace unas semanas por lo que te ocurrió, ha cantado como los tres tenores.

—¿Cómo? —Me paralizó. No esperaba esto hoy, cuando más trabajo tenemos por hacer—. Supongo que se declararía culpable.

—No exactamente —explica—. Más bien, incriminó a la persona que le contrató para atracarte y matarte.

—Dios mío, es increíble.

—Hicimos una redada antes de ayer y capturamos a un delincuente que tiene muchos antecedentes penales. Nos dijo que habló con una mujer llamada Tamara Mason. Ella le pidió que contratara a otra persona para que ninguno de los dos se viese involucrado. Como puedes comprobar, le salió mal la jugada.

—No me lo puedo creer, esta mujer está peor de lo que pensaba.

Pienso en todas las veces que he estado a su lado, en todas las miradas asesinas que me ha dirigido. He estado trabajando todo este tiempo con la culpable de todo. ¿Cómo ha podido?

—Necesito que reúnas ahora mismo a los señores Smith y Preston —me pide el inspector—. Tengo que hablar con ellos antes de actuar.

—Sí, no se preocupe. Ahora mismo los llamo.

Descuelgo el teléfono interno de la empresa y marco el despacho de Luke.

—Smith al habla.

—Luke, necesito que Mark y tú vengáis a mi despacho urgentemente, a ser posible, con discreción. Ahora os cuento por qué. —Cuelgo y no limitamos a esperar a que aparezcan.

Cinco minutos más tarde, entran con cara de preocupación. Luke, al ver al inspector de mi caso allí, frunce el ceño.

—Buenos días. —El inspector se acerca a saludarles.

Sin esperar más tiempo, el abogado comienza a explicarle todo lo que habíamos descubierto sobre el fraude.

—¿Estás seguro de todo esto, Erik? —Pregunta Luke—. Es una acusación demasiado grave, hay que estar muy seguros antes de que salga a la luz.

—Señor Smith, permíteme que le enseñe estos baremos y las cuentas. Como puede comprobar, las claves fueron cambiadas. Cada persona tiene una cuenta de acceso, y esas personas sois vosotros y los accionistas.

—Cierto —responde Mark.

—Lo que no han tenido en cuenta —prosigue el abogado—, es que vosotros contáis con un código de acceso diferente a los accionistas al ser los dueños y los accionistas mayoritarios.

—Sigue —le anima Luke.

—Al principio no tuve en cuenta vuestras claves, ya que son digitales, no numéricas como la de los demás accionistas. Pero al introducir unos datos, dimos con la persona que ha estado haciendo esto, la señorita Tamara Mason. Lo que está aún por averiguar es cómo consiguió esa huella digital, porque la que aparece es la suya, señor Smith.

—Será... —se queda callado.

—Dilo, no te cortes —respondo y termino la frase por él—. Será zorra.

Luke me dedica una sonrisa y yo se la devuelvo.

—Eres el puto amo —dice Mark, dándole un abrazo a Erik.

—Pues ahí no queda la cosa —intervengo.

—¿Aún hay más? —pregunta Luke, sorprendido.

—Por desgracia, sí —responde el inspector—. Detrás del intento de asesinato de la señorita Martínez, también se encuentra la señorita Mason.

—¡¿CÓMO?! —grita Luke, poniéndose rojo de la ira—. La mato, te juro que la mato.

—Tranquilízate, Luke, así no vamos a conseguir nada —le pido para que se calme—. Ahora lo que tenemos que hacer, es actuar con normalidad en la reunión y sacar los trapos sucios delante de todos.

—No sé si podré aguantar.

—Luke, mírame —él obedece de inmediato—. Si realmente me amas, hazlo por mí.

—¿Acaso lo dudas?

—Jamás.

Capítulo 33

—Vamos a la sala de juntas para comenzar la reunión. Tengo ganas de ver la cara de esa zorra —comenta Luke con rabia e impotencia.

—Yo iré en unos momentos, necesito ir al baño —digo y voy directa al aseo.

Siento unas náuseas horribles. Tengo el estómago revuelto y necesito echarlo todo fuera. Me apresuro porque no aguanto más. Nada más llegar, suelto todo lo que tengo dentro y trato de tranquilizarme. Me siento en el suelo, pegada a la puerta, con las piernas flexionadas y la cabeza hundida entre ellas.

De pronto, escucho cómo se abre la puerta del baño y yo permanezco en silencio. No quiero que nadie sepa que estoy aquí, necesito calmarme antes de salir.

La persona que ha entrado, comienza a hablar. Su voz me resulta familiar. Según se va aproximando a mi habitáculo, me quedo muy quieta. Es Tamara hablando por teléfono. Saco del bolsillo mi móvil y pego la oreja a la puerta para oír bien lo que dice.

—Ya te digo, Jack. Está todo en marcha. Y por tu primo no te preocupes, sigue siendo tan confiado e ingenuo como siempre. Lo amenacé para que se alejase de esa maldita puta de Lidia. No sé qué coño ha visto en esa tipa.

Sus palabras me paralizan. Deja de hablar un momento y después, continúa.

—Lo sé, ya es mala suerte que la puñalada que le dieron no la matase. La próxima vez, me tendré que ocupar yo misma porque vaya chapuza nos hizo ese imbécil. Menos mal que no todo está perdido porque he conseguido que Luke y ella rompan.

Sabía que ella estaba detrás de nuestra ruptura. Es una zorra sin escrúpulos.

—¡Pues claro que lo he conseguido! ¿Acaso dudas de mí? —Contesta un poco alterada—. Aproveché que Luke estaba borracho para meterlo en la cama y fingir que nos habíamos acostado. Tengo unas fotos bastante comprometidas que lo confirman. Cuando se las enseñé, le hice creer al muy imbécil que habíamos pasado la noche follando como conejos.

Comienza a carcajearse y se me revuelve de nuevo el estómago. Aprieto una mano sobre mi abdomen para evitar vomitar otra vez. Necesito aguantar para escuchar toda la conversación hasta el final.

—Es parte de mi venganza, Jack, al igual que las firmas que he estado haciendo con su huella digital. Nunca debería haberme dejado. Si no fuese tan estúpido yendo tras la falda de esa española, las cosas podrían ser de otra manera y solo Mark pagaría las consecuencias. Pero con Tamara Mason no se juega, o estás conmigo, o estás contra mí.

Lo que más me llama la atención es la tranquilidad con la que habla. Parece muy segura de sí misma. Me encantará ver cómo se le borra la sonrisa cuando se la lleven detenida.

—Claro, cariño, hacemos un gran equipo. Bueno, te voy a dejar. Tengo que ir a la dichosa reunión matinal de todos los días. Estoy deseando de salir de aquí. Cuando todo acabe y tenga mi cuenta repleta de dinero, nos largaremos una buena temporada.

Me parece a mí que adonde os vais a ir, será a la cárcel. Y ahí estaré yo para verlo.

—Espérame esta noche en tu cama, Jack, voy a ser tan salvaje que no vas a querer parar de follarme en toda la noche. Adiós, cariño.

Escucho sus pasos y después, el baño se queda en silencio. Estoy muy impactada por todo lo que he escuchado. Sabía que ella estaba detrás de todo pero escucharlo de su boca es mucho peor. La había subestimado, esta mujer es más peligrosa de lo que esperaba. Menos mal que actué rápido y grabé toda la conversación con el móvil.

Con las manos temblorosas, paro la grabación y la guardo.

—Ahora sí te tengo, maldita Tamara —susurro—. Tú misma acabas de cavar tu propia tumba.

Me levanto y salgo para refrescarme un poco en el lavabo. Son demasiadas exaltaciones para un solo día. Me echo un poco de agua en la cara

y la nuca, respiro un par de veces y salgo del baño con paso firme.

Antes de entrar en la sala de reuniones, me reúno con el inspector para contarle lo que he escuchado en el baño. Me pide que le mande la grabación ya que es una prueba muy importante en la que se incriminan tanto a Tamara como a Jack. Me comenta que todos están esperando en la sala y que él se quedará fuera junto a unos agentes para proceder a la detención.

Entro a la sala de juntas y pido disculpas por la tardanza. Luke se acerca a mí y me pregunta si me encuentro bien. Estoy pálida por el vómito y los nervios, aunque le digo que no es nada. Al girar a mi derecha, me extraña ver sentados a mi padre y al resto de accionistas ya que, a simple vista, es tan solo una reunión diaria.

—Buenos días —comienza a hablar Luke, muy serio—. Como podéis comprobar, he llamado a todos los accionistas de la empresa *Smith & Preston*.

En ese momento, Mark se levanta y se posiciona junto a la puerta, listo para que empiece la acción.

—¿Qué pasa, Luke? No se me ha informado de una reunión con los accionistas —pregunta Tamara con el ceño fruncido.

—Lo siento, Tamara, pero ha sido una decisión de última hora. Ha pasado algo muy importante que los accionistas deben saber.

—Me parece bien pero creo que, como accionista, tendría que haber sido informada sobre el contenido de esta reunión. ¿No te parece, Luke?

Parecía que estuviéramos viendo un partido de tenis, mirando a uno y a otro.

—Te pido disculpas de nuevo, Tamara, pero como he dicho antes, ha sido algo de última hora.

—Está bien, pero espero que no se repita la próxima vez.

—Eso te lo garantizo, Tamara, no volverá a repetirse.

Tamara se queda conforme y con una sonrisa, da paso para que empiece la reunión.

—Bien, señores, comencemos —dice Luke—. Mark, por favor, ¿te importa darle paso a Erik?

—Eso está hecho. —Abre la puerta y entra el abogado de la empresa con su cartera en una mano y unas carpetas con documentación en la otra.

—Buenos días —nos saluda a todos y se sienta junto a Luke—. Si me disculpan, necesito sacar la documentación, solo serán dos minutos.

—Tómame el tiempo que necesites —pide Mark.

Sentado a mi lado, mi padre se acerca para preguntarme si pasa algo. No entiende a qué viene esta reunión tan precipitada y urgente.

—Confía en Luke, papá, en breve sabrás qué es lo que está pasando.

—¿Debo preocuparme?

—Ya no.

—¿Ya no? —Frunce el ceño—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Todo a su tiempo —le guiño un ojo para que se tranquilice, aunque por dentro estoy temblando como un flan.

Una vez que el abogado tiene los papeles necesarios encima de la mesa, comienza a hablar

—Tengo sobre la mesa unos documentos que certifican que ha habido una serie de desvíos de fondos hacia unas empresas fantasmas. La cuantía total de los mismos, asciende la cantidad de doscientos millones de dólares.

Desvío la mirada hacia Tamara y veo cómo le cambia la cara de color y abre los ojos como platos. La muy canalla no se lo esperaba. Los accionistas empiezan a mirarse entre ellos sin entender nada.

—No entiendo —interviene mi padre—. ¿Empresas fantasmas? ¿Alguien me puede explicar esto?

—Si me permite, señor Taylor, yo se lo explico —contesta Erik—. Para poder retirar fondos en esta empresa, hace falta la firma de uno de los socios como son el señor Smith y el señor Preston. Las firmas que aparecen aquí —señala los documentos—, son concretamente las del señor Smith.

Todos miran a Luke esperando una explicación, pero él se queda callado para que el abogado termine de explicarse.

—Desde hace unas semanas, se ha sospechado de esos pequeños desvíos hacia dichas empresas. La señorita Martínez, como buena economista que es, ha sido la que se ha dado cuenta al hacer una revisión general de los beneficios y gastos de la empresa.

—Yo solo hago mi trabajo —comento.

—No se quite mérito, señorita Martínez —Erik insiste—. Como decía, la señorita Martínez ha estado muy atenta a los movimientos de las cuentas y del personal que puede acceder a estas, aunque solo puedan acceder al dinero los socios. Unos días atrás, vio salir a la señorita Mason del despacho del Señor Smith cuando este no se encontraba allí. Margaret, su secretaria, nos

comentó que últimamente la señorita Mason acudía al despacho del señor Smith cuando él no se encontraba, con la excusa de llevar unos papeles que le había solicitado.

Tamara se remueve en su asiento, cada vez más nerviosa. Muchos de los accionistas tienen la vista clavada en ella, mientras que otros miran al abogado sin creerse lo que está contando.

—La señorita Martínez se puso en contacto conmigo y me contó sus sospechas. Por mi parte, me tomé la libertad de poner unas cámaras en el despacho del señor Smith que solo se activarían cuando la señorita Mason entrase allí, sola. Para ello contamos con la colaboración de Margaret que era quien nos avisaba. ¿Cuál fue nuestra sorpresa? Que la señorita Mason estaba falsificando la huella digital del señor Smith.

—¡Eso no es cierto! —Grita Tamara, levantándose como un resorte de la silla. Mira a Erik con los ojos rojos por la rabia—. Esto te va a costar muy caro por las calumnias que estás contando. No tienes pruebas suficientes para demostrarlo.

—Él no, pero yo sí —contesta con una pequeña sonrisa.

Levanto mi teléfono móvil y dejándolo sobre la mesa, le doy a reproducir la grabación. Todos nos quedamos en silencio mientras escuchamos cómo Tamara cava su propia tumba con cada palabra. Algunos se quedan estupefactos, no dan crédito a lo que están escuchando. En un arranque de ira, Tamara intenta huir con prisa de la sala, pero Mark le impide el paso con su cuerpo.

En ese momento, Mark abre la puerta para dar paso al inspector junto a dos policías.

—Señorita Mason —comienza a hablar el inspector—, queda usted detenida por malversación e intento de asesinato hacia la señorita Martínez. Tiene usted derecho a permanecer en silencio, todo lo que diga puede ser utilizado en su contra. Tiene derecho a un abogado, en caso de no tener ninguno o no poder costárselo, se le asignará uno de oficio —mientras recita sus derechos, uno de los policías la esposa.

Todos vemos cómo se la llevan detenida pero, antes de llegar al ascensor, se da la vuelta y me dirige una mirada cargada de odio.

—Eres una zorra, hija de puta. Tenías que haber muerto aquel día que te dieron la puñalada. Me las vas a pagar.

El policía tira de ella para sacarla de la empresa para siempre.

Capítulo 34

No paro de temblar entre los brazos de mi padre. Me tiene sujeta de los hombros mientras me da besos en mi cabeza, tratando de tranquilizarme. Cuando por fin se la llevaron, suspiré de alivio.

Los accionistas siguen sin creerse lo que ha pasado. Empiezan a hablar entre sí, preguntando qué va a pasar ahora que Tamara ya no está. Entonces, Erik vuelve a tomar las riendas de la reunión.

—Bien, señores y señoritas. Les informo que, ya que una de las accionistas ha sido detenida por fraude, todo lo referente a sus acciones de esta empresa quedará a disposición de los accionistas a repartir en partes iguales, hasta que un juez determine lo contrario. Y sin más por mi parte, eso es todo.

—Muchas gracias, Erik. —Luke le tiende una mano.

—Para eso estamos, es mi trabajo. Y si ahora me disculpan, he de marcharme al juzgado a interponer una denuncia en el nombre de la empresa hacia la señorita Mason. Señores, buenos días.

Cuando Erik sale de la sala de juntas, Mark da por concluida la reunión. Todos comienzan a marcharse pero yo me quedo un poco más, aferrada a mi padre. Me siento un poco mareada.

—Cariño, ¿estás bien? —pregunta mi padre, preocupado.

—Solo un poco mareada, necesito sentarme.

Mi padre me ayuda a sentarme y sale a comprar un botellín de agua. En ese momento, Luke se acerca y se acuclilla delante de mí para poder mirarme a los ojos.

—Nena, ¿qué tienes? Me tienes preocupado. —Me acaricia la mejilla con los dedos.

—Tranquilo, se me pasará pronto. Es solo que los acontecimientos de hoy, me superan. Por cierto, Luke, tenemos que hablar.

Mi padre llega con el agua y dejamos la conversación para más tarde.

—Toma, cielo, bebe un poco. —Me tiende la botella—. A ver si te repones porque estás pálida, no me gusta ni un pelo el aspecto que tienes.

Tras reponerme, me dirijo a mi despacho. Tengo muchísimo trabajo acumulado y debo ponerme cuanto antes. Nada más entrar, suena mi móvil.

—¿Dígame?

—¿Señorita Martínez?

—Sí, soy yo.

—*Buenos días, llamo desde la comisaría para informarle de que tiene que venir para interponer una denuncia formalmente contra la señorita Mason y el señor Smith.*

—¿Perdón? —pregunto extrañada—. ¿Ha dicho el señor Smith?

—*Sí, señorita Martínez. Ese hombre ha sido cómplice de la señorita Mason en todo momento.*

—Dios mío, no lo puedo creer. —Comienzo a temblar de nuevo.

—*Siento mucho que le haya pillado de sorpresa.*

—Está bien, en un momento salgo hacia la comisaría.

—*Estupendo, aquí le esperamos.*

Cuando me dispongo a salir del despacho, entra Luke. Lo miro con cara de asco. Jamás imaginé que caería tan bajo, haciéndole creer a todo el mundo que él no tiene nada que ver con las firmas, ni con Tamara.

—Hola, nena. ¿De qué querías hablar?

Se acerca unos pasos pero lo detengo alzando una mano. No quiero que se acerque a mí jamás.

—Quiero que te olvides de mí el resto de tu vida —digo muy seria—. No quiero que te acerques a mí, ni a mi hija porque no respondo.

—¿Se puede saber qué diablos pasa?

¿De verdad se va a hacer el tonto? ¿No se da cuenta de que lo he pillado de una vez por todas? Qué cínico es.

—No pasa nada. Si me disculpas, tengo que salir.

Intento pasar por su lado pero agarra mi brazo y me retiene.

—Tú no vas a ningún lado sin darme primero una explicación.

—¡Suéltame! Me estás haciendo daño. —Me deshago de su agarre de un tirón.

—¿Qué pasa aquí? —La voz de mi padre nos paraliza. Ambos tenemos las respiraciones agitadas.

—No pasa nada, papá —contesto intentando tranquilizarme—. ¿Me acompañas a comisaría? Me han llamado para poner la denuncia formalmente.

—Claro que sí, cariño —dice mientras mira a Luke con cara de asesino—. Vámonos.

Durante todo el camino, estoy sumida en mis pensamientos. Mi padre respeta este silencio y no me interroga, deja que sea yo quien rompa el hielo. Llegamos a comisaría y entro con un poco de miedo, no me gustaría encontrarme con esa mujer. Es una psicópata, eso es lo que es.

—Buenos días —saludo a un oficial de policía que se encuentra tras el mostrador.

—Buenos días —responde—. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita?

—Vengo a interponer una denuncia.

Junto a él, aparece el inspector.

—Steven, ya atiende yo a la señorita Martínez.

—Sí, señor inspector.

—Por favor, síganme —nos indica con la mano hacia dónde tenemos que ir.

Una vez entramos en su despacho, empieza a sacar unos papeles para rellenarlos con mis datos.

—Esto no va a llevarnos mucho tiempo. Como sabe, la señorita Mason está detenida por fraude, pero usted debe formalizar la denuncia por abuso sexual, robo e intento de asesinato, junto a su cómplice, el señor Smith.

Mi padre se queda blanco al oír el apellido de Luke, no se lo puede creer. Cuando formalizamos la denuncia, nos marchamos. En cuanto subimos al coche, mi padre explota.

—Lo voy a matar, aunque sea lo último que haga en esta vida —alza la voz, muy cabreado—. Ese desgraciado no se va a volver a levantar más. Ya se lo advertí en su día.

—Papá, por favor, déjalo estar. La justicia se hará cargo de él, no merece la pena mancharse las manos.

—No voy a permitir que te siga haciendo daño, por encima de mi cadáver.

—Te lo pido por favor, papá... —No puedo terminar de hablar porque todo se me nubla hasta que la oscuridad me envuelve.

Como la última vez, despierto en la sala de urgencias con mi padre sentado en la silla que hay junto a mi cama.

—Hija mía, ya has despertado. Voy a llamar al médico. —Aprieta un botón que está al lado del cabecero de la cama.

—Por lo que veo, esta anemia va a acabar conmigo —me quejo.

La enfermera y el doctor no tardan en llegar.

—Hola, Lidia. ¿Cómo te sientes? —pregunta este último.

—Hola, doctor. Estoy un poco desubicada, aunque el mareo se me ha pasado.

—Eso es bueno. Bien, revisando su historial médico, he visto que no hace mucho fue ingresada en urgencias por un desmayo similar al de hoy. He revisado las pruebas y parece ser que tiene un poco de anemia, cosa que se puede controlar con su medicación. Le hemos repetido algunos análisis para tenerla controlada. ¿Me permite que le haga una pregunta?

—Claro, doctor.

—¿Cuánto hace que no tiene la menstruación?

—Si le soy sincera, ya ni lo sé —contesto un poco apurada—. He estado muy estresada últimamente. Primero el atraco, luego el desmayo por la anemia... Eso sin contar los problemas que he tenido últimamente.

—Está bien, señorita Martínez. Lo decía porque está embarazada.

—¿Cómo? Eso no puede ser, he estado tomando la píldora religiosamente.

—Tras la operación que le realizaron, estuvo tomando antibióticos, lo que puede anular la eficacia de la píldora anticonceptiva.

<<Joder, joder, joder>>, pienso.

—¿Se puede saber de cuánto tiempo estoy?

—Según la analítica, está de unas dos semanas. Por eso cuando le hicieron la analítica en urgencias, al estar de pocos días, no salía nada.

Asiento con la cabeza, todavía un poco sorprendida. Ahora mismo tengo una sensación muy rara. Por un lado, estoy muy contenta, pues llevar un hijo en tu vientre es lo mejor que te puede pasar. Notar cómo va creciendo una criatura dentro de ti y sentirlo, es la mejor sensación que existe. Pero, por otro lado, pienso que llevo dentro el fruto de un ser despreciable que jugó con mis sentimientos y que me hizo creer que me amaba. Qué estúpida soy por haberlo creído.

Inconscientemente, me toco la barriga y sonrío.

—Cariño —susurro muy bajito—, aquí estará mamá para lo que necesites. No te faltará amor y jamás te abandonaré.

Con lágrimas en los ojos, mi padre se acerca y me abraza.

—Me acabas de volver a hacer el hombre más feliz del mundo. No puedo creer que vaya ser otra vez abuelo. —Me coge la cara para que lo mire a sus ojos—. Cariño, no quiero que te preocupes por nada. Juntos saldremos adelante, no le va a faltar de nada. Y por ese desgraciado no te preocupes, ya me ocupo yo.

—Papá, no hagas nada, será lo mejor. ¿Puedo pedirte un favor?

—Lo que quieras, cariño.

—Necesito que lleves mi carta de renuncia a la empresa. No quiero volver a poner un pie allí.

—Eso está hecho —afirma con seguridad—. Mañana mismo me presento en recursos humanos y le llevo tu carta de dimisión.

Luke

—¿Que ha hecho qué? No me lo puedo creer. ¿Cómo es posible?

—Lo siento Luke, pero...

—Vamos, Mark —lo interrumpo—, no me jodas. No entiendo por qué

ha renunciado. Pensaba que se podían arreglar las cosas, no era consciente de lo que hacía. Y todo por dejarme llevar por Tamara...

—Ahora tienes que pagar las consecuencias, tío.

—Joder, con Lidia nunca acierto, siempre la estoy cagando. Necesito hablar con ella.

—Creo que deberías esperar unos días para hablar con ella. Stuart no traía cara de buenos amigos.

—Me importa una mierda la cara que tenga Stuart o no —gruño, enfadado—. A mí quien me importa es Lidia. Joder, Mark, tienes que echarme una mano.

—¿Cómo pretendes que lo haga?

—No lo sé. —Estoy frustrado por la situación—. Lo único que sé, es qué no puedo quedarme de brazos cruzados

—Está bien. A ver qué puedo hacer.

—Gracias, tío, siempre estás ahí para mí.

—Ya me las cobraré, eso tenlo por seguro. —Sonríe.

—Ya me entenderás el día que te enamores, Mark.

—Uff, para eso tiene que pasar mucho, pero que mucho tiempo. No entra en mis planes enamorarme.

—Tampoco entraba en los míos y ya ves, aquí me tienes, suspirando por los rincones por una española que me tiene loco y que no podría vivir sin ella. La amo con todas mis fuerzas.

—Pues si es así, lucha por ella y no te rindas —comenta poniéndome la mano sobre mi hombro.

—No lo haré, aunque sea lo último que haga en esta vida.

—Ese es mi chico —se burla de mí.

Cojo el teléfono y llamo a recursos humanos.

—Hola, soy el señor Smith. Referente a la carta de la señorita Martínez, no acepto su renuncia. Si quiere renunciar, que venga directamente a mi despacho y que me lo diga a la cara.

Cuelgo y le guiño un ojo a Mark.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Más de lo que te puedas imaginar, amigo.

—Está bien, tú sabrás —se encoje de hombros—. Ahora te voy a dejar, he quedado con una loca española.

—Ten cuidado, Mark, o acabarás enamorándote.

—Sí, claro. ¿Cómo dice Carol? —piensa—. Ah, ya. Cuando las ranas críen pelos.

—Ya, ya. Anda, machote, lárgate ya y no hagas esperar a esa preciosidad de española.

—Venga, nos vemos, tío. Cualquier cosa que necesites, me llamas.

—Largo —digo entre risas.

Mark se marcha y yo me quedo pensando en mi española preferida

—Ay, Lidia, qué has hecho conmigo —murmuro en voz alta.

Capítulo 35

—¿Cómo dice, señor Anderson? ¿Que no acepta mi carta de renuncia?

—Así es, señorita Martínez. Las órdenes del señor Smith son las claras: si quiere dimitir, debe presentarse en su despacho personalmente.

—Con que con esas tenemos, ¿no? Pues que no se piense que me voy a acobardar. Dígale de mi parte que mañana a primera hora estaré allí, y más le vale que tenga los papeles firmados si no quiere que le demande.

—Está bien, señorita Martínez, le daré su recado. Buenas tardes.

Ya era lo que faltaba. Que sea así de prepotente es el colmo. No puedo impedir que salgan mis lágrimas porque, aunque sea un desgraciado, lo amo con todas mis fuerzas. Va a ser muy difícil arrancármelo del corazón.

—Hola, Lidia —me saluda mi padre. Intento secarme las lágrimas con rapidez, no quiero que me vea llorar. Ya bastante mal se lo estoy haciendo pasar como para seguir aún más con su agonía.

—Hola, papá. —Me acerco y le doy un beso en la mejilla.

Mi padre se queda observándome, sabe que algo pasa. Levanta mi cara con sus dedos para mirarme.

—¿Qué ocurre hija?

—Nada, papá, no te preocupes.

—Claro que me preocupo, sé que ha pasado algo. No tienes buena cara.

—Es solo que ya estoy cansada de toda esta situación. No estoy acostumbrada a llevar una vida tan ajetreada. Yo vivía tranquila en Madrid, con mi hija y los yayos Carmen y José. Desde que llegué aquí, todo ha sido es un cúmulo de sorpresas y preocupaciones y ya no aguanto más.

Veo una gran tristeza en la cara de mi padre, hasta el punto que mira hacia otro lado.

—Ey, papá. Quiero que sepas que la única cosa buena que me ha pasado aquí eres tú. Y si tuviese que pasar de nuevo por todo esto para tenerte a mi lado, te aseguro que lo volvería a hacer una y mil veces.

—Dios, pequeña, no te puedes hacer una idea de cuánto te quiero y lo que daría por verte feliz de una vez por todas. —Me da un abrazo mientras y mis lágrimas vuelven a salir.

—Lo soy, papá. —Él me mira sin crearme y me aferro más a su pecho con todas mis fuerzas. He necesitado muchas veces esta clase de abrazos, ya que la vida no me lo ha puesto muy fácil que digamos.

—Papá, mañana tengo que pasarme por *Smith & Preston*. Tengo que arreglar unos asuntillos. Poca cosa, solo papeleo.

—Bien, ¿a qué hora vamos? —Se aparta un poco de mí para mirarme a la cara.

—Esto... —dudo un poco—. Voy a ir sola.

—Estás de broma, ¿verdad? Ve quitándote de la cabeza que irás sola para que ese desgraciado se te acerque.

Agarro su mano y le obligo a sentarse en el sofá.

—Papá, espero que no te enfades conmigo, pero esto voy a hacerlo sola. —Veo que va a protestar, pero no dejo que lo haga. No digas nada, por favor. Soy una persona muy independiente, me he criado prácticamente sin una referencia paterna ni materna. Lo que quiero decir es que, en esta vida, me las he apañado bien sola y hasta hoy, he podido salir adelante. No estoy acostumbrada a que me saquen las castañas del fuego y tampoco lo pienso permitir. Espero que lo entiendas porque he tomado mi decisión de ir sola y no voy a cambiarla

—Sé que eres capaz de eso y más. Es una de las cosas por las que más orgulloso me haces sentir, pero no puedo permitir que vayas sola a enfrentarte a él.

—Pues tienes que aguantarte, papá, es mi decisión y no la voy a cambiar.

Sé que no le ha gustado nada de lo que le he dicho y siento hacerle daño de esta manera, pero como le he dicho, soy una persona que ha sabido afrontar los problemas y mis cosas, y no voy a permitir que nadie lo haga por mí, por mucho que sea mi padre.

—Te quiero, espero que lo entiendas. —Acaricio su mano con cariño.

—Yo también te quiero, Lidia, y es por eso que necesito protegerte. — Suspira con pesar—. Pero también sé respetar tu decisión y si es esa, no soy nadie para interponerme, me guste o no me guste.

—Te lo agradezco.

Nos damos un abrazo de oso cuando, en ese momento, Alba y la niñera entran al salón.

—Mamiiii, abuuu. Yo *quiedo* también. —Mi padre y yo nos miramos y comenzamos a reír.

—Claro que sí. A mi princesita que no le falte de nada, y menos abrazos de oso que el abuelo te los da con mucho gusto. —Nos fundimos en un enorme abrazo.

—¡Abrazo fuerteeeeee! —exclama Alba.

—Pero, bueno, eso son los Teletubbies, no los osos amorosos —digo entre carcajadas.

—Qué *ma* da, mami. Lo que *impota ez* el abrazo.

—Sí, cariño, tienes toda la razón.

—*Po zi, poque ya zoy mu gande.* —Levanta el brazo por encima de su cabeza.

Si no fuese por estos ratos de risa, ahora mismo estaría en mi habitación llorando a moco tendido por culpa de dichoso moreno que me tiene loca y suspirando por todos los rincones.

—Venga, vamos a cenar ya. Es tarde y mañana mi princesita tiene que madrugar para ir al cole.

Cenamos los tres solos. Llamé a Carol para que viniese a cenar, pero tenía planes. No sé dónde llegará su relación con Mark, pero por mucho que ella insista en que solo tienen sexo, creo que se está pillando por él y no quiero que sufra.

De madrugada, me levanto aterrada a la vez que excitada. He tenido un sueño con Luke donde me hacía el amor dulcemente y me decía lo mucho que me amaba. Pero, de pronto, se levantaba y empezaba a reírse de mí, mientras le abría la puerta a Tamara. Ella se acercaba hasta él y le besaba delante de

mí.

—Enseñemos a esta zorra cómo se folla —comentó Tamara, mirando a Luke.

Empezó a desnudarse y vi cómo iba lamiendo el torso de Luke, hasta llegar a su miembro para metérselo en la boca.

—Eso es, Tamara, muéstrale cómo se chupa —gimió Luke—. Oh, sí... Así.

Al final, Luke se corría en su boca y me dieron unas arcadas tan grandes que me desperté sobresaltada. Dios bendito, ha sido tan real... ¿Por qué, Luke? ¿Por qué me has hecho esto?

Después de estar toda la noche sin dormir, me levanto para darme una ducha. En el momento que entro el baño, me dan las primeras náuseas matutinas del embarazo. Qué largos se me van a hacer estos meses.

Una vez arreglada, bajo a la cocina donde mi padre se encuentra sentado en la isla tomando su café, mientras lee el periódico.

—Buenos días, papá.

—Buenos días, cariño. —Deja el periódico sobre la encimera y me presta atención—. ¿Pasaste la noche bien? Me pareció oírte.

—Sí, papá, dormí de un tirón —miento para no preocuparlo más.

—Estaría soñando, entonces.

—Seguramente. Bueno, papá, me voy ya que no quiero llegar muy tarde. Mientras antes llegue, antes termino.

—Si me necesitas, solo tienes que llamarme, ya lo sabes.

—Vale, papá. Dame un beso, que me voy.

Me marcho a la empresa para enfrentarme de una vez por todas a Luke y acabar con esto de una vez. Tengo que largarme de su vida lo antes posible.

Cuando llego a la planta de su despacho, Margaret llama al interfono para informar a Luke que estoy aquí. No tarda en hacerme pasar. Entro a su despacho, y lo veo más guapo que nunca, más irresistible. Me entran ganas de lanzarme a sus brazos para que me haga completamente suya.

—Hola, Lidia, siéntate si quieres —dice, muy serio.

—Señor Smith, prefiero quedarme de pie. Tampoco voy a tardar mucho en firmar unos papeles.

En ese momento, se levanta hacia mí y yo retrocedo unos pasos. Él se

detiene al darse cuenta de que no lo quiero cerca.

—No empecemos con los formalismos, Lidia.

Ignoro sus palabras y voy directa al asunto que tenemos que tratar.

—Y bien, ¿se puede saber por qué motivo no acepta mi carta de dimisión?

—Porque hasta que no me des un motivo razonable, no pienso firmar ni aceptar nada —comenta muy tranquilo.

—¿Qué quieres de mí, Luke? ¿Aún no has tenido suficiente después de reírte de mí y de toda la empresa?

—Yo no me he reído de nadie y menos de ti.

—¿No? Mira que eres cínico —comienzo a cabrearme—. ¿Acaso te parece poco lo tuyo con Tamara? Por Dios, eres lo peor que me he cruzado en mi vida.

—No sabía cómo decírtelo, no era consciente de lo que hacía. Créeme, Lidia —su voz suena un poco desesperada y eso me enfada aún más.

—Esto ya es el colmo. Lo que no entiendo es cómo sigues aún en la calle y no metido entre rejas.

—No estoy orgulloso de lo que he hecho, al fin y al cabo, solo me emborraché y se ha demostrado que no pasó nada aquella noche. Tampoco es para meterme entre rejas, ya te he dicho que lo hice inconscientemente. Ni siquiera me acuerdo de nada, te juro que si no fuera por las pruebas, no me habría enterado.

—Alucino contigo, Luke. Quiero que firmes esos papeles y te alejes de mí.

—Lidia, por favor. Vamos a buscar una solución, por favor —suplica—. Yo también me quise morir cuando vi esas fotos al principio, pero ya quedó claro en la grabación que todo fue un montaje. El único error que cometí, fue irme de copas con ella. La rabia me cegó y ya no puedo hacer nada, solo rogarte que me perdones.

—¿Pero de qué fotos estás hablando?

—De las que Tamara hizo para alejarte de mí, haciéndonos creer que me acosté con ella.

—Luke, sé que eso es mentira. Yo hablo de lo otro.

—¿Qué otro? Lidia, de verdad que no te estoy entendiendo —dice un poco extrañado.

Esto es increíble. O se está haciendo el tonto, o lo es de verdad. Lo único que sé, es que mi paciencia se está agotando. Respiro hondo antes de hablar para tratar de tranquilizarme.

—Luke, ayer fui a la comisaría para poner una denuncia a Tamara por robo, intento de violación y de asesinato. Me dijeron que el señor Smith era su cómplice en todo momento. Imagínate cómo me sentí, quise morirme. Todavía me cuesta creer que me hicieras esto, Luke.

Capítulo 36

36 Luke se queda atónito, como si no supiese nada. Yo estoy cada vez más confundida porque, en el fondo, me da la sensación de que realmente no sabe nada sobre lo que le estoy diciendo.

—Un momento, Lidia —comienza a hablar tras unos segundos de silencio—. ¿Me estás diciendo que fuiste a poner una denuncia a Tamara y al señor Smith? ¿No has preguntado cómo se llama el señor Smith?

—No, ¿por qué?

—O sea, que no te has molestado en averiguar nada y has dado por hecho que soy yo. —Su cara comienza a ponerse roja—. Ahora soy yo el que estoy alucinando. Has venido a acusarme de algo que ni siquiera te has molestado en informarte bien.

Tiene razón pero ¿de quién más podría sospechar? Últimamente ha estado más raro de lo normal y eso me ha dado que pensar.

—Luke, entiéndeme. Yo...

—No, entiéndeme tú —me interrumpe—. No te puedes hacer una idea del infierno que he pasado esta noche solo de pensar que querías alejarte de mi vida. No puedes imaginártelo, Lidia. ¿Y esa es la confianza que tienes en mí? Está bien, Lidia. Has venido con la intención de firmar tu carta de dimisión, pues aquí lo tienes.

Veo cómo Luke coge mi carta y planta su firma para dar conformidad al documento.

—Ahora, si me disculpa, firma. Tengo trabajo que hacer.

Me quedo sin palabras y sin saber cómo actuar. Entonces recuerdo el cómplice de Tamara y, sin más, le pregunto.

—¿Se puede saber quién es ese señor Smith?

—Ya que has sido tan valiente de hacer tus propias conclusiones, ahora tendrás que averiguarlo —me informa muy serio—. Le vuelvo a repetir que tengo trabajo, señorita Martínez, ya tienes su carta firmada. Puede pasar por recursos humanos donde le darán su mensualidad. En cuanto al contrato que tiene firmado por un año, no se preocupe, haré la vista gorda para que no tenga que indemnizar a la empresa por incumplimiento de contrato.

Ahora, al ver su comportamiento tan frío, entiendo que dice la verdad. Ay, Dios mío, ¿qué he hecho? Tiene toda la razón, lo he juzgado antes de averiguarlo. Al oír su apellido, me cegué y cargué toda mi frustración con él.

Cojo la carta y me dirijo a la puerta. Antes de salir, giro la cabeza para mirarlo pero él ya está sumido en unos documentos. Salgo del despacho y voy corriendo al aseo a vomitar de nuevo.

Una vez he echado todo lo que tenía en el estómago, me doy con un poco de agua en la cara. Inconscientemente, me toco la barriga y le digo a mi garbancito que no se preocupe, haré todo lo posible para que su padre nos perdone. Si es que nos perdona algún día...

Luke

Sé que estoy tomando una decisión de la que después me arrepentiré, pero no puedo estar con una mujer que desconfíe de mí. Ya me engañaron una vez y sé lo que se siente, así que no estoy dispuesto a volver a pasar por lo mismo. No quiero volver a vivir una mentira con alguien que no confía en mí, y si con ello tengo que alejarme de Lidia, lo haré.

Me río irónicamente pensando en Tamara porque, al final, se ha salido con la suya. Ha conseguido que me aleje de Lidia.

Cuando la vi ponerse tan pálida por mi reacción, me estaba muriendo por dentro. Y cuando se marchó, me dieron ganas de salir corriendo tras ella para estrecharla entre mis brazos y decirle lo mucho que la amo. Tuve que contenerme mucho para no hacerlo.

Paso todo el día sumido en el trabajo, no me puedo permitir pensar en otra cosa, y menos en ella porque me hace flaquear. Al llegar la noche, Mark entra en mi despacho.

—¿Nos vamos? Es tarde, no te he visto salir en todo el día de la oficina. Ni siquiera has comido.

—No tenía hambre —murmuro revisando todavía unos papeles.

—¿Pasa algo, Luke? No tienes buena cara.

—Necesito un trago. —Dejo todo sobre el escritorio y me levanto para coger mi chaqueta del perchero—. ¿Me acompañas?

—Esto...—duda un poco por mi comportamiento—. Sí, claro. Vamos.

Vamos a tomar algo a un pub. Quiero emborracharme para no pensar en ella, que el alcohol me haga olvidar. No puedo más con este dolor que tengo en el pecho.

Entre copa y copa, le cuento a Mark lo sucedido. Él me dice que me he precipitado tomando esa decisión, pero yo le reprendo porque no tiene ni idea de lo que es tener una relación porque nunca ha estado en serio con nadie. Puede creerse la historia de que con Carol tiene algo pero en realidad, es más un follamigo que otra cosa.

Acabo esa noche más borracho que una cuba mientras que mi amigo se convierte en mi paño de lágrimas, escuchando todo el repertorio de Lidia. Que si Lidia esto, que si Lidia aquello, que si Lidia lo otro... Así estuve toda la noche hasta que mi cuerpo ya no pudo ingerir más alcohol.

Al día siguiente, me levanto con una resaca de campeonato. Voy a darme una ducha para poder despejarme, pero antes de entrar al baño, mi móvil recibe un mensaje.

Lidia: Hola, Luke. Necesito hablar contigo, es importante.

Me quedo mirando el móvil con rabia. No voy a contestarle, pero ella insiste.

Lidia: Sé que has leído el mensaje, se puso la pestañita doble en azul.

Maldito Whatsapp chivato. Pienso seguir leyendo cada mensaje sin contestarle.

Lidia: Perdóname, sé que he sido una completa estúpida.

Me muero por ir a buscarla y traerla a casa para hacerle el amor hasta que los dos caigamos rendidos.

Lidia: Está bien, veo que sigues enfadado. Hablamos en otro momento.

Deja de estar en línea al momento. Pago mi frustración lanzando el móvil contra la pared y este se hace añicos. De puta madre, ahora me toca ir a comprar otro.

Lidia

He estado toda la noche sin parar de llorar. Estoy tan sensible por culpa de las hormonas que parezco un grifo.

Cuando le conté a mi padre lo sucedido, pensé que iba a ir en busca de Luke, pero no fue así. Su reacción fue muy distinta a la que me esperaba. Me dijo que no hacía falta que trabajara, ya que no me iba a faltar de nada. Me entregó una tarjeta de crédito para que gastase todo lo que quisiera aunque, evidentemente, no la acepté. No me gusta ser una mantenida, ya buscaría trabajo en otro lugar. Menos mal que tengo unos ahorros y estoy viviendo en casa de mi padre, eso me permite gastar lo mínimo.

Tocan la puerta de mi dormitorio y veo una cabeza asomada con una sonrisa preciosa.

—¿Se puede?

— Pasa, Carol, sabes que no necesitas permiso para entrar.

—Ven aquí, sé que necesita un abrazo de los míos. —Se acerca a mi cama y me abraza con mimo—. Cuéntame qué ha pasado.

Le relato todo lo acontecido y le pido ayuda para conseguir que Luke me perdone. No sé si volverá conmigo pero, al menos, necesito su perdón para poder seguir con mi vida.

—Dale tiempo —dice mi amiga—. Luke te ama con locura y no va a permitir que te alejes de él. No te puedes hacer una idea lo destrozado que estaba cuando estuviste en coma. Solo se echaba la culpa y decía lo mucho que te amaba. Tu padre se enfrentó a él para pedirle que se alejara de allí, prohibiéndole la entrada a tu habitación. Pero él no se movió, estuvo días sin comer ni dormir. ¿Y aún así piensas que no te va a perdonar? Déjame que lo dude, Lidia.

—No te puedes imaginar con qué cara me miró cuando firmó la carta de dimisión —comento entre lágrimas—. Me quería morir, Carol. Sé que lo he perdido. He intentado hablar con él por mensaje, pero solo los lee y no contesta.

—Bueno, esperemos a ver qué pasa. Deja que pasen un par de días, a ver si la cosa se calma.

—Carol, estoy embarazada —suelto a bocajarro.

—¡Oh, Dios mío Lidia! ¿Lo sabe Luke? —Niego con la cabeza.

—¿Por qué crees que insisto en hablar con él? Quiero que al menos sepa que va a ser padre, luego que haga lo que quiera. Yo no voy a abandonar mi hijo, lucharé con dientes o lo que haga falta para que no le falte de nada. Ya lo hice una vez con Alba y volveré a hacerlo. Pero una cosa sí tengo muy clara, seguiré insistiendo pero como vea indicios de que no quiere saber nada más de mí, tampoco va a saber de su hijo. No quiero tener atada a una persona y más sabiendo que no le gustaría ser padre. O al menos hasta hace poco.

—Verás cómo al final todo vuelve a su cauce. Y ahora vamos a cenar, es tardísimo.

—Ve tú, Carol, no tengo hambre.

—De eso nada, cielo. —Se levanta y pone los brazos en jarra—. Tienes a una criatura dentro de ti que necesita alimentarse, y si tú no te alimentas, ¿qué va a ser de él o ella?

Tiene razón. Aunque no tenga hambre, debo hacer un esfuerzo para comer un poco. Gracias a Carol y sus locuras, olvido durante un buen rato mis problemas con Luke y, por fin, me siento a gusto.

Sobre las doce de la noche, Carol se despide. No la veré en los próximos dos días, ya que tiene que viajar a Washington por temas de trabajo. Tiene un congreso donde se van a reunir ministros de doce países diferentes, entre ellos, España.

Cuando se marcha, subo a mi habitación para darme una ducha y dormir un poco. Me siento muy agotada, necesito descansar.

Capítulo 37

Han pasado dos semanas desde que hablé por última vez con Luke. Desde entonces, he parado de insistir con llamadas y mensajes, pero hasta aquí hemos llegado. He intentado por todos los medios que hable conmigo y no he recibido ni una respuesta. No puedo obligarlo a que me hable. Si esa es su decisión, tengo que aceptarla y respetarla.

Esas dos semanas, he estado como alma en pena deambulando por la casa. Ni siquiera me apetece salir. Mi padre está desesperado sin saber qué hacer para que salga un poco y no me quede encerrada en casa. He perdido algo de peso y eso hace que los que están a mi alrededor, se enfaden porque no me estoy alimentando bien y estoy embarazada.

Hoy es mi primera visita al ginecólogo para ver cómo va mi garbancito. Camino hacia el hospital acompañada de Carol, pues mi padre tuvo que quedarse con Alba.

—¿Sabes, Carol? Me hubiese gustado que Luke no se perdiera la primera ecografía de su hijo. Pero, desgraciadamente, va a ser así.

—Tienes que animarte, Lidia, no puedes seguir así. Vas a coger una depresión. —Me agarra de la mano con fuerza para darme ánimos—. Tienes que pasar página y pensar en esa criatura que llevas en tu vientre. Además, sé por Mark que Luke no lo está pasando mejor. Dice que parece un fantasma por la empresa, está todo el día malhumorado. No hay quién se le acerque.

Voy a contestar cuando una enfermera sale al pasillo y me llama. Nos levantamos y entramos en la consulta del ginecólogo. Tras hacerme unas preguntas, pasamos directamente a la sala donde se encuentra el ecógrafo. Me tumba en la camilla y me dice que me va a hacer la ecografía transvaginal, ya que es más eficaz y se capta mejor la imagen al no estar tan avanzado el embarazo.

Los tres miramos el monitor y el ginecólogo señala a mi garbancito.

Le pregunto si puede oír su corazón pero aún es pronto. Para la próxima visita, se oír perfectamente.

Salgo muy emocionada de la consulta y, después de varias semanas, sonrío. Carol y yo nos marchamos a hacer unas compras. Al llegar al centro comercial, no puedo evitar mirar los escaparates de las tiendas de bebés. Le pido a Carol que me acompañe a hacer unas compras y ella acepta encantada.

Me da melancolía porque me hubiese gustado que fuera Luke el que estuviese a mi lado, disfrutando como un enano de esta experiencia, al igual que yo. Carol, al darse cuenta, agarra mi mano y me da un apretón para animarme. Intenta tranquilizarme diciéndome que al final todo se va a solucionar, aunque yo no lo tengo tan claro. Ya he desistido de llamarlo y enviarle mensajes. Han sido dos semanas en las que he estado sumida en la tristeza. Dos semanas en las que no he oído ni siquiera su voz, no he sentido sus caricias, sus besos... Y esto me está matando lentamente.

Después de comprar algunas cosas, nos sentamos en una cafetería para tomar algo.

—Carol, no sé cómo te vas a tomar lo que te voy a decir, pero quiero que me escuches hasta el final. Te conozco y sé que me vas a interrumpir.

—No me asustes, Lidia —dice, preocupada—. No pensarás abortar, ¿verdad?

—¿Estás loca? Ni en sueños haría semejante barbaridad.

—Uff, no sabes el peso que me has quitado de encima. Bien, tú dirás.

—Estoy pensando en volver a España.

—¡QUÉ! —Alza la voz y algunas personas de la cafetería se giran para mirarla—. Ni de coña, ya puedes quitarte eso de la cabeza. Es más, ni siquiera lo pienses.

—Te pedí que me dejaras terminar. Necesito salir de aquí, Carol, entiéndeme. No puedo vivir en la misma ciudad que Luke, no soportaría cruzarme con él.

Veo cómo a Carol se le escapan unas lágrimas y se me parte el alma verla así, pero tiene que entenderlo.

—Lidia, pide lo que quieras —solloza—. Pero por favor, no te vayas, te lo suplico.

—No me hagas esto, Carol. Demasiado me está costando tomar esta decisión y créeme, lo he meditado muchísimo. No es una cosa que esté tomando a la ligera.

Me levanto y me siento a su lado para abrazarla. Sé que esto supone un palo muy fuerte para ella. Llevamos muchos años sin separarnos y hemos sido el ancla de la otra.

—Está bien, me voy contigo —declara—. Me da igual lo que digas, no pienso dejarte marchar sola.

—¡Oh, Dios, Carol! —Exclamo en voz alta—. No me lo pongas más difícil. Tú tienes aquí un trabajo y estás comenzando una nueva vida.

—Pero no quiero esa vida si tú no estás en ella. ¿Acaso no lo entiendes?

La miro con los ojos llorosos y se me parte el alma. No quiero dejarla pero tampoco puedo obligarla a venir conmigo por mis problemas.

—Será mejor que nos marchemos a la casa, ha sido un día muy complicado —concluyo.

Llamo al chofer de mi padre para que venga a recogernos. Después de lo que pasó, no quiere que vaya sola por todos lados.

Aún no le he dicho a mi padre mis nuevos planes, y sé que va a intentar retenerme para que no me vaya. Pero debe entender que no soy feliz aquí, que cada día que pasa, mi vida se va apagando. Cuento cada minuto y cada segundo del día para ver si esta melancolía que siento, se va yendo poco a poco, aunque no lo consigo.

Le pido a Carol que me acompañe a casa pero no quiere. Necesita estar sola para pensar y soltar adrenalina, así que iría al gimnasio.

Cuando llego a casa, le digo a mi padre que necesito hablar con él cuando Alba se duerma. Una vez solos, le doy la noticia. Pensé que se iba a poner histérico pero me equivocaba.

—Lidia, no te voy a mentir —comienza a decir—. Quiero que te quedes, pero sé que lo que estás pasando no es nada fácil. No poder estar con el amor de tu vida es muy triste. Aunque pienso que no deberías quitarle ese derecho a Luke, por mucho que no se lo merezca. Solo quiero que lo pienses, ya sabes que te apoyaré en tu decisión.

Nos fundimos en un abrazo. Me he quitado un gran peso de encima al contárselo a mi padre.

—Por cierto —se aparta un poco para mirarme a la cara—, una cosa es que te apoye y otra que te vayas sola. Me voy contigo y no es negociable. Ya bastantes años he perdido con mi hija, no pienso perderme ni uno más.

Sonrío porque no esperaba menos de él. Sé que ahora más que nunca,

no me dejará sola y yo tampoco quiero que lo haga.

—Está bien, pues vamos arreglando las cosas. En un par de días tendré todo arreglado para irnos.

Mark

Voy saliendo del gimnasio cuando me encuentro con Carol.

—¿Qué hace una preciosidad como tú a estas horas por aquí?

—Hola, guapo, necesito soltar adrenalina y qué mejor sitio que este.

Con solo mirarla, sé que algo le pasa. No tiene ese brillo en los ojos que tanto me gusta, ni esa sonrisa que me trae loco. <<¿En serio he dicho eso? Mark, desde luego que lo tuyo es de juzgado de guardia. Lo que necesitas es echar un polvo y quitarte esas tonterías de la cabeza>>, pienso.

—¿Pasa algo, Carol?

—Pasan muchas cosas, Mark. Y no sé qué hacer para poder remediar lo que...

Se queda callada sin terminar la frase.

—¿El qué, Carol?

—Tengo que irme.

Se da media vuelta y sale del gimnasio. Yo me quedo observándola hasta que reacciono y voy corriendo tras de ella.

—Espérame, Carol.

Me pongo a su altura y la acompaño en silencio hasta el portal de su casa. Cuando entra, va a despedirse de mí, pero yo se lo impido.

—Entremos —pido. Veo cómo sus ojos brillan a causa de unas pequeñas lágrimas que se le están formando—. Por favor —susurro.

Ella acepta y subimos hasta su apartamento. Una vez allí, me ofrece una cerveza que acepto gustosamente.

—¿Y bien? ¿Me cuentas lo que te pasa?

—Se trata de Lidia.

Suelto un suspiro de desesperación porque Luke también me trae de

cabeza con el tema y ya estoy desesperado, sin saber qué hacer.

—¿Qué pasa con ella?

—Regresa a España.

—No lo dirás en serio, ¿verdad? —Ella asiente con la cabeza. Lo dice muy en serio—. Eso no lo podemos permitir, Carol.

—¿Acaso crees que no lo he intentado? Hasta le he suplicado, pero no hay nada que pueda hacer. Está decidida y nada ni nadie lo puede impedir.

—¿Cuándo se va?

—No lo sé, pero supongo que en un par de días, cuando tenga todo listo. Lidia no es una mujer que retrase sus cosas, sino todo lo contrario. En cuanto menos te des cuenta, ya se ha ido.

—Hay que impedirselo de alguna manera —comento con seguridad. No se nos va a escapar.

—Pues ya me dirás cómo. —Se cruza de brazos.

—Hay que hablar con Luke. Es el único que puede conseguir que no se vaya.

—No sé si servirá...

Carol duda y mira hacia otro lado. Está ocultando algo, ya la voy conociendo.

—¿A qué te refieres?

—Mark —clava sus intensos ojos sobre mí—, te voy a contar algo pero quiero que me prometas que no va a salir de aquí. Ni siquiera se lo puedes decir a Luke.

—¿He de preocuparme?

—Por favor —suplica.

—Está bien, te lo prometo.

—Lidia está embarazada.

Espera... ¿qué? No puedo creer lo que me está contando. Abro los ojos como platos y la mandíbula a punto de caerse.

—Joder. —Es lo único que se me ocurre decir.

—¿Entiendes ahora por qué estaba tan preocupada?

—¡Vaya que si lo entiendo! Aún estoy en shock. —Paso las manos sobre mi cara—. Debemos hacer algo, Carol, intentaré hablar con Luke pero

tranquila, no le voy a decir nada del embarazo. Eso le corresponde a Lidia aunque, para ser sincero, tenía que habérselo dicho.

—¿Piensas que no lo ha intentado? —alza la voz, enfadada—. Lleva dos putas semanas llamándolo y escribiéndole mensajes. ¿Y qué crees que ha estado haciendo él? Nada, absolutamente nada.

—Joder con este Luke. Es más cabezón de lo que me imaginaba. Y lo peor es que muere por ella. La ama con locura, pero su orgullo puede con él.

Miro a Carol y le acaricio la cara. Me quedo embelesado, perdiéndome en sus ojos.

—Tranquila, ya se nos ocurrirá algo para que ese par de tortolitos acaben juntos.

Y sin poder remediarlo, me lanzo a sus labios.

Capítulo 38

Carol

No puedo evitar caer en los brazos de Mark. Necesito sus caricias y sus besos. Tengo miedo a empezar a sentir algo más que atracción, pues nunca he sentido nada parecido con un hombre.

Me dejo llevar por sus besos y mis manos empiezan a actuar por sí solas. Le quito la camiseta y recorro con mis manos todo su pecho tan fuerte y con esos abdominales tan marcados. Cualquier día, lo utilizaré para lavar la ropa porque madre mía como está el tío. Mis pezones se ponen duros con solo sentir su tacto. Él aprovecha para subir mi camiseta y mordisquear uno de ellos, mientras que con su mano me pellizca el otro, haciéndome gemir.

Me separo de él para quitarme los leggings y quedarme en braguitas. Me levanto del sofá y tomo su mano para dirigirlo a mi habitación. Mientras tanto, no para de mordisquearme el lóbulo de mi oreja y una corriente eléctrica me recorre todo el cuerpo. Antes de entrar, Mark me presiona contra la pared.

—Princesa, cualquier día te voy a empotrar contra la pared para que me sientas bien dentro de ti —gruñe.

Jadeo al oírlo. Su voz ronca hace que mis bragas se humedezcan aún más de la excitación. Sin esperar, bajo mi mano hacia su pantalón para desabrochárselo y sacar su miembro erecto. Lo observo con una mirada desafiante y él sonríe con picardía. Subo mi pierna para enroscarla sobre su cintura y tener mejor acceso, le agarro el miembro y lo guío directamente hacia mí. Con los dedos, aparto mis braguitas a un lado y lo dejo justo en mi entrada para que sea él quien se mueva.

—Pues ese día ha llegado —susurro con voz sexy, deseosa de que me penetre—. No lo pienses.

Y, sin dudarlo, de un solo golpe certero me introduce su miembro. Jadeo de la impresión. La sensación es increíble, jamás había sentido tanto placer. Este hombre va a acabar conmigo y mi cordura.

—Princesa, qué apretada estás —gruñe moviéndose dentro de mí—. Me encanta cómo me estás exprimiendo.

Al mismo tiempo que entra y sale de mí, muerde uno de mis pezones y no puedo evitar gritar de placer. Me sigue embistiendo y estoy a punto de llegar al límite. Tengo ganas de correrme y él lo nota.

—Todavía no, aún te queda mucho por disfrutar. La noche es larga.

Sin salir de mí, me coge en volandas y me lleva hasta la cama. Me desnuda completamente y me deja expuesta ante él.

—Son las mejores vistas más impresionantes que contemplado y que jamás me cansaré de mirar.

Se acerca a mí y su lengua viaja por todo mi cuerpo. Va bajando por mi vientre hasta llegar a mi sexo y no puedo evitar removerme cuando juega con mi clítoris. Mi respiración comienza a acelerarse. Estoy a punto del éxtasis cuando noto sus dedos introduciéndose lentamente. No aguanto más y se lo hago saber.

—Córrete, princesa, córrete para mí.

Y sin pensarlo dos veces, me dejo llevar por el orgasmo. Mark va me besa para que saboree el sabor de mi sexo.

Lo empujo y hago que se tumbe en la cama para desnudarlo y dejarlo expuesto ante mí. Tomo su miembro en mi mano y empiezo a acariciarlo de arriba abajo. Comienzo a besar su cuerpo hasta llegar a la punta de su miembro. Paso la lengua por su glande y noto el sabor del líquido preseminal.

Mark empieza a jadear y sin pensarlo, me introduzco su miembro en mi boca y empiezo a succionar con rapidez. Sus jadeos son cada vez más rápidos.

—Princesa —dice, apartándose—, otro día me correré en tu boca, pero hoy no. Quiero hacerlo dentro de ti.

Coge un preservativo de su cartera y se lo coloca con rapidez. Tira de mí y hace que me siente encima de él.

—Cabálgame como una auténtica amazona.

Empiezo a moverme y, poco a poco, voy aumentando el ritmo. Sé que voy a volver a llegar al clímax. Mark me introduce un dedo y empieza a hacer círculos. Nuestros jadeos se unen hasta que juntos llegamos al orgasmo.

Me derrumbo encima de su pecho con la respiración entrecortada, igual que él. Cuando nos tranquilizamos, me levanto para ir al baño a darme una ducha. En la puerta, giro la cabeza y le guiño un ojo, invitándolo a que se duche conmigo. No lo duda ni un minuto y nos metemos en la ducha, donde volvemos a tener sexo.

Terminamos de ducharnos y le pido a Mark que se quede a cenar, pero el declina la oferta con la excusa que tiene que madrugar. Además, mañana hablará con Luke sobre lo de Lidia así que debe pensar antes qué va a decir.

Acompaño a Mark a la puerta. Cuando va a marcharse, se queda mirándome con una dulzura que me deja confundida. De pronto, sube su mano hacia mi cara y me acaricia.

—Hasta mañana, princesa.

Me da un beso casto en los labios y se va. Yo me quedo como una tonta mirando cómo entra en el ascensor.

Mark

Cada día me gusta más acostarme con Carol. Desde que lo hacemos, no he podido estar con otra mujer, y eso que lo he intentado. Cuando iba a besar a otra, recordaba la cara de Carol. Tengo que poner remedio a esto porque no quiero acabar enganchado a ella. No sirvo para los compromisos, ni tampoco para llevar una relación seria. Además, los dos dejamos claro que sería sexo sin compromiso.

Entonces, ¿por qué me siento tan vulnerable cuando estoy con ella? Tengo que reconocer que nunca he disfrutado del sexo como lo hago con ella. Y eso que ese tema, nunca he puesto barreras de por medio. A diferencia de Luke, yo sí he hecho intercambios de pareja y se me ha pasado por la cabeza invitar a Carol para que participe. Pero, por otro lado, no soportaría la idea de que otro hombre le pusiera una mano encima.

Tampoco puedo pensar mucho más en ello porque ahora tengo otra preocupación que se llama Luke. Mañana a primera hora, tengo que hablar con él o lo lamentaré el resto de su vida.

Al día siguiente, me levanto temprano para ir al gimnasio y tras una hora machacándome, me ducho y me preparo para ir a la oficina. Le mando

un mensaje a Luke diciéndole que a primera hora lo espero en mi despacho por una urgencia.

Cuando llego a la oficina, mi secretaria me informa que Luke está esperándome. Entro y lo veo al lado de la ventana con la mirada perdida.

—Buenos días, Luke.

—Hola, Mark. ¿Qué es eso tan importante que tienes que hablar?

—Joder, Luke. ¿Te has mirado al espejo antes de venir a trabajar? ¿Desde cuándo no te afeitas?

—Mira, Mark —protesta—, no tengo ganas de que me toques los huevos. Así que ve al grano.

—Está bien. Iba a ser delicado, pero viendo tu humor, iré al grano. ¿No piensas hablar con Lidia?

—¿Para eso me has hecho venir a primera hora de la mañana a tu despacho? ¿Ahora vas de portera? —dice, cabreado—. Mira, Mark, no quiero que te lo tomes a mal... O mejor, tómatelo como te salga de los huevos, pero déjame en paz y métete en tu puta vida.

Yo levanto la mano, desistiendo de la situación. A mí sí que me está tocando los cojones esta mañana con su humor. Si fuera otra persona, lo mandaba a la mierda, pero sé que no está bien. Lo está pasando mal y no es él el que habla, sino su rabia.

—Vale, será la última vez que me voy a meter en tu vida. Pero quiero que sepas que si no fueras tan gilipollas, no dejarías que Lidia se marchara para siempre.

—¿De qué cojones estás hablando? —pregunta, confundido.

—¡Vaya, hombre! Ahora no te molesta que me meta en tu vida —replico.

—Mark....

—Solo quería decirte que tu querida Lidia regresa a España, tío.

—¿Qué? No puede ser. —Comienza a pasearse de un lado a otro—. No puedo permitir que se aleje de mí.

—Tampoco estás haciendo méritos para que se quede.

—¿Te ha dicho ella que se va?

—No, ha sido Carol, y créeme que ha estado haciendo lo imposible para que no se vaya. Pero no sé quién es más cabezota de los dos. Si ella o tú.

—Joder, joder. ¿Sabes cuándo se va?

—Supongo que en un día, dos a lo sumo.

—Tengo que impedir que se vaya. Llevo dos semanas que me muero por dentro. No puedo vivir sin ella, y mira que lo he intentado. No te puedes hacer una idea de cuánto la amo y si no está aquí conmigo, no quiero vivir porque ella es mi aliento.

—Pues tío, eso díselo a ella y no a mí. No sigas perdiendo el tiempo y corre tras ella antes de que sea tarde.

—Gracias, Mark. Te debo una bien grande. —Se acerca a mí y me da un apretón en el hombro.

—Desde luego —sonríó—, y te aseguro que me la voy a cobrar.

Luke sale del despacho a toda prisa. Es cierto que a cabezón, no le gana nadie. Espero que se arregle todo entre ellos. Mi salud mental se lo agradecerá porque no sé qué sería de mi vida si tengo que aguantar a un alma en pena paseándose por la oficina.

Llamo a Carol y le digo que Luke está dispuesto a retener a Lidia para que no se marche. Ella suelta un suspiro y reza para que todo salga bien, sino se arrepentirán el resto de sus días.

Capítulo 39

Ya tengo todo listo para regresar a España. Alba me ha preguntado por qué nos vamos ahora que acaba de hacer muchos amiguitos en el cole, pero no le puedo explicar los verdaderos motivos. Entonces, le digo que tengo muchas ganas de ver a los yayos y así se queda más conforme. También se pone muy contenta al saber que su abuelo vendría con nosotras.

Estoy ultimando los últimos detalles cuando, de pronto, escucho unas voces en la planta de abajo. Bajo para ver de qué se trata y me doy cuenta de que proviene del despacho de mi padre. Asustada, me acerco para ver qué pasa. Cuando distingo también la voz de Luke, no sé si abrir o no.

Las piernas me tiemblan, llevo dos semanas sin verlo. Dos semanas sumidas en una agonía. ¿Qué querrá ahora? No entiendo qué hace aquí si no ha querido verme en todo este tiempo. Ni siquiera ha contestado a ninguno de mis mensajes. Comienzo a enfadarme por sus desplantes y desprecios.

Sigo escuchando a mi padre recriminándole que después de dos semanas, se le ocurre venir ahora que quiero empezar una vida nueva lejos de él. Le pide una explicación del por qué no ha venido estas semanas pero él se queda callado.

Me siento en el suelo quedando frente a la puerta con mi cabeza entre las rodillas. No puedo parar de llorar.

De pronto, Luke comienza a gritar el nombre de mi padre y mi corazón late cada vez más rápido. Con una sensación extraña en mi estómago, me levanto del suelo y entro al despacho sin llamar. Me quedo totalmente paralizada al ver a mi padre en el suelo y a Luke haciéndole un masaje cardíaco. Me arrodillo junto a él sin parar de llorar.

—Papá, por favor —sollozo, agarrándole la mano—, no me hagas esto. Tú no, papá.

—Lidia, por favor, tranquilízate y llama a una ambulancia —dice Luke sin parar de hacerle el masaje.

Me levanto corriendo para coger el teléfono y marco el número de urgencias. Me comunican que en unos minutos estarán aquí. Cuelgo y me vuelvo a situar de rodillas junto a mi padre. Luke está sudando, no para ni un momento de hacer el masaje.

—Por favor, Luke, salva a mi padre. Te lo suplico —digo con un hilo de voz.

—Tranquila, nena, tu padre es fuerte y va a salir de esta.

—Dios te oiga.

Unos minutos más tarde, los médicos entran y empiezan a tomarle el pulso a mi padre. Le piden a Luke que deje de darle el masaje pues ya tiene pulso. Lo suben a una camilla y se marchan al hospital *Presbyterian Lower Manhattan*. Luke se ofrece a llevarme y yo, sin dudarlo ni un segundo, cojo mi bolso y salgo con él.

De camino al hospital, cojo mi móvil con las manos temblorosa y llamo a Carol, la necesito en este momento tan duro. La llamo varias veces, pero no me lo coge. Comienzo a ponerme más nerviosa aún. Luke intenta tranquilizarme, pero no puedo. Entonces decide llamar a Mark por si está con él. Marca y pone el manos libres del coche.

—Hola, Mark.

—*¿Que tal, Luke? ¿Arreglaste algo con Lidia?*

Luke me dirige una mirada rápida y yo lo miro desconcertada.

—Mark, voy en el coche con Lidia y tengo puesto el manos libres. Escúchame, vamos dirección al hospital, Stuart ha tenido un infarto.

—*¿Cómo? No me lo puedo creer.*

—Necesito que localices a Carol. La hemos llamado, pero no coge el teléfono.

—*Está en un congreso, pero no te preocupes. Ahora mismo voy a buscarla y vamos al hospital.*

—Gracias Mark, es muy importante para Lidia tener a Carol cerca en estos momentos.

—*Lo sé. En menos que te des cuenta, estamos allí.*

—Bien, nos vemos.

Cuelga el teléfono y agarra mi mano. Tiemblo con su tacto, pero no lo aparto. Lo que me importa en este instante es que mi padre salga adelante.

Llegamos al hospital y preguntamos en recepción por el señor Taylor. Nos piden que esperemos porque los médicos aún están atendiéndolo. En cuanto salgan, nos avisarán. Luke me agarra de la cintura y me dirige a la sala de espera. Cuando me siento, se dirige a la máquina de los cafés y trae dos vasos.

—Toma, Lidia, bebe esto. Te sentirás mejor, es una tila.

—Gracias. —Tomo el vaso con las manos temblorosas.

—Lidia, siento...

—Luke, ahora no, por favor —lo interrumpo—. Lo que menos necesito en una situación así es discutir contigo.

—Nena, no quiero discutir sino todo lo contrario. Pero está bien, esperaré si es lo que quieres.

Esperamos en silencio a que nos den noticias sobre mi padre mientras me tomo la tila y rezo porque esté bien.

Una hora más tarde, el médico pregunta por los familiares del señor Taylor. Luke y yo nos levantamos como un resorte y vamos hacia él para que nos informe sobre el estado de mi padre.

—Les comunico que el señor Taylor está fuera de peligro. Ha tenido un amago de infarto, pero está todo controlado. He de decirles que gracias a la rapidez con la que se ha atendido antes de llegar la ambulancia, el señor Taylor está ahora con nosotros. Va a pasar la noche en observación. Podéis dejar un número de teléfono en recepción para llamaros en caso de emergencia porque hasta mañana por la mañana, no puede recibir visitas. O si lo preferís, podéis quedaros en la sala de espera, eso ya es decisión vuestra.

—¿Entonces no puedo pasar a verlo? —digo, esperanzada.

El médico suspira y me concede solo cinco minutos, ni uno más, ni uno menos. Me informa que está sedado para que pueda descansar toda la noche.

Entro y mis lágrimas caen en silencio al verlo postrado en la cama. Cojo su mano y empiezo a besarla.

—Papá, no me abandones, por favor. Tú no —sollozo—. No podría soportarlo.

Acaricio su cara y le digo al oído que tiene que ser fuerte para que pueda conocer a su segundo nieto. Todavía le quedan muchas cosas por hacer con Alba. Tiene que regresar a España después de tantos años y vivir juntos muchas más cosas.

Cinco minutos después, la enfermera entra a decirme que el tiempo ha pasado y que tengo que abandonar la habitación. Le doy un beso en la frente y me marcho a la sala de espera. No pienso alejarme de él ni un minuto.

En la sala de espera están Mark y Carol junto a Luke. Corro hacia mi amiga y la abrazo con todas mis fuerzas. Comienzo a llorar y ella, como siempre, se convierte en mi paño de lágrimas. Nos marchamos al baño para poder refrescarme.

En el aseo, Carol me pide que me tranquilice, ya que mi padre está fuera de peligro. Tengo que hacerlo por mi bebé, no es bueno estar tan nerviosa en mi estado. Eso podría acarrear más de un problema al embarazo.

Terminamos y nos dirigimos a la sala de espera junto a Mark y Luke. Carol me propone irnos a descansar, pero yo me niego rotundamente. Sin embargo, trato de convencerlos para que se vayan a descansar pues con que me quede yo, es suficiente. Luke decide quedarse conmigo, no quiere dejarme sola. A final, Carol y Mark se marchan prometiendo regresar al día siguiente.

Luke

Cuatro horas antes ..

Llego a casa de Stuart con la intención de hablar con Lidia, no quiero que se vaya. Necesito que me perdone por lo necio y gilipollas que he sido. No estoy dispuesto a perderla.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Stuart al verme tras la puerta.

—Vine a hablar con Lidia.

—Ella no quiere hablar contigo —dice muy serio.

—Eso me lo tendrá que decir ella.

Stuart no para de mirar hacia las escaleras un poco nervioso. Entonces, me pide que le acompañe a su despacho. Al principio me niego, pero luego pienso que debería contarle mi explicación.

Nada más entrar en su despacho, Stuart se encara diciéndome que me había advertido de que como hiciera llorar a Lidia de nuevo, me las vería con él. Sin perder los nervios, le cuento mis razones por las que estuve molesto con ella. Me había dado cuenta del error que había cometido y quería solucionarlo. La amo con locura, así que no voy a permitir que se aleje de mí.

Stuart empieza a recriminarme que, si tanto amaba a su hija, por qué he estado dos semanas sin devolverle las llamadas ni los mensajes. Cada palabra suya, me hacía sentir como una mierda porque tenía toda la razón.

—Sé que me comporté como un imbécil —admito—. Por eso he venido a pedirle perdón.

—¿Sabes que le has roto el corazón?

—No era mi intención.

—Ah, ¿no?¿ Entonces cuál era, si se puede saber?

—Me equivoqué, joder, no la quiero perder —digo, frustrado—. La amo.

Entonces, Stuart se lleva la mano al pecho y cae al suelo, inconsciente. Empiezo a llamarlo y me doy cuenta de que está teniendo un infarto. Sin dudar, empiezo a hacerle un masaje cardíaco.

De pronto, Lidia entra al despacho y le pido que se tranquilice para que llame a una ambulancia.

Dos horas después, seguimos en el hospital sin saber nada de Stuart. Mientras esperamos, intento hablar con Lidia, pero ella no tiene ganas de oírme. La entiendo perfectamente, por eso no insisto.

Cuando nos informan de que Stuart está fuera de peligro, Lidia entra unos minutos a verlo y yo me quedo en la sala de espera. Mark y Carol no tardan en aparecer. Ella me mira con cara de pocos amigos y, la verdad, no puedo reprocharle nada ya que he sido un puto cobarde.

—¿Cómo está Stuart? —pregunta Mark.

—Fuera de peligro.

—¡Gracias a Dios! —Exclama Carol—. ¿Y dónde está Lidia?

—Ahora viene, la han dejado ver a su padre cinco minutos.

La aludida aparece y al ver a su amiga, sale a su encuentro corriendo y se dan un abrazo. En ese momento, siento celos porque quisiera ser yo el que estuviera dándole ese consuelo que necesita.

Las chicas se marchan al aseo y Mark aprovecha para acercarse a mí.

—¿Has hablado con ella?

—Lo he intentado, pero en estos momentos no quiere escucharme —
respondo con la voz rota.

—Vaya, lo siento.

—Tranquilo, es normal. Ahora lo único que quiere es que su padre se recupere, así que solo me queda esperar a que llegue el momento adecuado.

Vuelven del aseo y Lidia propone que nos marchemos a descansar, pues con que se quede ella, es suficiente. Yo decido quedarme, quiero pasar la noche con ella, aunque sea en estas circunstancias.

Capítulo 40

Luke y yo nos quedamos solos en la sala de espera. Insisto para que se vaya a descansar, pero él no quiere dejarme sola toda la noche.

—Vamos a la cafetería a comer algo. Llevas muchas horas sin probar bocado —comenta.

—No tengo hambre, gracias.

—De eso nada, vamos ahora mismo y comes algo. Si piensas estar toda la noche aquí, tendrás que comer.

Al final, desisto. No me apetece discutir con él porque es lo que hacemos últimamente. Entramos en la cafetería del hospital y me decanto por comprarme un sándwich de pollo y queso, y un zumo de melocotón. Luke se pide un café con un donut.

Nos sentamos en la mesa y comemos en el más absoluto silencio. Cuando terminamos, Luke coge mi mano y empiezo a temblar al sentir su contacto. Dios, cuánto lo he echado de menos.

—Lidia, tenemos que hablar.

—Luke... por favor.

—No, Lidia, creo que ahora es el momento apropiado.

—Está bien. Sé que hasta que no hablemos, no vas a parar. Así que dispara y dime lo que tengas que decir.

Me mira muy serio y yo me pongo más nerviosa aún al notar esa mirada tan penetrante que hace que me derrita. Joder, cuánto lo amo.

—Quiero pedirte perdón, Lidia. Sé que actué como un completo gilipollas y te hice mucho daño. No me lo voy a perdonar nunca, créeme.

—Luke, estás en todo tu derecho a estar enfadado conmigo. Yo te

juzgué a la primera de cambio —comento un poco avergonzada por mi comportamiento de aquel día.

—No, estás muy equivocada. Es normal que me juzgaras, yo hubiese hecho lo mismo en tu lugar. Lidia, el señor Smith que la policía tiene detenido es mi primo Jack, el hombre que pillé en la cama con Tamara a pocas semanas de nuestro enlace. Desgraciadamente, compartimos el mismo apellido y eso te confundió.

—Dios, santo Luke. —Me llevo una mano a la boca por la sorpresa—. Lo siento de veras.

—Ya te dije que no tienes que sentir nada. En todo caso, la culpa es mía por no haberte sacado de tu error. Pero quiero que entiendas que me asusté. —Me mira y veo sinceridad en sus ojos—. Soy una persona muy cobarde en los temas sentimentales. Lo pasé muy mal por lo que Tamara me hizo y blindé mi corazón para el resto de mis días. Hasta que llegaste tú y mi muro se fue derrumbando poco a poco.

Estoy totalmente quieta, sin saber cómo reaccionar. Lo único que hago últimamente es llorar, mis hormonas por el embarazo me tienen muy sensible.

—Luke, siento mucho lo mal que te lo hizo pasar Tamara. Y para colmo, yo te juzgo como si fueras un delincuente, llegando a despreciarte.

Llevo las manos a mi cara y comienzo a sollozar con fuerza.

—Shh, tranquila, Lidia. No pasa nada, todos cometemos errores. Ven aquí. —Me abraza y yo me pierdo entre sus brazos mientras continúa hablándome al oído—. Nena, te juro por lo más sagrado que he pasado las dos peores semanas de mi vida. Me dolía la mano por no coger el teléfono y escribirte o llamarte. Ese es uno de mis defectos, soy muy orgulloso y por culpa de ello, he estado a punto de perderte.

—Luke, tengo que decirte algo —digo apartándome un poco para poder mirarlo a la cara.

—Déjame terminar, nena. Te quiero y no quiero que te vayas. Quédate conmigo. Os amo a las dos, tanto a ti como a Alba.

Vuelvo a llorar de la emoción. Ya pensé que lo había perdido completamente. Por instinto, me llevo la mano a mi vientre y Luke no se pierde ese detalle. Preocupado, me coge la barbilla para que lo mire.

—Nena, ¿te ocurre algo? ¿Estás bien? ¿Te duele el estómago?

Cierro los ojos y tomo valor para hablar. Luke tiene que saber que estoy embarazada y no sé cómo se lo va a tomar. Tengo miedo.

—Luke, llevaba dos semanas intentando hablar contigo porque tienes que saber algo. —Se tensa al oír mis palabras.

—¿Qué pasa, nena? No me asustes.

—No sé cómo te lo vas a tomar pero, antes de decirte nada, quiero que sepas que no tienes ninguna responsabilidad si no quieres.

—¿Quieres decirme de una vez lo que sea? —pregunta muy nervioso—. Me estás matando.

—Luke... —titubeo—, estoy embarazada.

—¿Qué?

Me mira con los ojos como platos y la boca abierta.

—No te preocupes, entiendo que no deseas a mi garbancito. Por eso no te voy a obligar a nada.

—¿Garbancito?

—Bueno, es como lo llamo yo ahora mismo porque es como un garbancito.

—¡Dios, nena! —Empieza a pasarse la mano por su pelo, nervioso. Se levanta de la silla y no puede evitar caminar de un lado a otro.

Joder, seguro que no quiere volver a saber nada más de mí ni de mi garbancito. Me vuelvo a poner la mano en mi vientre y me digo a mí misma que no pasa nada, conmigo no le faltará nada.

—Luke, no tienes por qué...

—Joder, nena —me interrumpo—. Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo. —Se arrodilla y coloca sus manos sobre mi vientre—. Hola, garbancito, soy papá.

Pongo mis manos sobre las suyas y ahora sí que parezco un mar de lágrimas, pero de alegría. Saco de mi bolso la ecografía que me hicieron y se la enseño. Luke se pone rígido y empieza a maldecir por no haber estado allí en mi primera ecografía. Trato de tranquilizarlo pues no será la primera ni la última que tengo que hacerme.

Salimos de la cafetería para regresar a la sala de espera. Allí, me abraza con mi espalda en su pecho.

—Te amo, cariño. Os amo a los tres. —Giro la cara para mirarlo a los ojos y él aprovecha para besarme. Me entrego en el beso, echaba de menos sus labios.

—Yo también te amo, Luke.

La noche sin ninguna novedad. A la mañana siguiente, el médico nos informa de que mi padre había pasado la noche bien y que, si todo va como hasta ahora, en un par de días estará en casa.

Nos dirigimos a la habitación donde mi padre estaba despierto. Luke entra con un poco de temor. Teme que su presencia le haga recaer.

—Hola, papá. ¿Cómo te encuentras? —pregunto, dándole un beso en la frente.

—Bien, hija. Y por lo que veo, vosotros también.

Miro a Luke, le sonrío y cojo su mano para acercarlo a mí. Él aprovecha y me abraza dejando sus manos sobre mi vientre. No puedo evitar mi cara de felicidad.

—Luke —le llama mi padre—. Quiero darte las gracias por lo que has hecho por mí. Si no hubieses actuado tan rápido, hoy no estaría aquí con vosotros. Muchas gracias, estoy en deuda contigo.

—No tienes que agradecerme nada, Stuart. Soy yo quien tiene que agradecerte el tener a esta preciosidad de mi lado por hija y que acaba de hacerme el hombre más feliz del mundo.

—Supongo que eso significa que abortamos la misión de mudarnos — comenta mi padre con una sonrisa.

Yo comienzo a reír mientras asiento con la cabeza.

—Os deseo lo mejor, espero que seáis muy felices. Pero ya sabes, Luke, por mucho que me hayas salvado la vida, mi amenaza sigue en pie.

—Eso no lo he dudado en ningún momento, Stuart, te prometo esta vez que no voy a volver hacerla sufrir.

—Por la cuenta que te trae —insiste mi padre.

—Bueno, habrá que darle la buena noticia a Alba que va a tener un hermanito o hermanita.

—¿No lo sabe aún? —pregunta Luke.

—No he querido precipitarme y, con todo lo que ha pasado, no he encontrado el momento.

—Pues eso se soluciona pronto. Le daremos la noticia cuando tu padre esté en casa.

Dos días más tarde, a mi padre le dieron el alta. Llegamos a casa y Alba se tira encima de su abuelo, dándole muchos besos y abrazos. Cuando consigo que se tranquilice, le contamos que va a tener una hermanita o hermanito y ella, loca de alegría, empieza a dar saltos por toda la casa.

Luke y yo nos miramos con todo el amor que sentimos.

—Te amo —decimos a la vez.

Epílogo

Ocho meses después...

—¡Dios, qué dolorrrr! Ya no me acordaba de lo que dolía —me quejo—. Luke, apresura que viene otra contracción y como no nos demos prisa, me temo que daré a luz en el coche.

—Aguanta, cielo, estamos llegando. Avisé a los del hospital que íbamos para allá. Tienen que estar preparados.

Efectivamente, cuando llegamos a urgencias, me están esperando con una silla de ruedas en la puerta. Luke está más nervioso que yo y no atina con nada. Entra corriendo a urgencias y me deja en la puerta. Después, comienza a mirar de un lado a otro buscando vete a saber qué. Cuando me mira, abre los ojos de par en par. Estaba buscándome cuando me tenía al lado.

—Lo siento, nena, pero ya no sé qué hago.

—Anda, tira, y llévame adentro que viene otra contracción.

Nos dirigimos al mostrador para dar mis datos mientras un enfermero viene para llevarme a la sala de monitores. Estando allí, el ginecólogo entra y tras la exploración, me informa que debemos ir al paritorio ya.

Le piden a Luke que se ponga la bata el gorro y los patucos para poder entrar. Cuando está listo, entra y al verlo me da un ataque de risa al mismo tiempo que me viene otra contracción y esa risa se convierte en un chillido.

—Tranquila, cariño, estoy aquí.

Me coge de la mano para darme fuerzas mientras yo se la retuerzo con cada contracción. Sé que le estoy haciendo daño, pero no puedo soportar este dolor.

La matrona me dice que ya casi se le ve la cabecita y Luke me mira con una sonrisa.

—Cuando venga otra contracción, empuje —me pide la matrona.

A los dos minutos, me llega otra y empujo con todas mis fuerzas.

—Muy bien, nena. Lo estás haciendo estupendamente —me anima Luke.

—El bebé está casi prácticamente fuera. Un empujón más, Lidia, que esto es pan comido.

Cuando me llega la siguiente contracción, vuelvo a empujar y siento cómo sale mi bebé fuera. Sé que tiene buenos pulmones porque empieza a llorar sin parar.

—Enhorabuena, mami y papi. Tenéis un hijo precioso —comenta la matrona acunando a nuestro bebé.

Lo pone en mi pecho y no puedo evitar de llorar de felicidad al tener a mi hijo en brazos.

—Hola, chiquitín. Bienvenido al mundo —susurro y miro su preciosa carita.

—Hola, campeón, soy papá. Bienvenido —dice Luke con voz dulce.

El bebé pesa tres kilos y medio y creo que se parecerá a su padre. Es moreno como nosotros dos, pero es tan pequeño que aún no podemos ver el color de sus ojos. Con los días suelen cambiar, pero me da la sensación de que los va a tener verdes.

—Gracias, cariño. Gracias por darme tu amor y dos hijos maravillosos. Te amo, Lidia. —Me besa.

Unas horas más tarde, me encuentro en la habitación con el pequeño Michael, así se llama nuestro hijo.

Cuando Alba entra, va corriendo a conocer a su hermanito. Se acerca a él y comienza a hablarle.

—Yo *zeré* tu *hemana* mayor y *tendráz* que *hace* lo que yo te mande.

Madre mía, que Dios le pille confesado al pequeño Michael porque tiene a una diablesa por hermana.

—¿Se puede? —pregunta Carol tras la puerta.

—Hola, Carol, claro que sí. No tienes que pedir permiso.

—Vengo a conocer a mi sobrinito. —Se acerca a su cunita y con mucho cuidado, lo coge. —Es precioso.

—Normal, se parece a su padre —dice Luke con el pecho hinchado y orgulloso.

—Menos lobos, caperucita. Dime de qué presumes y te diré de lo que careces.

Ya está Carol con sus refranes... Comienzo a carcajearme porque Luke pone cara de no saber qué ha dicho.

—Creo que tengo que darles unas clases de refranes españoles a estos yanquis —vacila mi amiga.

Mark no tarda en llegar y se une a Carol que todavía tiene al bebé entre sus brazos. No puedo sentirme más feliz al verlos todos juntos. En la habitación están las personas más importantes de mi vida. Papá, Alba, Carol, Mark, Michael y, por supuesto, Luke.

—Bueno, quiero aprovechar que estáis todos aquí para hacer algo— comienza Luke a hablar dirigiéndose a mí.

—Lo va a hacer —le susurra Mark a Carol y ella se ríe.

—Lidia, como te dije antes, gracias por darme esta familia tan estupenda. Jamás pensé que me iba a volver a enamorar, pero llegó esta andaluza y me robó el corazón. Quiero que sepas que tú para mí eres algo más que un sueño.

De pronto, se arrodilla y saca una cajita de terciopelo. Me quedo asombrada de lo que estaba viendo y con lágrimas en los ojos.

—Lidia, quiero estar el resto de mi vida junto a ti y nuestros hijos. Me gustaría que hicieras el honor de casarte conmigo.

Mi barbilla empieza a temblar por aguantar el llanto, pero no lo consigo. Las lágrimas comienzan a salir solas.

—Si, Luke. Quiero casarme contigo.

Me pone el anillo en el dedo y me da un beso en los labios, sellando nuestro amor.

Todos comienzan a aplaudir mientras que Alba da saltos de alegría diciendo que ella será la que echará las flores, llevará los anillos y la que me dará el dinero. Al decir eso último, Luke me mira sin saber a qué se está

refiriendo. Le aclaro que el dinero son las arras y empezamos a reírnos.

—Claro que sí, princesita —dice Luke agachándose para ponerse a su altura—. Tú harás eso y todo lo que quieras, pero a ti no te he hecho la pregunta. ¿Quieres ser mi hija?

—Ziiii, yupiiii. Voy a *tene* un papá.

Luke la abraza y juntos se acercan a mí, que tengo a Michael en brazos. Me da un beso y sonrío.

—Por fin seremos una familia. Os amo.

Fin

Agradecimientos

Quiero agradecer a mis tres grupos de Whatsapp “Las guerreras”, “Las piratillas” y “Las supremas” que me han apoyado en todo momento para embarcarme en esta locura.

A Roma García por esta preciosa portada, creo que mejor no podría haber salido. A mi correctora Toñi Fernández, que ha dedicado su tiempo sin compromiso ninguno y le estaré eternamente agradecida.

Y también quiero agradecer a Priscila Serrano que ha sido la causante de que yo esté aquí, ahora mismo, dando los agradecimientos de mi libro. Ella es la culpable de que tenga mi primera historia. Te quiero, Prisci.

Tengo que agradecer también a varias escritoras por el apoyo que me están dando. Si empiezo a nombrar, no acabo nunca. Muchísimas gracias.

Y, sobre todo, quiero darte las gracias a ti, lector, por darme esta oportunidad. Espero que hayas disfrutado leyendo la historia de Luke y Lidia, al igual que yo lo he hecho escribiéndola.

Espero que os haya gustado y sigáis disfrutando con mi próxima novela sobre la historia de Carol y Mark.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Epílogo

Agradecimientos